

REFLEXIONES FILOSÓFICAS SOBRE LA CIENCIA DE LABORATORIO*

Helen E. Longino
University of Minnesota

RESUMEN

Los filósofos de la ciencia han discrepado durante décadas sobre si las teorías revelan la estructura fundamental del universo o simplemente permiten predecir acontecimientos futuros a partir del comportamiento presente de los fenómenos. Helen Longino presenta una visión de la ciencia en la que el protagonismo lo adquieren las prácticas de laboratorio. Un escenario donde gracias a las tecnologías los fenómenos son aislados, troceados y recombinados para interpretar su funcionamiento. La construcción del conocimiento, afirma, se produce de forma social a través de la competencia o colaboración en las redes de laboratorios, donde el papel de las asunciones, valores y creencias es esencial.

PALABRAS CLAVE: ciencia, laboratorios, valores, tecnologías.

ABSTRACT

The philosophers of science have for decades debated whether theories reveal the fundamental structure of the universe or whether they simply allow the prediction of future events starting from the present behaviour of the phenomena. Helen Longino presents a vision of science in which laboratory practices occupy the centre of the stage. A scenario where current technologies are used to isolate, slice and recombine the phenomena in order to interpret their operations. The construction of scientific knowledge, she affirms, takes place socially through the competition or collaboration in nets of laboratories where the role of common assumptions, values and beliefs are central.

KEY WORDS: science, laboratories, values, technologies.

El laboratorio científico se hace eco de las esperanzas y ansiedades de la sociedad industrial moderna; esperanzas y ansiedades relacionadas con el tiempo, el espacio y con nosotros mismos. Buscamos en los fragmentos del pasado las huellas de lo que hemos sido y de lo que somos; en los fragmentos del presente los indicios de lo que seremos. En las imágenes accesibles a la visión ordinaria perseguimos la comprensión de lo evanescentemente pequeño y de lo evanescentemente grande, desde las partículas subatómicas, que son los últimos integrantes del mundo material, hasta las galaxias y los gases del límite del universo.



Los fragmentos del mundo se diseccionan, aíslan, recombinan, pesan y observan en el laboratorio, para ofrecer explicaciones sobre su funcionamiento. Pero no toda la investigación científica tiene lugar en el laboratorio. El trabajo teórico supone articular relaciones generales o más globales entre los fenómenos: encontrar estructuras matemáticas que nos permitan pensar en los modelos de dichas relaciones. En el siglo XVII, la invención del cálculo permitió a Newton y sus contemporáneos concebir el movimiento acelerado. Hoy, la dinámica no lineal proporciona una estructura formal con la que percibir algún tipo de orden en lo que parecen ser fenómenos desordenados, como los cambios climáticos. El trabajo teórico tiene lugar a través de conversaciones y en las pizarras del despacho, y se formaliza con pluma y papel o, cada vez más, con un teclado, un ordenador y un monitor. Los filósofos de la ciencia discrepan sobre si las teorías revelan la estructura fundamental del universo o simplemente nos dan las herramientas con las que predecir la disposición futura de los fenómenos a partir de su comportamiento presente. Sea cual sea la perspectiva correcta, las teorías no son sólo producto de la investigación, sino elementos esenciales del laboratorio que ayudan a los investigadores a conectar los resultados dispares logrados con la experimentación, y a sugerir nuevos experimentos.

Igual que el experimento necesita de la teoría, la teoría necesita de los fenómenos: la teoría (salvo las puramente matemáticas) trata de sustancias y procesos cuyas propiedades deben ser determinadas por observación. El trabajo de campo, ahora practicado principalmente por los etólogos, ecólogos y geólogos, supone la labor de observación de la conducta de plantas, animales y piedras en su entorno ordinario o «natural»: la alternancia de árboles y claros en un prado, la conducta social de mandriles o gacelas, la historia de una cordillera que queda al descubierto en un corte de la carretera. Pero el trabajo de campo, aunque realizado *in situ*, proporciona tanto demasiada como demasiado poca información. En su contexto natural, las entidades se hallan inmersas en complejos patrones de interacción, que son lo que encontramos en la naturaleza. Incluso cuando nos disponemos a analizar el ciclo de vida de una simple planta, lo que observamos es producto de la semilla de la planta, sin duda, pero también de los contenidos y la estructura del suelo, los componentes de la atmósfera y la temperatura del entorno de la planta. Y estos factores son a su vez resultado de procesos complejos. No sólo hay demasiado que describir, lo que hace necesario algún tipo de selección y categorización, sino que separar un proceso de otro —los efectos del exceso de calor de los del exceso de

* La primera versión de este artículo se publicó como capítulo de la obra editada por J.E. NEIDHARDT, *Catherine Wagner Art & Science: Investigating Matter*, Nazraeli Press, Washington University Gallery of Art, 1996, pp. 47-62. Agradecemos la amable autorización de la citada editorial para que este trabajo de Helen Longino fuera traducido y publicado en este número de *Clepsydra*. Asimismo, agradecemos las gestiones llevadas a cabo por la profesora Longino que lo han hecho posible. Este texto ha sido traducido por Amparo Gómez e Inmaculada Perdomo, y revisado por M^a. Beatriz Hernández y M^a. José Chivite (CEM, Universidad de La Laguna).

fertilizantes, o los efectos del peso del aire, por ejemplo, de los de su densidad— es prácticamente imposible cuando nos enfrentamos al resultado final de su acción conjunta. Además, si la hipótesis Gaia es correcta, todas estas categorías del proceso mineralógico, biológico o atmosférico, son aspectos interdependientes del ciclo de la vida del planeta¹. Un ámbito demasiado extenso para el poco tiempo de que disponemos.

Es en el laboratorio, pues, donde los fenómenos naturales —demasiado grandes o minúsculos, prolongados en el tiempo o muy breves— se transforman en elementos manejables para su estudio. Los objetos y entidades se aíslan, descomponen, recombinan y someten a tensiones fuera de su medio normal para lograr una descripción más precisa de sus capacidades. Más aún, igual que en los talleres de los alquimistas de tiempos remotos, el laboratorio es un lugar de recreación de fenómenos extraños, como la insulina y la hormona de crecimiento, y de construcción de nuevos fenómenos, como los materiales superconductores y las fresas resistentes a las heladas. Mientras que el sueño del alquimista de transformar el plomo en oro era una quimera, los químicos contemporáneos, los biólogos moleculares y los metalúrgicos, apoyándose en siglos de experiencia acumulada, están transformando en el laboratorio no sólo los objetos, sino las condiciones de la vida industrial y post-industrial contemporánea.

Cualquiera puede tener una idea; cualquier comunidad abrazarla colectivamente. Con la esperanza de hacer distinciones significativas, reservamos el término «científico» para el conocimiento producido bajo cierto tipo de condiciones. Filósofos, historiadores y otros estudiosos difieren acerca de cuáles son o deben ser estas condiciones y acerca del grado de presión que deben ejercer. Algunos estudiosos se centran en los aspectos diferenciadores de la investigación científica, las características de la investigación que garantizarían la verdad u objetividad de su resultado (criterios de prueba, cánones de evidencia) o, si no la verdad, al menos la plausibilidad. Otros enfatizan las semejanzas entre la investigación y otras actividades humanas: su inmersión en la cultura, vulnerabilidad a las modas, relaciones con el poder. Ambos grupos tienen razón. Las hipótesis deben superar las pruebas críticas antes de ser aceptadas como conocimiento, y las comunidades de investigación están sujetas a ciertas normas de investigación que determinan qué pruebas deben superar las hipótesis. Sin embargo, más allá de criterios comunes como la evidencia observacional y experimental y del evitar caer en la autocontradicción, no existen estándares científicos defendibles en todo momento y lugar, que puedan presentarse como definitivos en la ciencia. A pesar de que últimamente se ha enfatizado la precisión en la medición, el grado de exactitud requerido depende del contexto de

¹ Para más información sobre la hipótesis Gaia, véase J.E. LOVELOCK y L. MARGULIS, «Atmospheric Homeostasis for and by the Biosphere: The Gaia Hypothesis». *Tellus*, vol. 26 (1974), pp. 1-10. La hipótesis Gaia es presentada de forma divulgativa por J.E. LOVELOCK en *Gaia: A New Look at Life on Earth*. Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1979.





medición y de los instrumentos disponibles para su ejecución. Hemos recorrido un largo camino desde los relojes de agua hasta los atómicos, desde las pulgadas a los ángstroms. Por otro lado, un exceso de precisión podría revelar tantas excepciones al modelo, que se acabaría por destruir el grado de representación y aplicación de éste.

Con frecuencia hacemos de la simplicidad el sello identificador no sólo de lo científico sino de la verdad o mayor probabilidad de verdad de una teoría en comparación a otra, cuando compiten dos o más hipótesis o teorías. Pero de nuevo, cuando intentamos concretar lo que debería entenderse por «simplicidad», resulta evidente que hay nociones y medidas diversas: el orden de las ecuaciones, la cantidad de diferentes clases de entidades, la variedad de tipos de propiedades o de procesos. Una teoría podría ser simple según una de estas definiciones, pero no según otra. Y a veces en la historia de la ciencia, la simplicidad se ha dejado de lado en nombre de otras metas. La filósofa Nancy Cartwright nos pone sobre aviso y desaconseja que se permita que las teorías sobre la forma ideal de conocimiento dicten de antemano los patrones de la naturaleza². Después de todo, ¿cómo podemos estar seguros de que la naturaleza es simple en lugar de compleja, austera en lugar de fecunda? El poder explicativo por el que se determina la capacidad de una sola hipótesis para abarcar una variedad de fenómenos también se considera como criterio por el que distinguir una hipótesis digna de aceptación de las que lo son menos. Esto facilita lo que algunos reivindican como objetivo predominante de la investigación científica: la unificación. Pero ¿debería ser una meta el contar con una sola teoría para todo? ¿Por qué empeñarnos en pensar que hay un conjunto de relaciones que subyace a toda la variedad de procesos observables?

La brecha existente entre las evidencias y nuestras aspiraciones explicativas persiste, y aparentemente los criterios formales requieren de la importación de otros valores o de asunciones metafísicas sustanciales. La inferencia que se realiza desde los datos a la teoría está mediatizada por asunciones de fondo que reflejan las creencias y valores de las personas comprometidas con la investigación, que son a su vez miembros de sociedades, de culturas y de subculturas. Lo que puede evitar el predominio deliberado o accidental de un conjunto idiosincrático de asunciones es la interacción crítica entre esos miembros de una comunidad científica y los de otras comunidades que intenten describir y explicar el mundo natural. De ser así, la imagen del genio solitario que accede a los secretos del mundo natural es sólo parcialmente correcta. Se requiere un toque de genialidad para formular algunas de las grandes teorías de la ciencia occidental: las de la física de la gravedad, la teoría de la

² N. CARTWRIGHT, *How the Laws of Physics Lie*. Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1983. Otros estudios filosóficos recientes sobre la ciencia son los de R. GIERE, *Explaining Science*. Chicago, University of Chicago Press, 1988; I. HACKING, *Representing and Intervening*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983, trad. cast. *Representar e Intervenir*, Paidós-UNAM, 1996; y B. VAN FRAASSEN, *The Scientific Image*. Oxford, Oxford University Press, 1980, trad. cast. *La imagen científica*, Paidós-UNAM, 1996.

evolución por selección natural, la de la relatividad. Pero lo que determina si cuentan como conocimiento científico, si se convertirán en armazones y cimientos de síntesis teóricas, en fuente de trabajo futuro, es su capacidad de supervivencia al escrutinio crítico de una comunidad de investigadores y de fundirse en el cuerpo de conocimientos. En la historia cultural de Occidente, ha habido anticipaciones a muchas de las nociones capitales de la ciencia contemporánea: Aristarco, en el siglo III a. C., creyó que el sol era el centro de las órbitas de los planetas; Demócrito pensó que el mundo estaba constituido por átomos; Leibniz rechazó el espacio y el tiempo absolutos. Sin las redes de científicos, teorías, problemas relevantes y técnicas de verificación de acuerdo a las que deben elaborarse y comprobarse, estos razonamientos y especulaciones no podrían implantarse en una práctica de investigación sistemática y continuada. Seguirían siendo curiosidades, singularidades, en lugar de descubrimientos que se atribuyen a Nicolás Copérnico, John Dalton, Marie Curie, Lise Meitner y Albert Einstein. Lo que entendemos por descubrimiento depende de un cuerpo cognoscitivo preexistente, de forma que el genio es aquél al que la comunidad identifica con quien le proporciona una teoría o un modelo que tanto desafíe como sintetice tales conocimientos. Así, las comunidades construyen el saber mediante la interacción con el mundo y a través de interacciones discursivas y sociales que dan lugar a la crítica, el reto y el consenso.

De por sí, la investigación es social y se encuentra sujeta a la interacción, tanto a la hora de elaborar redes de conocimiento como a la de garantizar, en la medida de lo posible, los criterios de fiabilidad y objetividad. Esto es lo que supone la interdependencia cognitiva o epistémica. Pero hay otro conjunto de relaciones de dependencia entre las ciencias y las sociedades que las apoyan. En el pasado la ciencia constituía la esfera de los «caballeros» que podían permitirse tal lujo. En las sociedades industriales del siglo XX, la ciencia no sólo ha entrado totalmente en las universidades sino que es fomentada principalmente por el estado y la industria.

La investigación científica se ha vuelto indispensable para lograr ciertos objetivos de los estados (la defensa y la guerra), de las corporaciones (el desarrollo de nuevos materiales, nuevas sustancias y medios para fabricar en serie las sustancias de las que hay escasez) y de las sociedades (el control de las enfermedades). En la medida en que estas instancias han extendido su apoyo a la investigación científica, ésta, especialmente en su variante experimental, empieza a depender de ese apoyo. El Proyecto Manhattan, que movilizó a centenares de científicos en un esfuerzo que duró años, no supuso sólo el logro de una nueva arma, sino una forma completamente nueva de hacer ciencia, perpetuada en los cincuenta años posteriores de investigación en física e información para el ejército, en el desarrollo de la biotecnología a partir del encuentro entre la industria y la academia, y ahora en el proyecto del genoma humano, un esfuerzo global para articular la sucesión entera de los pares de bases (los ladrillos básicos de la molécula del ADN) del genoma humano. Ante estas múltiples dependencias, ¿en qué medida influye quién hace la ciencia? Aunque las nuevas formas de apoyo implican que sus practicantes ya no necesitan ser ricos y autosuficientes, debe tenerse en cuenta que la ciencia es todavía en gran medida el terreno de hombres que se han visto beneficiados por una educación apropiada.



Las mujeres están integrándose muy lentamente en la fuerza de trabajo científica y más lentamente aún en la cima, donde residen el poder y el prestigio. Los miembros de minorías raciales tradicionalmente desprovistas de privilegios son aún más escasos. ¿Es posible deslindar los intereses financieros de los de los científicos cuando intentamos entender cómo se hace la ciencia? ¿A quién responden los intereses que determinan lo que se revelará del mundo y lo que permanecerá inexplorado? ¿Y quién se beneficiará y quién sobrellevará el peso de estas decisiones?

En los siglos XVI y XVII, la filosofía natural de Europa Occidental pasó de dar una explicación de los fenómenos naturales según principios básicos a darla de los fenómenos basados en la observación. El principio, la teoría, era y es, no obstante, todavía importante: la *Royal Society* de Inglaterra tomó buena nota de muchas observaciones de fenómenos extraños y singulares que nunca se llegaron a integrar en las explicaciones sistemáticas de la naturaleza. Sin una teoría, un modelo o una regularidad —una serie de casos similares—, los terneros de dos cabezas y otros fenómenos por el estilo permanecieron fuera del alcance de la comprensión científica.

El experimento es un medio de establecer regularidades. Éstas, a su vez, requieren y permiten la elaboración de modelos y teorías más globales. Llegar a conocer los ritmos de la naturaleza es un paso esencial tanto para predecir la frecuencia de sus fenómenos como para reproducirlos. En el laboratorio se puede conseguir que muchos factores permanezcan constantes, reducir la complejidad del escenario natural y observar el efecto de un factor o de una intervención. Las sustancias pueden pasarse a través de instrumentos, como centrifugadoras o baños de enzimas, que las descomponen en sus partes constituyentes o que las someten a una gran velocidad, como hacen los aceleradores de partículas.

En la medida en que buscamos desvelar los secretos que esconde la materia en partículas cada vez más pequeñas, nos es preciso dar con nuevos instrumentos y tecnologías que nos ayuden a leer los resultados de reacciones que resultan bien minúsculas, o bien demasiado veloces para que el ojo las registre. El gel electroforético pasa una corriente eléctrica a través de una muestra de ADN, produciendo un patrón distintivo de bandas que nos revela la secuencia particular de las bases (nucleótidos) —adenina, timina, citosina, guanina— que constituyen esa cadena particular. Los detectores de los aceleradores de partículas filtran miles de entradas para encontrar la partícula buscada. Los datos de los radiotelescopios se transforman en imágenes de una porción del cielo. Pero en realidad mediante estas máquinas no llegamos a dejar la naturaleza al desnudo. Como máximo nos obsequian con las huellas, las rúbricas, dejadas por ella. Las propias máquinas son ventanas al mundo, cargadas de teoría, y nos exigen que usemos teorías para reconstruir la cadena causal desde la estructura de la partícula o el gen hasta las imágenes que consideramos como sus huellas. Sin la teoría tenemos sólo ristas ininteligibles de marcas o manchas. Lo que se ve cuando se mira una mancha en la médula es muy diferente de lo que distingue un técnico del laboratorio que percibe las diferencias de una mancha a otra, lo cual, a su vez, es muy distinto de lo que encuentra el investigador de cáncer o el patólogo que interpreta esas diferencias.

En ciertos casos los instrumentos representan atajos, formas de confiar horas de labor esmerada y tediosa a la automatización, como el secuenciador de ADN



que, usando láseres y marcadores radioactivos, puede leer miles de pares de bases (adenina-timina; citosina-guanina) de ADN en un día³. En otros casos representan proyecciones teóricas del mundo, como ocurre con los detectores de partículas o los radiotelescopios que transmiten lo que nuestras teorías presentan como evidencia de piones o top quarks o de quásares y agujeros negros. Solemos tomar la tecnología científica como una especie de *hardware* —cristal, metal y cerámica—, si bien en la biología molecular los investigadores sí que han aprendido a poner los procesos biológicos mismos al servicio de la investigación. Así, por ejemplo, tenemos la reacción en cadena de la polimerización, que permite a los investigadores reproducir segmentos deseados de ADN con extraordinaria eficacia —hasta un millón de copias de un segmento dado en veinte ciclos, que duran de cuatro a cinco minutos cada uno. Hasta ahora, las cantidades deseadas de ADN sólo podían producirse aprovechando los ciclos de la reproducción de la bacteria o de la levadura (sin duda, una proeza biotecnológica en sí misma). Una vez que estos procesos se han desarrollado parecen obvios. Su rápida incorporación al laboratorio no deja rastro del esfuerzo invertido para desarrollarlos y perfeccionarlos —las horas de dedicación con los tubos de prueba y los reactivos, los tanteos infructuosos y los prometedores, aunque finalmente menos eficaces, los procesos poco precisos que se van acumulando, como la drosófila que se usa en función de cualquier desarrollo científico exitoso. Los éxitos —anticuerpos monoclonales, oncogenes—, cromosomas artificiales de la levadura (conocidos como YACs) se convierten en los aspectos mundanos de un proceso de investigación que sigue su curso hacia nuevos desafíos y logros.

En este proceso, ciertas partes del mundo natural, dado que pueden estabilizarse y reproducirse, llegan a representar el todo. La construcción del conocimiento se produce a través de las redes de laboratorios, algunos compitiendo, otros colaborando entre sí. La convicción de que están encaminándose hacia un mismo fenómeno procede en parte del desarrollo de herramientas de investigación y productos estandarizados: moscas de la fruta genéticamente idénticas (las heroínas de la genética del siglo XX), ratones o bacterias que responderán de la misma manera a las mismas intervenciones, sean realizadas en San Francisco, San Luis, París, Buenos Aires, Tsukuba o Zurich. Estas herramientas estandarizadas, mantenidas como heroicas unidades de medida, aun cuando ellas mismas son producto de una fragmentación de la naturaleza, son las que permiten trascender lo local e integrar los experimentos concretos, realizados en lugares concretos, en la ciencia global, internacional.

Pero si los objetos sobre los que se construye el conocimiento científico se aíslan así de su entorno e interacción habituales, y se conservan aislados con medidas como la congelación o el control de la humedad y la atmósfera o la inmersión

³ Para más información sobre la automatización de los tediosos procesos en la investigación sobre el genoma humano, véase L. HOOD, «Biology and Medicine in the Twenty-First Century», en D.J. KEVLES y L. HOODS (eds.), *The Code of Codes: Scientific and Social Issues in the Human Genome Project*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, pp. 136-63.

en formaldehído, y se mantienen sujetos a presiones y tensiones que se intensifican más allá del rango de su estado «natural», ¿hasta qué punto podemos concebir la ciencia como explicación de la naturaleza tal como es en sí misma, en vez de como producto maleable surgido del laboratorio? Desde luego, los estudios de campo y los ensayos clínicos actúan verificando nuestras generalizaciones más allá del laboratorio, pero junto al filósofo Joseph Rouse, podríamos preguntarnos hasta qué punto transformamos nuestros propios contextos para adaptar los objetos y productos del conocimiento del laboratorio⁴. ¿Constituye el espacio esterilizado de la guantera tan sólo un caso extremo de construcción de una atmósfera prístina para las nuevas herramientas de nuestras ocupaciones?

Bruno Latour y Steven Woolgar, actuando como observadores inexpertos, afirmaron, en parte irónicamente, que la función de un laboratorio era producir registros⁵. Por ejemplo, en un laboratorio de endocrinología, el tejido de las glándulas del timo de muchos animales, o páncreas y glándulas pineales, es triturado, posiblemente tratado con un marcador fluorescente o radiactivo, y puesto en un recipiente para calentarlo, agitarlo, refrescarlo, o para que interactúe con una sustancia mejor conocida. La máquina se conecta a una aguja u otro dispositivo magnetofónico que genera esas marcas o registros en una superficie de papel, metal o silicona. Los miembros del laboratorio las discuten, comparan diferentes resultados, construyen un conjunto de marcas y lo insertan en un texto que se envía entonces fuera del laboratorio. Éste, a su vez, recibe textos salpicados de manchas, gráficos y tablas similares de alguna otra parte. Reconocemos en esta descripción la producción de un artículo de investigación, el medio para comunicar el conocimiento científico y pensar que compartimos el juego.

Pero si la función del laboratorio no es procesar, producir y hacer circular los registros; si lo anterior no es sino una explicación demasiado pobre de toda esa actividad, ¿cuál es entonces? Al preguntarle al investigador individual se recibirá diversidad de respuestas. Un científico joven al que conocí en la facultad fue bastante franco sobre sus objetivos: quería recibir el Premio Nobel. James Watson, quizás el modelo de este amigo, tenía bastante claro el éxito que disfrutaría quienquiera que resolviera el enigma de la estructura del ADN⁶. Pero otros científicos, por el contrario, apuntarán su deseo de saber cómo funcionan las cosas, su amor a la naturaleza o una necesidad urgente de entender el universo, una curiosidad irresistible sobre la composición de las cosas o el puro placer de tener un enigma recal-

⁴ J. ROUSE, *Knowledge and Power*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1989.

⁵ B. LATOUR y S. WOOLGAR, *Laboratory Life*, Princeton, Princeton University Press, 1986, 2nd ed., trad. cast. *La vida en el laboratorio*. Madrid, Alianza, 1995. Otros estudios antropológicos y sociológicos recientes sobre la ciencia de laboratorio son los de A. PICKERING, *Constructing Quarks*. Chicago, University of Chicago Press, 1984, y S. TRAWEEK, *Beamtimes and Lifetimes*. Cambridge, Harvard University Press, 1987.

⁶ J. WATSON, *The Double Helix*. New York, Atheneum, 1968, trad. cast., *La doble hélice*. Biblioteca Científica de Salvat, 1989.

citante que intensifica la perseverancia, la perspicacia y la osadía. Los más orientados al psicoanálisis pueden reconocer una necesidad de poder y control que se satisface con la manipulación de sustancias e instrumentos, a través de la medición precisa. Todos estos motivos individuales explican por qué individuos concretos deciden seguir carreras de ciencias, pero no por qué las ciencias han llegado a dominar la vida intelectual en las sociedades industriales. Desde luego, el poder de las ciencias para resaltar los contornos de una inmensa cantidad de fenómenos, un poder procedente de la unión de estructuras matemáticas formales y de la observación cuidadosa y controlada, es parte de la fuente de esta autoridad cognitiva. Aunque debe de haber algo más que explique la superioridad social y económica de la ciencia, el interés popular con que se siguen las numerosas publicaciones, desde *Scientific American*, a *Discover*, a «Science Times» de cada martes en el *New York Times*, y programas de televisión como *Nova* y el poder para disponer de la mejor tajada de los recursos académicos en las universidades y facultades. Los miembros del Congreso podrían desear reformar la *National Science Foundation* y los *National Institutes of Health*, pero en ningún momento aspirarían a suprimirlos, como han amenazado hacer con las dotaciones para las humanidades y las artes.

Hace poco más de cincuenta años, «la Bomba» convulsionó la percepción común de la investigación científica. Olvidada la búsqueda de sutiles torres de marfil, se transformó en una actividad cuyos efectos podrían afectar a cada hogar, desde el miedo a ataques atómicos hasta el aprovechamiento de fuerzas antes no imaginables para el orden humano. Todavía no existe un dictamen definitivo sobre la conveniencia o no del desarrollo de la energía nuclear, pero no hay ninguna duda de que tanto como fuerza material que atrae a partidarios y detractores, cuanto como centro de una imaginación moderna entusiasmada por los conceptos de relatividad e indeterminación, los resultados de la investigación física de la primera mitad de este siglo han configurado el perfil del mundo indeleblemente. En la segunda mitad, los desarrollos conseguidos en la investigación del campo de la información y en las operaciones durante la guerra han facilitado de forma gradual y pausada la actual infiltración de los ordenadores en casi todas las facetas de la vida industrial e intelectual. La física subatómica, la química y la ciencia de la información también han transformado la investigación científica, ya que han hecho posible la adquisición, procesamiento y transferencia de datos en cantidades y velocidades que aumentan anualmente. En el último tercio de este siglo se les ha unido la biología, especialmente la biología molecular, como motor de cambio.

Porque cala profundamente en el organismo viviente, porque frecuentemente la investigación pionera y el desarrollo tecnológico se logran simultáneamente en el mismo proyecto, y porque el ritmo de cambio ha sido tan rápido, la nueva biología propone desafíos que parecen aún mayores que los que supusieron las revoluciones atómica y de la información. Como síntoma de la importancia de este desafío, los propios biólogos moleculares se impusieron una moratoria a corto plazo en la investigación del ADN recombinante a mitad de los ochenta. Aunque la moratoria no duró mucho, legó pautas nacionales y, aunque bastante modestos la mayor parte de las veces, también controles locales sobre los usos de la ingeniería genética. Entretanto, se nos prometen fresas resistentes a las heladas, tomates que



madurarán fuera de la planta, y que se cuadruplicará la capacidad productora de una vaca lechera. Estos desarrollos y otros inevitables son simplemente las primeras consecuencias. La nueva biología ha aprendido a usar los procesos naturales desde una microperspectiva de lo subcelular y lo genético, librándonos de los viejos constreñimientos de la naturaleza concebida desde la macroperspectiva, no sólo por lo inexorable de las estaciones o los caprichos meteorológicos, sino también por los costos industriales. Se ha probado que las cadenas de bacterias son capaces de acabar con residuos peligrosos, ya que sus sistemas metabólicos transforman los aceites tóxicos y contaminantes en derivados inofensivos. Además, al transformar varias facetas de la producción, la biología molecular proporciona una nueva comprensión de la salud, la enfermedad y la identidad humanas. Pero esto no sólo merece divulgación, sino que requiere además un nivel y una calidad de reflexión para la que tal vez no estemos preparados.

Las posibilidades de la manipulación genética han llegado a desembocar en la búsqueda de la base genética del sufrimiento humano. Así, oímos hablar de la búsqueda del gen del cáncer de pecho, del cáncer de colon, del alcoholismo, de la depresión maníaca, e incluso de la (homo)sexualidad. Pero los genes codifican las proteínas, y la presencia o ausencia, la super o infraproducción de una sola proteína resulta ser la causa de una enfermedad dada sólo en unos pocos casos. E incluso así, cuando una mutación heredada en un solo gen es la causa aislable de una enfermedad, como en el cáncer del pecho, sólo se puede asociar a un porcentaje muy pequeño de todos los casos de esa enfermedad⁷. Por otro lado, son mucho más comunes las enfermedades que involucran a múltiples genes, tanto estructurales como reguladores. Lo que es más, incluso aunque haya algunas mutaciones que inevitablemente produzcan la enfermedad, en la mayoría de los casos la propia fisiología del organismo y los factores medioambientales externos podrán alterar sus síntomas desde lo apenas perceptible hasta la discapacidad aguda. La genética bioquímica o molecular de una enfermedad puede proporcionar los cimientos para una cura o terapia preventiva. En casi todos los casos, tales terapias se sitúan aún, desgraciadamente, en el futuro. Mientras, lo único que se puede determinar es la gestación de un feto identificado como genéticamente predispuesto (con algún grado de probabilidad) hacia alguna condición adversa dada. Esto les parece, por lo menos a algunos, una bendición, ya que significa sufrir menos enfermedades fatales y dolorosas.

⁷ La situación es más complicada de lo que podría sugerir un análisis superficial. Se han identificado dos genes (BRCA-1 y BRCA-2), cada uno de ellos implicado en alrededor de la mitad de los casos de cáncer de pecho heredado, lo que constituye quizá un diez por ciento de todos los casos de cáncer de pecho. Debido a su implicación en los cánceres de pecho heredados, BRCA-1 y BRCA-2 han sido profundamente estudiados. Se piensa que están relacionados con otros cánceres, como el de ovarios y el de próstata; los investigadores han conectado las disfunciones en la proteína producida por BRCA-1 normales con casos de cáncer de pecho esporádicos, esto es, no heredados; y un estudio ha relacionado las mutaciones en BRCA-2 con cerca de 65 casos de una muestra de 200 tumores de pecho esporádicos.

Pero en el mejor de los casos, se trata de una bendición agrídulce. La habilidad presente para identificar los cromosomas del sexo de un feto está produciendo una disminución de mujeres en algunas sociedades. Mientras que la mayoría de los médicos se retracta de las medidas utilizadas en el pasado para controlar conductas indeseables (por ejemplo, las histerectomías y lobotomías), no está claro si el pasado constituye en realidad una lección o un precedente.

El proyecto genoma humano siguió en parte el modelo del Proyecto Manhattan —una empresa con un despliegue descomunal que involucra a gran cantidad de investigadores y muchas facetas de la investigación. Es siempre descrita con grandes cifras: tres mil millones de dólares (la cantidad destinada por el gobierno de Estados Unidos), tres mil millones de pares de bases, cien mil genes. Su objetivo inicial es identificar el genoma humano especificando la secuencia completa de bases nucleicas que constituyen los genes. Como ocurrió con el Proyecto Manhattan, se esperan beneficios de los subproductos útiles que surjan a medida que se vaya alcanzando el objetivo principal. La secuencia misma no nos dice nada todavía. En el futuro, a partir de ella puede desarrollarse un mapa que podría especificar las funciones de los segmentos de la secuencia que constituye los genes. El proyecto ya ha propiciado la invención de nuevas tecnologías para la investigación genética, y debido a la necesidad de modelos animales, también nuestro conocimiento de la estructura genética de otras especies aumentará. Recientemente se anunció la primera descripción completa del genoma de un organismo. El organismo es la bacteria *Haemophilus influenza*, con 1.830.137 pares de bases que arrojan un número estimado de 1.743 genes. Tenemos aún un largo camino por recorrer antes de lograr la meta de la secuenciación completa del genoma humano. No obstante, los participantes en el proyecto sostienen que cada uno de nosotros posee un disco compacto que contiene la representación de nuestro propio perfil genético individual para el futuro.

Entretanto, una parte de los fondos destinada al proyecto se ha reservado al apoyo de la investigación de las implicaciones éticas y legales del proyecto. Algunos problemas son claramente éticos y ya han sido planteados, cuando no resueltos. ¿Puede usarse la información genética para evaluar a quienes solicitan seguros médicos? ¿Puede un patrón exigir la firma genética de un futuro empleado en la solicitud de empleo? Estas preguntas figuran a menudo bajo el epígrafe del derecho a la privacidad, el cual resulta un enfoque pobre y estrecho para estas preguntas. ¿No deberíamos replantearnos el marco conceptual del riesgo, sobre el que hasta ahora ha descansado el seguro de enfermedad? ¿Quién tendrá ahora que hacerse responsable de la salud? ¿Cuál será el destino de los rechazados para un empleo sobre la base de una presunta invalidez futura? Ya sabemos que hay sólo una relación de probabilidades entre un perfil genético dado y la manifestación de un rasgo fenotípico. ¿Acaso el tipo de conocimiento que podemos lograr no nos obliga a una investigación más profunda que la que sostiene que todo es constante a excepción del pequeño disco compacto? Además, si la información genética sólo puede darnos una probabilidad de la aparición de un rasgo determinado, ¿cuál es ese tipo de privacidad cuya violación nos concierne aquí? Un historial familiar que, en principio, podría recomponer cualquiera que supiera el parentesco biológico, sólo puede ser informativo.





Otras cuestiones que podrían plantearse no parecen ser puramente éticas ni científicas. Tomemos, por ejemplo, el objetivo central de la identificación del genoma humano entero. Si el genoma de cada uno es único, ¿qué genoma se seleccionará como característico? ¿El de un hombre? ¿El de una mujer? ¿De qué linaje étnico o racial? Y una vez que estos problemas sean tratados, está la cuestión de cómo concebir la secuencia producida. Se supone que representa a un miembro típico, «normal» de la especie. Pero, ¿cómo determinamos lo que es normal? ¿Son normales o anormales las mujeres que desarrollan un cáncer de pecho, o los hombres que desarrollan el cáncer de próstata a la edad de setenta y cinco años? ¿La mujer que desarrolla la osteoporosis a los sesenta años es normal o anormal? ¿Lo es quien muestra un perfil genético asociado a un veinticinco por ciento de probabilidad de desarrollar el cáncer pero que vive una vida larga y muere de una enfermedad del corazón? Ya que la caracterización de la secuencia es la fase primera y necesaria para producir un mapa, parte del objetivo se pierde si dejamos de producir múltiples secuencias alternativas. En cualquier caso, ¿qué grado de variación podríamos admitir dentro de los límites de la normalidad? ¿Hay quien no tenga predisposición genética para ningún estado de enfermedad? ¿Se establece la normalidad en referencia al genotipo (la predisposición) o al fenotipo (su materialización)? Esa primera secuenciación será una composición, pero una composición es una construcción, no algo que ocurre de forma natural. Como Evelyn Fox Keller ha planteado, ¿quién decidirá lo que terminará representando la norma humana?⁸ ¿Y en qué contextos será ésta procedente?

Algunos defensores del proyecto genoma humano lo exaltan como algo fundamental para el autoconocimiento individual y de las especies y, por lo tanto, digno de perseguirse, independientemente de cualquier otro beneficio material. Para ellos, el problema ético es cómo evitar la autoexculpación simplista: «mis genes me empujaron a hacerlo», que ven como la licencia para todos los tipos de conducta antisocial. Pero esto es demasiado determinista tanto para la mayoría de los filósofos como para muchos biólogos, y resulta difícil precisar lo que tienen en común una secuencia genética y algunas barbaridades producidas en guerras recientes y transmitidas de forma propagandista; o lo que tiene que ver la secuencia genética con la experiencia emocional de una sonata de Brahms, un poema de Neruda o la pintura de DeFeo, generada por la interacción de artista, artefacto y oyente, lector o espectador. Merece la pena comparar esta visión del autoconocimiento con la del filósofo del siglo XVII Baruch Spinoza⁹. Spinoza también fue un determinista, pero sostuvo que ese autoconocimiento era la clave de la libertad humana. Los humanos, pensaba Spinoza, se mueven por el deseo de lo que creemos que será bueno para

⁸ E.F. KELLER, «Nature, Nurture and the Human Genome Project», en Kevles y Hood, *The Code of Codes*, pp. 281-99.

⁹ B. SPINOZA, *Ethics*, 1678, trad. inglesa W.H. White y A.H. Stirling, Oxford, Oxford University Press, 1927.

nosotros. Pero a menudo confundimos lo que es realmente bueno para nosotros y no entendemos la naturaleza de nuestros deseos. Así, la condición humana estriba en ser inducidos a la acción por causas cuya verdadera naturaleza ignoramos. Cuando adecuemos nuestras ideas, es decir, una vez que lleguemos a conocer nuestras verdaderas naturalezas (lo cual, para Spinoza implica conocer la verdadera naturaleza de todo), podremos conocer no sólo cuáles eran las causas de nuestros (anteriores) deseos, sino que evitaremos volver a ser víctimas de ellos. Nuestras acciones podrán estar condicionadas, pero también serán libres, ya que estaremos determinados por causas que, dado nuestro completo conocimiento, podremos saber que conducen a un auténtico bienestar. La visión de Spinoza expresa una fe en la razón que ya en el siglo xx ha dejado de prevalecer, pero su aspiración a un autoconocimiento transformador desde el interior es profundamente humana y está más allá del alcance de cualquier laboratorio.

La ciencia y las ideas sobre ella han transformado de una manera profunda la vida de las sociedades industriales modernas, de la misma manera que estas sociedades han proporcionado las condiciones materiales y culturales en las que se ha desarrollado un cierto tipo de ciencia. Los estudiosos debaten si las ciencias desarrolladas en Europa Occidental y América del Norte representan el epítome del conocimiento natural o de las formas de conocimiento derivadas de los intereses particulares de occidente. A medida que la ciencia de laboratorio occidental se practica por todo el mundo —en Japón, India, China, Ghana, Kenya, Brasil, Argentina y en otras partes— este debate se complica. En parte, gira alrededor de qué tipos de prácticas representacionales e interventoras llegan a llamarse «ciencia», y del grado de libertad que puede darse para alterar y redirigir las prácticas presentes. En gran parte éste es un problema que se perfila en la práctica más que en abstracto. Pero a medida que las ciencias y los productos tecnológicos basados en la ciencia afectan nuestra vida cada vez más profundamente, los pensadores plantean cómo la investigación de laboratorio y sus resultados están simultáneamente ampliando y restringiendo el alcance de la experiencia y de las aspiraciones humanas. Las fotografías de Catherine Wagner¹⁰ nos invitan a reflexionar no sólo acerca de los efectos de la investigación científica sobre nosotros mismos, sino también sobre las formas en que las ciencias expresan la cultura común en cuya construcción participamos todos¹¹.

¹⁰ Dichas fotografías acompañan al texto original como parte del catálogo de la exposición *Art & Science: Investigating Matter*, organizada por la Washington University Gallery of Art en San Luis, Missouri, y algunas de ellas se incluyen al final de este artículo.

¹¹ Deseo agradecer a Carl Chung, Hellen Donis-Keller, Valerie Miner y Elizabeth Spelman los útiles comentarios a versiones anteriores del texto.

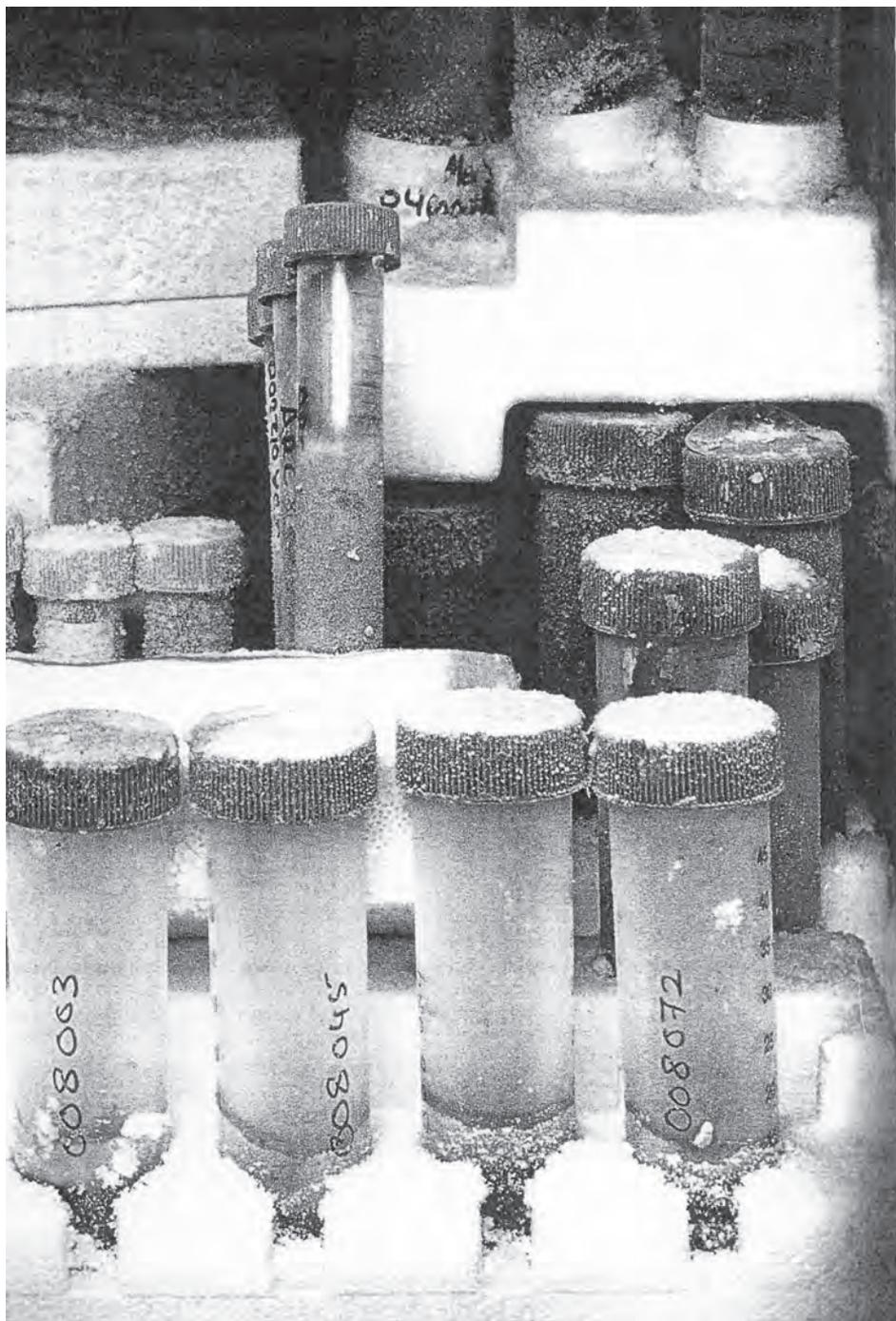


Foto 1.

MARY FAIRFAX SOMERVILLE: LO CIENTÍFICO SUBLIME

Inmaculada Perdomo Reyes y Margarita Santana de la Cruz
Universidad de La Laguna

RESUMEN

La historia de las mujeres de ciencia cuenta ya con cierta tradición. Desde los estudios biográficos iniciales con perspectiva de género hasta los actuales que inciden en el análisis contextual de las aportaciones de las mujeres de ciencia, las imágenes que de ellas tienen sus coetáneos y las propias auto-representaciones, conforman complejos tapices de tópicos relacionados que contribuyen a la comprensión de las contribuciones de las mujeres de ciencia. El caso de Mary Somerville ilustra estos aspectos e introduce uno más de especial relevancia: el carácter de su escritura científica.

PALABRAS CLAVE: Historia de la ciencia, mujeres de ciencia, perspectiva de género, retórica.

ABSTRACT

When referring to the history of women in science, we may speak of the tradition that runs from the initial biographical studies from the gender perspective to the current ones that deal with the contextual analysis of scientist women's contributions. Female scientist images built both by themselves and by those contemporary with them conform complex tapestries of related topics. These foster the understanding of the contributions of women to science. The case of Mary Somerville illustrates these aspects and simultaneously enriches them by the added relevance attributed to her scientific writing.

KEY WORDS: History of science, women in science, gender perspective, rhetoric.

It is impossible to be a mathematician without being a poet in soul... the poet has only to perceive that which others do not perceive, to look deeper than others look. And the mathematician must be able to do the same thing.

Sonia Kovalévsky

0. INTRODUCCIÓN

Mary Somerville (1780-1872), llamada «la reina de la ciencia en el siglo XIX» en el obituario publicado por *The Morning Post*¹, es conocida por ser la traductora de *Mécanique Céleste* de P.S. Laplace con el título *The Mechanism of the Heavens* (1831). En esta obra incluyó una *Disertación Preliminar* que contribuyó a la intro-



ducción de las matemáticas continentales entre los lectores ingleses, ya que incluía las herramientas conceptuales necesarias para la comprensión del texto, así como una historia de los avances en astronomía y una contextualización, elucidación, e interpretación del trabajo de Laplace. Esta «traducción al lenguaje común» hizo que el libro y la *Disertación* se convirtieran en los textos centrales en los cursos de matemáticas en Cambridge y que formaran parte del proyecto de creación de la *Library of Useful Knowledge* impulsada por Lord Brougham, si bien finalmente hubo de encontrarse otro editor ante la magnitud de la obra. Mary incorpora en su trabajo un esquema interpretativo que «suaviza» el esquema mecanicista y determinista de Laplace y presenta un universo vivo, lleno de luz y color. Esta obra la sitúa en la élite de la ciencia. En tal sentido, forma parte del círculo de la bióloga y química Jane Marcet, John Herschel, Charles Babbage y Ada Lovelace —de quien es instructora y amiga—, Faraday o George Peacock, entre otros. Con este primer trabajo de 1831 obtiene una merecida reputación científica. Mary había presentado en 1826 en la *Royal Society* el estudio basado en experimentos realizados en su jardín «The Magnetic Properties of the Violet Rays of the Solar Spectrum», publicado en *Philosophical Transactions*. En 1834, publica *On the Connexion of the Physical Sciences*, un amplio tratado sobre la interdependencia de los fenómenos físicos y las conexiones entre las ciencias físicas. La obra trata sobre astronomía física, mecánica, magnetismo, electricidad, sobre la naturaleza del calor, el sonido y la óptica, además de la meteorología y climatología. La comprensión de los cielos se unía así al deseo subsiguiente de comprender los fenómenos terrestres, pues estaba convencida —y este convencimiento es una constante en el conjunto de su obra— de la profunda unidad natural que subyace en todo el universo. Faraday revisó varias ediciones de la obra, que llegaron a diez, además de las traducciones al francés, alemán e italiano, y de la que se venden más de quince mil ejemplares. A través de sus reediciones en los cuarenta años siguientes se advierte la evolución de la ciencia en estos temas, ya que la obra era escrupulosamente puesta al día. Un dato importante a considerar es que en la reseña de esta obra que realiza W. Whewell, Master del Trinity College de Cambridge, aparece el primer uso público del término «científico»². Estamos en un momento en el que la profesionalización, especialización e institucionalización de la ciencia aún no se habían producido.

En 1848, ve la luz *Physical Geography*. La obra estaba lista para la imprenta cuando se publica el primer tomo del *Kosmos* de Humboldt, lo que estuvo a punto

¹ *The Morning Post*, Londres, 2 de diciembre de 1872.

² W. WHEWELL, «On the Connexion of the Physical Sciences by Mrs. Somerville». *Quarterly Review*, vol. 51 (1834), pp. 54-68. Whewell había propuesto el término en 1833 en una reunión de la *British Association for the Advancement of Science*. En la reseña establece dicho término como análogo a «artista» o «economista», y lo define de modo general como «un nombre con el cual podemos designar a los que estudian el conocimiento del mundo material colectivamente...», un término general con el que los miembros (de BAAS) pueden describirse a sí mismos con referencia a sus metas».

de hacer que Mary desistiera de su publicación y que destruyera la obra quemándola. Pero la envía a J. Herschel, quien recomienda su inmediata publicación. Se convierte también en el texto de referencia en las universidades inglesas durante los siguientes cincuenta años. La obra incluía una descripción de la estructura global de la tierra y otras características de la misma, comenzando con las fuerzas que dieron lugar a los continentes. Estudia también los elementos más dinámicos del paisaje natural: las mareas, los ríos y los lagos, y las fuerzas que actúan en ellos, incluyendo las que gobiernan la temperatura, la luz y el color, la electricidad, las tormentas, la aurora y el magnetismo. Incluye una descripción del mundo vegetal de acuerdo con su distribución geográfica; la descripción de los insectos, los peces y los reptiles de acuerdo con esa misma distribución y la descripción de los pájaros y de los mamíferos por continentes. Finalmente, muestra la distribución y condición de la raza humana: hace repaso a las teorías sobre sus orígenes, las costumbres, el lenguaje y las cotas de progreso alcanzadas por la humanidad. Una anciana pero lúcida Mary Somerville publica dos textos más, *Molecular and Microscopic Science*, en 1869, en los que incluye los más recientes descubrimientos en química y física y, finalmente, su propia correspondencia, recogida en *Personal Recollections*³.

Junto a su labor científica hemos de destacar su continuo compromiso con la educación y la conquista de derechos de las mujeres. Como afirmó J. Stuart Mill, ella encabezó la lista de firmantes del manifiesto por el sufragio para las mujeres, también formó parte del movimiento anti-vivisección y se trasladó a vivir a Italia en la década de los cuarenta criticando «el prejuicio irracional que prevalece en Gran Bretaña en contra de la educación literaria y científica para las mujeres». Paradójicamente creía que, a pesar de todo, a las mujeres les faltaba el «genio» científico. Esta afirmación la hace en la octava edición de *Connexion of Physical Sciences*, al introducir la novedad del descubrimiento de Neptuno (1846) tras la computación de la órbita de Urano. La idea, había afirmado Adams, surgió tras la lectura de una edición anterior de la obra de Mary. Efectivamente, en la sexta edición publicada en 1842, puede leerse:

Those of Uranus, however, are already defective, probably because the discovery of that planet in 1781 is too recent to admit of much precision in the determination of its motions, or that possibly it may be subject to disturbances from some unseen planet revolving about the sun beyond the present boundaries of our system. If, after a lapse of years, the tables formed from a combination of numerous observations should be still inadequate to represent the motions of Uranus, the discrepancies may reveal the existence, nay, even the mass and orbit, of a body placed for ever beyond the sphere of vision.

³ Cartas y notas seleccionadas por su hija, Martha Somerville, y publicadas en 1873 como *Personal Recollections, from Early Life to Old Age, of Mary Somerville*, John Murray, Londres. Existe una edición actual de D. McMILLAN, *Queen Of Science. Personal Recollections of Mary Somerville*. Cannongate, Edinburgh, 2001.



Aun así, el conocimiento de este aspecto del descubrimiento del planeta ha sido ampliamente ignorado por la historia de la ciencia.

La *Royal Society* situó su busto en el *Great Hall*. Fue miembro honorario de las más destacadas sociedades científicas y recibió una pensión del gobierno. Jane Marcet le escribió: «You receive great honours, my dear friend, but that which you bestow on our sex is still greater, for with talents and acquirements of masculine magnitude you unite the most sensitive and retiring modesty of the female sex»⁴.

1. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IMAGEN PROPIA

Mary Somerville es, probablemente, una de las grandes olvidadas por la historia de la ciencia⁵. A lo sumo, ha sido incluida en los listados de mujeres matemáticas famosas y sus reseñas biográficas son tan cortas como superficiales y parciales. Otros relatos «no críticos» y deudores aún de la concepción de la historia de la ciencia como un simple panteón de descubridores la han retratado como una popularizadora o figura de menor interés.

Pero Mary Somerville fue una eminente científica, su nivel de conocimiento de la ciencia fue muy alto, su participación en la comunidad científica de su época fue muy amplia, sus contribuciones al avance de la ciencia fueron fundamentales, el reconocimiento que recibió por parte de sus coetáneos y del gobierno en forma de pensión reflejan también su importancia como científica, y los criterios de científicidad que se aplicaron a su trabajo fueron los mismos que se aplicaban a los trabajos de sus «colegas científicos». Formó parte de las mejores sociedades científicas de Europa y América, y vendió miles de ejemplares de sus obras.

Otros elementos pueden sumarse a la lista propuesta para ofrecer una imagen contextualizada e integrada de la significación de Mary Somerville, pero probablemente la mejor forma de mostrar tal reconocimiento sea ofrecer la voz a sus coetáneos. Como mencionamos anteriormente, W. Whewell redacta en 1834 la reseña de *On the Connexion of the Physical Sciences* para *The Quarterly Review*, fórum de los debates científicos más avanzados de la época. En ella dedica gran número de reflexiones al problema de reconciliar las cualidades de la mente de Somerville con los prejuicios convencionales acerca de la inferioridad mental de las mujeres. Como sus contemporáneos, creyó que había un «sexo en las mentes». Pero tampoco estaba satisfecho con la idea de considerar a Mary como «una excepción a la regla de las

⁴ *Ibidem.*, p. 168.

⁵ Los primeros trabajos historiográficos de Mary Somerville como científica, más allá de las pequeñas reseñas incluidas en las historias de las mujeres matemáticas, son los de E.C. PATTERSON: «Mary Somerville». *British Journal of History of Science*, vol. 4, núm. 16 (1969), pp. 311-339; «The Case of Mary Somerville: An Aspect of Nineteenth-Century Science». *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 118 (1974), pp. 269-275, y *Mary Somerville and the Cultivation of Science 1815-1848*. The Hage, Nijhoff. Kluwer, 1983.

limitaciones femeninas en lo referente a la empresa intelectual». Por lo tanto, crea una nueva categoría para incluirla: la élite de las matemáticas eminentes, entre las que cita a Hypatia, Maria Gaetana Agnesi y Mary Somerville, cuya cualidad mental es la de una «iluminación peculiar» que hace que tengan el mérito de ser profundas y la gran excelencia de lograr la claridad. Uno de los aspectos más notables que Whewell presenta es que esta iluminación, como sugiere Neeley⁶, no es una versión inferior o diferente del intelecto masculino, sino que es en algunos aspectos superior a la mente filosófica masculina. La admiración que Whewell refleja en estas páginas por las mujeres filósofas capaces de alcanzar tal claridad es expresada poéticamente estableciendo la diferencia entre unos y otras. A diferencia de los hombres, afirma, perdidos en las nubes de las palabras, la mente femenina es capaz de elevarse sobre los conflictos que dejan perplejos a los hombres, y su tendencia a la complejidad y el conflicto se contraponen a la característica que observa en el trabajo de Mary Somerville: la brillantez de su claridad, la lucidez con que advierte la interconexión entre todas las fuerzas de la naturaleza.

Es tremendamente instructivo leer estas páginas de Whewell en el análisis propuesto por Neeley⁷. Nos permite repensar y revisar las asunciones sobre las mujeres, el género y la ciencia, así como repensar las relaciones entre la eminencia lograda por Mary Somerville y las categorías y conceptualizaciones tradicionales sobre las mujeres y la ciencia. Más instructivo aún es leer la selección de cartas publicadas en *Personal Recollections*.

Por otra parte, y siguiendo con esta imagen contextualizada que pretendemos ofrecer, es considerada como un miembro del grupo de W. Wallace en Edimburgo, y comparte el interés por el desarrollo y mejora de la instrucción matemática en Inglaterra. Este tema preocupa también a los «hombres de Cambridge»: Playfair, De Morgan, Ivory, Wallace, Paacock, Whewell, Babbage, y, por supuesto, Herschel. De hecho es invitada al *Trinity College*, donde recibe honores de eminencia científica tras la publicación de su obra sobre Laplace.

La relación más estrecha la mantiene con J. Herschel, quien se convierte en su amigo, revisor, crítico y colega. Junto a Faraday, son los amigos y contactos más importantes en el contexto de la red de colaboradores de la que forma parte. Es importante señalar que en la reseña que Herschel hace de *Mechanism* afirma que su trabajo será un fuerte estímulo para el estudio de la ciencia abstracta. El reconocimiento que logró por parte de sus coetáneos es razón más que suficiente para reclamar un análisis más profundo del personaje a través de la inmersión en el escenario, los valores y los debates de la época haciendo surgir así las características de la ciencia del momento en que vive.

La historia de las mujeres de ciencia permanece aún como un campo disciplinar aislado y a nuestro juicio debe ser un objetivo inmediato crear narrativas

⁶ K.A. NEELEY, *Mary Somerville. Science, Illumination and the Female Mind*. Cambridge. Cambridge University Press, 2001.

⁷ *Ibidem*, pp. 19-23.





históricas integradas y más satisfactorias de la participación de las mujeres en la ciencia. Este texto pretende ofrecer algunos rasgos de tal enfoque integrador al señalar el entramado de sus relaciones, cómo fue percibida por sus contemporáneos y el reconocimiento y autoridad que le otorgaron.

Lejos de los estereotipos relacionados con las mujeres interesadas en ciencia, quienes han sido valoradas como *amateurs*, divulgadoras o popularizadoras, Mary Somerville puede ser considerada según los criterios de científicidad de la época una científica, que escribe y dirige sus libros a lectores expertos, sus iguales y colaboradores⁸.

Además, puede ser considerada como una de las intelectuales más importantes de la época, como otros miembros de clase media que buscan o abogan por un cambio en la sociedad y aseguran su posición a través de la promoción de la ciencia y otras reformas (por ejemplo, el sufragio universal). Mary juega un papel instrumental en desarrollar y diseminar una visión de la ciencia que ayudó a promocionar la unidad cultural que situó a aquélla en el contexto de la agenda liberal y social.

Todo este conjunto de factores reseñados en la contextualización de su obra y de su significación apunta hacia la conveniencia de utilizar unos criterios más amplios o menos limitados que los nuestros a la hora de hacer historia de la ciencia. En tal sentido, y como también veremos posteriormente en el caso de la escritura, el término «científico» ha de ser analizado considerando que su significado no siempre ha sido el mismo. Para empezar, dicho término no fue acogido de modo inmediato, y realmente no arraigó hasta que se completó el proceso de profesionalización y la ciencia llegó a verse como la principal característica de la época a final del siglo XIX. Sin embargo, hemos subrayado que Somerville puede denominarse «una científica» y hemos aducido una serie de razones para ello: su alto nivel como experta en las materias que investigó, la medida de su participación en la comunidad científica de su tiempo, sus contribuciones concretas al avance de la ciencia, el reconocimiento que obtuvo de sus colegas (y también del gobierno británico en forma de pensión), el hecho de que su obra fuera juzgada con el mismo rasero que el de sus colegas masculinos, el hecho de que la ciencia fuera su vocación y una fuente significativa de ingresos para la vida familiar, y sus capacidades intelectuales. A juicio de Neeley⁹, esta definición enfatiza el nivel como expertos y la innovación antes que la originalidad y el descubrimiento, que estarían estrechamente asociados con las nociones masculinas de creatividad, así como las dimensiones sociales de la ciencia antes que las individuales. Ello permite que se pueda dar cuenta de un modo más satisfactorio de la mayoría de personas que pueden considerarse científicos a lo

⁸ A diferencia de su amiga Jane Marcet, por ejemplo, que dirige sus escritos en forma de diálogos a una audiencia de mujeres y niños. Jane Marcet escribió *Conversations on Chemistry: In Which the Elements of That Science Are Familiarly Explained and Illustrated by Experiments*, en 1818, entre otras obras con idéntico interés popularizador.

⁹ K.A. NEELEY, *op. cit.*, pp. 33-34.

largo de la historia, y también hace posible, en consecuencia, una historia de la ciencia que no se limita a una historia de los grandes descubrimientos.

Nuevas tendencias historiográficas recomiendan el uso de las técnicas de análisis provenientes de la historia del arte o la literatura, para mostrar otros aspectos relevantes de las mujeres de ciencia. En particular cómo lograron crear una identidad propia, una imagen de sí mismas usando una imaginería visual explícita de sus intereses. En otras palabras, reflejando una idea clara de sí mismas como científicas transmitían su deseo de ser vistas de esta misma forma por los demás. La búsqueda de reconocimiento como tales, en una cultura que define a las mujeres como extrañas al mundo de la ciencia, queda plasmada en la correspondencia personal, sus diarios o sus retratos pictóricos. El análisis¹⁰ de estas auto-representaciones nos permite conocer también sus aspiraciones intelectuales. En el caso de Mary Somerville sus autorretratos reflejan una mujer apacible que combina sus trabajos e investigaciones científicas con sus responsabilidades domésticas y familiares. Una mujer que, sin embargo, perfila con más detalle en la obra pictórica la mano que escribe.

2. LO CIENTÍFICO SUBLIME: RETÓRICA Y NATURALEZA VIVA

En las páginas precedentes hemos hecho especial hincapié, después de realizar un sintético recorrido por la obra de Mary y los temas que abordó, en aquellos aspectos que permiten contextualizarla e integrarla en la época y momento que vivió. De ello se deriva una primera percepción y valoración de su significación, y se deriva también la necesidad de al menos revisar la acepción de «científico» que utilizamos si aspiramos a realizar una reconstrucción adecuada del personaje, sus aportaciones y su época. En este sentido la propia escritura de Somerville constituye un elemento fundamental que nos permite no sólo aproximarnos a todo el entramado citado sino poner de manifiesto, al hacerlo, que el propio estilo del discurso, de la escritura científica, ha evolucionado a lo largo del tiempo conforme la ciencia institucional ha buscado regular su empresa. Esto es, los cánones actuales con los que identificamos un texto científico son exactamente eso: actuales, y no constituyen por tanto herramientas válidas para juzgar o valorar la calidad o el carácter de textos anteriores; en cierto modo ni siquiera permitirían su identificación como tales. Por ejemplo, tradicionalmente¹¹ se han rechazado u omitido las dimensiones retóricas

¹⁰ Ésta es la propuesta de S.G. KOHLSTEDT y D.L. OPITZ en «Re-imag(in)ing Women in Science: Projecting Identity and Negotiating Gender in Science», en I.H. STAMHUIS, T. KOETSIER, C. DE PATER y A. VAN HELDEN (eds.), *The Changing Image of the Sciences*. Kluwer Academic Publishers, 2002, pp. 105-139.

¹¹ Hemos optado por el término «tradicionalmente» pero requiere una aclaración porque en realidad esta tradición llega hasta nuestros días. Sólo en los últimos años ha surgido una corriente de investigación en filosofía de la ciencia que aborda tanto los estudios de retórica científica como las relaciones o vínculos entre ciencia y literatura. En el primer caso destacan estudios históricos centra-





de la ciencia: el discurso científico está absolutamente separado de otras formas de discurso, y más en concreto, de lo que son las formas literarias del discurso. Ciencia y literatura se han presentado como antagónicas: existe entre ellas un hiato insalvable. En la escritura de Somerville, sin embargo, conviven y coexisten conjuntamente la poesía y la ciencia, la imaginación y las matemáticas, la religión y la ciencia, el mundo del telescopio y el del microscopio, lo cósmico y lo cotidiano. M. Somerville combina amplitud de visión y profundidad de comprensión con claridad de percepción, y todo ello sin sacrificar la complejidad para lograr la claridad; así, une la complejidad de la ciencia y de la matemática con una certeza que le permite pasar la antorcha del conocimiento a otros. Estas cualidades suyas combinan el poder perceptivo de la ciencia con la poesía para ir más allá de la experiencia ordinaria y presentar una visión del mundo que está delineada de modo preciso, es fácil de comprender, y agradable de contemplar. Moviéndose fácilmente desde las especulaciones más abstractas y complejas a las observaciones de la vida —de tener su cabeza entre las estrellas a tener sus pies sobre la tierra firme—, en Somerville las capacidades de la poesía y de la matemática van unidas a su habilidad como escritora que no sólo ayuda a sus lectores a ver más, sino a ver mucho más claramente. La grandeza en la literatura y en la ciencia se asocia con la visión sublime revelada a través de esa mente que ve más y más claramente que otras, que comprende lo enorme y lo diminuto y lo sintetiza todo en una visión coherente y unificada. La escritura de Somerville evoca lo científico sublime, la capacidad de ver la naturaleza revelada a través de la ciencia para evocar el mismo sentido de majestad y poder que los seres humanos sienten en presencia de Dios. La ciencia es «cálculo exacto» y «meditación elevada», todas las cualidades de la mente divina, que están duplicadas en la mente humana:

Science, regarded as the pursuit of truth, which can only be attained by patient and unprejudiced investigation, wherein nothing is too great to be attempted, nothing so minute as to be justly disregarded, must ever afford occupation of consummate interest and of elevated meditation. The contemplation of the worlds of creation elevates the mind to the admiration of whatever is great and noble, accomplishing the object of all study, which in the elegant language of Sir James Mackintosh is to inspire the love of truth, of wisdom, of beauty, specially of goodness, the highest beauty, and of that supreme and eternal mind, which contains all

dos en figuras como Galileo, Darwin, o Bacon (véase, por ejemplo, M. PERA y W.R. SHEA (eds.), *Persuading Science. The Art of Scientific Rhetoric*. Canton, Watson, Science History Publications, 1991), pero también propuestas sustantivas como las de M. PERA, *The Discourses of Science* (Chicago, The University of Chicago Press, 1994), que plantea la viabilidad de un proyecto de retórica científica frente a lo que él denomina «el síndrome cartesiano»: entre el dogmatismo metodológico y la irracionalidad quedaría la posibilidad de la retórica. En el segundo caso hallamos estudios centrados en el texto científico en tanto que escritura, con posiciones que parten desde el análisis de la metáfora y su uso en ciencia hasta propuestas que adoptan como punto de partida la hermenéutica filosófica, o ambos elementos a la vez. Un ejemplo representativo de ello sería D. LOCKE, *La ciencia como escritura*. Madrid, Cátedra, 1997.

truth and wisdom, all beauty and goodness. By the love or delightful contemplation and pursuit of these transcendent aims for their own sake only, the mind of man is raised from low and perishable objects, and prepared for those high destinies which are appointed for all those who are capable of them¹².

Mary adopta la tradición poética establecida por Milton y los poetas del siglo XVIII, y los poetas románticos de principios del XIX, y la transforma en prosa científica. En este proceso crea una retórica poderosa y persuasiva para la ciencia que se basa en nuevos modos de ver y responder al mundo natural. La ciencia es una actividad colectiva y también una empresa progresiva, progresista e iluminadora que es compatible con, y además apoyo de, tradiciones morales, estéticas y religiosas. La iluminación que proporciona puede ser transformada en iluminación para los seres humanos, y, del mismo modo que la poesía, puede concebirse como una forma elevada de percepción y expresión, con su carácter dinámico y polifacético. El placer estético —pues la ciencia es un encuentro con la bondad, la belleza, y también con lo útil— y el progreso de la ciencia aumentan la percepción de unidad, la contemplación del universo como un todo interconectado, con sus dramas, complejidades y vastedad, un universo vivo, vívido, cálido, y estéticamente satisfactorio entendido, con todo, científicamente. Somerville es capaz de mostrar los modos en que se relacionan la estética y los placeres intelectuales de la ciencia, combinando y fusionando el discurso analítico, cuantitativo, y la dimensión estética de ésta en un todo sin fisuras, con el contenido científico dominando y el elemento estético añadiéndole poder, significado y placer. Subraya así el papel que el drama, la visualización, la imaginación y lo estético pueden jugar en los discursos científicos.

Su visión del mundo es claramente un modo de percepción holista y multifacético, dinámico, desplegado a través de patrones descriptivos y marcos interpretativos como la plataforma cósmica, el rastreo de laberintos, la naturaleza como un teatro épico, y el paisaje vívido. La ciencia proporciona una plataforma cósmica, una visión desde el espacio donde se invita al lector a contemplar la inmensidad, regularidad, y belleza de la creación. La admiración por el Creador se une al énfasis en el poder humano y en el potencial incluido en sus capacidades para practicar y hacer avanzar la ciencia. Ésta, a su vez, es el medio principal para rastrear los laberintos a través de los cuales pueden seguirse las operaciones de la naturaleza y los movimientos de Dios. La complejidad y el aparente caos se captan y resuelven en un amplio patrón de simplicidad y orden. Una naturaleza sin personificar surge como un teatro épico donde se yuxtaponen y contraponen fuerzas que se mueven en diferentes direcciones, interactuando en una variedad de relaciones, y a través de

¹² M. SOMERVILLE, *Preliminary Dissertation to Mechanism of the Heavens*, p. 1. El texto está disponible en versión e-text en *Malaspina Great Books*. <http://www.malaspina.com/etext/heavens.htm>. La disertación preliminar fue publicada junto a la traducción del texto de Laplace en 1831, *Preliminary Dissertation to the «Mechanism of the Heavens»*. London, John Murray, y en 1832, *A Preliminary Dissertation on the Mechanism of the Heavens*. Filadelfia, Carey & Lea.



la metáfora del paisaje vívido se retrata el mundo natural moviéndose y cambiando, agonizando y renovándose continuamente. El cosmos es un sistema completo, armonioso y ordenado, la interdependencia y la interconexión son principios fundamentales de la naturaleza, pero también de la ciencia y de la experiencia humana. El universo es unidad, y tanto las leyes científicas como el placer estético son el resultado de reconocer esa unidad que es preexistente a la ciencia, el modo de comprenderla más completamente, pues es la ciencia lo que nos permite descubrir —no establecer— todas las conexiones que conforman tal unidad.

Vemos de este modo que en la escritura científica de Somerville la naturaleza es activa, y ella la observa atentamente y la retrata dramáticamente. No es una observadora pasiva sino interactiva, que entra en la naturaleza imaginativa y analíticamente y obtiene una comprensión conceptual firme de la mayoría de los fenómenos que observa. La viveza de su retrato deriva en gran parte de su habilidad para conjugar los discursos de la ciencia, del drama, la poesía, la estética, la filosofía y la teología, y lo conjuga todo en una especie de tapiz tridimensional que retrata un mundo activo tal como es visto científicamente. Aproximándose a la ciencia desde perspectivas diferentes proporciona una visión de ella que incluye sus métodos, temas, conclusiones principales y motivaciones, su significación práctica y filosófica, y sus satisfacciones estéticas e intelectuales.

Somerville traza en sus obras su camino a través del cosmos, desde el mundo revelado por el telescopio al que se revela a través del microscopio, desde la astronomía a la botánica, la química, la fisiología, la física molecular, pasando por la geografía, la geología, y el estudio de los habitantes de la tierra, incluyendo a los seres humanos, el mar, el aire, y sus múltiples relaciones con el entorno. Proporciona una descripción completa del universo en toda su vastedad, variedad y complejidad, lo que permite que su empresa pueda concebirse como una cosmografía, un estudio de la totalidad del universo y de sus partes. Su obra es así un reflejo del ideal intelectual de su tiempo: la omnisciencia. Como «intelectual orgánica» considera que la ciencia misma ha de ser integrada en una comunidad intelectual más amplia. La ciencia juega un papel esencial en el contexto de una visión progresista de la cultura, y puede servir como foco de una visión unificadora sólo si está relacionada claramente con otros aspectos de ésta, y si apoya otras metas materiales, sociales, morales, políticas, y religiosas. Crear y promover tal visión tenía un componente intelectual y retórico, requería conocimiento amplio y profundo y habilidades persuasivas, cualidades todas que ella poseía en alto grado, y que se unían a su enorme capacidad de síntesis.

Podríamos afirmar que las obras de Mary, del mismo modo que los *Diálogos* de Galileo, o *El origen de las especies* de Darwin, son ya clásicos: parecen haber adquirido un estatus especial como literatura y no se leen ya estrictamente como documentos o textos científicos. Sin embargo, y como señala D. Locke¹³, todo

¹³ D. LOCKE, *op. cit.*

texto debe ser leído, todo texto es escritura, el conocimiento científico no existe hasta que se transmite, la información científica no tiene valor hasta que se intercambia, los escritos científicos no cumplen ninguna función hasta que son leídos. Es decir, es la experiencia de la lectura lo que confiere a tales documentos su validez científica; la experiencia del lector es la verdadera prueba del texto: éste se convierte en experiencia sólo cuando es experimentado¹⁴. La escritura científica no es una prosa sin agente¹⁵, y está dirigida a un lector al que aspira a influir, persuadir, y convencer, como toda escritura. El modo en que lleva a cabo esta labor actualmente: ausencia de los ejecutantes de las acciones relatadas, desaparición a menudo de las acciones mismas, utilización de los verbos en voz pasiva, o conversión de éstos en sustantivos, cosificación de las cualidades, acumulación de modificadores, etcétera —estrategias todas orientadas a subrayar la impersonalidad y la objetividad de la ciencia—, no pueden ni deben ocultar que las motivaciones y finalidades son las mismas. Ésta es la retórica oficial de la ciencia, la que hemos aprendido a la vez que aprendimos que la escritura científica se produce sin mediación retórica alguna, pero personajes como Mary Somerville nos enseñan que ésta es sólo una historia, y nunca la verdadera historia.

¹⁴ Véase al respecto también H.H. BAUER, *Scientific Literacy and the Myth of the Scientific Method*. Chicago, University of Illinois Press, 1992.

¹⁵ Mary Somerville, al igual que Newton, Laplace, Herschel y Darwin, utiliza la primera persona en sus obras, lo que evidencia que la objetividad como mostrada a través de la ausencia de la primera persona narrativa no era aún un requisito de los escritos técnicos, o al menos no tal como se interpreta actualmente.



EN OTRA MEMORIA UNA LÁMPARA ENCENDIDA. ACERCAMIENTO A LA POESÍA DE GLORIA GERVITZ

Gloria Vergara
Universidad Iberoamericana de México

RESUMEN

En el presente artículo se estudiará la representación de la memoria y la conformación del sujeto lírico femenino en *Fragmento de ventana* de Gloria Gervitz. Partiendo de una visión hermenéutica de los objetos representados, tomada del filósofo polaco Roman Ingarden, veremos cómo surge la memoria como un elemento correpresentado, convocador de la sujeto y de las otras voces que la van conformando en el discurso poético. Ellas, las voces, dan una historia y un destino que se perciben a través de la ventana, de la memoria como una lámpara encendida.

PALABRAS CLAVE: memoria, sujeto lírico femenino, objetos representados.

ABSTRACT

In this article we shall study the representation of memory and the conformation of the lyrical subject in *Fragmento de la ventana* by Gloria Gervitz. From Roman Ingarden's hermeneutical perspective we shall see the emergence of memory and the rise of voices which fashion the lyrical female subject through the poetic utterance. The voices render a story and a destiny perceived through the window, through memory like a shining lamp.

KEY WORDS: memory, lyrical female subject, represented objects.

Y no hubo tiempo porque esperé otra cosa, otra palabra, la impronunciada, la inoída y nos dispersamos en la rutina y nos hicimos viejas, ni siquiera sé si este rostro arrugado que miro eres tú o soy yo y las palabras que nos dijimos, las verdaderas, las que sí decían, quedaron tensadas en aquel sueño del que no pudimos despertar. Escúchalas. Ahora que ya no estás, déjame decirte

¿Eres tú la que llora?

GLORIA GERVITZ

Gloria Gervitz pertenece a una generación de mujeres que abrieron paso a la nueva poesía mexicana, pues es en las décadas de los setenta y ochenta cuando la presencia de las mujeres poetas se vuelve indiscutible. Antes, sólo algunos nombres entran y salen del canon. El precedente principal lo encontramos en la generación



de los cincuenta con Enriqueta Ochoa, Dolores Castro y Rosario Castellanos, quienes nos muestran la lucha diaria, el dolor, la soledad, los roles a los que una mujer debe enfrentarse en el mundo cotidiano. Después de éstas, las poetas de la segunda mitad del siglo XX asumen ya su condición femenina y entran en un dominio más liberado y deliberado de la palabra. Ahora, como dice Elva Macías, ya no se puede excluir a las mujeres de la tradición poética mexicana, pues entre ellas hay algunas de sus mejores voces¹.

Gloria Gervitz, nacida en la Ciudad de México en 1943, publicó su primer libro, *Shajarit*, en 1979, que luego se convertiría en *Fragmento de ventana* en 1985 y más tarde sería incluido en su interminable *Migraciones*², pues como la poeta afirma, le tomó varios años darse cuenta que estaba escribiendo el mismo poema en esa búsqueda sin fin en donde la poesía ha sido «una pregunta que se abre a otra y a otra, y que no tiene respuesta»³.

Desde un sincretismo peculiar, Gervitz recorre el cuerpo, la memoria, el exilio. Busca los recuerdos olvidados, la voz de las mujeres emigrantes:

Intenté dar voz a los recuerdos, voz a esas mujeres que emigraron de Rusia y de Europa Central (entre ellas mi abuela paterna), a un país del que sólo sabían que estaba en América. Estas voces se funden con la más antigua, la de mi abuela poblana, quizá por eso, en mi poesía aparecen sueños soñados en español, en yiddish y en ruso. Porque la memoria traiciona, no puedo callar esas voces. Pero quizá también estos poemas son una manera de romper la distancia que me separa de mí misma.

La obra de Gervitz está llena de alusiones al proceso de la memoria desde los títulos. *Yiskor* que quiere decir «recuerda», *Leteo* que nombra el olvido, *Pythia* que significa el oráculo, la revelación. En este sentido *Fragmento de ventana* es el *aleph* por donde la poeta contempla el mundo. Mueve las distintas articulaciones de la memoria y vuelve sobre sí en los últimos versos de *Migraciones*. La poeta confiesa cómo empezó este trajinar de la memoria con «La oración de la mañana» (*Shajarit*) que terminó llamándose *Fragmento de ventana*, pues como dice ella: «sólo un fragmento nos es dado ver de la propia vida». Pero ésta se conoce a través de la poesía, en una plegaria; pues la poesía —dice Gervitz— es un acto de fe, y la plegaria,

¹ <http://www.utp.ac.pa/revistas/mujeres.htm> E. MACÍAS, «Mujeres en la poesía mexicana». *Revista Panameña de Cultura Maya*, vol. 49-50 (2002).

² En la edición de Villicaña de 1985, *Shajarit* quedó integrado en *Fragmento de ventana* y perdió su nombre. En 1991 se publicó en el libro *Migraciones*, del Fondo de Cultura Económica. Esta versión de *Migraciones* contemplaba también otras dos partes: *Del libro de Yiskor y Leteo*.

³ En «La buena poesía es siempre más sabia que su autor», entrevista mantenida entre Gloria Gervitz y Asunción Horno-Delgado, 26 de mayo 1993. Aparece en A. HORNO DELGADO, *Diversa de ti misma: poetas de México al habla*. México, El Tucán de Virginia, 1997. Esta nota y las que siguen de Gloria Gervitz relacionadas con su quehacer poético fueron tomadas de la página de Internet: http://www.colorado.edu/spanish/MACHL/Gervitz_int.html.

como reconoce Raúl Dorra, «es la forma interior en que más plenamente se realiza la experiencia poética»⁴.

La memoria permite a nuestra poeta inventar a su abuela paterna, admirar a sus ancestros, ver las raíces de los otros y las otras que se aventuraron en el camino. «Debe haber sido bien difícil adaptarse a un país tan distinto, a otro idioma, a otra cultura; arrancarse de sus raíces. No sólo los admiro, me conmueven». Gervitz lleva la nostalgia de la diáspora en la herencia de los judíos rusos. Ellos le dieron el arraigo y el recuerdo imborrable del exilio: «Estamos hechos de recuerdos. Uno se pasa la mayor parte del tiempo recordando; el presente suele ser sólo un pretexto para el recuerdo. Quizá sólo en ciertos momentos privilegiados nos permitimos estar plenamente en el presente, en esa epifanía del presente puro». Y allí, en ese presente que puede tenerse en el instante de la experiencia estética, allí «en el paisaje del pensamiento el exilio es un desierto. El llanto del exilio deslava los recuerdos, es un oscurísimo túnel: es la espera y el aplazamiento. Es mirar llover desde una ventana ajena. El exilio es haber perdido y saberlo. Es avanzar hacia ningún lado y llenar las habitaciones de fotografías. Pero es también el placer de lo desconocido, su vértigo y su sueño», dice Gloria Gervitz.

Su voz reúne lo que el tiempo dispersa. En el espacio poético está el punto de encuentro. La memoria es la casa donde se cuelgan todas las fotografías, por eso se convierte en la estrategia principal para la construcción de la sujeto lírica. La memoria es arraigo, al igual que la casa:

Mira, he vivido sólo en tres casas desde que nací. Ésta en la que vivo desde hace veintiún años es una casa vieja con porche y un jardín grande de árboles también viejos que me dan ese sentimiento largo y dilatado del tiempo [...]. Me siento bien ahí, si tuviera que irme, si me arrancaran de allí, me desgajaría como seguramente se desgajarán algún día mis viejos árboles.

Pero la memoria como estrategia temporal es también un objeto representado que convoca las distintas voces, si la noción de «objeto representado» ha de entenderse en un sentido amplio, abarcando todo lo que *nominalmente* se proyecta, sea cual sea su categoría de objetividad o su esencia material⁵, de tal manera que cuando hablamos de objetos representados nos podemos referir a personajes, situaciones, ocurrencias, acciones, tiempo, espacio.

En la obra de Gervitz aparentemente todo llega en retazos: el tiempo, las voces, las figuras que se diluyen en el recuerdo. La memoria es el hilo que entreteje y ni siquiera se alude a ella de manera directa. Está representada a través de interrogaciones, de frases entrecortadas que nos sugieren el verso como construcción del recuerdo. «Cada momento de una cosa determina un conjunto de aspectos esquematizados que constituye el esqueleto de los objetos concretos en los cuales apare-

⁴ R. DORRA. Presentación de *Migraciones* de Gloria Gervitz. México, El Tucán de Virginia, 1996, p. 14.





ce»⁶. Así, los aspectos de la memoria pueden estar «concretamente dispersos» y provocar, sin embargo, su aparición. Entonces el recuerdo puesto ante la conciencia oscila como un calidoscopio. En una actitud reflexiva sobre lo que nos muestra, es posible encontrar capas que subyacen a toda inmanencia, capas que quedan como plataforma para que la memoria logre mecanismos de acercar o alejar aquello que nos atañe inevitablemente. Del fondo se desprende la idea de lo inmediatamente mostrable, de los mecanismos necesarios, rutinarios casi, para recordar lo que falta hacer. Esto implica un movimiento de la memoria hacia el futuro. Es un recuerdo preventivo que moldea los actos. Pero en este matiz del recuerdo también los chispazos llegan aparentemente sin ser llamados para resolver una situación determinada. Pasa como si ciertos rasgos del recuerdo le fueran dando forma al momento presente. La memoria apunta en múltiples direcciones, no se ata a un horizonte. Son retazos que entran y salen por la ventana como símbolo de una visión múltiple en donde la memoria es una enorme llaga que explota sin ton ni son. Es muy claro, pues, que la memoria tiene otros aspectos, otros lados escondidos aunque no los percibamos y que muchos de esos aspectos proyectan cualidades espacio-temporales que impregnan del *habitus* de realidad la obra de Gloria Gervitz.

La memoria articula, se vuelve «instante situado» en un *esquemata* de voces. Como trasfondo, se convierte en un desplazamiento para ir integrando a la sujeto lírica. No vemos a la que habla, a las que hablan; la escuchamos a través de las múltiples conexiones con ellas, las otras que es. La memoria, sin embargo, nos deja ver sólo algunas de sus fases, pues *ella* constituye un segmento de un mundo todavía indeterminado y el tiempo representado es modificación de un tiempo múltiple que se desplaza del interior, de la memoria, del pensamiento, a la historia de vida como recuerdo. La memoria está funcionando como un juego de perspectivas que, como dice Gloria Gervitz, se enclava en la epifanía del ahora.

En el poema también se puede ver el funcionamiento de los escorzos temporales como un elemento vital de la metáfora que se despliega en la simultaneidad y en la dispersión. La memoria funciona como esa cadena de instantes, le da una especie de continuidad a lo representado. Es el cuerpo temporal en que se da la voz y ésta, a su vez, es el soporte de la mujer que se conforma de manera múltiple. La memoria también hace posible un tiempo de la interioridad, de la reconstrucción, es, como dice Henri Bergson, «un crecimiento por dentro, el prolongamiento interrumpido del pasado en un presente que avanza sobre el porvenir. Es la visión directa del espíritu por el espíritu [... en la que] se da la continuidad indivisible, y con ello sustancial, del flujo de la vida interior»⁷. Entonces la intuición se vuelve conciencia, visión encarnada. El conocimiento es encuentro, coincidencia con el mundo.

⁵ R. INGARDEN, *La obra de arte literaria*. México, UIA/ Taurus, 1998, p. 262.

⁶ *Ibidem*, p. 309.

⁷ *El pensamiento y lo moviente*. Buenos Aires, El gráfico, 1972, p. 31.

Fragmento de ventana se inicia con un epígrafe de Yorgos Seferis: «La memoria, donde se la toque, duele», que, en el contexto de la obra gervitziana, marca las pautas para el estallido de la imagen recordada, construida, soñada acaso. Los sauces son el recipiente del tiempo. Ellos reciben la tarde en su corazón, lo sienten, ¿preparación para ir al pasado? El agua como lluvia también cae en el corazón oscuro, va hasta el sueño y se entenece en la memoria. Entonces viene el cambio temporal en la enunciación: «Era bajo un cielo pálido/ y de gran impaciencia/ ¿Recuerdas?». La tarde, el otoño, la lluvia, el sueño son elementos precisos para que el pasado se vuelva palpitable y prolongue ese «No puedo despertar». La memoria es sueño entreverado, es la visión de lo que fue en las otras voces que la habitan. Como estrategia de correpresentación nos muestra el mundo del otoño como el tiempo al que se volverá. Allí «revientan cantos de aves picudas/ y se pudren las manzanas antes del desastre».

La poeta nos lleva en ese sueño a otras imágenes, a otras culturas. Allí también la mujer se busca, experimenta su cuerpo, se palpa los senos, se toca el sexo. El sueño es un enmarañamiento temporal; allí se juntan «ciudades atravesadas por el pensamiento», miércoles de ceniza, la vieja nana aparece como tótem en el ambiente que solo se abre. Las sombras, los morados y los rojos son el contexto natural de la semana santa. El miércoles de ceniza es el eje del recuerdo como el motivo de la purificación, pero lo que la memoria convoca no es lo religioso, es la pasión, el dolor del exilio, las andanzas de otras generaciones.

Desde la niñez se ve a la abuela, se escucha su sonata con la que se confunde la voz poética. ¿Con quién habla? «Tú dijiste que era el verano/ oh música». Como si el recuerdo de la abuela fuera también la algarabía de la calle, los gritos de los niños, de los vendedores de nueces. Y la abuela abre el camino: «...dijo a la salida del cine/ sueña que es hermoso el sueño de la vida, muchacha».

El sauce entra en el verano como la impaciencia del sueño. El silencio, el aire caliente hacen que la vida tome forma: «estalla el verde dentro del verde». En ese vaivén del mundo exterior, de la calle, de los árboles a la casa, la poeta se descubre en su mundo cotidiano: «bajo el grifo de la bañera abro las piernas/ el chorro de agua cae/ el agua me penetra». El cuerpo se abre a la vida como la palabra a lo sagrado. Todo se vuelve pregunta, vértigo, ayuno. La vida implica preguntarse, hundirse, dejarse ir en el sopor de los recuerdos y en el ritmo de la oración. Así, la voz poética viaja de la oración de la mañana (Shajarit) a la oración de la tarde (el rosario), del pasado al presente que se esfuma enseguida, de lo sagrado a lo erótico, del reconocimiento al deseo, de la abuela emigrante a la abuela de Puebla. Allí, en ese mismo espacio la que habla reconoce su erotismo, que es el erotismo de todas las voces que se confunden: «En la vertiente de las ausencias al noroeste/ en el estupor desembocan las palabras, la saliva, los insomnios/ y más hacia el este/ me masturbo pensando en ti». Al reconocerse en la ausencia se da cuenta de que lo que tiene es el cuerpo como un calidoscopio para sentir, para ver. ¿Es la abuela o ella, la sujeto enunciante, la que siente?: «El color y el tiempo de las buganvillas son para ti/ el polen quedó en mis dedos/ Apriétame»; la lluvia convoca imágenes, cuerpos, deseos y en ese remolino, después y antes del cuerpo aparecen las palabras: «las palabras que no son más que una oración larga/ una forma de locura después de la locura».





En ellas se encierra la alegría, la soledad, las ausencias, los recuerdos. Las palabras son átomos que explotan y se propagan con la voz como si fuera su saliva. La palabra es también el placer de tenerse, es una masturbación: «Muévete más. Más». La respiración es el ritmo para que se vaya una voz y venga otra. Así las imágenes fluyen, se hacen líquidas como el agua que alimenta la figura del sauce. «En la crecida de los ríos/ en la noche de los sauces/ en los lavaderos del sueño desde donde se desprende ese vaho/ de entrañas femeninas inconfundible y anchuroso/ te dejo mi muerte íntegra, intacta/ toda mi muerte para ti». Es una búsqueda de sí en lo otro, en la otra: «¿A quién se habla antes de morir? ¿dónde estás? ¿En qué parte de mí puedo inventarte?». Pero en respuesta al cuerpo llegan la iglesia de Santa Clara y la *Torah*. El espacio está tan indefinido como la imagen de la sujeto lírica. Sólo la impaciencia los convoca: «Nada se mueve/ se me están perdiendo los días, van resbalando despacio/ los va apretando la migraña/ No me encuentro. Ni siquiera tengo cirios para velar mi muerte». Ya no se tiene las palabras sagradas, no se tiene la brújula, sólo el recuerdo, el movimiento de la memoria, la casa como una «reverberación», «espiral de ecos», porque la casa se habita como se habita el pensamiento. «Somos lo que pensamos/ pensamiento atrás del pensamiento».

El sueño va hacia el pasado, es conciencia que aparentemente evade el presente: «Prefiero seguir aferrada a lo que invento y no entender lo que sí existe». La conciencia es sólo un parpadeo, un velo que se inventa para tocar el mundo. El sueño se hace, se construye y a la vez el sueño construye a la sujeto, como «un plagio de sí misma». El sueño se convierte en la estrategia favorita para acuñar el verso. Entran las voces de la abuela, de la madre en un pluralismo lleno de sopor. La abuela mece el sueño que inventa a la poeta y lo erótico, la soledad, el viaje son las armas de la voz que a veces se refugia en la revisión fotográfica del pasado.

En el sopor del sueño la sujeto abre los ojos como abrir el pensamiento: «Me vuelvo a dormir. Ya no sueño. La luz empuja los árboles/ y el grito de los árboles se crispa en el filo del día». Como si sólo ellos pudieran contener la tarde. Y ella como los árboles oyendo, sintiendo pasar el tiempo, la oración de la abuela y del hermano. Y ella queriendo salir de sí: «No puedo salir de mí misma/ y sólo en mí conozco y siento a los demás/ invención que comienza cada mañana con el monótono aprendizaje/ de despertar y volver a ser yo, una de las tantas que me habitan». Despertar es un riesgo, es perder los fragmentos de lo que somos en el sueño. Implica tenernos que reinventar cada tarde en el preámbulo de la oración, del rosario. Despertar implica irse, abrir la ventana, la otra, la real que en el poema corresponde a la oración de la mañana.

La conciencia llega en duermevela; como fisura «inflama la tarde». La conciencia es la interrupción del «ahora», permite sólo ver en fragmentos, es una película que se mira en los intervalos del ruido. La sujeto sabe, sin embargo, que es su temporalidad lo que percibe. «Transcurrimos dentro de nosotros»; sabe que esa temporalidad tiene una visión múltiple: «Estoy viendo superposiciones de instantes en una perspectiva plana». El tiempo de afuera, el hoy real se deja de lado para entrar a la libertad de la imaginación: «este día lo conozco, pero estoy agarrada de mis otros días». Así la memoria llueve y es vida, también costumbre. Es desplazamiento del cuarto, de la ciudad a otras habitaciones desconocidas.

Una niña púber juega, se mira el sexo, emerge del calor como su conciencia emerge del sueño. Dormir «es estar despierta», es reconocer el movimiento para entrar en nosotros mismos. Es el punto de partida y el origen. Allí aletea también la muerte, «parece un principio de girasol».

Los colores matizan el sueño en la obra de Gervitz. La pasión es morada, la vida y el agua verdes. Amarilla es la muerte, blanco el caos, el polvo. Y ella es polvo: «siento una identificación profunda con el polvo/ paisaje hueco, amplio, inconstante, agudo. No puedo atravesar el aire». Siendo polvo, blanco punto de visión, revive otras regiones, las juderías de Segovia, «los romances de las niñas judías y los caballeros cristianos. Porque adentro es blanco, el recuerdo. Adentro habita la madre jugando al bridge. Todo se deshace, se vuelve aire, inicia el regreso».

El día, único instante habitable, permite que brote el aspecto erótico. «Despierto. Las amigas tiemblan entre los sauces. No hay nadie en casa». Pero el deseo viaja, se traslada a otros cuerpos, busca la trascendencia: «Cuando posea esa inmensidad/ apenas tendré fuerza para despertar en la brevedad de la muerte».

Todo se repite en los círculos concéntricos del poema, pero lo único verdadero es el reflejo, el eco de la vida que se da en el sueño. «La muerte es apenas el despertar de este sueño primero de vivir». En ese tiempo está la abuela encendiendo su muerte: «...enciende las velas sabáticas desde su muerte y me mira/ Se extiende el sábado hasta nunca, hasta después, hasta antes». La abuela mueve el sueño, la conciencia de la «niña loca» que mira desde dentro. En ese lugar de polvo está la abuela que, más allá de su fotografía, «comía aprehensiva en un restorán». La voz lírica la describe y se pregunta: «¿Qué es lo que recuerdo?/ ¿Para qué pensarme?». Al describir a la abuela se describe a sí misma, recomienza en la duda y teme no regresar al presente como si de pronto la abuela tomara la palabra en su cuerpo: «¿Por qué no llueve?/ Jamás regresaré/ y lo aquí vivido se perderá para siempre». Como ante un espejo actúa, se ve, ve a la abuela en ella: «¿seré yo esa mujer?». En ese desdoblamiento la abuela emerge y se ve en un tiempo real. El pasado se acerca y ella ve a la muchacha que la inventa, recorre su interior: «Me disperso hacia dentro/ ¿A dónde iría si pudiera llegar? ¿Qué sería si yo fuera?/ ¿Me oyes?». Pero en el plano poético de esa voz no llueve, lo que hace a la sujeto-abuela darse cuenta de que no está en lo real: «Y me pensé en lo real, real/ invulnerable la sequía, las bestias, el amanecer». El pasado se vuelve futuro en el pensamiento ancestral: «Me atengo a mí misma. Rezo/ Yo no inventé a esa muchacha, ella forzó su existencia dentro de mí». Es un tiempo oscuro el de contener y contenerse: «Soy un cuerpo en la oscuridad. Una mujer en lo oscuro de sí [...] Ni siquiera sé qué es lo que quiero decir. Todo está anegado, la ropa húmeda, las enredaderas rompiendo la piel [...] No hay bordes. Hay apaciguamiento/ Hay lo que no entiendo».

El polvo es también el exilio, movimiento continuo que distiende el tiempo, las habitaciones. Un tiempo en que las voces se diluyen y se oye otra, lejana: «Ella apretando contra su pecho un ramo de alcatraces/ ¿Te acuerdas?/ Rómpete memoria/ Purifícame».

El recuerdo está situado al sur, en el sueño, en lo oscuro de sí y arriba, la ventana abierta a las calles y al tráfico de la ciudad. Vienen de abajo los rumores, pero la vejez se interna en ese tiempo. El espejo no basta para recuperar el pasado.



Todavía hay una presencia fantasmal que no permite a la sujeto inventarse del todo en la abuela: «No me atrevo a entrar en esos cuartos sin nada más que el ruido de la respiración».

Los sauces, el otoño, la humedad, la lluvia llegan cada vez para remover el tiempo. «¿Queda tiempo?/ Mi vida está más pensada que vivida». Una mujer se reconoce en los «recuerdos amontonados», en la omnisciencia: «No se parecía a nadie/ Ni siquiera recordaba». Pero una escena en blanco y negro le muestra a otra mujer que atraviesa la calle, el mediodía, el tráfico. Una mujer hecha de olvidos, hecha de la lluvia que cae como la memoria. ¿De cuál lado está la voz poética? La muchacha cruza la calle, la abuela ve que no llueve. La niña despierta. Las dos están dentro y están fuera. La enunciación es la voz compartida, simultánea. «¿En dónde estuve ese tiempo?/ Estoy anclada en el mismo lugar/ ¿Por qué no llueve?».

Entre la abuela y la niña está la madre muerta, su recuerdo. «Mis muertos son tan reales como yo. Les hablo en ruso y en yiddish». Las palabras se confunden en los espejos colgados como fotografías. La sujeto asume su dolor, vive deprimida para dejarlo de lado, para hacerlo como el polvo pero «el polvo se enrosca como un animal» y en la intemperie la poeta se pregunta: «¿Y hacia dónde avanzo con el pie sobre el corazón?».

Ella, la abuela, es ahora sólo un retrato guardado, pero en otro tiempo, en la memoria, compra el periódico, aprieta las flores contra su pecho, lleva vestidos plisados. Ella, la madre-abuela con dos niños agarrados a su falda. Ella, que se despidió en una estación después bombardeada. Ella que no volvió a ver a sus padres. «Ella que lloraba en las mañanas». Ella, «con las preocupaciones de todos los días en un país extraño». Ella, lejos de sí, «gorda, vieja antes de tiempo». Y lo único que queda es el tiempo largo, prolongado. Porque todo es separación, irse, a pedazos. La madre también entra en este destino: «Hermana madre no permitas tu separación/ ¿Oyes mi llanto?/ ¿Oyes mi llanto que te cubre como una tela?/ Rásgala/ Rómpeme/ Cúbreme con tus cenizas». En este devaneo doloroso, la invocación y la plegaria llevan al origen: «Oh madre misericordiosa/ Ten piedad de mí». Porque ella es refugio, ausencia encarnada, luz de aquel sueño.

Otras habitaciones aparecen una y otra vez llenas de vapores, de aromas para contraponerse al oráculo de la abuela joven. Pero el destino es una navaja que corta de tajo como el tiempo en que las voces se confunden:

Y no hubo tiempo porque esperé otra cosa, otra palabra, la impronunciada, la inoída y nos dispersamos en la rutina y nos hicimos viejas, ni siquiera sé si este rostro arrugado que miro eres tú o soy yo y las palabras que no dijimos, las verdaderas, las que sí decían, quedaron tensadas en aquel sueño del que no pudimos despertar.

La voz poética se hace vulnerable al tiempo, al polvo, a los objetos. Es una lámpara encendida en otra memoria, en otras voces que la hacen transparente y la iluminan en la ventana. Entonces, ya iluminada, la voz se reconoce en el pelo corto, sentada, y el poema alcanza su nivel dramático más alto. Las acotaciones dan el ritmo al poema. Viene la «pausa/ Escena después del blanco». Todo vuelve a la

realidad, pero «¿Cuál porción de la realidad es más frágil/ la mía/ o aquella en la que me ven los demás?», se pregunta la poeta. Entonces describe el escenario, acota las acciones, se ve, se mueve apenas en su respiración, abre las persianas, las cierra, las abre. El vaho en el vidrio la hace contemplar a «una mujer en lo oscuro de sí/ en lo sola de sí». Respira, recuerda, duerme en la memoria, dice palabras en otro idioma. Está cada vez más lejos de sí, quiere despertar y en su deseo vuelve al principio: «Por qué no abrir los ojos en la oscuridad/ En la propia oscuridad como al principio/ Entonces abrí la ventana».

La ventana es la memoria, el tiempo. Es la puerta al mundo interior, oscuro, de la voz poética y es la que permite salir al mundo y verse a la intemperie. En ella la vida se vuelve pensamiento más que experiencia. Los recuerdos son vidas de otros, de otras. Se amontonan como ropa sucia que hay que ir refregando en el afán deconstruccionista de la lectura. Sólo así, viendo los recuerdos que la habitan, la mujer se ve hacia dentro y hacia fuera. Siente los lazos que la unen al constructo legendario de lo femenino. Las mujeres de afuera hablan y dentro, ella habla sola, espera, escucha, se reconoce en el atisbo de la voces que la van envolviendo poco a poco. Así, la ventana se convierte en la entrada a la conciencia del género. ¿Qué ocurre con la mujer?, ¿cuándo se hace vieja? No se da cuenta hasta que la ventana le echa en cara las arrugas y los años. La mujer es ventana, se va formando con la luz de las otras que la habitan. Recuerda, sueña, ve, se ve siempre en las mayores hasta que, sin percatarse, la soledad le cubre de sombras el cuerpo. Entonces la ventana nos deja ver una mujer «en lo sola de sí», en «lo oscuro de sí», apenas deteniendo su esencia. La ventana es memoria, tiempo, voces, ecos, fotos, sombras que se mueven hacia el pasado y hacia el futuro en la incontinencia de la soledad femenina.

La sujeto lírica en Gloria Gervitz se construye en un espacio pluridimensional, fluye en el tiempo discontinuo de la convocación. Se ubica a sí misma en la estrategia de la inmediatez oral. Está latente en la memoria como un texto múltiple que se despliega en la confrontación con el olvido. Nada se deja de lado, más bien se asimila como un resguardo. El acontecimiento en la poesía de Gloria Gervitz engendra la expansión de los tiempos colectivos y privilegia como puntos de referencia elementos que provienen del cristianismo y de la tradición judía para entrar en su plegaria individual. Lo vivido se confunde, se diluye el tiempo y se congregan las voces íntimas, los puntos de vista. Esto da lugar a la conformación de la sujeto lírica en una multiplicidad de identidades, de presencias de mujeres ancestrales que se hacen visibles y se reconstruyen a través de las voces representadas. La hibridación surge entonces como el anclaje de la identidad poética que relativiza el canto colectivo y legendario de la mujer. Así, el discurso poético es, por naturaleza, la manera *sine qua non* de situarse en lo heterogéneo. A través del lenguaje permite que se compartan territorios, cuerpos, rituales. En ese sentido del viaje, de la migración, del exilio, la sujeto lírica se apropia de lo que va encontrando a su paso y en una identidad multidireccional condensa el tiempo de la memoria y lo vuelve mucho más experimental. La memoria es un tiempo de fronteras. Esto permite a Gervitz mantener un pie en la tradición, en la herencia y otro en la revelación de su interioridad. En ella, como en los grandes poetas, la poesía deshace la historia, como dice María Zambrano, «la desvive recorriéndola hacia atrás». El lenguaje queda suspen-



dido de la memoria. Sólo se manifiesta en su disolución, en lo discontinuo de los discursos que habitan su pensamiento. En *Fragmento de ventana* la memoria es una lámpara encendida que permite aparecer a la sujeto lírica como intermitencia en la pluralidad cultural que la conforma. La memoria articula, activa, convoca, prevé. La memoria es el espacio que expande toda posibilidad de identificación. Es una cualidad metafísica que, hecha de olvidos, de interrogaciones, de voz que nombra, que recorre el cuerpo de otros, de otras, da lugar a la conformación de lo íntimo. Todo está hecho desde la dolorida memoria como en un escenario al que sólo se tiene acceso a través de la voz, de la palabra que se teje en la ventana, en el vaho, como lámpara encendida.



EL FEMINISMO ESPAÑOL EN LA NARRATIVA DE LOS AÑOS VEINTE: MARGARITA NELKEN Y *LA TRAMPA DEL ARENAL*

Helena Establier Pérez
Universidad de Alicante

RESUMEN

El feminismo en la España del primer tercio del siglo XX es un movimiento social incipiente repleto de conflictos y contradicciones. Margarita Nelken, escritora y defensora acérrima de la causa de la mujer, se hace eco del enfrentamiento entre las diferentes maneras de entender el feminismo en sus obras teóricas *La condición social de la mujer en España* (1919) y *En torno a nosotras* (1927), donde expone sus ideas acerca de la situación de la mujer y toma posición frente al feminismo igualitario. También en su única novela larga, *La trampa del arenal*, publicada en 1923, nos ofrece bajo la forma de relato de tesis su particular visión de las tensiones que la situación económica, familiar y legal de la mujer española genera en la sociedad de la época.

PALABRAS CLAVE: Feminismo, literatura, narrativa contemporánea, novela, ensayo, género, emancipación, derechos, igualitarismo, mujer, igualdad, diferencia, escritoras.

ABSTRACT

By the first third of the twentieth-century, feminism in Spain is an early social movement full of conflicts and contradictions. Margarita Nelken, writer and diehard defender of women rights, reports the clash between different ways of understanding feminism in her theoretical works *La condición social de la mujer en España* (1919) and *En torno a nosotras* (1927), where she explains her ideas about women's situation and takes position towards egalitarian feminism. She also shows her particular views about the tensions produced by economic, legal and family situation of Spanish women in that particular society in her only long novel, *La trampa del arenal*, published in 1923.

KEY WORDS: Feminism, literature, contemporary fiction, novel, essay, gender, emancipation, rights, egalitarianism, woman, equality, difference, writers.

Aunque prácticamente desconocida, la de Margarita Nelken Mansberger (1894-1968) es una vida polifacética y novelesca, presidida por diversos referentes que la acompañan a lo largo de su curiosa peripecia en éste y otros países: la pintura, la escritura, el feminismo y la política. Éste es, además, el orden cronológico en el que se produce el acercamiento de Nelken a estas facetas fundamentales de su vida,

que logran por fin coexistir armónicamente en los últimos tiempos del exilio mejicano.

La pintura es la primera de sus pasiones, desarrollada desde la infancia a través de los estudios, de la práctica y también de la crítica. Digno es de reseñar que a la temprana edad de quince años, Margarita Nelken ya había publicado un artículo de crítica pictórica —sobre los frescos de San Antonio de la Florida— en la famosa revista londinense *The Studio*, reseña que fue inmediatamente seguida de otra sobre El Greco en *Le Mercure de France*, y a partir de ese momento, de un sinfín de ellas en numerosas y reputadas publicaciones europeas. Aunque —parece ser que tempranamente aquejada de algún problema de visión— abandona muy pronto el ejercicio de la pintura, no por ello se aleja de la crítica y del análisis pictórico, impartiendo durante quince años el curso anual de pintura del Museo del Prado y ocupando también el cargo de vocal del Museo de Arte Moderno de Madrid. Buena muestra de su especial vinculación con el mundo del arte es el hecho de que el 15 de enero de 1939, cuando la contienda civil tocaba a su fin y ya las tropas franquistas avanzaban hacia Barcelona, Margarita Nelken —que aún formaba parte del gobierno de la República— se encontrara todavía en el Ateneo barcelonés haciendo lo que durante tantos años había hecho por los centros culturales y asociaciones obreras de todo el país: impartir una conferencia de arte, esta vez sobre Picasso¹. No resulta sorprendente que, una vez en ese exilio americano del que nunca regresaría, su principal medio de vida fuera precisamente la crítica de arte, convirtiéndose en un referente fundamental de la renovación de la crítica artística mejicana.

Además de la crítica periodística y de sus numerosas conferencias, los conocimientos pictóricos de Margarita Nelken cristalizan también en conocidos textos, casi todos posteriores a la marcha de España: *Tres tipos de Virgenes. Angélico, Rafael y Alonso Cano, Escultura mexicana contemporánea, El expresionismo en la plástica mexicana*, etc. Y es que el ensayo es otra de sus grandes aficiones, no sólo para plasmar valoraciones artísticas sino para recoger variadas opiniones sobre asuntos políticos, culturales y de interés social (*La condición social de la mujer en España, La mujer ante las Cortes Constituyentes, Por qué hicimos la revolución, La mujer en la URSS y en la Constitución Soviética, Las Torres del Kremlin, Los judíos en la cultura hispánica, Maternología y puericultura, Las escritoras españolas...*). Así, desde 1919, fecha en que se publica la primera edición de *La condición social de la mujer en España*, hasta unos pocos años antes de su muerte (el texto *Un mundo etéreo: Lucinda Urrusti* aparece en 1976), Margarita Nelken no deja de cultivar la ensayística de temática variada².

¹ El título de la conferencia, tal como lo recoge Antonina Rodrigo en su narración de la anécdota, era «Picasso, artista y ciudadano de España» (A. RODRIGO, «Margarita Nelken», en *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Madrid, Compañía Literaria, 1996, p. 279).

² La bibliografía más completa de la obra de Margarita Nelken de la que disponemos hasta el presente se encuentra en la Introducción que realiza Á. Ena Bordonada a la reedición de Castalia de la novela *La trampa del arenal* (Madrid, Castalia, 2000, pp. 71-75). Para su biografía, ver el libro



No ocurre lo mismo con la narrativa, que practica en la década de los veinte y que abandona totalmente a raíz de su absoluta implicación en el devenir político de nuestro país. Excepto una de sus novelas, *La trampa del arenal* (1923), en la que me centraré más adelante, el resto pertenece al género de la narrativa breve, se publica a lo largo de los veinte y trata, directa o indirectamente pero siempre en tono desenfadado, diferentes aspectos relacionados con la mujer y la sociedad española de su tiempo. Dejaremos a un lado la novela corta *El orden*, que se escribe en 1931 y responde ya a un nuevo espíritu de compromiso político incipiente en la autora; no en vano ésta ha sido reeditada por Gonzalo Santonja como parte de *Las novelas rojas*³.

Es, efectivamente, en la década de los treinta cuando Margarita Nelken se vuelca en la política emprendiendo un camino de radicalización ideológica que la llevará desde la Agrupación Socialista Madrileña —en la que ingresa en 1931— hasta su afiliación al Partido Comunista en diciembre del 36. Diputada por Badajoz y única mujer que logró renovar su candidatura en las tres legislaturas republicanas, Nelken se pone al servicio del Partido Socialista y de la masa popular, alentando a la rebelión campesina del año 31 y a la revuelta asturiana del 34, lo que le valió el exilio de un año en la URSS. Digna de ser reseñada es su participación en la contienda civil desde las filas del comunismo, como dirigente de guerra —no olvidemos que su cargo de Diputada le confiere rango de mando—, impulsora de la defensa de Madrid y reportera de actualidad en las trincheras. Una vez terminada la contienda y hasta su muerte en 1968, Margarita Nelken vive casi treinta años de exilio mejicano dedicados al arte, a la escritura y, por supuesto, al compromiso ya que, a pesar de los periodos de tirantez con la cúpula del Partido Comunista, que llega a expulsarla de sus filas, ella nunca abandona su admiración al régimen y sus convicciones ideológicas⁴. Prueba de ello son, por ejemplo, el ensayo *Las Torres del Kremlin*, defensa a ultranza del sistema estalinista y del aparato soviético, publicado en 1943 —apenas un año después de la expulsión— o la obra poética *Primer Frente* (1944), homenaje al Ejército Rojo en cuyas filas había ingresado su hijo Santiago desde el final de la guerra española.

Hasta aquí un breve repaso de la singladura de Margarita Nelken a través de los años que rodean la contienda civil española. Intencionadamente he pospuesto las referencias a una de las facetas más interesantes de la vida pública de la escritora, con el objeto de explorarla ahora con más detenimiento; me refiero, claro está, a su relación con el incipiente movimiento feminista español y a su compromiso con la causa de las mujeres.

anteriormente citado de A. Rodrigo y también el de J. MARTÍNEZ GUTIÉRREZ, *Margarita Nelken: 1896-1968*, Madrid, Ed. del Orto, 1997.

³ G. SANTONJA, *Las novelas rojas*, Madrid, Ed. de la Torre, 1994, pp. 339-360.

⁴ Ver Á. ENA BORDONADA, «Margarita Nelken, una mujer en el exilio», en R. OVIEDO (ed.), *México en la encrucijada*, Madrid, Universidad Complutense, 2000, pp. 277-284.

Recordemos brevemente, antes de nada, cuál era la situación del movimiento feminista en los años en que arranca la producción ensayística y narrativa de Margarita Nelken y ello nos permitirá comprender mejor las limitaciones y posibles contradicciones de su feminismo teórico.

Recordemos que el término «feminismo», de origen incierto, se había generalizado desde la última década del XIX en Francia como sinónimo de la emancipación de la mujer que ya amenazaba a uno y a otro lado del Atlántico la paz del orden burgués decimonónico. Hacia 1894-95, el término ya aparece en Gran Bretaña y en publicaciones diversas en castellano, italiano, alemán, ruso y griego; también a finales de los 90 la palabra «feminismo» se hace extensiva a Argentina y a Estados Unidos, aunque en este último hay que esperar a principios del XX para encontrarla de modo generalizado.

En cualquier caso, ya antes de cambiar de siglo y paralelamente a la difusión del término en Europa y ultramar, en el discurso teórico de las mujeres aparecían dos líneas de argumentación con contenidos feministas que se planteaban como opuestas entre sí y aparentemente irreconciliables; seguiré, para referirme a ellas, la aportación terminológica de Karen Offen —feminismo relacional y feminismo individualista—, que parece aclarar bastante la cuestión⁵.

El llamado «feminismo relacional» había surgido como línea dominante de argumentación todavía en los últimos años del XIX, proponiendo una visión de la sociedad igualitaria pero fundada en el género y defendiendo como unidad básica de ella la pareja hombre/mujer no jerárquica y sustentada en el compañerismo. Este tipo de argumentación feminista insistía en reivindicar los derechos de las mujeres como tales, en virtud de unas capacidades naturales y de un supuesto imperativo biológico —la maternidad— que determinaban irreversiblemente su papel en la sociedad y que garantizaban una contribución a ésta que merecía ser convenientemente valorada. Por supuesto este movimiento, de raíz francesa, trató de conjugar el reconocimiento explícito de las diferencias sociales de las funciones sexuales de hombres y mujeres con la exigencia de la igualdad moral para ambos sexos, de manera que entre sus reivindicaciones se encontraban también las del derecho de las mujeres a trabajar fuera del hogar, a votar, a recibir una educación igualitaria, etc.

Frente a esta línea argumentativa que enfatizaba la diferencia de la función natural de los sexos, el «feminismo individualista» hacía hincapié en el individuo como unidad básica de la sociedad, exaltando la autonomía personal en todos los órdenes con independencia del sexo o género. No consideraban relevantes las dife-

⁵ Resulta inevitable para tratar esta cuestión el trabajo de K. OFFEN, «Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo». *Historia Social*, vol. 9 (1991), pp. 103-135. Del número 20 de la misma revista procede otro artículo de M. NASH que se centra a su vez en el contexto español: «Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España». *Historia Social*, vol. 20 (1994), pp. 151-172.

rencias biológicas ni establecían «funciones» sociales determinadas en virtud de éstas, por lo cual no exigían para las mujeres el reconocimiento de ningún otro derecho que los mismos de los que disfrutaban sus colegas varones. Los argumentos individualistas cobraron ímpetu en el universo anglosajón (Gran Bretaña y Estados Unidos) y se enfrentaron al desprecio de las europeas continentales que, como hemos visto, defendían un modelo reivindicativo que no «asexuara» a las mujeres y que respetara, dentro del orden familiar, la diferencia complementaria de los sexos.

Evidentemente, los argumentos individualistas y los relacionales nunca estuvieron tan diferenciados y tan radicalmente separados en discursos opuestos como los hemos planteado aquí con el propósito de conseguir una identificación más clara de las reivindicaciones y objetivos de cada uno de ellos. De hecho, en las primeras décadas del xx, extendidos ambos discursos ya por Europa y América, los límites entre las dos líneas de pensamiento se hacen más difusos y llegan en ocasiones a confundirse. También en esta época argumentos relacionales e individualistas habían llegado a nuestro país, calando singularmente en las mujeres —y en algunos hombres— de ideas más avanzadas. Obviamente las feministas españolas, siervas de una educación de raíces familiares y católicas, fueron más proclives a aceptar los primeros, que no vulneraban su concepto de «feminidad» ni alteraban básicamente los principios fundamentales de la distribución de papeles en la familia, aunque algunas de ellas también se hicieron eco de la corriente individualista e igualitaria que azotaba al mundo anglosajón y que había secundado la aparición de la figura de la «mujer emancipada»⁶.

Establecidas las bases ideológicas que sirven de fundamento y punto de partida al ideario feminista español, revisaremos a continuación la posición teórica al respecto de Margarita Nelken, anatemizada en el contexto español de su tiempo por sus ideas progresistas e incluidas indefectiblemente en la avanzadilla de la práctica feminista española del primer tercio de siglo. El análisis de las posiciones teóricas de Margarita Nelken a través de su ensayística sobre el tema nos servirá como

⁶ Como bien señala Mary Nash, la trayectoria del feminismo español debe entenderse en el contexto de la cultura política de este país, entre cuyos factores clave no se hallaba precisamente la legitimación social de los derechos individuales. En consecuencia, las características del desarrollo político español no fueron propicias para la realización de un feminismo «liberal» de signo político orientado hacia la consecución de los derechos individuales sino que se generalizó un feminismo «social» apoyado en el discurso de la domesticidad y en el de la diferencia de género. La mayoría de las mujeres asumió la lucha por la emancipación a partir de estos principios más que a partir del de la igualdad y ésta es la razón por la que encontramos grandes figuras del feminismo español —Emilia Pardo Bazán, Concepción Arenal, etc.— que permanecen indiferentes ante la cuestión de la reivindicación de los derechos políticos de las mujeres pero enormemente activas en cuestiones de emancipación social como la educación femenina. Y es que, como nos dice Nash, «la formulación del feminismo a partir de la base justificativa de la diferencia de género permitió su mayor legitimación social como movimiento y facilitó la concentración de las aspiraciones del movimiento en el terreno social y civil» (*op.cit.*, p. 163).



punto de partida y complemento para el análisis de su práctica literaria sobre la cuestión a través de la novela *La trampa del arenal*.

El interés de Margarita Nelken por el análisis de la situación de la mujer y por la mejora de su condición legal, laboral y familiar, arranca desde bien temprano. Ya en 1919 había fundado en el barrio madrileño de Ventas la «Casa de los Niños de España» que recogía a los hijos de las mujeres trabajadoras solteras o casadas mientras sus madres cumplían el horario laboral; también en la década de los veinte escribe profusamente para la revista *Blanco y Negro* sobre diferentes cuestiones relacionadas con la mujer y con el feminismo, desde una columna propia titulada «Temas femeninos»; por fin, de 1919 es el ensayo *La condición social de la mujer en España*, que causará una profunda revolución entre los círculos más conservadores del país⁷.

En este libro recoge Margarita Nelken sus ideas más controvertidas acerca de las medidas que habían de regular la incorporación de la mujer a la vida pública de nuestro país. Se concentra la escritora en la problemática que afecta a la mujer de clase media y a la obrera, especialmente en las dificultades para su acceso al mercado laboral y las condiciones en que éste se había de producir.

La mujer de clase media es, en opinión de la autora, quien presenta el problema económico más apremiante, a la vista de las deficiencias de su educación y de los prejuicios sociales que impiden su independencia del varón. La instrucción femenina se convierte en un elemento clave en el discurso de la autora, que rechaza la atrofia del pensamiento, del libre albedrío y del juicio personal que aquejaba a la educación convencional de la «señorita» y propone, en su lugar, una formación que la dignifique y que la haga útil para sí misma y para los demás. El fin último de esta relegación definitiva de la educación estrecha, absurda e intolerante al uso es, principalmente, la cristalización del ideal de la «esposa-amiga», digna compañera del hombre y pilar del hogar burgués, aunque también se trata de asegurar la autosuficiencia de la mujer en caso necesario, es decir, cuando haya de convertirse en lastre del varón o cuando se vea amenazada por la consabida rampa de la miseria social. En este sentido, reconoce Margarita Nelken que la sociedad se halla más dispuesta a reconocer el trabajo femenino cuando éste obedece a la necesidad que cuando se convierte en un medio para elevarse intelectualmente, de ahí que insista en reivindicar las capacidades intelectuales de la mujer y su aptitud para campos de investigación —como la ciencia— que le estaban vedados hasta entonces, tratando de

⁷ Cuenta Antonina Rodrigo (*op. cit.*, p. 270) a este propósito que una profesora de la Escuela Normal de Lérida fue suspendida de empleo y sueldo por el Ministro de Instrucción Pública por dar a conocer la obra entre sus alumnas y que el obispo de la diócesis condenó el libro, especialmente el capítulo dedicado a la prostitución. Por mediación de un diputado socialista, el escándalo llegó al Parlamento donde, en presencia de la autora, diputada por aquel entonces, se pidió que se leyese el capítulo prohibido. El ministro lo impidió amparándose en la presencia de señoras en las tribunas.

vencer la resistencia masculina a que la mujer desempeñe cargos que la puedan parangonar en categoría al hombre.

Especial atención dedica la escritora al grupo femenino más desfavorecido dentro de la clase media: las empleadas, que se hallan a medio camino entre la señorita y la obrera y que, absolutamente desprotegidas desde el punto de vista legal, disminuyen con sus exiguos sueldos y sus condiciones laborales humillantes, el valor general del trabajo. Una situación similar reconoce la autora para el caso de las obreras, cuyo número aumenta sin una mejora paralela de su situación laboral. Partiendo —y éste es, como veremos, uno de los puntos básicos del feminismo de la Nelken— de las peculiaridades de la naturaleza femenina, que la hacen diferente y complementaria al varón, la autora propone una reorganización del trabajo femenino, adaptándolo a las particulares aptitudes y necesidades de la mujer y garantizando su protección física y moral. A la vista de que el trabajo femenino aumenta paulatina e inexorablemente, es necesario que España se adecue en este sentido al movimiento internacional y que el hombre garantice con su apoyo a las leyes reguladoras —limitación de jornada laboral, ley de accidentes de trabajo, baja de maternidad, horario de lactancia, reglamentación del trabajo a domicilio...— la dignificación del trabajo de sus compañeras.

Una vez establecida la necesidad de organización del trabajo femenino, una buena parte del ensayo de Margarita Nelken se halla dedicado a cuestiones de higiene pública y privada. La reivindicación de una maternidad sana y natural es uno de los puntos fundamentales del feminismo de Nelken, siempre mediatizado por las exigencias de la naturaleza femenina; en opinión de la autora, la maternidad debe liberarse de esa connotación vergonzosa que le han otorgado la sociedad y la Iglesia e ir acompañada de la formación de las futuras madres en disciplinas como la maternología y la puericultura, ya habituales en los programas educativos de otros países. Por otro lado, el famoso y controvertido capítulo VIII dedicado a la prostitución insiste en la responsabilidad del Estado en el desarrollo de programas sociales de formación, amparo y rehabilitación para las mujeres que han de recurrir a esta vía como único medio de subsistencia.

Los últimos capítulos del libro se dedican a analizar la situación de las mujeres ante la ley y la política. Insiste Margarita Nelken en que la independencia económica, que parece vertebrar el movimiento feminista español, es un elemento irrelevante frente a la igualdad legal; en este sentido, el reconocimiento de la personalidad jurídica propia de la mujer se convierte en un elemento central de su ideario feminista, que propone la revisión del estatus de la mujer en el matrimonio y la supresión de la permanente minoría de edad en que se encuentran sumidas las mujeres ante la ley. El punto más conflictivo en este sentido es el del sufragio femenino, del que Margarita Nelken fue enemiga acérrima. Como explica en este ensayo —y también en otros posteriores como *La mujer ante las Cortes Constituyentes* (1931)—, la autora considera que la mujer española no se encuentra aún preparada espiritualmente para ejercer el derecho al voto con total independencia de criterio; de hecho, la figura del director espiritual cristiano todavía sule a una educación libre y racional que permita a la mujer no ser ante las urnas un mero instrumento de la Iglesia para garantizar el inmovilismo social. No es todavía, parece indicar Mar-

garita Nelken, el momento para que la mujer española se represente a sí misma mediante el sufragio, aunque no duda de que ese momento ha de llegar en breve⁸.

El ensayo finaliza con una serie de consideraciones generales sobre la relación entre la mujer española y el necesario desarrollo del feminismo en España, que enlazan de nuevo con la Introducción de la obra —«El feminismo en España»— y cierran perfectamente el círculo discursivo de ésta, concluyendo que el curso de desarrollo del feminismo es ya en España imposible de detener, tal como ha ocurrido en otras naciones más avanzadas en esta materia. Resumiré en tres puntos los que, para Margarita Nelken, han de ser los resultados fundamentales de ese imparable proceso de desarrollo del feminismo español:

En primer lugar, la independencia económica de la mujer, que proveerá una vía de escape a aquellas que están solas tanto como a las casadas sometidas al yugo marital. El trabajo femenino será entonces considerado con orgullo por hombres y mujeres.

En segundo lugar, la regeneración educativa de las mujeres, la organización de una cultura femenina socialmente liberada de prejuicios o normas que cree un nuevo espíritu susceptible de poner a la mujer en la obligación moral de trabajar para sí misma o para los demás.

En tercer lugar, la preparación de la mujer para desempeñar adecuadamente la misión de compañera y madre, perfectamente compatible con los progresos del feminismo.

Aunque el discurso de Margarita Nelken sobre el feminismo se halla sólidamente argumentado y responde al conocimiento exhaustivo de la situación de la mujer en otros países europeos, no siempre resulta fácil nadar entre dos aguas como la autora pretende. Por un lado, su reflexión nunca pierde el norte que la guía: la convicción de la existencia de una «*naturaleza*» femenina específica y diferente de la masculina, que dota a la mujer de unas «*aptitudes*» y unas «*necesidades*» que el feminismo no puede ni debe pasar por alto en sus reivindicaciones:

⁸ Hacía tiempo ya que la cuestión del sufragio femenino estaba en el aire. En 1905, desde las páginas del diario *El Herald*, una de nuestras grandes sufragistas, Carmen de Burgos, lanzaba una encuesta en este sentido para sondear la opinión pública, siendo el 80% de las respuestas claramente negativas al respecto. Poco había cambiado la situación un cuarto de siglo después cuando, en los primeros tiempos de la República, se plantea la cuestión en el Congreso. Recordemos que, aunque no electora, la mujer era ya elegible como diputada y que, en las elecciones del 31, tres mujeres ostentaron el cargo: Clara Campoamor, del Partido Radical, Victoria Kent de los Republicanos Radicales, y la propia Margarita Nelken, Socialista. Recordemos también que el asunto del voto femenino fue un cuerpo a cuerpo entre Victoria Kent, que se opuso radicalmente con criterios similares a los esgrimidos por Margarita Nelken, y Clara Campoamor, que lo defendió a ultranza desde la tribuna. Finalmente, el sufragio femenino fue aprobado, más como resultado de una batalla parlamentaria entre diversos grupos de izquierdas que como representación real del sentir popular. Clara Campoamor lo cuenta de cabo a rabo en *Mi pecado mortal. El voto femenino y yo* (1981).

[...] para no ser absurdos, debemos, al intentar progresar, seguir cada vez más estrechamente los mandatos de la naturaleza que nos ha hecho a los dos sexos esencialmente diferentes, sin duda para que nos completemos un día. [...] nuestro ideal ha de ser, si quiere ser equilibrado y lógico, el conseguir el posible desarrollo de nuestras aptitudes y necesidades, de las que nosotras mismas, por nuestra misma naturaleza, poseemos o somos susceptibles de adquirir, no de las que algunas de nosotras pretenden apropiarse a la fuerza⁹.

Pero por otro lado, su insistencia en defender el acceso de la mujer a todos los campos que le habían estado vedados (laboral, penal, científico e intelectual, etc.) choca en repetidas ocasiones con la defensa de la naturaleza femenina y del papel social que ésta confiere a las mujeres. Es evidente que Margarita Nelken es reacia a abandonar esa línea de pensamiento que hemos llamado feminismo «social» o «relacional» y que, consciente de las dificultades que el tema presenta en el ámbito español, desea llevar a la mujer a la emancipación social sin desestabilizar su función de madre-esposa-compañera y sin desafiar, por tanto, las más relevantes instituciones del patriarcado: el hogar y la continuidad de la especie. No resulta extraño que en esta gran madeja de buenas intenciones, de autocensuras y de soluciones de compromiso a las que la realidad española obliga, Nelken se pierda y se contradiga una y otra vez

La misma línea discursiva mantiene en un curioso texto publicado tan sólo seis años después de *La condición social de la mujer en España*. Se trata de *En torno a nosotras* (1927), ensayo dialogado en el que, como su propio título indica, la autora se expone en cuestiones diversas relacionadas con la condición femenina. A diferencia del anterior, no se trata de una exposición organizada y reivindicativa de la situación de la mujer sino más bien de una disquisición de índole filosófica y moral destinada a enfrentar dos concepciones del feminismo que, como veremos, se corresponden perfectamente con las dos vías —relacional e individualista— expuestas al principio de este trabajo.

Tan sólo dos personajes dialogan a lo largo de las más de doscientas páginas del libro; Isabel y Elena, profundamente concienciadas de su condición de mujeres y del impulso que el movimiento feminista ha cobrado en España, exponen sin tregua sus diferentes criterios sobre la feminidad y debaten sobre cuestiones como la maternidad, la emancipación, la virtud, el trabajo femenino, el divorcio, el concepto del honor, la igualdad, etc. Siendo Elena algo menos madura en edad y en experiencia que Isabel, se mantiene en una ardorosa defensa de las reivindicaciones del feminismo combativo anglosajón, enarbolando la bandera de la igualdad para desautorizar cualquier intento de mantener a la mujer en su papel tradicional de bastión del hogar. Por su parte, Isabel —que encarna, a la vez, al *alter ego* de la autora— parece haber alcanzado una visión de la cuestión mucho más serena, más

⁹ M. NELKEN, *La condición social de la mujer en España*. Madrid, Ed. CVS, 1976, pp. 86-7.



equilibrada; con sus razonadas observaciones, destinadas a mostrar las contradicciones de la postura de Elena, consigue sembrar en ella la duda y hacer así patentes los puntos débiles de la concepción del feminismo —en la línea del igualitarismo sufragista— que ésta representa. El feminismo individualista de Elena se plantea, en este sentido, como un ideal inmaduro, superficial, algo ingenuo —por no decir pueril— en sus planteamientos y objetivos, alejado en su ardor combativo de una adecuada valoración de la naturaleza femenina que dignifique a la mujer en lugar de ridiculizarla. Frente a él, las disquisiciones de Isabel parecen ser fruto de una reflexión mucho más honda, destinada a revelar sin tapujos una «verdad» femenina que el nuevo feminismo tiende a disfrazar e incluso a negar.

No son pocos los puntos conflictivos que Nelken aborda en este extenso diálogo-discusión entre Isabel y Elena. Posiblemente su mayor «pecado» a los ojos del feminismo contemporáneo resida en defender sin dejar resquicio a la duda una división sexual de papeles sociales apoyada en el «esencialismo», la consabida diferencia biológica. En el discurso de Isabel, bajo el cual se deja ver la clara influencia de los presupuestos científicos al uso, el temperamento masculino se asocia al campo del espíritu, de la verdad, del conocimiento, de la cultura, del arte y de la capacidad creadora¹⁰, mientras que lo femenino aparece ligado al sentimiento, al instinto, a la naturaleza y a la conservación; profundamente vinculadas a su naturaleza corporal, las mujeres no son capaces de elevarse espiritualmente como sus compañeros varones, y es precisamente esta dificultad para deshacerse de su materia biológica la que determina una diferencia entre los sexos que no ha de entenderse como inferioridad de uno respecto al otro sino como necesaria complementariedad entre ambos¹¹. Para Isabel, una vida «plena» para la mujer en el terreno físico y también en el moral debe partir de la aceptación de las limitaciones impuestas por la naturaleza y debe, en consecuencia, incluir la vida en pareja afín y complementaria, la maternidad abnegada y la feliz dedicación al hogar¹². Especial atención merece la

¹⁰ «El conocimiento en sí, la busca del conocimiento sin aplicación práctica inmediata, parece estarle vedada a la mujer [...] porque, en la mujer, todo es instinto adquisitivo, instinto de madre que alimenta al hijo que lleva en el cuerpo» (M. NELKEN, *En torno a nosotras*. Madrid, Páez, 1927, pp. 173 y 175). «La cultura en la mujer, salvo en una minoría fatalmente muy reducida, encierra, pues, este peligro: [...] el de convertirse en diletantismo, lo cual es todo lo contrario de la verdadera cultura» (*ibidem*, pp. 181-2). «El hombre no siente su cuerpo, a tal punto que puede su espíritu olvidarse de él y hasta desconocer su existencia. [...] Toda la desigualdad entre los sexos, toda la independencia del hombre [...] proviene precisamente de ese divorcio absoluto entre su cuerpo y su espíritu; de esa posibilidad absoluta de separarlos cuando le place, de satisfacer el uno sin que el otro intervenga en ello lo más mínimo. [...] En esa desigualdad radica también toda nuestra facultad de sacrificio, nuestra superior abnegación —no temamos la palabra— de hembras entregadas, por su instinto, a defender, a resguardar en su regazo, al macho y a los cachorros» (*ibidem*, pp. 93-95).

¹¹ «Yo no puedo pensar que la naturaleza, tan sabia, haya creado inferior uno a otro, deliberadamente, a dos seres hechos para completarse» (*ibidem*, p. 94).

¹² «[...] Ese amor que le hace falta al hombre [...] para, día tras día, ganar la vida de los suyos; ese amor, el mismo, sí, es el que le hará falta a la mujer para, día tras día, sin más ilusiones que

loa a la maternidad que entona la autora a lo largo de todo el ensayo, haciendo hincapié en la necesidad de dignificarla «en sí» y «de por sí», de rescatarla como tarea femenina privilegiada, de recuperar el «orgullo» del sacrificio maternal y convertirlo en algo «absoluto», alejado de las reivindicaciones puramente económicas de ciertos sectores feministas¹³.

Hasta ahí no hay en el discurso de Nelken una sola nota discordante respecto al discurso de la ciencia médica del cambio de siglo¹⁴; tampoco fue ella la única entre las feministas de su época que se hizo eco de estas teorías biologicistas que conseguían, sin negar la naturaleza femenina y mediante el recurso a la «complementariedad» de los sexos, sacar a la mujer de la situación de inferioridad a la que había sido relegada durante siglos. Y es que, en virtud de esa misma naturaleza femenina «diferente» y «complementaria», las intelectuales que argumentaban en este sentido despreciaban los «delirios de igualdad» de otros grupos feministas para reivindicar el reconocimiento de una serie de privilegios que compensaran la inevitable servidumbre femenina a su cuerpo de mujer. «Feminizarse para preservarse» parece ser el lema con el que anima Margarita Nelken a las mujeres de su tiempo a alejarse de Mrs. Pankhurst y sus secuaces, aceptando su «condición» de mujeres como único camino para que ésta sea respetada¹⁵.

Todavía más en este ensayo que en *La condición social de la mujer*, se hace ardua la tarea de compaginar estas tesis biologicistas con la cuestión de la emancipa-

las del deber gozosamente aceptado, alimentar la llama del hogar. Y así como en el hombre sería cobardía o pereza inexcusable, inaguantable [...] protestar de su servidumbre, lo es en ella renegar de esas mil tareas ínfimas, cuyo conjunto es nada menos que la Paz» (*ibidem*, p. 27).

¹³ «No se me alcanza cómo la mujer no pone su orgullo en hacer de su maternidad un algo absoluto, que se baste a sí mismo. Exigir el derecho de llevar el hijo siempre delante, independientemente del padre: he aquí la única y verdadera dignificación de la maternidad» (*ibidem*, p. 163).

¹⁴ Desde un pseudocientifismo basado en la biología, la anatomía, la psicología y la sociología, algunos de los investigadores españoles más conocidos de la época se lanzaron a la defensa del discurso diferenciador. Siguiendo las teorías de Freud, Nietzsche o Weininger, los científicos instituyeron como verdad médica irrefutable la cuestión de la diferencia biológica y sexual entre hombres y mujeres y la necesaria distancia moral e intelectual que de ella se derivaba. Así, la teoría de la bisexualidad de Weininger fue en nuestro país desarrollada e interpretada por una autoridad en ciencia médica, el doctor Gregorio Marañón que, en ensayos como «Biología y feminismo» o «Maternidad y feminismo», esbozó las ideas fundamentales de esa «complementariedad» de los sexos a la que remite el discurso de algunas feministas como la propia Margarita Nelken.

¹⁵ «¿No crees que el día en que nosotras mismas aceptásemos nuestra diferencia, habríamos conseguido remediar las más flagrantes injusticias que hoy padecemos?» (*ibidem*, p. 233). «No, no somos iguales a vosotros; somos muy distintas. Somos más frágiles y estamos sujetas a impresionalidades que no podéis ni suponer. Pero la diferencia es ésta, y no otra; lo mismo que vosotros, hemos de poder disponer racionalmente de nosotras, que otra cosa es cometer un abuso de fuerza [...] Puesto que la misma naturaleza nos impide utilizar, como vosotros, las capacidades de la inteligencia que nos da al principio, no olvidéis que esos años —los mejores— en que no os podemos acompañar con entera independencia en vuestra ascensión, no olvidéis que no son un paréntesis, sino la agudización de un fondo latente. No es igualdad lo que pedimos: son privilegios. Privilegios que compensen nuestra servidumbre» (*ibidem*, pp. 234-5).





ción femenina, dificultad que lleva a Margarita Nelken a caminar más de una vez por la cuerda floja y a retorcer su argumentación hasta rozar lo inverosímil. Cuando se refiere a la emancipación económica de las mujeres, por ejemplo, advierte de la necesidad de celebrarla sin inclinarse ante ella¹⁶, y no pierde ocasión de recordar que la independencia femenina va, generalmente, acompañada de la insatisfacción de las que la profesan¹⁷.

Del mismo modo, entiende el trabajo femenino sólo como una necesidad que debe realizarse adoptando la mentalidad y la responsabilidad de los hombres pero siempre en calidad de mujeres. Por supuesto, su argumentación va siempre acompañada de una llamada de precaución ante las reivindicaciones del sufragismo, insistiendo en que la excesiva celeridad de las mujeres a la hora de tomar posiciones en la carrera hacia la igualdad no contribuye a su mayor eficacia¹⁸.

Como vemos, no escasean en el texto los efectos de malabarismo a la hora de conciliar posturas, que denotan los esfuerzos de la autora por mantenerse fiel a su credo ideológico sin perjudicar los intereses de la causa femenina. No es la intención de este trabajo, en cualquier caso, cargar las tintas sobre un conflicto absolutamente esperable en un momento de choque de posturas teóricas como el que se vive en la España de los años veinte; es lógico que, como defensora de la causa de las mujeres, Margarita Nelken se haga eco del enfrentamiento entre esas dos maneras de entender el feminismo que presiden el principio del siglo xx y también lo es que, como mujer, experimente las tensiones existentes entre la realidad de la sociedad española de su época —anclada aún en el sistema tradicional de división sexual— y las reivindicaciones de los grupos feministas sensibles a la evidente relegación de la mujer en todos los ámbitos sociales.

De esa preocupación de la autora por crear espacio de debate para una cuestión candente nacen los dos ensayos que hemos revisado, *La condición social de la mujer en España* y *En torno a nosotras*, cuyo valor reside, con sus limitaciones y peculiaridades, precisamente en dar voz teórica a lo silenciado, a lo inaudible: la situación de la mujer y del feminismo en la España de los años veinte.

Pero también es cierto que, como se ha señalado anteriormente, a lo largo de esos años Margarita Nelken toma la pluma para expresar sus inquietudes a través de la narrativa. La atención a *La trampa del arenal*, única novela larga de la autora, nos permitirá sin duda matizar algunos de los puntos ya enunciados anteriormente

¹⁶ «Celebremos la emancipación económica, cuando su falta supondría en nosotras sacrificio de la propia dignidad. Celebrémosla pero sin inclinarnos ante ella» (*ibidem*, p. 26).

¹⁷ «No es menester sacar a colación ningún tratado de medicina para afirmar que la mujer se halla, de por sí, en la imposibilidad de vivir sexualmente independiente. Mira en torno tuyo con los ojos abiertos de par en par y sentirás toda la tristeza de la insatisfacción —no me atrevo a decir histerismo— que hay en el fondo de las independizaciones femeninas» (*ibidem*, p. 79).

¹⁸ «Para lograr esta igualdad ideal, no es buen sistema empezar por invadir las primeras llevando, como único equipaje, maletas a medio hacer, en que cada objeto se bambolea por su lado y amenaza romperse» (*ibidem*, p. 31).

y ofrecer una perspectiva más completa de su ideario acerca de la situación de la mujer en la sociedad de su tiempo.

Recordemos que es en 1923 cuando Margarita Nelken publica esta novela de título tan sugerente. Era ya la autora en aquel momento perfecta conocedora de los procedimientos y recursos de la novela de entretenimiento y, de hecho, los relatos que publicó ese mismo año y los inmediatamente siguientes se vendieron en colecciones de narrativa breve (*La Novela Corta, La Novela de Hoy, Los Contemporáneos...*) cuyos contenido y formato se enfocaban fundamentalmente a la lectura distendida propia de los ratos de ocio del gabinete burgués.

Precisamente en *La trampa del arenal* se van a dar cita de manera magistral todos esos recursos que dotan de agilidad narrativa al relato breve: un conflicto cuya posible resolución invite a continuar la lectura, un escenario conocido y unos personajes cotidianos pintados con rasgos costumbristas en los que el lector se pueda fácilmente reconocer, el relato ágil de una serie de situaciones concatenadas que van enredando la trama, la introducción repentina de elementos nuevos susceptibles de dar un giro inesperado a los acontecimientos, la hábil mezcla del presente y del pasado mediante un correcto manejo de las técnicas retrospectivas, etc.

Ya desde el principio, en que la autora presenta el conflicto que va a dar pie a la novela, interesa al lector en la peripecia vital de Luis Otura y despierta su curiosidad sobre el interrogante que constituirá el incentivo de la lectura: ¿conseguirá Luis, a pesar de los obstáculos que se le presentan, enderezar su trayectoria y llegar a buen puerto o será arrastrado por sus propios errores hacia la trampa arenosa que da título a la novela? A partir de este momento, con un argumento muy sencillo narrado sin grandes pretensiones estilísticas, esta novela consigue involucrarnos magistralmente en el desarrollo del anunciado fracaso vital de Luis Otura, haciendo al tiempo inevitable la reflexión sobre las circunstancias que contribuyen a inclinar progresivamente la rampa por la que parece descender en picado este curioso personaje.

Recordemos que la autora presenta a Luis Otura como un joven de buena familia provinciana, de economía ajustada pero rancio abolengo, en cuyos estudios han puesto sus padres altas miras. Enviado a Madrid para tal fin, Luis prefiere requerir de amores a una joven dependiente de papelería que concentrarse en sus estudios universitarios, y de la falta de sentido común de él y del deseo de medrar de ella resulta un oportuno embarazo que parece forzar el enlace matrimonial. Puesta al corriente la familia de Luis en una visita de éste, sobreponiéndose a duras penas a la decepción que el comportamiento del hijo ha causado, se impone el honor burgués y se autoriza el casamiento de los jóvenes. El matrimonio supondrá para Luis una nueva vida en la que los estudios universitarios serán sustituidos por un modesto empleo de escribiente y en la que Salud, la esposa —perteneciente además a un estrato social inferior al de Luis—, resultará, una vez venido al mundo el fruto de sus amores, no responder exactamente a las expectativas del marido.

Perfectamente consciente de su nueva posición de señora burguesa, Salud deja ahora rienda suelta a sus caprichos y exigencias y se preocupa más por mantener el aparato externo que su clase social recientemente adquirida le exige que por arribar en la dirección correcta una unión matrimonial que se inicia con tan



débiles cimientos. La frustración de Luis va en aumento hasta que la aparición de Libertad, la joven vecina tan diferente a la esposa, le hace vislumbrar la posibilidad —o, al menos, hace nacer el deseo— de una vida mejor que nunca llega a realizarse.

Éste es, reducido a su mínima esencia, el argumento de la novela. En general, la obra de Margarita Nelken no ha sido objeto de una demorada atención crítica, posiblemente porque, como ocurre en tantos otros casos de escritoras dedicadas a la causa política y social, la figura literaria ha sido canibalizada por el personaje histórico y por los ecos de su participación en los acontecimientos españoles de la época. De hecho, la narrativa breve de la autora, escrita toda ella en la década de los veinte, está aún pendiente de estudio y sobre *La trampa del arenal* sólo cabe destacar la decena de páginas que le dedica A. Ena Bordonada en el estudio que precede a la ya citada reedición hecha por Castalia en el año 2000 y las referencias hechas en el trabajo de Carmen Servén «Margarita Nelken: feminismo y creación narrativa en los años veinte»¹⁹.

En general, las escasas interpretaciones que de la obra se han hecho coinciden en los siguientes aspectos:

La insistencia en señalar a Salud como personaje negativo de la novela.

La victimización de Luis, personaje inocente, sometido inexorablemente a los arbitrios de una esposa tirana y condenado sin remisión por sus errores de juventud.

La determinación del hundimiento de un hombre por una mujer como tema central de la novela.

La manifestación de la sorpresa ante la aparente discordancia existente entre el archiconocido ideario profeminista de Margarita Nelken y su crítica hacia ciertas figuras femeninas —Salud— contra las que a primera vista carga las tintas en esta novela.

No me cabe la menor duda de que un estudio detallado de las circunstancias y de los personajes de la novela y el cotejo de algunos textos teóricos de la autora con esta narración de 1923 podría aportar algo más de luz sobre el ideario de Margarita Nelken y sobre la práctica narrativa de su feminismo teórico. En este sentido, la reconsideración de los personajes centrales, Luis y Salud, y de sus acciones y motivaciones personales en el desarrollo de la trama, resulta fundamental.

La presentación que la novela nos hace de Salud en el segundo capítulo incide, precisamente, en su trayectoria vital, y nos da las claves para comprender sus movimientos a lo largo de la narración. No en vano Salud es el vivo ejemplo de la indefensión ante el medio en la que se desenvuelve la mujer española de los estratos sociales más bajos. Huérfana de padre, creció arropada por el dudoso ejemplo de la

¹⁹ C. SERVÉN, «Margarita Nelken: feminismo y creación narrativa en los años 20». *Dossiers Feministes*, vol. 1 (1998), pp. 101-108.

madre, mantenida primero por un «padrino» y dedicada más tarde a turbios negocios de prendería y compraventa, y del hermano, que sólo aparece por el domicilio familiar para sablear a la madre. El único modelo cercano de su edad es su prima Celes, madre antes de los treinta de un tropel de chiquillos sucios y enfermos y casada con un juerguista que se gasta el jornal en toros y jaranas mientras ella cuida de la prole. No cabe duda de que la explotación femenina de toda índole parece haber sido el modelo de la infancia de Salud.

Decidida a no seguir la trayectoria materna, la joven se ha construido una imagen de burguesita venida a menos, aceptando un empleo de dependienta de papelería que le reporta menos ganancias pero más posición social que el trabajo en un obrador. Con tesón y espíritu calculador ha decidido no entregarse a ningún hombre que no le pueda proporcionar una salida digna, un matrimonio burgués que la saque del infierno al que parece estar condenada por nacimiento. En ese momento, entra en escena Luis, estudiante de buena familia; entretanto, la propia madre de la joven actúa de Celestina para convertirla en querida de un vecino que las pueda mantener y solucionar así su vejez, cada vez más precaria.

Véanse las tres alternativas que le quedan a Salud: 1) Pudrirse a cambio de cuatro reales como dependienta de papelería y acabar solterona o —quizá— malcasada como su prima Celes, con un puñado de hijos y ninguna expectativa vital, 2) venderse como querida y convertirse en una segunda versión de su madre o 3) venderse como esposa burguesa, con total respetabilidad y la protección de la institución matrimonial.

La primera «trampa» que plantea la novela es sin duda la que atrapa a Salud en el momento de decidir sobre su futuro. No hay salidas para la mujer sin educación, sin familia respetable, sin dote... no hay dignidad que exigirle a la mujer sin expectativas cuando nada le da la sociedad a cambio. Y Salud, con total legitimidad, lucha para no hundirse en el arenal social. Luis es su tabla de salvación, y paradójicamente, el final de la rampa de Salud representa el fatal comienzo de la de él.

En la cara oculta de esa imagen de mujer insoportable y caprichosa, que no comprende nada de lo que le ocurre a su marido, Salud resulta un personaje entrañable y hasta conmovedor cuyo sueño de felicidad burguesa no va más allá de una flamante niñera con el delantal almidonado o la posesión de unos pendientes (y no deja de resultar patético que logre comprárselos a plazos con el dinerillo que ahorra de la cesta de la compra y que, además, tenga que empeñarlos cuando Luis, en un arranque de dignidad burguesa, abandone su trabajo y no sea capaz de encontrar otro).

Por otro lado, nada puede reprochársele a Salud como madre, a no ser esa maternidad instintiva, casi animal, que para Margarita Nelken es representativa del sexo femenino y que, en este personaje, se funde además con esa ignorancia que caracteriza a los estratos sociales más bajos en materia de puericultura básica. Tampoco le es imputable falta ninguna como esposa —a pesar del deseo de Luis de pillarla en una infidelidad que justifique la separación— que no sea su incapacidad manifiesta para sintonizar con la sensibilidad y la educación de su esposo y su zafiedad y grosería naturales, propias del ambiente donde ha crecido. Pero lo cierto es que ni la falta de instrucción de Salud en las técnicas de la puericultura moderna ni





la ausencia de educación y de saber estar social son razones suficientes para romper una unión en la que las diferencias entre los cónyuges ya se conocían de antemano. Porque no debemos olvidar que Luis, señorito burgués y estudiante calavera, buscaba en Salud, la joven de baja clase social, el amorío fácil sin consecuencias que entretuviera su estancia en la capital, y que, de no haber mediado el embarazo, hubiera terminado por reproducir sin duda el eterno binomio «estudiante-obrera» que culminaba inexorablemente con el abandono de la segunda por el matrimonio con la irreprochable señorita de clase media elegida por los padres. En esta particular reinterpretación del burlador burlado que nos ofrece Margarita Nelken, el ambiente de Salud y su educación, que no resultaban en absoluto vejatorios para Luis cuando no había amenaza de compromiso de por medio, comienzan sospechosamente a serlo cuando la cadena indisoluble del matrimonio lo une definitivamente a ella.

En resumen, Salud nunca podrá ser la compañera que Luis espera porque no ha tenido ninguna oportunidad de formarse para ello, porque es hija de ese mismo abandono social que arrastra a otras tantas mujeres como ella a la prostitución, a la miseria, a la vejez prematura... Salud es una superviviente y, aunque pueda parecerlo a primera vista, no es ella en absoluto el objetivo de la crítica de Margarita Nelken ni la responsable auténtica de esa parálisis permanente que parece aquejar a Luis Otura.

Éste, por su parte, resulta a la larga ser un personaje bastante más ridículo de lo que a primera vista parece. Todo en la novela parece indicar que Luis es el resultado ejemplar de la familia burguesa provinciana esforzada en salvaguardar, por encima del irremediable ocaso del pasado esplendor económico, su herencia de rancio abolengo y buenas costumbres. Así, mientras la hacienda familiar se desmorona, el sueño de la educación de Luis en la capital y de su brillante futuro parece redimir a los Otura de los sinsabores económicos causados por la dificultosa conservación del patrimonio familiar; una vez que el joven confiesa su error, la razón fundamental de la familia Otura —el éxito laboral, social y matrimonial del varón primogénito— se desvanece y la salud del padre y los restos de la hacienda familiar se desmoronan en paralelo.

En su papel de señorito burgués inmaduro, hiperprotegido con veneración por padres y hermanas, Luis no acierta a valorar adecuadamente el esfuerzo familiar que su educación requiere y lo echa todo por la borda por un repentino apasionamiento. De principio a fin, hace gala de su debilidad de carácter. Recordemos que son las amenazas de Salud y de su madre —unidas, claro, al prurito del honor burgués— las que lo empujan al matrimonio y que la esposa logra con facilidad pasmosa convertir el domicilio familiar en su propio feudo sin que la voz de Luis se oiga apenas; nada opina de la crianza de su hija, pese a ser consciente de la falta de preparación de la esposa; se pudre en un trabajo que le disgusta hasta que lo abandona en un arranque de furia sin haber previsto las fatales consecuencias que ello acarrearía para su familia; no consigue jamás terminar esa carrera universitaria que comenzó y que, a pesar de tener las tardes libres, se le antoja imposible; ni siquiera es capaz de renunciar a Libertad a tiempo y ha de ser ella quien, significativamente, decida en nombre de los dos. A lo largo de la novela, Luis piensa, se autocompadece,

se ve a sí mismo hundido hasta el cuello en la trampa del arrenal, urde mil planes para liberarse pero jamás actúa, asfixiado en la moral de una clase social que le ha enseñado a respetar la institución matrimonial pero no a adaptarse a las circunstancias y a sobreponerse a los imprevistos.

Como lectores, Luis nos da lástima pero no nos infunde respeto. Más que la víctima de la esposa tirana, se nos muestra como la víctima del espíritu de su clase social y de una educación pésima para la vida que lo convierte, una vez cree perdidas sus aspiraciones, en un ser frustrado sin capacidad alguna de reacción.

No olvidemos la influencia en todo ello de los antecedentes familiares de Luis. La madre, «con su traje negro de lana, su cabellera plateada recogida hacia atrás, y el pliegue amargo de sus labios finos, era una de aquellas ricas hembras castellanas de otros tiempos, de abnegación y grandeza sin límites, pero de virtud estrecha y fanática»²⁰ y, como tal, se halla encastillada en esas mismas convicciones de clase burguesa que terminan por consumir al marido y que arruinan también la vida del hijo. Las hermanas, por su parte, fiel reflejo de la ideología materna, prefieren enterrarse en vida que cambiar sus principios a la muerte del padre. Por eso, la propuesta de Luis de llevarlas a Madrid para que puedan aprender algún oficio digno que les permita la independencia económica es acogida por parte de la madre y de las propias hermanas con una indignación tal que le hace desistir de su propósito. También la familia madrileña de los Otura, perteneciente a la burguesía acomodada, muestra idénticos prejuicios de clase, aprovechando la menor oportunidad para demostrar a Luis su desaprobación a la nueva esposa y para humillarlo con su indiferencia o con sus bromas de mal gusto.

Así, todo parece irse a pique en la vida de Luis. Ha perdido a su padre, apenas puede contar con el apoyo de su madre y sus hermanas, que ya tienen bastante con sobrevivir a la debacle del patrimonio familiar, sus parientes adinerados de la capital le vuelven la espalda, se queda sin trabajo y, como colofón de todo ello, se encuentra atrapado en un matrimonio que no funciona. Cuando esta situación de asfixia vital llega a su punto culminante, Luis recibe un soplo de aire fresco con el significativo nombre de Libertad.

Libertad, la vecinita de al lado, es la antítesis de todas las jóvenes a las que Luis ha conocido hasta entonces. Heroína de folletín moderno, Libertad arrastra una triste historia familiar que la ha llevado a la soledad más absoluta. Honrada y trabajadora, sencilla, carente de toda frivolidad, le ofrece a Luis una amistad sincera que al principio lo desconcierta y que más tarde le hace concebir ilusiones de una nueva vida. Por vez primera vislumbra Luis la posibilidad de una verdadera «compañera», su mitad complementaria, el aliento espiritual que a su existencia anodina le falta, y, con su habitual irresolución, trata de postergar las decisiones a la espera del milagro que nunca se produce. Naturalmente, es ella quien pone fin a una situación que, a la vista de esa cárcel espiritual de origen pequeño burgués en la que

²⁰ *La trampa del arrenal*, p. 154.

transcurre la vida de Luis, tenía cada vez más visos de convertirse en la historia de la eterna amante del respetable caballero casado. En un alarde de dignidad propio de una heroína de su calibre, Libertad pone tierra de por medio pero deja una puerta abierta al reencuentro una vez superados los obstáculos familiares de Luis. Ésta es la puerta que se cierra definitivamente en el último capítulo de la novela cuando Luis, asumida la inevitable realidad de una nueva paternidad en ciernes, entierra definitivamente los restos de su dignidad burguesa —y de su ilusión de futuro— y se reconoce en aquel cuadro de la infancia que reproduce la trampa mortal de los arenales del Monte de San Miguel:

Se sentía el pecho oprimido, con una sensación de ahogo que le subía hasta la garganta. Y esta sensación trajo a su memoria el recuerdo de un antiguo grabado francés que colgaba en el despacho de su padre, y que había obsesionado toda su infancia. Representaba los arenales del Monte San Miguel [...] En primer término aparecía un hombre, del cual divisábanse tan sólo la cabeza y los brazos, pues estaba enterrado hasta el cuello en la arena. Y era una cosa pavorosa ver el gesto de la arena en la cual se iba hundiendo poco a poco, con sus ojos fuera de las órbitas, su boca desencajada por los gritos de espanto, y sus brazos agitados en vano en demanda de un auxilio que no había de llegar. [...] Él también se había enterrado en vida y todos sus esfuerzos por salvarse sólo habían servido para hundirle más. Él también, como aquel paseante de los arenales que agitaba convulsivamente los brazos por encima de su mueca de horror, había puesto inocentemente el pie en la trampa, y se había encontrado cogido para siempre en su martirio. Y todo esfuerzo había de ser inútil²¹.

El final de la novela es, aunque esperable, ciertamente desolador, como corresponde a una novela de tesis que pretende, además de entretener, situar al lector ante unos personajes con los que se pueda identificar y ante unas peripecias de las que pueda extraer sin complicación sus conclusiones.

Es fácil observar que no pocos de los puntos desarrollados en los dos ensayos a los que nos hemos referido al inicio de este trabajo (*La condición social de la mujer en España* y *En torno a nosotras*) se encuentran también en esta novela como sustrato teórico de la acción novelesca. No perdamos de vista, para empezar, que aunque Luis se presente como el personaje central de la novela, aparece siempre flanqueado por dos mujeres —Salud y Libertad— que son las que realmente conducen la peripecia del protagonista y que gozan, como personajes, de mucha mayor fuerza narrativa que Luis Otura. Ambas —cada una a su manera— suponen una denuncia de la injusticia social que acecha permanentemente a las mujeres. Salud es el tipo de la empleada, «la más indignamente explotada»²² de todas las mujeres que

²¹ *Ibidem*, pp. 213-4.

²² *La condición social de la mujer en España*, p. 71.

ven en el trabajo un medio de subsistencia, soñando con la aparición del hombre que las rescate de ese submundo social al que están obligadas por nacimiento. Su matrimonio con Luis es un error, pero un error social, que podría haber evitado un adecuado plan de protección estatal hacia la mujer que no tiene más recursos o expectativas que las que un hombre le puede proporcionar. Cuando en *La condición social de la mujer* la autora afirma que «para el hombre de la clase media el matrimonio significa verdaderamente una carga y una carga que muchos no se atreven a sobrellevar» o que «en ninguna parte ni en ninguna condición, la vida amorosa de la mujer es más ruin ni más lamentablemente ‘baja’ y ‘animal’ que en los matrimonios de nuestra clase media»²³, no está sino incidiendo en el mismo problema social —y moral— que hace imposible la felicidad conyugal de Salud y Luis: el matrimonio de conveniencia como única salvación para la mujer. E insisto en el adjetivo «moral», ya que *La trampa del arenal* pone de manifiesto —sin hacer referencia explícita a ella— otra cuestión de fondo que Margarita Nelken trata largamente en sus ensayos teóricos: la necesidad del divorcio en España.

Es obvio que la situación de absoluto desentendimiento a la que llega el matrimonio Otura se hubiera resuelto con una adecuada ley de divorcio que, por supuesto, no existía en la España de 1923. Una ley de divorcio que —y ahí se muestra Nelken claramente en contra de algunos grupos feministas que veían en el divorcio un peligro para la mujer— serviría para proteger aún más a la mujer que al hombre porque, al fin y al cabo, este último «por el mero hecho de serlo, se halla siempre libertado de todos los deberes. Lo único que le impide aprovechar esa libertad absoluta es su conciencia, o su conveniencia, y en esto para nada intervienen ni el divorcio ni la más rigurosa indisolubilidad del lazo matrimonial»²⁴. En el caso del protagonista de *La trampa del arenal* no son la conciencia ni la conveniencia las que le impiden aprovechar la libertad absoluta que posee por el mero hecho de ser hombre, sino el buen sentido y la honestidad de Libertad, que nunca se muestra dispuesta a entrar en el juego.

Libertad es la otra gran víctima de los prejuicios y de la injusticia social. Huérfana, y de clase modesta, ha elegido otro camino de subsistencia diferente al de Salud: el del trabajo diario sin pretensiones y el del apartamiento de la sociedad y de los hombres. Consciente de la imagen desvirtuada que su independencia, su soledad y la sencillez de su atuendo provocan en un vecindario poco habituado a mujeres de sus características, ha decidido vivir para sí misma, sin prestar atención a habladurías ni maledicencias. Pero Margarita Nelken ha de dejarnos claro que no es posible escapar de la naturaleza ni del destino de mujer al que la biología nos condena. Por eso la independencia —económica y afectiva— de Libertad ha de verse truncada por la aparición de Luis, demostrándonos que, tal como afirma en *En torno a nosotras*, en el fondo de toda mujer aparentemente independiente hay un

²³ *Ibidem*, pp. 50-1.

²⁴ *En torno a nosotras*, p. 141.

poso de insatisfacción que necesita para resolverse de «una fuerza —masculina, claro— que la complete, y al completarla, le permita desenvolverse plenamente»²⁵.

En este caso, el «desenvolvimiento» de Salud se ve truncado por la cadena matrimonial de Luis, pero Nelken ya ha sembrado la duda en nuestros espíritus haciéndonos ver que no hay escondite posible para la mujer cuando su naturaleza femenina se hace presente. Qué duda cabe de que Libertad habría sido la «mitad complementaria» perfecta para Luis, la compañera ideal, si no fuera porque el sistema social y moral, anquilosado, viciado, restrictivo, acaba por condenar a todos a la infelicidad.

Así, dos de los grandes campos de la reflexión teórica feminista de la escritora se han hecho patentes también en su narrativa: por un lado, la necesidad de una reforma social que contemple efectivamente la protección de las mujeres, otorgándoles la posibilidad de desenvolverse por sí mismas, en igualdad de condiciones que los hombres. Por otro lado, la convicción de que, a pesar de todo ello, la «esencia» femenina no ha de verse vulnerada por los necesarios avances en la condición social de la mujer.

He aquí por tanto las bases del tan controvertido feminismo de Nelken: igualdad legal y laboral de los sexos, indiscutible diferencia biológica y, por ende, espiritual y, a partir de ellas, necesaria complementariedad en la distribución de papeles familiares y sociales. Elementos difíciles de conciliar pero a la vez imprescindibles para la práctica de un feminismo español que sólo podía desarrollarse asentado sobre la defensa de instituciones tradicionales como el hogar, la familia o la mismísima feminidad. Margarita Nelken supo sondear perfectamente la situación española, y las aparentes limitaciones o contradicciones de su teoría feminista responden precisamente a su acentuada sensibilidad social y a su deseo de encontrar un camino viable para unas reivindicaciones que, en la España de los veinte, todavía parecían una utopía.



²⁵ *Ibidem*, p. 81.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL PASADO (MATERNO) Y EL DISCURSO CIENTÍFICO EN *LIFE BEFORE MAN* DE MARGARET ATWOOD*

Rosario Arias Doblás
Universidad de Málaga

RESUMEN

En esta última década los novelistas han mostrado un especial interés por la relación existente entre historia y ficción. En sus obras sugieren una visión del pasado como algo que está conectado con el presente y que está abierto a revisión, y no como algo fijo y acabado. Este diálogo establecido entre pasado y presente está además impulsado por los últimos descubrimientos científicos y tecnológicos, porque se puede comprender mejor el presente si se vuelve al pasado que lo desencadenó. *Life Before Man* (1979), de Margaret Atwood, anticipa esta tendencia reciente en la narrativa contemporánea ya que la narración revisa el pasado de las protagonistas (ligado estrechamente a la figura materna), en un contexto científico donde se incluyen los discursos de la arqueología, paleontología, astronomía y darwinismo desde la perspectiva de una mujer.

PALABRAS CLAVE: Margaret Atwood, novela y mujeres, madres e hijas, literatura y ciencia, revisiones del pasado.

ABSTRACT

Over the last decade contemporary fiction writers have been overtly concerned with the relationship between history and fiction. In their novels, they suggest a view of the past not as fixed and finished but as vitally connected to the present and open to revision. This established dialogue between past and present is also fuelled by our present concerns with scientific discoveries, so that one can argue that this delving into the past helps understand the present, by going back to that past that preceded and produced it. Margaret Atwood's *Life Before Man* (1979) anticipates this recent trend in contemporary fiction since the narrative revises the past of the protagonists, which is inextricably linked to the maternal figure, by making use of a scientific framework where the discourses of archaeology, paleontology, astronomy and Darwinism are included from a woman's perspective.

KEY WORDS: Margaret Atwood, women and fiction, mothers and daughters, literature and science, revisions of the past.

0. INTRODUCCIÓN

Margaret Atwood, escritora canadiense anglófona y ganadora del Premio Booker en el año 2000 por *The Blind Assassin*, siempre ha mostrado interés por el pasado. El ejemplo más notable lo constituye *Alias Grace* (1996), novela que obtuvo gran acogida de crítica y público, donde la autora reconstruye la vida de Grace Marks, juzgada por asesinato en Canadá a mediados del siglo XIX, basándose en hechos reales. Casi todas sus novelas manifiestan una especial preocupación por el pasado y cómo éste afecta a sus protagonistas. Sin embargo, una obra que ha recibido escasa atención crítica en este sentido ha sido *Life Before Man* (1979), injustamente olvidada y relegada pero que debería ser examinada más cuidadosamente a la luz de las tendencias recientes de la narrativa contemporánea.

Autores como Graham Swift, Peter Ackroyd, Ian McEwan, Pat Barker y Angela Carter, entre otros, incluyen de una u otra manera temas relacionados con el pasado y la historia. Esta corriente en la narrativa actual coincide con los estudios sobre la historia que se han llevado a cabo por Hayden White, Paul Veyne, Keith Jenkins y Michel Foucault y que tanto han influido en nuestra percepción de ésta. Pero dentro de esta tendencia de visitar el pasado también se podría encuadrar la inclusión de la ciencia y discursos científicos en novelas contemporáneas. La relación entre ciencia y literatura ha sufrido altibajos a lo largo de los siglos. Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, suscitada sobre todo en el siglo XX a tenor del debate entre C.P. Snow y F.R. Leavis en los años cincuenta y sesenta sobre la necesidad o no de una mayor comunicación entre ambas disciplinas. Este debate ha sido retomado por críticos como Christopher Norris o Patricia Waugh, quien argumenta que «the most recent developments in science have not only healed the quarrel between the 'two cultures', but have also eroded the classic distinctions between the methods and truths of science and those of art»¹. Asimismo, George Levine en la introducción al volumen titulado *One Culture: Essays in Science and Literature* (1987) acomete precisamente la reconciliación entre ciencia y literatura en las últimas décadas del siglo XX². Pero no cabe duda de que con anterioridad al siglo XX han existido numerosos casos donde se ha llevado a cabo esta incorporación del discurso científ-

* Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología, BFF2003-05143 («La representación del pasado en la novela y el cine británicos en el siglo XX»).

¹ P. WAUGH, «Postmodernism, Science and Utopianism», en J. PÉREZ GUERRA *et al.* (eds.), *Proceedings of the XIXth International Conference of AEDEAN*, Vigo, Universidade de Vigo, 1986, pp. 83-97, p. 88.

² G. LEVINE, «One Culture: Science and Literature», en G. LEVINE (ed.), *One Culture: Essays in Science and Literature*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987, pp. 3-32. Véase también D.L. WILSON y Z. BOWEN, *Science and Literature: Bridging the Two Cultures*. Gainesville, University Press of Florida, 2001.

fico en la literatura, como en la poesía de John Donne, en la de William Wordsworth o en las novelas de George Eliot, por ejemplo.

Aunque, como se ha puesto de manifiesto, esto no supone ninguna novedad en la literatura de habla inglesa, sí se ha observado en estos últimos años una mayor profusión de novelas que incluyen discursos científicos en la narrativa. Obras como *Angels and Insects* (1992) de A.S. Byatt, *Ever After* (1992) de Graham Swift, *A Change of Climate* (1994) de Hilary Mantel, *The Peppered Moth* (2000) de Margaret Drabble y *Thinks...* (2001) de David Lodge son algunos de los casos más recientes. Por lo tanto, se puede afirmar que se abre una etapa de coexistencia de la historia y la ciencia en la literatura, sin duda debida a los recientes descubrimientos científicos y tecnológicos —entre los que se encuentra la secuenciación del genoma humano, las investigaciones en clonación, la neurobiología o la inteligencia artificial— que están revolucionando todas las áreas del saber con incalculables consecuencias para el futuro de la humanidad. En este sentido, *Life Before Man*, de Margaret Atwood, anticipa esta tendencia actual en la narrativa contemporánea de visitar el pasado (en su caso, como veremos, el relacionado con la figura materna), así como de incorporar el discurso de la ciencia.

Estas dos vertientes de la novela están condensadas en las diversas lecturas que podemos hacer del título: *Life Before Man*. Por un lado, el título puede referirse desde un punto de vista psicoanalítico al vínculo existente entre madre e hija, es decir, a la etapa preedípica, entendiéndolo como tal la que transcurre durante los tres primeros años de la niña en los que la figura de la madre ocupa un lugar primordial³. Sin embargo, una segunda lectura del título subraya la vida existente en la tierra antes de la presencia del hombre en la tierra, es decir, la prehistoria, cuando los dinosaurios eran la especie dominante. Ambas interpretaciones encajan perfectamente en la novela porque corresponden a la vida y actividades de dos de los personajes más importantes de la novela: Elizabeth Schoenhof y Lesje Green que trabajan en el *Royal Ontario Museum (ROM)*, una como encargada de exposiciones y la otra como paleontóloga de profesión.

³ A riesgo de simplificar la complejidad que encierra definir las etapas edípica y preedípica en el desarrollo psicológico y sexual de los niños, hay que señalar sus aspectos principales. Aunque estas definiciones parten de Sigmund Freud, éstas han sido posteriormente matizadas por la crítica feminista a la que haremos referencia más adelante. Las diferencias sexuales ocurren en el período edípico, cuando los niños tienen entre tres y cinco años. Para Freud el complejo de Edipo constituye el fenómeno principal de la diferenciación sexual en la niñez: el niño siente cargas libidinales por la madre que debe dejar a un lado por el temor narcisista de la castración que el padre puede infligirle y termina identificándose con éste. Por el contrario, la niña entra en el período edípico al verse castrada. Al tomar al niño como modelo, Freud describe cómo cuando la niña observa la ausencia del órgano sexual masculino, echa la culpa a la madre, y la rechaza; a continuación, vuelve su mirada hacia el padre y compensa esa ausencia con el deseo de engendrar un hijo. La etapa preedípica, en cambio, se caracteriza por la especial relación y conexión que existe entre madre e hija en los primeros años de vida de ésta; por ello la vida antes del hombre, título de la novela de Atwood, puede aludir al vínculo entre madre e hija antes de que el padre forme parte sustancial del desarrollo de ésta.



Al margen de Elizabeth y Lesje, quienes configuran un triángulo amoroso con Nate (el marido de Elizabeth), existen otros personajes secundarios como la tía Muriel (tía de Elizabeth), William (novio de Lesje), Chris Beecham (quien, a pesar de no tener una presencia física en la novela, influye en la vida de los protagonistas) y las hijas de Elizabeth y Nate, entre otros. En *Life Before Man* la acción transcurre en Toronto, en un espacio temporal de dos años, desde el 29 de octubre de 1976 al 18 de agosto de 1978 —con sólo dos vueltas al pasado: al 28 de agosto de 1975 y al 7 de octubre de 1976, cuando Chris Beecham todavía estaba vivo— con una voz narradora de tercera persona, pero aquí limitada por la perspectiva que ofrecen los tres principales protagonistas. Además, la obra de Atwood está dispuesta como si fuese un diario y cada entrada del diario está encabezada tanto por el día y fecha como por el protagonista de dicha entrada, que dependiendo del momento, será Elizabeth, Nate o Lesje; en este sentido, la incorporación de un protagonista masculino supone una innovación en el conjunto de la obra de Atwood, como ha sido oportunamente señalado⁴. Habrá que esperar a *Alias Grace*, publicada en 1996, para encontrar un personaje masculino de igual importancia.

Nuestra lectura se encamina, en primer lugar, a analizar al personaje de Elizabeth, el personaje principal de la obra, en relación a la traumática experiencia vivida de pequeña con su madre biológica y con su posterior madre sustituta, la tía Muriel. Asimismo, nos centraremos en el personaje de Lesje, en la relación que mantiene con la figura materna y en el discurso científico que Atwood incorpora a la narración con la presentación de la paleontóloga y el comportamiento de los demás personajes. Por último observaremos la progresiva transformación que sufren los protagonistas, quienes, encerrados al principio en su aislamiento y solipsismo, consiguen reconocer la capacidad de conexión y empatía con los demás, justo en el momento en el que aceptan la multiplicidad en sus vidas. Todo ello se llevará a cabo dentro del marco de las revisiones feministas del psicoanálisis de Nancy Chodorow y Jessica Benjamin, donde tienen una especial importancia tanto la búsqueda de la figura materna como la excavación del pasado en el desarrollo psicológico femenino, situado éste en los primeros años de vida, es decir, en la etapa preedípica. Frente al androcentrismo del psicoanálisis tradicional freudiano, que prima la masculinidad en detrimento de la feminidad, especialistas como Chodorow y Benjamin optan por rescatar la figura materna del olvido y de la distorsión de las teorías de Sigmund Freud, así como dar relevancia al período preedípico frente al edípico, eje del psicoanálisis tradicional. Por lo tanto, se puede afirmar que en las revisiones feministas del psicoanálisis se lleva a cabo un trabajo de arqueología —la metáfora arqueológica fue utilizada en primer lugar por Freud en «Femininity» (1933) para definir la relevancia de la etapa preedípica, comparable a los vestigios de la civilización minoica-micénica en Grecia—. Si, tal y como sostiene Gayle Greene,

⁴ H. STAELS, *Margaret Atwood Revisited*. Nueva York, Twayne, 1999, p. 65.

«[f]eminism is a re-remembering, a re-assembling of our lost past and lost parts of ourselves»⁵, Atwood participa del proyecto feminista en tanto en cuanto comparte el deseo de que el pasado (ya sea materno o de cualquier tipo) no quede sumido en el olvido sino que se incorpore al presente para someterlo a una revisión y de este modo existan posibilidades reales de cambio y de transformación. Así, las protagonistas de *Life Before Man* desentieran y exploran su pasado personal y familiar. Pero, por otra parte, la reconstrucción del pasado a través de vestigios que afectan a nuestro presente y al futuro también hace referencia a los discursos científicos de la novela, entre los que se encuentra la paleontología (el pasado de seres orgánicos en la tierra a través del estudio de fósiles), astronomía (donde se combina el pasado del universo y su futuro) y, añadiríamos, arqueología (en el modo en que se lleva a cabo la vuelta al pasado en la novela).

1. LA RECONSTRUCCIÓN DEL PASADO MATERNO

La novela sigue el paradigma psicoanalítico ya que destapa y desentierra la experiencia traumática de Elizabeth para reconstruir la historia maternal que afecta al comportamiento de este personaje. No cabe duda de que Elizabeth ocupa un lugar primordial en la novela, tal y como se puede comprobar en el hecho fundamental de que ella abre y cierra la narración con las entradas correspondientes a los dos años en los que transcurre la novela. En los episodios protagonizados por Elizabeth se combina la voz narradora de tercera persona con monólogos interiores de la protagonista, como ocurre justo al comienzo:

I don't know how I should live.
...Elizabeth is lying on her back, clothes on and unrumpled... Arms at her sides, feet together, eyes open. She can see part of the ceiling, that's all... Nothing will happen, nothing will open... She is not in. She's somewhere between her body... She can't move her fingers. She thinks about her hands, lying at her sides, rubber gloves: she thinks about forcing the bones and flesh down into those shapes of hands, one finger at a time, like a dough⁶.

De este fragmento se pueden destacar varios aspectos: en primer lugar, el uso alternativo de la primera y tercera persona de la voz narradora indica la división interna que siente Elizabeth, así como la discrepancia que existe entre la capacidad de actuación externa y de poder en el mundo real con la inmovilidad —en este primer episodio, literal con la parálisis corporal de dedos y manos— psíquica y

⁵ G. GREENE, «Feminist Fiction and the Uses of Memory». *Signs*, vol. 16 (1991), pp. 290-321, p. 300.

⁶ M. ATWOOD, *Life Before Man*. Londres, Virago, 1995 (1ª ed. 1979), pp. 11-12.



emocional en la que se halla⁷. En segundo lugar, estas líneas de Elizabeth ponen el acento en cuestiones fundamentales sobre la vida, la muerte y la eternidad que van a ser tratadas en la novela desde diferentes ángulos. Es necesario resaltar que la perspectiva que Elizabeth tiene de estos temas se deja entrever desde el principio de *Life Before Man* debido al suicidio de Chris, su amante. Este hecho permite descubrir la fragilidad de la identidad de la protagonista, que se siente «between her body». Esta escena también presenta los conflictos y ambivalencias que experimenta Elizabeth sobre su propia identidad, que no se encuentra adecuadamente diferenciada, en los términos psicoanalíticos expuestos por Chodorow⁸. Esta misma noción se comprueba en los problemas de definición corporal, por ejemplo con sus manos, que Elizabeth manifiesta. Así pues, las manos simbolizan y son emblemas, como afirma Rubenstein, «for both tangible contact and genuine emotional connection between people»⁹. La propia autora ha comentado en una ocasión que las manos son de especial importancia para ella¹⁰, como extensión del cerebro y como punto de contacto entre individuos. Resulta evidente que el hecho de que Elizabeth denomine a sus manos «rubber gloves» alude a la propia insensibilidad y a la ruptura que tiene establecida con el mundo circundante; esa ruptura y aislamiento con los demás se manifiesta literalmente también porque se encierra en su habitación.

La ruptura de Elizabeth con el medio social, causada por el suicidio de Chris, reproduce la escisión que la protagonista realiza respecto a su pasado, un pasado que es traumático y que ha dejado profunda huella en su vida y personalidad. En última instancia, podemos afirmar con Hilde Staels que la desconexión que Elizabeth establece con su pasado «causes her static existential condition»¹¹. Todas estas ideas se reflejan en una conversación mental que Elizabeth mantiene con su psicólogo o psiquiatra, en la que apuesta por la vida y rechaza el suicidio por el bien de sus hijas:

I know I have to keep on living and I have no intention of doing otherwise. You don't have to worry about that... I'm a mother if not exactly a wife and I take that seriously. I would never leave an image like that behind for my children. I've had that done to me and I didn't like it.

No, I don't want to discuss my mother, my father, my Auntie Muriel or my sister. I know quite a lot about them as well...

⁷ R. RUBENSTEIN, *Boundaries of the Self: Gender, Culture, Fiction*. Urbana, University of Illinois Press, 1987, pp. 71-72.

⁸ Véase el artículo de N. CHODOROW, «Gender, Relation, and Difference in Psychoanalytic Perspective», en H. EISENSTEIN y A. JARDINE (eds.), *The Future of Difference*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1988 (1ª ed. 1980), pp. 3-19.

⁹ *Op. cit.*, p. 110.

¹⁰ B. LYONS, «Using Other People's Dreadful Childhoods», en E.G. INGERSOLL (ed.), *Margaret Atwood: Conversations*, Londres, Virago, 1992 (1ª ed. 1990), pp. 221-33.

¹¹ *Op. cit.*, p. 110.

I'm an adult and I do not think I am merely the sum of my past. I can make choices and I suffer the consequences, though they aren't always the ones I foresaw¹².

La primera parte de este texto se refiere a los acontecimientos trágicos ocurridos durante la infancia de Elizabeth y de su hermana Caroline. Aunque Elizabeth asegura que ella es algo más que la simple «sum of my past», la narración presenta al principio a la protagonista como psicológicamente determinada y, como afirma J. Brooks Bouson, se retrotrae al pasado de Elizabeth «in an attempt to explain the source of her powerful, oppositional, yet narcissistically fragile personality»¹³ a partir de la segunda parte de la novela. Los detalles de su vida familiar pasada van salpicando la narración, pero cuando unimos los fragmentos, el resultado final ofrece un esquema familiar destructivo: un padre ausente (abandona a su familia), una madre que fallece a las dos semanas de haber sido prácticamente consumida por el fuego provocado por un cigarrillo —demasiado embriagada para darse cuenta de que se había quedado dormida y de que el cigarrillo había prendido el colchón—, y dos niñas, Elizabeth y Caroline, que ya habían pasado con anterioridad a este suceso al cuidado de su tía Muriel. Mientras la presentación de la tía Muriel es totalmente monstruosa, la madre, ausente, representa todo lo bueno. Es decir, en el estado infantil regresivo de Elizabeth, la figura materna se escinde en dos visiones polarizadas: una idealizada (la madre) y otra monstruosa que (al igual que la malvada madrastra o bruja en los cuentos) asume la parte negativa de la madre ausente, a quien se puede idealizar en el recuerdo¹⁴.

El personaje que ejerce una mayor influencia en el desarrollo de la personalidad de Elizabeth es, entonces, su tía Muriel, a quien ésta considera responsable de la muerte de su madre y de su hermana Caroline. Las dos hermanas reaccionan de modo diferente a la situación que viven tras la separación traumática entre ellas y su madre biológica (con la insinuación, realizada por la tía, de que su propia madre consintió en firmar los papeles de adopción por dinero): tras un episodio en el que, con siete años, Caroline grita en la iglesia (lo cual Elizabeth ahora interpreta como señal de su inestabilidad psíquica), se aísla paulatinamente del exterior y amenaza con suicidarse. Finalmente la internan en el hospital y más tarde en una institución psiquiátrica donde:

Caroline would not talk or even move. She would not eat by herself and she had to be diapered like a baby. She lay on her side with her knees curled up to her chest,

¹² *Life Before Man*, pp. 98-99.

¹³ J.B. BOUSON, *Brutal Choreographies: Oppositional Strategies and Narrative Design in the Novels of Margaret Atwood*. Amherst, University of Massachusetts Press, 1993, p. 91.

¹⁴ Para mayor información sobre la polarización de la figura materna en los cuentos de hadas en general y la relevancia de éstos en la obra de Atwood, véase B. BETTELHEIM, *The Uses of Enchantment: The Meaning and Importance of Fairy Tales*. Nueva York, Vintage, 1989 (1ª ed. 1975), p. 67 y S.R. WILSON, *Margaret Atwood's Fairy-Tale Sexual Politics*. Jackson, University Press of Mississippi, 1993, p. 167, respectivamente.

eyes closed, hands fisted... Three years after that, when Caroline was almost seventeen, an attendant was called away while she was in the bathtub... She drowned rather than making the one small gesture, the turn of the head, that would have saved her life¹⁵.

Este estado regresivo en el que Caroline se sumerge de modo metafórico, hasta que se suicida sumergiéndose de verdad en la bañera, se puede encontrar en los primeros momentos de la novela, en los que Elizabeth se mantiene en estado casi catatónico. Cabe señalar que el proceso regresivo de Caroline se produce poco a poco hasta tal punto que, como si se tratase de un bebé, depende de cuidadores para su mantenimiento físico. El agua de la bañera simboliza la disolución total de barreras entre subjetividades, sin que exista reconocimiento mutuo de diferenciaciones, por lo cual la muerte de Caroline no sólo representa los aspectos negativos de la relación con la madre, sino que además, como afirma Rubenstein, «dramatizes Elizabeth's own fear of engulfment by the overwhelming negative mother-figure, Auntie Muriel»¹⁶.

Si la ruptura de los lazos con la madre biológica provoca en Caroline el regreso psíquico al mundo infantil, el silencio, la locura y, finalmente, la muerte, en Elizabeth los problemas de identidad, de diferenciación respecto a los demás, van a aparecer desde joven, de tal modo que permean todas las relaciones que establece con otras personas. Elizabeth sólo necesita una cosa: escapismo, para lo cual utiliza a jóvenes desconocidos con los que mantiene relaciones sexuales, con los que disfruta del poder que tiene en sus manos. Aunque, en palabras de Bouson, «Elizabeth's female power and rage seem to exist at the expense of men over whom she assumes power»¹⁷, la protagonista se siente al mismo tiempo dependiente de este tipo de relaciones, lo cual, a nuestro entender, no es sino una proyección de los sentimientos contradictorios que perviven en ella respecto a su madre y a la figura de la madre sustituta. Si Bouson relaciona este rasgo en Elizabeth —tanto en sus aventuras amorosas como en la relación que establece con su tía— como un ejemplo del modo en que «individuals emotionally and vampiristically feed off others, absorbing their energy and power»¹⁸ con uno de los temas fundamentales de *Cat's Eye* (1988) en el juego/tortura psicológica al que Cordelia y las demás someten a Elaine, asimismo podemos pensar que aquí se anticipa la figura vampírica por excelencia en la producción narrativa de Atwood: Zenia de *The Robber Bride* (1993). En este sentido, lo que Phyllis Sternberg Perrakis afirma en torno a Zenia como centro de «the psychological connections between domination and submission in erotic love [and] modes of infant-m(other) interaction»¹⁹ puede extenderse al personaje de Elizabeth,

¹⁵ *Life Before Man*, p. 88.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 86.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 103.

¹⁸ *Ibidem*, p. 103.

¹⁹ P.S. PERRAKIS, «Atwood's *The Robber Bride*: The Vampire as Intersubjective Catalyst», en H. BLOOM (ed.), *Margaret Atwood*, Filadelfia, Chelsea, 2000, pp. 205-21.

quien en sus constantes aventuras extramaritales reproduce la paradoja existente entre el deseo simultáneo de reconocimiento de la propia identidad, autonomía, así como el anhelo de permanecer unida al otro, basada en la relación primaria con la madre.

Jessica Benjamin ha sido la autora que mejor ha explorado estas ideas bajo la perspectiva de las relaciones objetales y, teniendo en cuenta que, según afirma Benjamin, «the fantasy of erotic domination embodies both the desire for independence and the desire for recognition»²⁰, Elizabeth cataliza sus sentimientos ambivalentes hacia la figura materna en las relaciones que mantiene con los hombres, incluidos Nate y Chris. Por ejemplo, a pesar de la descripción que Elizabeth realiza a veces de Chris, con imágenes vampíricas, es ella la que «drains the man of blood and energy», según Ildikó de Papp Carrington²¹. Además, Elizabeth, como otros tantos personajes de Atwood, contiene características en apariencia contradictorias. Por un lado, ella representa el poder y la venganza en manos femeninas —cuya explicación se encuentra en su pasado, según Atwood comenta en una entrevista: «[Elizabeth's] ruthless in her dealings with other people, but then people have been ruthless in their dealings with her. Violence begets violence»²²—; pero, por otro, también ella, como afirma Bouson, «is an embodiment of feminine powerlessness and self-diminishment»²³. Estos rasgos responden a una inestable concepción de la propia identidad y al sentimiento de culpabilidad que sostiene Elizabeth, tal y como se manifiesta en un sueño: «Elizabeth is having a bad dream. The children are lost... The dream is an old one, an old familiar... the lost babies were her mother and Caroline. She's shut them out, both of them, as well as she could, but they come back anyway, using the forms that will most torment her»²⁴. Esta última línea hace referencia a la presencia de fantasmas del pasado que se aparecen (bien en sueños, bien en visiones) y turban la vida de la protagonista, con lo que se subraya la pervivencia de las experiencias traumáticas pasadas en los momentos presentes de Elizabeth. Se puede destacar la culpabilidad que siente la protagonista hacia la muerte de su madre y de su hermana —culpa que antes había recibido la tía—. La culpa y responsabilidad hacia todo lo que ocurre a su alrededor corresponden a un inadecuado proceso de desarrollo psicológico. Esto está refrendado por la mención al momento puntual en el que Elizabeth tiene ese sueño por primera vez: cuando nace su hija Nancy. Cuando una mujer se dispone a criar y cuidar a su hija, según

²⁰ J. BENJAMIN, *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination*. Nueva York, Pantheon, 1988, p. 52.

²¹ I.P. CARRINGTON, «Demons, Doubles, and Dinosaurs: *Life Before Man*, *The Origin of Consciousness*, and 'The Icicle'», en J. MCCOMBS (ed.), *Critical Essays on Margaret Atwood*, Boston, Hall, 1988, pp. 229-45.

²² A. TWIGG, «Just Looking at Things That Are There», en E.G. INGERSOLL (ed.), *Margaret Atwood: Conversations*, Londres, Virago, 1992 (1ª ed. 1990), pp. 121-30, p. 125.

²³ *Op. cit.*, 95.

²⁴ *Life Before Man*, p. 187.



Chodorow, se reproducen sentimientos y actitudes vividas por ella, con su respectiva madre. Si tenemos en cuenta la situación de la protagonista, podemos afirmar que su estructura familiar coincide con la descrita por Chodorow, quien asegura que «children do suffer... in... situations associated with sudden separation from their primary caretaker, major family crisis or disruption in their life, inadequate interaction with those caretakers they do have»²⁵. En este sentido, resulta muy apropiado llamar la atención sobre el comentario que hace la voz narradora de tercera persona sobre la hija de Elizabeth, a tenor de una ilustración sobre un árbol: «...sucking, voracious. Nancy started biting her in the sixth month, with the first tooth»²⁶. La noción de *sucking*, «succionar», está ligada a las imágenes vampíricas de la novela, de tal forma que de nuevo observamos, mediante esta imagen, el patrón que domina las relaciones interpersonales en la novela: una desigual relación en la que, entre dos personas, existen tensiones contradictorias y deseos ambivalentes de permanecer unidos y de separarse al mismo tiempo. Como afirma Roberta Rubenstein respecto a *Life Before Man*, los personajes «are both attracted to and threatened by the original symbiotic relationship with a powerful Other; each struggles with the tensions of control and submission, aggressive and passive stances within intimate relationships»²⁷. Un poco más adelante, cuando Elizabeth acude al planetario, se compara el auditorio con el interior de un seno materno, y en él Elizabeth se siente *stifled*, «sofocada», lo que subraya la presencia de las tensiones arriba mencionadas en relación con la madre, ya sea biológica o sustituta.

El rechazo frontal que experimenta Elizabeth es característico de actitudes matrofóbicas de las hijas hacia sus madres en novelas escritas por mujeres en la segunda mitad del siglo XX; el efecto producido en ellas asimismo es similar: una desvinculación con el pasado, en el intento de separarse de la figura materna por completo. Sin embargo, esto conlleva problemas psicológicos profundos y la división interna de la protagonista —en *Life Before Man* la escisión interna está reflejada en el ámbito público, en la política, con las elecciones en Quebec— hasta que ésta consigue reconciliarse con su pasado y con la capacidad maternal, para después incorporar en su vida un principio de transformación. La madre sustituta, la tía Muriel, cumple un papel fundamental en el desarrollo personal de Elizabeth. Aunque las actuaciones de la protagonista están a menudo dispuestas para demostrar a su tía y a sí misma que no se parece en nada a ella (por ejemplo, la decisión de casarse con Nate y mantener la economía familiar sólo con su sueldo hasta que Nate consiguiera sus objetivos como abogado, «proved that she wasn't at all like Auntie Muriel»²⁸), reconoce que su tía ejerce una poderosa influencia, hasta tal punto que

²⁵ N. CHODOROW, *The Reproduction of Mothering*. Berkeley, University of California P, 1999 (1ª ed. 1978), p. 75.

²⁶ *Life Before Man*, p. 60.

²⁷ *Op. cit.*, p. 94.

²⁸ *Life Before Man*, p. 41.



«when [Elizabeth]’s with Auntie Muriel she is still part child»²⁹. La crítica, entre la que se encuentra Staels, ha reconocido en la presentación de la tía Muriel, siempre desde la perspectiva de Elizabeth, un anticipo de otro personaje, la señora Smeath de *Cat’s Eye*; ambas representan la voz acusadora del fanatismo religioso, así como la hipocresía bajo un disfraz de aparente bondad y generosidad³⁰. Por lo tanto, Elizabeth, como otros personajes femeninos que tienen relaciones conflictivas con figuras maternas, ha de realizar una vuelta al pasado, de la forma que sea (un reencuentro con la madre, literal o espiritualmente, la contemplación de unas fotografías, el regreso al lugar de origen, entre otros), para salir de su solipsismo y descubrir la potencialidad que encierra en ella misma, así como desarrollar la empatía y la capacidad de conexión con los demás.

Elizabeth lleva a cabo este proceso y se reencuentra con los demonios de su pasado. A pesar de la ostensible voluntad de Elizabeth de alejarse de su tía Muriel, comprobamos cómo la visión que otros personajes de la novela ofrecen de Elizabeth se asemeja a la imagen de la tía. La propia Elizabeth, en una conversación con Nate, insiste en el concepto de sacrificio por los hijos y utiliza las mismas palabras que había utilizado su tía en el pasado, lo cual conduce a pensar que existen parecidos razonables entre ambas mujeres que Elizabeth no puede obviar. Esto no sorprende si tenemos en cuenta que, cuando Elizabeth estaba a su cuidado, «Auntie Muriel worked at developing those parts of Elizabeth that most resembled Auntie Muriel and suppressing or punishing the other parts»³¹. Pero, al final, la protagonista consigue reconciliarse con la figura de su tía en su lecho de muerte:

Elizabeth hates Auntie Muriel. She has always hated her and she always will hate her. She will not forgive her. This in an old vow, an axiom. *Nevertheless*. *Nevertheless*, this is not Auntie Muriel. The Auntie Muriel of Elizabeth’s childhood has melted, leaving in her place this husk, this old woman... *Nevertheless*, she leans forward and takes Auntie Muriel’s blinded hands. Desperately the stubby fingers clutch her... What can [Elizabeth] offer? Nothing sincerely. Beside her own burning mother she has sat, not saying anything, holding the one good hand. The one good fine-boned hand. The ruined hand, still beautiful, unlike the veined and mottled stumps she now cradles in hers, soothing them with her thumbs as in illness she has soothed the hands of her children³².

Nótese la repetición de la palabra «nevertheless», que, según afirman Cathy N. Davidson y Arnold E. Davidson, parece ser un término clave en la obra³³ ya que

²⁹ *Ibidem*, p. 123.

³⁰ *Op. cit.*, p. 111.

³¹ *Life Before Man*, p. 137.

³² *Ibidem*, pp. 281-82, la cursiva es nuestra.

³³ C. DAVIDSON y A. DAVIDSON, «Prospects and Retrospects in *Life Before Man*», en A.E. DAVIDSON y C. DAVIDSON (eds.), *The Art of Margaret Atwood: Essays in Criticism*, Toronto, Anansi, 1981, pp. 205-21, p. 220.



introduce una posibilidad de cambio y transformación. En efecto, esta escena puede interpretarse como una «maternal deathbed scene» (definida por Judith Kegan Gardiner³⁴) porque Elizabeth no sólo se reconcilia con la madre sustituta (la tía Muriel), sino que además asume su pasado al revivir en este instante la muerte de su madre. Una vez más, tal y como ocurre al comienzo de la novela, aparece la imagen de la mano, si bien aquí se puede interpretar como punto de contacto entre ambas mujeres, entre la subjetividad de Elizabeth y la de su madre biológica y sustituta. Ahora, Elizabeth intercambia papeles con su tía y le proporciona consuelo y cariño, como si fuese una hija suya. A partir de aquí (y, en concreto, en el funeral de su tía) Elizabeth modifica la percepción que tiene de la tía Muriel y desarrolla una capacidad para perdonar. Aunque la novela aporta detalles significativos en este sentido: «Auntie Muriel had a strong personality and a good mind and she was not pretty, and patriarchal society punished her»³⁵, es necesario que Elizabeth llegue a aceptar la individualidad de la tía Muriel, es decir, a asumir, en términos psicoanalíticos «a relational notion of difference»³⁶, una noción de identidad, que establece la conexión con el mundo circundante pero manteniendo, al mismo tiempo, la propia autonomía. Para Elizabeth, entonces, el título de la novela (que es un juego de palabras e invita múltiples interpretaciones) indica que tanto ella como Lesje (como veremos a continuación) deben reconciliarse y buscar la figura materna en sus vidas antes de considerar a los hombres, es decir, ambas «must make maternal decisions about themselves, their psyches and their bodies, 'before man', before they can consider men»³⁷.

Elizabeth y Lesje guardan una estrecha relación en la novela porque ambas, en principio oponentes en la lucha por conseguir a Nate, son en realidad complemento la una de la otra y mantienen, según Bouson, «a psychic kinship»³⁸. En efecto, Lesje no ha experimentado un adecuado proceso de desarrollo personal. De hecho, parte de la crítica ha argumentado que Lesje padece lo que se llama en inglés *arrested development*. Barbara Hill Rigney afirma que Lesje representa «one of Atwood's more familiar perennial child/women»³⁹. La propia Lesje, a la que la voz narradora compara más adelante en el proceso del divorcio entre Elizabeth y Nate con «a child whose parents have closed the door on important matters»⁴⁰, reflexiona sobre su tendencia a fantasear y a alejarse de la realidad: «Lesje knows she's regressing. She's been doing that a lot lately. This is a daydream left over from her childhood

³⁴ J.K. GARDINER, «A Wake for Mother: The Maternal Deathbed in Women's Fiction». *Feminist Studies*, vol. 4, núm. 1 (1978), pp. 146-65.

³⁵ *Life Before Man*, p. 120.

³⁶ N. CHODOROW, «Gender, Relation, and Difference in Psychoanalytic Perspective», p. 4.

³⁷ H.M. BUSS, «Maternity and Narrative Strategies in the Novels of Margaret Atwood». *Atlantis: A Women's Studies Journal*, vol. 15, núm. 1 (1989), pp. 76-83, p. 80.

³⁸ *Op. cit.*, p. 98.

³⁹ B.H. RIGNEY, *Margaret Atwood*. New Jersey, Barnes & Noble, 1987, p. 93.

⁴⁰ *Life Before Man*, p. 265.

and early adolescence, shelved some time ago in favor of other speculations... In prehistory there are no men»⁴¹. En *Life Before Man* Lesje del mismo modo manifiesta problemas psicológicos derivados, no sólo por la relación con su madre, sino también con sus abuelas, como comentaremos más adelante. Aunque parece que Lesje está menos afectada psicológicamente por su relación con su madre, «Lesje's sweet but ineffectual mother...sees her daughter as an extension of herself», como sostiene Rubenstein⁴². Si no existen límites suficientemente diferenciados entre la subjetividad de la madre y la de la hija, se producen problemas psicológicos o un estancamiento en un estado semi-infantil, propio de la etapa preedípica. En este período la hija «is cognitively narcissistic...the infant's lack of reality principle —its narcissistic relation to reality— is total», según la teorización de Chodorow⁴³. Algo parecido desarrolla Margaret Homans al afirmar que «from her failed appropriation of scientific language Lesje escapes in her imagination into the silent, richly visual world of (preoedipal) 'life before man'»⁴⁴. Sin embargo, esta vuelta regresiva a la etapa preedípica no implica ningún cambio ni transformación, si no se es capaz de salir del solipsismo y de establecer contacto con el mundo circundante. En esto consiste el proceso de reconciliación de Lesje con su pasado.

Un aspecto muy importante en la personalidad de Lesje se centra en la herencia otorgada por su abuela materna (ucraniana) y la paterna (judía). No se soportan mutuamente pero, al mismo tiempo, son muy semejantes. Como otros tantos personajes de las novelas de Atwood, la figura de la abuela está dividida, lo que contribuye a la idea del *doppelgänger*, o multiplicada, según se mire, por dos. En *Life Before Man* la voz narradora cuenta cómo la vida de la pequeña Lesje estaba escindida porque pasaba la mitad de la semana con una abuela y la segunda mitad con la otra. Aunque en el momento de la narración ambas abuelas han fallecido, los efectos producidos en la personalidad de Lesje se manifiestan en la división interna y en la regresión que experimenta⁴⁵.

La ambivalencia que siente Lesje hacia su identidad y hacia su madre y abuelas se reproduce en la relación con Nate. Comentarios que se realizan en la novela sobre la sensación de pérdida de la identidad que puede ocurrir en una relación amorosa están en perfecta consonancia con la teorización de Chodorow en

⁴¹ *Ibidem*, p. 19.

⁴² *Op. cit.*, p. 93.

⁴³ *The Reproduction of Mothering*, p. 61.

⁴⁴ M. HOMANS, «'Her Very Own Howl': The Ambiguities of Representation in Recent Women's Fiction». *Signs*, vol. 9 (1983), pp. 186-205, pp. 196-97, la cursiva es nuestra.

⁴⁵ Además, la identidad multicultural de Lesje, medio ucraniana y medio judía, constituye para ella un problema de integración, con lo que se siente excluida no sólo de las dos comunidades de sus abuelas, sino también de la canadiense anglófona. Su herencia puede, entonces, considerarse híbrida, por lo que es en esta novela donde Atwood concede cierto protagonismo a minorías étnicas que viven en Canadá, algo que será posteriormente explorado en *Cat's Eye* y en *The Robber Bride*. Este es un aspecto que merece mayor tratamiento del que podemos ofrecer en el presente trabajo.



The Reproduction of Mothering, porque si una mujer «remains ambivalently dependent on her mother, or preoccupied internally with the question of whether she is separate or not, is likely to transfer this stance and sense of self to a relationship with her husband»⁴⁶. En esta novela Nate no es el marido de Lesje pero se puede colegir por el final que probablemente lo será en el futuro. En definitiva, Lesje manifiesta un ansia de volver («hoping to find her roots»⁴⁷) al hogar que representa el anhelo por regresar a un estado idílico con la figura materna. Así pues, en *Life Before Man* se produce un regreso al pasado personal tanto de Elizabeth como de Lesje, personajes ambos que van fundiéndose a medida que avanza la novela. Sin embargo, para Elizabeth esa imagen está construida sobre el rechazo frontal hacia la madre sustituta, la tía Muriel, mientras que Lesje materializa esa fantasía, ese paisaje idílico, la etapa preedípica, en el mundo perdido de los dinosaurios en la prehistoria. Visto desde esta perspectiva, otra posible lectura del título apunta al anhelo de Lesje «for the lost innocence of primordial existence, for life before man: before Nate, before William...She envisions a world of lush vegetation, ancient continents, Lesjeland, Aliceosaurus, the far Mesozoic»⁴⁸, tal y como Davidson y Davidson han sugerido. La vida antes del hombre representa para Lesje su pasión por los dinosaurios en su trabajo como paleontóloga del museo, que proviene de la lectura de *The Lost World* (1912), de Arthur Conan Doyle, cuando tenía diez años.

En definitiva, si, como hemos desarrollado anteriormente, el título de la novela puede aludir a la etapa preedípica en el desarrollo psicológico y sexual del ser humano, asimismo encierra otra lectura ya que también se refiere al mundo prehistórico, dominado por los dinosaurios, que se convierten en la fantasía, pasión y objeto de estudio de Lesje. En la presentación de este personaje Atwood introduce en mayor medida el discurso científico. En términos generales se puede afirmar que la autora ha escogido la teoría de la evolución como discurso principal y, cual historiadora natural, observa el comportamiento y desarrollo de los personajes, así como la capacidad de supervivencia de éstos en condiciones hostiles.

2. EL DISCURSO CIENTÍFICO

Judy Deery ha señalado cómo Atwood imbrica en algunas de sus novelas discursos científicos desde su perspectiva como mujer y escritora y menciona explícitamente *Cat's Eye* y *The Robber Bride* como ejemplos de novelas que sugieren «new possibilities for describing women's experiences in scientific terms»⁴⁹. No obstante,

⁴⁶ *The Reproduction of Mothering*, p. 195.

⁴⁷ *Life Before Man*, p. 92.

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 205.

⁴⁹ J. DEERY, «Science for Feminists: Margaret Atwood's Body of Knowledge». *Twentieth-Century Literature*, vol. 43, núm. 4 (1997), pp. 470-86, p. 483.

obvia toda mención a la novela que nos ocupa, *Life Before Man*, que contiene, creemos, una mayor presencia del discurso científico.

Coral Ann Howells ha llamado la atención sobre la relevancia del tema de la evolución y darwinismo en la novela de Atwood y apunta que «[t]he evolutionary theme suggested by the title balances threats of extinction of the species against evidence of individual survival»⁵⁰. Podríamos afirmar que toda la novela gira en torno al eje muerte/vida, extinción/supervivencia que permea la teoría de la evolución expuesta por Charles Darwin en *Origin of Species* (1859). Si el centro de interés está localizado en la actividad de Lesje como paleontóloga y, por ende, en la extinción de los dinosaurios como especie, asimismo *Life Before Man* se ocupa de la capacidad de los seres humanos de sobrevivir y adaptarse en condiciones adversas al medio, así como de la evolución social y moral de las personas. La misma Atwood ha establecido paralelismos entre los dinosaurios, ya extintos, y los seres humanos, en riesgo de extinción, en una entrevista con Alan Twigg, quien le pregunta si durante la redacción de la novela tenía presente el miedo a la extinción de la raza humana: «Yes. It's why the novel is set in the Royal Ontario Museum. And why Lesje is a paleontologist who studies dinosaurs»⁵¹.

El hecho de que Lesje sea paleontóloga y viva en una fantasía regresiva de la prehistoria subraya la conexión entre dinosaurios y seres humanos. Este vínculo entre una especie y otra se refleja de muy diversas maneras. Así, como hemos observado en el apartado anterior, no sólo Elizabeth está paralizada o inmovilizada física y emocionalmente (recuérdese el comienzo de la novela), sino que el resto de los personajes, como Lesje, están anclados en un pasado que los atenaza y mantiene «emotionally fossilized», según Rubenstein⁵². Por otra parte, Lesje clasifica a Elizabeth como si fuera un espécimen más en el museo:

If she had Elizabeth on a shelf, nicely ossified, the label would read: CLASS: *Chondrichthyes*; ORDER: *Selachii*; GENUS: *Squalidae*; SPECIES: *Elizabetha*. Today she classifies Elizabeth as a shark; on other days it's a huge Jurassic toad, primitive, squat, venomous; on other days a cephalopod, a giant squid, soft and tentacled, with a hidden beak⁵³.

Además, los comportamientos de los personajes entre sí remedan la imagen de los dinosaurios como especie violenta y dominadora, tal y como sostiene Barbara Hill Rigney: «As Lesje passes her time wondering about the breeding habits of various dinosaurs, so we view the behaviour of the subjects in the novel: there are

⁵⁰ C.A. HOWELLS, *Margaret Atwood*. Basingstoke, Macmillan, 1996, p. 87.

⁵¹ *Op. cit.*, p. 121. Para una mayor información sobre la extinción de los dinosaurios en relación con el fin de la humanidad, véase M. BOULTER, *Extinction: Evolution and the End of Man*. Londres, Fourth Estate, 2002.

⁵² *Op. cit.*, p. 96.

⁵³ *Life Before Man*, p. 265.





two suicides, two funerals, two rapes, numerous seductions, abundant mental cruelty»⁵⁴. Es posible, pues, observar que existe una relación directa entre el dominio de los dinosaurios como especie en la prehistoria y el de los seres humanos en el planeta, actualmente. Paul Semonin ha realizado un estudio muy interesante en el que pone de manifiesto cómo la imagen cultural de los dinosaurios como una especie violenta y dominadora sirvió intereses imperialistas de finales del siglo XIX. El argumento de este autor de la presentación de los dinosaurios como «metaphor for industrial man's dominion over the world»⁵⁵ se puede aplicar a la novela de Atwood. Así pues, la violencia que se observa en el comportamiento de los personajes refleja la amenaza de muerte y extinción de la raza humana, representada por la contaminación del planeta y los daños irreversibles que se están realizando al ecosistema, tal y como William (el antiguo novio de Lesje e ingeniero en ciencias ambientales) manifiesta en alguna ocasión. En este sentido, *Life Before Man* asimismo anticipa cuestiones de gran actualidad como el llamado *Ecocriticism*, perspectiva multidisciplinar que engloba tanto las ciencias como las humanidades en la preocupación por nuestro medio ambiente. Precisamente en los años sesenta y setenta se encuentran los orígenes de esta tendencia que hoy en día tiene cada vez más adeptos. Glen A. Love sostiene en un reciente artículo sobre este tipo de crítica:

[T]here are signs of changing awareness, as writers and critics come to realize that a contemporary literature which claims to deal with the actual world might be expected to have an environmental component. Opportunities for scientifically-informed ecocriticism seem particularly appropriate today, for example, in the topics of environmental pollution, bioregionalism, and animal lives⁵⁶.

Así, *Life Before Man* muestra una especial preocupación por la conservación de la vida en nuestro planeta, no sólo por las apreciaciones de William, sino por las actividades de Lesje y sus estudios sobre los dinosaurios. Esta regresión a la prehistoria y al pasado está materializada en el lugar donde reposan los restos y vestigios del pasado en la novela: el museo (*ROM*). El museo aparece siempre en el trasfondo de las actuaciones de los personajes —además de ser el sitio de trabajo de Lesje y Elizabeth— y tiene una doble lectura: por un lado, implica connotaciones negativas ya que en él se encierran reliquias y restos del pasado; pero, por otro, el proceso gradual de cambio y transformación que siguen los protagonistas de la novela se va a reflejar en la visión final del museo. Esto mismo se puede comprobar en lo que significa este lugar para Lesje, a través de la voz narradora de tercera

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 82.

⁵⁵ P. SEMONIN, «Empire and Extinction: The Dinosaur as a Metaphor for Dominance in Prehistoric Nature». *Leonardo*, vol. 30, núm. 3 (1997), pp. 171-82, p. 172.

⁵⁶ G.A. LOVE, «Ecocriticism and Science: Toward Consilience?». *New Literary History*, vol. 30, núm. 3 (1999), pp. 561-76, p. 570.

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 308.

persona en las últimas páginas de la novela: «Sometimes she thinks of the Museum as a repository of knowledge, the resort of scholars, a palace built in the pursuit of truth, with inadequate air conditioning but still a palace. At other times it's a bandits' cave: the past has been vandalized and this is where the loot is stored»⁵⁷. La doble lectura que recibe el museo y su contenido corrobora la relevancia de este sitio en la vida de las personas, como lugar donde se produce la interacción humana. En primer lugar, a lo largo de la novela (y en consonancia con el tono de la misma), el museo representa el aspecto negativo de la vida moderna, como «a vast tomb or an elaborate labyrinth, a maze in which human beings are lost, entrapped... a temple of death», según afirma Rigney⁵⁸. Esta interpretación, además, está reforzada por la importante presencia de la muerte y la parálisis provocada por el pasado de los protagonistas, que están fosilizados emocionalmente.

Si hasta ahora nos hemos centrado en analizar el peligro de extinción de los seres humanos, en consonancia con los dinosaurios, hay que detenerse en comentar cómo la autora, cual historiadora natural, observa el desarrollo de cada uno de sus personajes y su supervivencia en un ambiente hostil. En este sentido, la novela de Atwood guarda una estrecha relación con *Middlemarch* (1871-72) de George Eliot, una de las novelas que más claramente incorpora los discursos científicos de la segunda mitad del siglo XIX: Sir Charles Lyell y su obra *Principles of Geology* (1830-3), las teorías de Charles Darwin sobre la evolución por selección natural, y Herbert Spencer sobre la supervivencia de los que se adaptan mejor al medio⁵⁹.

Según sostiene Howells, *Life Before Man* contiene el discurso científico imbricado en la narración, como la novela de Eliot, para demostrar las posibilidades de evolución social y moral de las personas, «an attitude which resonates with Eliot's argument for progress through organic social interdependence»⁶⁰. La misma Atwood ha reconocido los paralelismos existentes entre *Life Before Man* y *Middlemarch*, en una entrevista con Bonnie Lyons⁶¹. De esta manera, se puede afirmar que, si en la novela de Eliot la metáfora de la tela de araña sirve para presentar de forma orgánica las relaciones entre los personajes, en *Life Before Man* también se puede observar la presencia de la noción de la red o estructura de araña⁶². Aquí se entretajan de forma

⁵⁸ *Op. cit.*, p. 83.

⁵⁹ Estudios clásicos en este sentido son *George Eliot and Nineteenth-Century Science: The Make-Believe of a Beginning* (1984) de S. SHUTTLEWORTH; *Darwin's Plots: Evolutionary Narrative in Darwin, George Eliot and Nineteenth-Century Fiction* (1983) de G. BEER (cuya nueva edición en el año 2000 señala la creciente presencia de Darwin en la literatura contemporánea), y *Darwin and the Novelists: Patterns of Science in Victorian Fiction* (1988) de G. LEVINE.

⁶⁰ *Op. cit.*, p. 90.

⁶¹ *Op. cit.*, p. 226.

⁶² La noción de la red que aparece aquí saca a colación la importancia de la idea de tela de araña, tomada desde una doble perspectiva. Por una parte, la presentación de Elizabeth (y de la tía) como araña que teje la tela donde caen sus víctimas llama la atención sobre la manipulación y el poder de atracción que ejerce sobre los demás. Por otra, esta noción de la red contiene un elemento



magistral las vidas de Elizabeth, Nate y Lesje y se explora la evolución de este triángulo en un lugar y momento concreto, como se ha expuesto en el apartado anterior. Existen estas (y otras) similitudes entre ambas novelas porque Eliot y Atwood cumplen la función de una historiadora natural, observando la naturaleza y estableciendo un diálogo con ella, al narrar las vicisitudes de unos individuos luchando por adaptarse y sobrevivir en un ambiente hostil. Así pues, Howells ha resumido perfectamente los parecidos entre ambas novelas en «their use of scientific discourse», así como en el resultado final de «a fabric of multiple discourses through dynamic images of lives in process»⁶³.

Por otro lado, ambas autoras, Eliot y Atwood, coinciden en mostrar su resistencia a cualquier interpretación determinista y reduccionista del individuo, apostando más bien por la complejidad de los comportamientos humanos. Y es que las teorías darwinistas no pueden dar respuesta a todos los aspectos del ser humano, tal y como afirma un especialista en la obra de Darwin, Robert M. Young: «[E]volution by natural selection proceeds by competition for resources and/or mates to achieve viable offspring which live to reproduce. How can this conception of the interrelations between creatures be subtle enough to include processes which transcend competition?... [I]t seems wrong-headed to me to offer Darwinian explanations as *superior to* or as *replacements for* traditional explorations»⁶⁴. Precisamente tanto Eliot como Atwood plasman la imposibilidad de simplificar y limitar las posibilidades del ser humano a una única teoría como la darwinista, por lo que al presentar a cada uno de los personajes en una situación determinada, asumen un proyecto más ambicioso: establecer un diálogo entre investigadora y el objeto de estudio científico (ya sea la naturaleza, la física o la raza humana) que, lejos de toda pretensión de neutralidad, analice y examine la incorporación de la subjetividad. Esto se encuentra en clara consonancia con lo que las revisiones feministas de la ciencia han estado proponiendo estos últimos veinte años a propósito de la actitud de los investigadores en la ciencia, así como en la finalidad y objeto de estudio: lo que ha sido definido por Donna Haraway como *situated knowledges*:

Situated knowledges require that the object of knowledge be pictured as an actor and agent, not a screen or a ground or a resource, never finally as slave to the master that closes off the dialectic in his unique agency and authorship of 'objective' knowledge... Accounts of a 'real' world do not, then, depend on a logic of 'discovery', but on a power-charged social relation of 'conversation'... [This] manoeuvre is obviously not new in Western philosophy, but it has a special feminist edge to it in

positivo ya que la novela progresivamente se va pareciendo a una tela en la que Elizabeth se encuentra en el centro de todas las relaciones (con Nate, Chris, su tía y, finalmente, con sus hijas), subrayando la idea de la conexión e interdependencia de los seres humanos.

⁶³ *Op. cit.*, pp. 90-91.

⁶⁴ R.M. YOUNG, «The Meanings of Darwinism: Then and Now». *Science as Culture*, vol. 11, núm. 1 (2002), pp. 93-114, p. 97, la cursiva es de Young.

relation to the science question in feminism to the linked questions of gender as situated difference and of female embodiment⁶⁵.

Investigadoras como Haraway, Sandra Harding y Evelyn Fox Keller han ofrecido una nueva forma de hacer ciencia, influida por presupuestos feministas y psicoanalíticos. Esta última estudia por qué el pensamiento científico es de modo inmediato asociado a lo masculino y por qué existe una relación intrínseca entre la búsqueda de la objetividad y la masculinidad tan enraizada en nuestra cultura. Fox Keller reclama que la búsqueda del descubrimiento científico se convierta en una experiencia humana y no sólo en un proyecto del hombre. Si, como sostiene George Levine, Eliot «anticipates the efforts of contemporary feminists to imagine a human and life-affirming epistemology, one that recognizes personal agency and local condition»⁶⁶, Atwood comparte con Eliot e investigadoras como Harding, Haraway y Fox Keller el deseo de situar el discurso científico en vidas concretas y situaciones individuales.

Frente a las ideas de la muerte, el pasado atroz y la extinción (que han presidido toda la novela, sobre todo al comienzo) se contraponen el futuro, la vida, la creación, la supervivencia en relación con las dos protagonistas, Elizabeth y Lesje. Precisamente las dos citas introductorias de la novela —una de *The Age of the Dinosaurs*, de Björn Kurtén, sobre los fósiles de los extintos dinosaurios, y la otra de *The Icicle*, de Andrei Sinyavsky, sobre la continuidad de la vida— ilustran esta oposición y corresponden al comienzo (marcado por el pasado, la muerte y la extinción) y al final (caracterizado por el futuro, el cambio y la maternidad). *Life Before Man* presenta, en menor medida, la astronomía como discurso científico, cuando Elizabeth acude al Planetario para ver los denominados *Cosmic Disasters*. Aunque en este momento de la narración, el Planetario comparte la noción de muerte y destrucción (acorde con el tono de la novela), al final éste asume connotaciones más positivas, de futuro y de transformación, una visión optimista y esperanzadora para el futuro, que se ve refrendada en dos carteles sobre el Planetario y la expansión del museo: «THE PLANETARIUM IS STILL OPEN... *ROM Wasn't Built In A Day*»⁶⁷. Así pues, tal y como sostiene Atwood en una entrevista con Twigg: «by the end of the book there's a possibility of change»⁶⁸.

Como señalamos con anterioridad, el museo encierra una doble lectura: por un lado, representa la parálisis y la fosilización a las que están sometidos los personajes de la novela, por otro, es un lugar donde la reconciliación entre pasado y presente es posible, por lo que contiene un poder transformador. Tras reconocer

⁶⁵ D. HARAWAY, «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective». *Feminist Studies*, vol. 14, núm. 3 (1988), pp. 575-99, pp. 592-93.

⁶⁶ G. LEVINE, «By Knowledge Possessed: Darwin, Nature, and Victorian Narrative». *New Literary History*, vol. 24 (1993), pp. 363-91, pp. 387-88.

⁶⁷ *Life Before Man*, p. 314.

⁶⁸ *Op. cit.*, p. 125.





explícitamente que está embarazada de Nate y aceptar la nueva situación, Lesje reflexiona en el museo sobre su pasado, lleno de rencor y de odio, e introduce la posibilidad de transformación y de cambio. También allí se produce la última imagen de Elizabeth contemplando una exposición sobre China y tomando la responsabilidad del cuidado de sus hijas. Por lo tanto, cabe afirmar que, si *Life Before Man* comienza con la muerte de Chris y la desesperanza, la última escena pone el acento en la capacidad maternal de Elizabeth y en la esperanza de cambio. Tanto Elizabeth como Lesje, entonces, cambian en cierta medida y su cambio está intrínsecamente ligado a la función maternal, descubierta, como afirma Helen M. Buss, «in the daily interactions with other women and men»⁶⁹, así como en la revisión del pasado (ligado con la figura materna, biológica o sustituta). Al llevar a cabo esta actividad, éste se reescribe y se ofrecen alternativas transformadoras; es decir, esta novela muestra un pasado estrechamente vinculado con el presente y viceversa. Así pues, la inclusión de la escena del museo al final de la novela, cuando los personajes manifiestan un comportamiento diferente que les hace salir del solipsismo que les caracterizaba, introduce una nota de optimismo: ya no es una tumba donde los fragmentos del pasado reposan, sino un lugar donde renace la vida, tanto literal (Lesje está embarazada) como metafóricamente (las protagonistas dan a luz a un nuevo concepto de identidad en relación con los demás). Por ello, este espacio cerrado asume ahora rasgos positivos de creación e interacción humana. En definitiva, el museo encierra la dualidad muerte/vida, extinción/supervivencia, *tombl womb*; todas ellas disyuntivas que permean el texto. Así, aunque *Life Before Man* tiene un final inconcluso (característico, por otra parte, de la narrativa de Atwood), podemos entender la novela de un modo optimista, debido al cambio y evolución que experimentan los personajes.

Este trabajo ha analizado la visión que se proporciona del pasado en *Life Before Man*, de Margaret Atwood, desde una doble perspectiva: por un lado, los personajes, paralizados por un pasado que los oprime, revisan su relación con una figura materna que les ha acarreado problemas psicológicos de definición personal. Por otro, las experiencias y vivencias de las protagonistas están expresadas utilizando los discursos científicos de la paleontología y darwinismo, principalmente, que de alguna u otra forma conectan el pasado con el presente. Además, en la presentación de la vida y situaciones concretas de los personajes Atwood pone en práctica lo que investigadoras como Fox Keller, Haraway y Harding han propuesto recientemente sobre la ciencia como objeto de estudio. En definitiva, la revisión y la reconstrucción de este pasado (materno), así como la inclusión del discurso científico en la novela, manifiestan la necesidad de volver a los orígenes, al pasado para comprender mejor el presente. Atwood, escritora comprometida y consciente del papel que juega en la sociedad, claramente anticipa en esta novela la relevancia que en estos momentos la ciencia ocupa en nuestro mundo y propone una reflexión seria y

⁶⁹ *Op. cit.*, p. 80.

consciente sobre las consecuencias futuras de nuestros actos pasados y presentes. *Life Before Man* necesita, creemos, una revalorización en los estudios sobre Atwood cuando las cuestiones que trata están siendo ahora abordadas por novelistas y autores en general, quienes, como parte integrante de la cultura, quieren mostrar su interés y preocupación por los continuos avances científicos y tecnológicos que a buen seguro afectarán el futuro de la humanidad.



LA INFLUENCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN LAS IMÁGENES FEMENINAS. ACTITUDES, HÁBITOS Y COMPORTAMIENTOS DE LAS MUJERES CON RESPECTO A LA BELLEZA Y EL CUERPO

Marta Ruiz García y Joaquina Rubio Algarra
Universidad de Huelva

RESUMEN

Tanto el afán de consumo como el de información son recibidos de forma masiva por la sociedad actual como reclamos que llegan, sobre todo visualmente, por los medios de comunicación, cuyo poder es por todos reconocido. En el presente artículo analizamos la evolución de los estereotipos y la imagen de la mujer desde el siglo pasado en medios como la prensa y la televisión, haciendo especial referencia a la publicidad. Igualmente, y en el marco del proceso de transformación social que experimenta la mujer en todos los campos, estudiamos la importancia de la belleza femenina en nuestra sociedad, que se centra de forma casi exclusiva en el cuerpo. Por último, incluimos algunos resultados de nuestra investigación, con los que pretendemos evidenciar la forma en que las mujeres viven los distintos estereotipos transmitidos desde la publicidad, así como la relación con sus propios cuerpos y el ideal social de belleza femenina.

PALABRAS CLAVE: mujer, medios de comunicación, cuerpo, estereotipos, imagen, belleza, publicidad, delgadez, hábitos, actitudes, salud.

ABSTRACT

Current society is quite receptive to information and consumption through their visual presentation in mass media, the power of which is well known and acknowledged. In the present article we first analyse the evolution of some female stereotypes and women's images in media such as the press and television, devoting special attention to publicity. We study as well the importance of women's beauty in a society focused exclusively on the body, and its effects on women's lives at the various fields which they have recently occupied and where they develop their activities. Finally, we include some results of our investigation in order to show the way women experience the different stereotypes broadcasted by publicity, as well as the relationships they establish with their own bodies according to the social ideal of women's beauty.

KEY WORDS: woman, mass media, body, stereotypes, image, beauty, publicity, thinness, habits, attitudes, health.



0. INTRODUCCIÓN

En una sociedad marcada por la información, el consumo y la imagen como la actual es de todos conocido el poder de los medios de comunicación y su importancia en la construcción social de la imagen de la mujer así como en la percepción que ésta tiene de la belleza y su propio cuerpo. Este trabajo incluye algunos resultados de la investigación¹ que actualmente llevamos a cabo y cuyos objetivos son los siguientes:

1. Estudiar los procesos de identificación-no identificación de los distintos perfiles de mujeres con los estereotipos transmitidos por los medios de comunicación.
2. Analizar la forma en que las mujeres viven esta relación con la publicidad, y, de forma específica, cómo afecta el mensaje publicitario, en forma de roles concretos, a la vida cotidiana de la mujer.
3. Por último, investigar qué consecuencias tiene lo anterior sobre la relación de la mujer con su propio cuerpo desde la perspectiva de la estética así como de la salud.

La influencia de los medios de comunicación y de la publicidad, apoyada en el poder de la imagen y el lenguaje y a través del discurso publicitario, se introduce en los detalles más insignificantes de nuestra vida cotidiana. Así, la marca de la ropa que vestimos, los productos de belleza que usamos, el coche con el que soñamos, las bebidas que consumimos, e incluso la mujer a la que nos gustaría parecer-nos proceden de la televisión, de las revistas; en definitiva, de la publicidad. Los mensajes publicitarios condicionan nuestros hábitos e imponen modelos de actuación a través de las imágenes que nos venden. Éste es el fin de la publicidad y, al tiempo que venden el producto anunciado, transmiten estereotipos.

La mujer es la principal destinataria del mensaje publicitario. No en vano es también la principal consumidora, hecho que se deriva del rol que la sociedad le ha asignado a lo largo del tiempo. La publicidad utiliza elementos de la realidad y a través de ellos lanza sus mensajes promoviendo determinados comportamientos y actitudes en sus destinatarios, quienes asimilan estos mensajes. Así, la publicidad viene mostrando distintos estereotipos de mujer según la época. De la mujer tradi-

¹ La investigación *Las imágenes de la mujer en los medios de comunicación: una aproximación cualitativa a los procesos de identificación y sus consecuencias en la vida cotidiana de las mujeres* está financiada por el grupo de investigación *Estudios Sociales e Intervención Social (E-6)* de la Universidad de Huelva y se enmarca en la línea de investigación iniciada por las autoras en el seno del Seminario de Estudios de la Mujer de dicha universidad. Distintos aspectos del trabajo han sido presentados en el II Congreso Internacional Espacios de Género (Huelva, 2001) así como en el VII Congreso Nacional de Sociología (Salamanca, 2001).

cional identificada con el hogar ha pasado a mostrarnos una mujer liberada, profesionalmente activa e independiente económicamente. Precisamente, lo característico de la imagen de la mujer en el mensaje publicitario es que es una imagen mutable, que se transforma según las exigencias sociales y del consumo. En este sentido, los estereotipos femeninos así como los masculinos no son construidos por los medios de comunicación sino por las circunstancias históricas, sociales, culturales, políticas, religiosas y económicas de cada momento.

0.1. METODOLOGÍA

Se ha utilizado una metodología cualitativa centrada en el grupo de discusión, al objeto de recoger de forma clara los distintos discursos de la mujer al respecto así como el discurso grupal resultante del diálogo entre las mujeres participantes. Se han realizado cuatro grupos de discusión con un número aproximado de ocho mujeres cada uno. El reclutamiento de las mujeres participantes se realizó mediante un cuestionario de selección en el que se contemplaron las siguientes variables sociodemográficas previamente seleccionadas para el estudio: localización geográfica, edad, estado civil, situación familiar, nivel de estudios, situación laboral y tipo de trabajo. Las participantes en los distintos grupos han sido exclusivamente mujeres². La muestra final objeto de la investigación quedó de la siguiente manera:

Grupos 1 y 2: mujeres urbanas entre 18 y 65 años, (la más joven de 19 y la mayor de 29), la mayoría laboralmente activas, ejerciendo en el área de la abogacía, la enfermería, sector servicios y el comercio. Dos estudiantes universitarias y una estudiante de formación profesional. La mayoría solteras o sin pareja, excepto dos separadas. Todas sin hijos.

Grupos 3 y 4: mujeres urbanas entre 18 y 65 años, (la más joven de 25 años y la mayor de 54), aproximadamente la mitad laboralmente activas ejerciendo en el sector servicios, el comercio y la abogacía, con distintos niveles de estudios y cualificaciones laborales. La otra mitad son mujeres que no trabajan fuera de casa. Todas casadas con y sin hijos.

² Queremos aclarar que, además de las participantes, las moderadoras de los grupos han sido también mujeres al objeto de conseguir un discurso fluido y libre sobre el tema que nos ocupa. Por otro lado, en una segunda fase de la investigación, y en función de las posibilidades presupuestarias, se ha previsto la realización de grupos de discusión con varones, al objeto de recoger el discurso masculino sobre las distintas imágenes de la mujer así como en relación a la evolución de la percepción del hombre sobre su propia imagen. Creemos que esto resulta absolutamente novedoso.



1. DISTINTAS IMÁGENES O ESTEREOTIPOS DE LA MUJER DESDE LOS ANUNCIOS PUBLICITARIOS

Numerosos autores han analizado los distintos estereotipos de mujer en los medios de comunicación³. A partir de dichos estudios y del análisis de una muestra de anuncios publicitarios en distintos medios de comunicación⁴, hemos elaborado una clasificación que recoge los estereotipos más significativos y que más comúnmente se reconocen, tanto en los anuncios televisados como en la prensa. Son los siguientes: 1. La mujer ama de casa; 2. La mujer compañera; 3. La mujer madre; 4. La mujer cuidadora 5. La mujer rival; 6. La mujer bella; 7. La mujer objeto de seducción y reclamo publicitario; 8. La mujer que trabaja fuera de casa; 9. La abuelita y suegra previsoras; 10. La mujer joven; 11. La mujer-niña.

1.1. LA MUJER AMA DE CASA TRADICIONAL Y LA MUJER AMA DE CASA MODERNA

El modelo de mujer ama de casa es el más difundido. La mujer ama de casa incluye las facetas de madre y esposa. Aunque las características asociadas a este modelo de mujer han evolucionado, ésta sigue identificándose con el ahorro, la dedicación, el cuidado, la limpieza, la maternidad, la afectividad, etc. La mujer ama de casa es la que hace la compra, consume detergentes y productos de limpieza, electrodomésticos y se ocupa del gato o del perro. Aparece en la cocina y en el supermercado o atendiendo a los invitados. La mujer ama de casa moderna se ayuda de los avances tecnológicos. Posee modernos electrodomésticos, automóvil, utiliza comida rápida y perfeccionados productos de limpieza que le permiten ahorrar tiempo y trabajo, teóricamente para dedicar a sí misma y a su ocio, aunque la realidad es bien distinta. Su imagen es correcta, cada vez mejor arreglada e incluso algo seductora.

³ Véase J. ESTRUCH, F. MERCADÉ y J. ROMEU, «El papel de la dona a la publicitat: la manipulació d'una imatge». *Papers: Revista de Sociologia*, vol. 10 (1978), pp. 95-113; J. GALLEGO, *Mujeres de papel: de ¡Hola! a Vogue, estudio sobre la prensa femenina en la actualidad*. Barcelona, Icaria Ediciones, 1990; R. PASTOR CARBALLO, «Realidad, símbolo y discriminación: la violencia en la construcción de una imagen de mujer». *Asparkia*, vol. 4 (1994), pp. 67-77; E. DEL POZO, «La mujer y los medios de comunicación de masas». *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, vol. 105 (1996), pp. 205-227; J.M. DOMÍNGUEZ, «Prensa femenina y reproducción social». *Telos*, vol. 14 (1998), pp. 52-56; A. GUIL BOZAL, «El papel de los arquetipos en los actuales estereotipos sobre la mujer». *Comunicar*, vol. 11 (1998), pp. 95-100.

⁴ Dicho análisis fue realizado por las autoras durante el mes de mayo de 2002. A tal efecto, se realizó un análisis de contenido de una selección de anuncios publicitarios emitidos en distintas cadenas de televisión así como en prensa. Para el caso de la prensa, fueron objeto de estudio las siguientes publicaciones: revista *Elle*, revista *Hola*, suplementos semanales de los diarios *El País* y *El Mundo*, revista *Capital*, revista *Comer y Beber*, revista *Siluetas*, revista *Actualidad Económica*, revista *Cosmopolitan*.

1.2. LA MUJER COMPAÑERA

Es una creación moderna aunque ha aparecido en distintos momentos históricos. A esta mujer se le reconoce, según Gallego⁵, un lugar en la sociedad, junto al hombre. Es el modelo en el que se trata de forma más igualitaria a los dos sexos. La mujer se presenta como compañera, amiga, colega del hombre, sin connotaciones sexuales y, lo que es más importante, consumidora de los mismos productos. Ejemplo de este modelo es el reciente anuncio de una conocida marca de automóviles en el que un chico simula estar enfermo en el trabajo dibujándose pintas en la cara con la finalidad de probar su nuevo coche, a lo que se suma su compañera de trabajo.

1.3. LA MUJER MADRE

Este modelo de mujer adquiere especial significado durante el franquismo. El valor de la maternidad está por encima de cualquier otro y la principal función de la mujer está en la procreación y el cuidado de los hijos. En la actualidad, a pesar de los avances, sigue siendo la mujer quien se ocupa de los hijos como principal responsable⁶, aunque, cada vez más, el hombre está asumiendo algunas funciones en relación al cuidado y atención a los hijos y ello también es recogido en algunos anuncios publicitarios que reflejan la imagen de un padre cariñoso que juega con sus hijos y que, en algún caso, incluso cambia pañales. Este modelo es, junto con el modelo de mujer ama de casa, el de mayor difusión, como demuestra el estudio de ASEP⁷, en el que se pone de manifiesto cómo los medios de comunicación españoles (radio, prensa y televisión) ofrecen una imagen tradicional de la mujer (en un 40,5%), mientras que sólo se ofrece una imagen progresista en un 16,4%. Así, aparece en numerosos anuncios como por ejemplo el de una conocida marca de pañales en el que, estando en casa con amigos, es la madre la que se levanta para cambiar de pañal al bebé y acostarlo. Es también la madre quien alimenta a sus hijos y, en muchos casos, a los amigos de sus hijos. Cocina para ellos y para su marido, les da las buenas noches al acostarlos y los despierta por la mañana con el

⁵ J. GALLEGO, *op. cit.*, p. 87.

⁶ A este respecto cabe destacar que, el análisis realizado en prensa, revela que el cuidado de los hijos muy pequeños se asigna de forma exclusiva a la madre. La madre es la encargada de comprar la batidora para las papillas de su hijo, la batería de cocina adecuada para cocinar sus alimentos, los utensilios necesarios para la higiene del bebé... en todos estos casos *nunca* se hace referencia a la figura del padre, ni siquiera aparece mencionado de forma conjunta con la madre.

⁷ ASEP (Análisis Sociológicos, Económicos y Políticos, S.A.), *La mujer en los medios de comunicación*. Instituto de la Mujer. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1998. Investigación que analiza la imagen de la mujer ofrecida por los medios de comunicación españoles, tanto en la prensa como en la radio y la televisión, en los que fueron analizados distintos tipos de programas (informativos, magazines, infantiles, anuncios, series, etc.) y en diferentes franjas horarias.



desayuno preparado. Se preocupa de que vayan limpios al colegio y los cuida cuando están enfermos, haciéndonos creer que somos insustituibles e infalibles en el ejercicio de tales tareas. Aquí aparece la imagen de la mujer cuidadora.

1.4. LA MUJER CUIDADORA

Se trata de una imagen tradicional que recoge aspectos importantes de la división social del trabajo sustentada en la creencia de que la mujer posee determinadas cualidades «naturales» que la hacen más apta que el hombre para cuidar de la salud de su familia, y no sólo de sus hijos sino también de sus padres, hermanos, suegros y familiares enfermos o discapacitados. Es, además, un estereotipo que se transmite generacionalmente de madres a hijas y que en la actualidad se cuestiona, como evidencian la aparición de instituciones, servicios privados y públicos que sustituyen a la mujer en las tareas de cuidadora tales como guarderías, centros de día, asociaciones diversas, residencias de ancianos, etc.

1.5. LA MUJER RIVAL

Este modelo es incluido en la clasificación de Gallego⁸ para describir al tipo de mujer considerada desde la igualdad con respecto al hombre, pero una igualdad que toma como modelo de referencia el masculino sin reparar qué representaría esa igualdad. La mujer es presentada como un peligro para el hombre al que puede quitarle su puesto, en contraste con el modelo de mujer compañera antes comentado. Son cada día más las imágenes que nos transmite la publicidad aunque la realidad es que todavía son pocas las mujeres en puestos de poder que puedan suponer competencia con respecto al hombre.

1.6. LA MUJER QUE TRABAJA FUERA DE CASA

Es la máxima expresión de la modernidad. Es una mujer activa. En algunos casos todavía aparece en puestos de trabajo tradicionalmente femeninos (puericultoras, auxiliares, telefonistas, maestras...), aunque últimamente se nos muestra la imagen de lo que Ramírez⁹ denomina la «triunfadora profesional», una mujer con talento profesional, resolutiva y, a veces, con hombres a sus órdenes. Además de

⁸ J. GALLEGO, *op. cit.*, p. 87.

⁹ J.A. RAMÍREZ, «El deseo no está en el objeto sino en la mujer (o en el hombre) objeto de deseo. Arquetipos femeninos en la publicidad», en *Jornadas sobre Mujer, Publicidad y Consumo*, Madrid, 1991 (actas no publicadas).



activa, es capaz de mostrarse bella y atractiva y siempre aparece con una imagen muy cuidada, a pesar del poco tiempo del que dispone. Esta mujer, económicamente independiente y con capacidad para decidir, es una consumidora en potencia. Lo importante aquí es que su poder adquisitivo y su presencia en un mundo tradicionalmente masculino, la han convertido en nueva destinataria de productos antes dirigidos al consumo masculino, tales como coches o incluso productos financieros que reflejan la independencia de esta nueva mujer y su autonomía. No obstante, sigue siendo también destinataria de productos de belleza. Tal es el caso de la ejecutiva de una empresa, la cual dirige de forma eficaz, a la vez que muestra una impecable imagen gracias a la gama *Plenitude de L'Oreal* o a los servicios de *Corporación Dermoestética*.

1.7. LA MUJER BELLA

El discurso publicitario es hoy más que nunca —como explicamos más adelante— un discurso ligado a la belleza. Las mujeres que anuncian los productos que vemos en la televisión o en las páginas de las revistas, las modelos, presentadoras, etc., son mujeres bellas. El mensaje publicitario, dirigido a todas las mujeres sin distinción de clase o edad, nos hace identificar el consumo de una enorme gama de productos (ropa, alimentos, cosméticos, artículos deportivos, productos médicos y farmacéuticos, etc.) con estas mujeres. Si los compramos podremos parecernos a ellas. La cultura de la belleza es sin duda reforzada por los medios de comunicación. Una belleza mal entendida que identificamos con delgadez y cuerpos perfectos, y que los medios aprovechan para bombardearnos con productos, dietas milagrosas y técnicas de adelgazamiento que, la mayoría de las veces, no sirven más que para someter a la mujer, especialmente en los meses previos al verano, como muestran las revistas para mujeres de mayor tirada con sus especiales «culos perfectos», «fuera celulitis» o «cómo tener un cuerpo diez».

1.8. LA MUJER COMO RECLAMO PUBLICITARIO

Tradicionalmente ha aparecido anunciando productos de belleza aunque, cada vez más, aparece ligada a otro tipo de artículos como automóviles, bebidas, equipos de sonido o ciertos artículos de lujo, amén de otros muchos. Son mujeres atractivas. Unas veces se caracterizan por su elegancia y sofisticación, otras por su frescura y naturalidad, según el objeto que vendan. Resultan especialmente llamativos el anuncio de *Audi*, en el que aparece una mujer de espaldas con el logotipo del coche en el broche del sujetador o la mujer de *Larios* que deja la marca del carmín de labios en el vaso, el anuncio de la conocida marca deportiva *Lotto*, que, para anunciar sus productos, nos presenta una mujer desnuda o, en una revista de gastronomía, el anuncio en el que una mujer que «está para comérsela» sirve de reclamo para los productos gastronómicos de La Rioja. Entre los más actuales, destaca el último anuncio de *Amena* en el que se utiliza la imagen de una chica escultural y



muy sexy, vestida con unos minúsculos shorts y camiseta, que, con unos llamativos movimientos de cadera, anuncia una línea de telefonía móvil.

1.9. LA ABUELITA Y SUEGRA PREVISORA¹⁰

Es siempre feliz. Representa la continuidad y la tradición combinada con la modernidad. Sirva como ejemplo los anuncios de las principales marcas de detergentes de ropa, las cuales han sacado al mercado una gama que incorpora el tradicional jabón de Marsella, en los que aparecen la madre y la abuela anunciando el nuevo producto. En otros casos la abuela se contrapone a una hija o nuera moderna que no sigue sus desfasados consejos al lavar, fregar u otra tarea hogareña. Más recientemente se ha incorporado a la sociedad de consumo, a través de ciertos productos que le facilitan sus tareas, como la abuelita rural de *Fabada Asturiana* o de *Pronto*, que se divierte con sus amigos mientras sus hijos están fuera.

1.10. LA MUJER JOVEN

La juventud es uno de los presupuestos del modelo de belleza que aparece en los medios de comunicación. De este modo, nos encontramos con numerosos anuncios que para vender cualquier producto utilizan una mujer, no sólo bella, sino también joven. Las mujeres maduras tan sólo aparecen en anuncios de compañías de seguros, compañías médicas o productos financieros. Paradójicamente, la juventud está especialmente presente en los anuncios de productos de belleza destinados a las mujeres mayores. Llama la atención un anuncio de crema facial que, con la cara de una chica joven, explica cómo dicho cosmético combate los signos del envejecimiento, flacidez, arrugas, descolgamiento, bolsas y manchas.

1.11. LA NIÑA

Se observa claramente la reproducción de los roles tradicionales de la mujer así como los efectos socializantes de los medios de comunicación. Es la niña que juega paseando a su muñeca, dándole de comer o vistiéndola. Su universo es presentado como el de su madre, el hogar y los hijos, extendido incluso al mundo de los muñecos¹¹. El prototipo lo tenemos en la conocida muñeca *Barbie*, cuyos acce-

¹⁰ J.A. RAMÍREZ, *op. cit.*

¹¹ Sobre la imagen de la niña en la publicidad, resulta interesante, a pesar del tiempo transcurrido, el artículo de C. PEÑA MARÍN, «La representación de la niña en la publicidad». *Infancia y Sociedad*, vol. 10 (1991), pp. 54-66.

sorios son la cocina, el cochecito del niño, los muebles, por un lado, y, por otro, innumerables accesorios de belleza tales como el secador, espejos y joyas, para estar bella y mantener un cuerpo con formas perfectas. Junto a esta muñeca —que, en nuestra opinión, representa los roles tradicionales de la mujer— han aparecido recientemente otras, entre las que destaca la muñeca *Bratz* que, en clara ruptura con los roles anteriores, simboliza las nuevas generaciones de chicas independientes, seguras de sí mismas, modernas y muy atrevidas. Así se viste esta muñeca, que se anuncia en una discoteca donde se divierte con muñecas «amigas» sin que aparezcan en el anuncio accesorios como cocinitas o cochecitos de bebé. La obsesión por el cuidado del cuerpo y la belleza transmitidos por la madre y potenciado por la sociedad y los medios de comunicación también se refleja en las niñas de los anuncios publicitarios. Recordemos, por ejemplo, el anuncio del champú *Johnson's* en el que la niña quiere tener el pelo tan bonito como su madre y para ello se lo cuida desde pequeña.

1.12. MUJER-IGUAL

Se trata de un modelo novedoso. Es esa mujer cuyo estilo de vida ya no se diferencia del de el hombre. Desarrolla el mismo tipo de ocio, ocupa los mismos puestos de trabajo, consume los mismos productos, viste la misma ropa y sigue la misma moda, tiene preocupaciones similares y gustos parecidos. Se abre ante ella un nuevo mercado unisex y la hace destinataria prácticamente, desde su adolescencia, de los mismos productos que el hombre.

Como hemos visto, en la actualidad se mantienen, por un lado, los anuncios —todavía mayoritarios— en los que la mujer continúa apareciendo en el papel de ama de casa, madre y esposa preocupada por la alimentación de sus hijos, el cuidado del hogar y del marido, papel con el que todavía se identifican determinados grupos de mujeres (anuncios de detergentes y productos de limpieza en general, de alimentos infantiles, electrodomésticos, etc.). Al mismo tiempo se nos transmite desde la publicidad el nuevo modelo de mujer, el de una mujer liberada, independiente económicamente, que trabaja fuera de casa pero, ¡ajo!, también lo hace dentro, y en el ámbito privado sigue siendo quien se ocupa de las tareas del hogar. Los cambios producidos en la imagen de la mujer en los mensajes publicitarios son paralelos a las transformaciones que han experimentado los roles femeninos.

2. LA MUJER Y SU IMAGEN SOCIAL: CÓMO VIVEN Y PERCIBEN EL MODELO IDEAL DE MUJER

2.1. LA DELGADEZ

El estar delgada es uno de los cánones de belleza de la mujer actual, de hecho —como apuntamos anteriormente— la imagen de la mujer se ha ido estilizando a lo largo del tiempo y hoy en día el estar delgada es uno de los requisi-



tos que la mujer «debe» cumplir para acercarse a la imagen socialmente deseada por los medios de comunicación actual, imagen nada deseable en épocas anteriores. Esta delgadez preconizada desde los medios de comunicación y representada por las modelos de turno, no se limita a los escasos kilos que se aceptan, sino que además exige un cuerpo firme, joven y sin celulitis, y el más difícil todavía, un cuerpo sexy y deseable, es decir, con caderas, cintura y pechos grandes y «en su sitio». ¿Cuál es la respuesta de mujer ante este modelo de belleza corporal? ¿Cómo es percibido por ella?

En los grupos de discusión analizados las mujeres han manifestado que son conscientes de que hoy día para ser bella, hay que estar delgada, identificando belleza con delgadez; por otro lado, saben que este modelo de belleza corporal es inalcanzable y que, en la mayoría de los casos, el cuerpo de esas modelos es resultado de cirugías estéticas y de otras técnicas de embellecimiento corporal:

Mi ideal de belleza hoy es Paulina Rubio, Jeniffer López y poco más, vamos, y cuanto más buena esté mejor, claro. Cuanto más delgada, más buena está, cuanto más pelo largo, más buena está y cuanto más culo... en fin, cosa que es un poco difícil conjugar hoy porque, en fin, cuando se adelgaza se adelgaza por completo. Hay modelos artificiales que gustan, que se venden, que son vistosos. Pero hay que saber que son modelos idílicos. (Soltera, estudiante y camarera, 25 años.)

Pese a ello, todas manifiestan que desean conseguir esta delgadez, deseo expresado en todas las edades, situación social y laboral. Esto supone un esfuerzo para la mujer, sobre todo teniendo en cuenta los estilos de vida sedentarios que la mayoría practican. Del discurso de la mujer se desprende que, en determinadas etapas de su vida, la mujer es mucho más influenciable ante este modelo de delgadez, siendo el momento más crítico la adolescencia: «No me preocupa si pongo tres kilos porque me viene bien, pero también depende del momento de tu vida... Tampoco me obsesiono en ese sentido, ahora no, antes sí. Lo he pasado muy mal porque en la edad crítica estaba yo gordita y las niñas y los niños son muy crueles». (soltera sin hijos, 31 años, enfermera)

Como hemos comentado en la pregunta anterior, la obsesión por la delgadez desemboca en ocasiones en enfermedades, siendo las más conocidas la anorexia y la bulimia. Las edades más frecuentes son las que comprenden el período de la adolescencia; sin embargo, cada vez más se extienden estas enfermedades a edades más infantiles y también más adultas, en este último caso dichas enfermedades suelen aparecer en momentos críticos de la vida de la mujer:

Yo tengo problemas con anorexia y bulimia y lo he pasado muy mal, me da mucho miedo. Yo estoy separada. Caí en una depresión muy grande y mi escapada era la comida y yo no se lo deseo a nadie. Eso es una cosa que a mí me marcó. Siempre me veía supergorda y, añadido a otros problemas pues... se me juntó todo. La comida llega a ser tu amiga y es tu enemigo a la vez. Yo comía para estar bien, y a la misma vez, como engordaba me veía mal... es un problema muy gordo. (Separada sin hijos, 32 años, empleada de grandes almacenes.)



Además de la anorexia y la bulimia¹², de reciente aparición podemos citar el llamado «trastorno por atracón», modalidad parecida a las dos anteriores, «importada» de Estados Unidos y que afecta hoy a entre el seis y el diez por mil de la población europea¹³; la vigorexia, que podríamos definir como una síntesis de la obsesión por las dietas y por el deporte (los aquejados de vigorexia se ven excesivamente delgados aunque tengan un cuerpo musculoso y dedican horas al día a muscularse, siguen una dieta estricta encaminada a ganar masa muscular, y se pesan y se miran al espejo constantemente)¹⁴, y por último, nos encontramos con la ortorexia, que podría definirse como la obsesión patológica por la comida sana y que obliga a quien lo padece a seguir una dieta estricta que excluye la carne, las grasas y todo alimento que no sea biológico¹⁵. Esta enfermedad suele manifestarse en pacientes que se recuperan de la anorexia y la bulimia, y en los que siguen dietas de adelgazamiento.

El modelo de cuerpo delgado se ha convertido en un valor incluso para la infancia. Distintos estudios revelan que los niños y niñas gordos son objeto de discriminación entre sus compañeros de juegos. Alguna de las mujeres participantes en los grupos hacen referencia a esta realidad: «A mí me preocupa mi hija, mi hija tiene siete años y me dice a mí: yo soy amiga de ésta porque es muy guapa, fulana es muy guapa, la otra es fea porque es muy gorda ¡ya con siete años, con siete!». (Casada con una hija de tres años, 39 años, teletrabajadora.)

2.2. EL ROSTRO Y LA BELLEZA

Como señala el ya mencionado estudio de ASEP «La mujer en los medios de comunicación»¹⁶, la belleza y los rasgos físicos son las cualidades femeninas más destacadas por los medios de comunicación españoles. De forma especial, es la televisión el medio que resalta de manera más señalada la imagen física de la mujer (casi en un 50%) frente a otros rasgos como los intelectuales (7,1%), la capacidad laboral o profesional (16,2%) o la personalidad (13,2%). En nuestra sociedad actual, ha tenido lugar un evidente desplazamiento de la belleza del rostro al *cuerpo* y

¹² Las cifras de afectados se han quintuplicado en ocho años, por lo que se puede hablar de una auténtica epidemia que va engrosando en las filas de sus afectados a chicas cada vez de menos edad —ya se habla de anorexia infantil— y que es considerada como la enfermedad mental más mortal.

¹³ ABC, 3-12-89.

¹⁴ Curiosamente ésta es una enfermedad en principio desarrollada por el hombre, mientras la mujer desarrollaba la anorexia, estando en la actualidad ambos sexos afectados.

¹⁵ Como dice Steven Bratman, médico norteamericano creador del término ortorexia, es bueno preocuparse por comer de forma sana, pero no obsesionarse hasta llegar al ayuno y la dieta más rígida, lo que se traduce en anemia, falta de vitaminas y oligoelementos y debilidad.

¹⁶ ASEP, *op. cit.*



a un cuerpo delgado y esbelto, tal y como ya hemos apuntado. En este proceso ha tenido un papel fundamental la transformación del vestido. Como nos comenta Julián Marías¹⁷, el vestido antes ocultaba el cuerpo y mostraba el rostro, lo que hacía que la belleza conocida y expresa fuera primariamente la de este último; la del cuerpo se suponía, se adivinaba en diversos grados y formas. A lo largo del siglo XX, aunque sin absoluta continuidad y con algunos retrocesos, el vestido ha ido revelando más el cuerpo, que en algunas épocas ha estado verdaderamente escondido. Como consecuencia de este proceso, en la actualidad se confunde la belleza con el sexo, lo que revela —en opinión de este autor— una decadencia social de la belleza, casi una oleada de desdén por ella¹⁸.

Los resultados de nuestra investigación también van en este sentido; así, la mayoría de las mujeres que han participado en los grupos de discusión manifiestan una mayor preocupación por conseguir un cuerpo ajustado al ideal de belleza, tal como lo hemos descrito, que por el rostro, a pesar de que es en la cara donde se manifiesta de forma más visible el paso del tiempo y la edad. Así, en relación al rostro, la preocupación se centra en los cuidados de éste para evitar en la medida de lo posible las manifestaciones del envejecimiento. De este modo, gran parte de los comentarios de las mujeres, independientemente de la edad, se refieren al uso de cremas y no de forma excesiva, como veremos en el apartado dedicado a los hábitos de belleza. Resulta novedosa la preocupación detectada entre las mujeres por ajustar la belleza del rostro al modelo de belleza, que, en lo que respecta al rostro, se manifiesta en unos labios prominentes que únicamente pueden conseguirse con técnicas artificiales y que cada día se nos aparecen como más habituales debido a la influencia de algunas mujeres famosas aunque, en este punto, las mujeres son críticas con estas imágenes de mujeres demasiado prefabricadas:

Yo, todo el mundo que veo en la tele, pómulos, labios... y yo veo personas que se lo han hecho incluso con más de cincuenta y tantos años... ¿Eso es lo que considera la televisión que es la mujer? Simplemente cuando sale la Yola Berrocal, ¿o cree que gusta?, y yo pienso, y luego la tratan como si fuera tonta. (Casada con hija de tres años, 32 años, empleada de grandes almacenes.)

2.3. HÁBITOS DE BELLEZA

Históricamente la mujer ha sido educada para gustar, para estar bella. Y esta belleza es una construcción social, de hecho, la mujer es —la imagen de la mujer— un producto histórico, cultural, artístico, «existe, entre otras cosas porque hay espejos»¹⁹. De ahí que, en todas las épocas, la mujer haya practicado unos hábi-

¹⁷ J. MARIAS, *La educación sentimental*. Madrid, Alianza, 1987, pp. 245-246.

¹⁸ J. MARIAS, *La mujer y su sombra*. Madrid, Alianza, 1987, p. 97.

¹⁹ *Ibidem*, p. 150.

tos de belleza más o menos sofisticados. En nuestra sociedad actual los hábitos de belleza más comunes entre las mujeres consisten fundamentalmente en:

Uso de productos cosméticos

Las mujeres participantes, independientemente de su edad, estado civil o actividad laboral, manifiestan el uso diario de cremas hidratantes para el rostro y cuerpo, y algunas dicen utilizar cremas anticelulíticas:

De cremas y esas cosas me doy una crema hidratante, una crema de cuerpo, y maquillarme prácticamente nada. Peluquería cada dos meses. Ahora llevo el pelo corto y no me hace mucha falta. De actividad, natación, la crema de cara, crema de cuerpo y la peluquería. (Casada con 3 hijos, 37 años, enfermera.)

La crema hidratante anticelulítica cuando tengo tiempo y las cremas lo normal, tampoco abuso. La peluquería cada dos meses o cada mes, depende de cómo me pille y del día de ánimo que tenga. ¿Me maquillo?, según, tengo épocas, a veces me veo fatal y me maquillo constantemente, para verme mejor, a mí me sirve. (Casada con hijos, 38 años, procuradora.)

Deporte

Para conseguir ese cuerpo delgado y firme que marca el ideal de belleza actual, algunas de las mujeres participantes en los grupos de discusión consideran necesaria la actividad física²⁰. Sin embargo, la práctica deportiva, conforme aumenta la edad de las mujeres, se orienta más a la salud que a la belleza corporal. Así, la actividad física de las mujeres de edades más avanzadas obedece, en muchas ocasiones, a prescripción médica a causa de dolencias musculares, circulatorias y óseas. Además —como apuntamos anteriormente—, son estas mujeres de más edad las

²⁰ Al hablar de técnicas para adelgazar debemos hacer alusión al caso que supone la incorporación de la mujer española a la práctica deportiva. Según García Ferrando, «las mujeres se acercan al deporte con una mayor preocupación por la salud y por tratar de mejorar el aspecto físico, en tanto que entre los varones son más frecuentes los motivos lúdicos, de recreación y de relación social», de hecho son muy significativos los deportes que practican: más de la mitad (el 52% de las que hacen deporte) practican lo que se conoce como las gimnasias de la forma (aeróbic, rítmica, danza, gimnasia de mantenimiento, fitness). En España se produce —al igual que en otros países— el descubrimiento y expansión de estas gimnasias tras la publicación del conocido libro de Jane Fonda *En forma*, al que siguió la venta de sus vídeos de aeróbic (que abarcan distintos niveles de gimnasia y distintas atenciones al cuerpo), al igual que el de otras actrices famosas como Sidney Rome. Algo más tarde, pero no con menos éxito de ventas, hicieron su aparición los vídeos de gimnasia de modelos famosas como Elle MacPherson o Cindy Crawford (que, después de su maternidad, publicó un vídeo de gimnasia para recuperar la forma tras el parto). De nuevo en funcionamiento los medios de comunicación, con imágenes de modelos esculturales como reclamo para incitar a la mujer al consumo de un determinado producto.

que disponen en mayor medida de tiempo libre, al disminuir sus cargas familiares por tener los hijos mayores.

Yo hago diez minutos de bicicleta estática todos los días... pero eso lo hago porque me lo mandaron, porque yo tengo mal la circulación y el médico me mandó hacer por lo menos doce años y ya lo cogí como una obligación. Exactamente, me libero los sábados y los domingos, ya está. Y hago mis diez minutos de bicicleta estática, protestando pero lo hago. (Casada con dos hijas, 53 años, ama de casa.)

Yo hago gimnasia diaria en casa. Pongo la alfombra antes de acostarme y hago mi bicicleta. (Casada con dos hijos, 54 años, ama de casa.)

Cuidado del cabello

Las mujeres participantes en los grupos, especialmente las más jóvenes y solteras no manifiestan demasiada preocupación por el cuidado del cabello. La mayoría se lo cuida en casa y acude a la peluquería una vez al mes e incluso cada dos meses para cuidados más específicos, como el corte de pelo. Sólo algún caso aislado manifiesta sentirse insatisfecha con su pelo, así como sus deseos de cambio. En cuanto a las mujeres de mayor edad y casadas, los hábitos y la frecuencia con la que se acude a la peluquería es la misma, es decir, una o dos veces al mes aunque, en el caso de estas mujeres, las obligaciones del hogar y el trabajo les hace difícil encontrar tiempo para ello:

Bueno, sí, para peluquería tengo que contar con el día que descansa mi marido para dejar la niña, luego en Niebla no hay una peluquería como aquí (Huelva capital) que puedes ir; no, allí hay una peluquería que peina del tipo de personas mayores. Cuando puedo venir a Huelva, vengo; en fin, que voy fatal, es que no tengo tiempo para nada, para nada. (Casada con hijos, 32 años, empleada de grandes almacenes.)

Dietas y consumo de productos adelgazantes

Al hablar del hábito de las dietas en las mujeres debemos hacer mención de la responsabilidad que, en este tema, tiene la moda y los cuerpos de las modelos que utiliza para venderse. Un ejemplo: en nuestro país la edición del año 99 de la pasarela Cibeles provocó la llamada «guerra de las tallas», apoyada por la Unión de Consumidores y Usuarios de Madrid (UNCUMA) y la Asociación General de Consumidores (ASGECO), por la decisión de los organizadores de dicha pasarela por la que se impuso la talla 36, en lugar de la 38, para las modelos. Por su parte la FUCI (Federación de Usuarios y Consumidores) recibió en ese mismo año 513 quejas por la falta de tallas superiores a la 40 en las tiendas de ropa²¹. Pero no olvidemos que las

²¹ ABC, 18-03-99.



mujeres son las principales clientas de esas tiendas juveniles —en las que se despiden a las empleadas si engordan y ya no les sirve la ropa— y que siguen o intentan seguir los dictados de la moda; según una empleada de dichas tiendas, «la verdad es que se ven muchas chicas frustradas, muchas se llevan la ropa pequeña pensando en adelgazar los kilos que les sobran»²².

Entre las consecuencias que está teniendo sobre la mujer este ideal de delgadez, podemos citar el consumo masivo de toda clase de productos de embellecimiento y adelgazamiento corporal²³, así como de técnicas que prometen dicho adelgazamiento²⁴. También en el 99, la OCU —Organización de Consumidores y Usuarios— presentó un estudio realizado en 25 centros de adelgazamiento de distintas capitales españolas en el que concluía que estos centros «hacen peligrar la salud de los pacientes, su economía y el objetivo de perder peso», porque la previsión de los kilos que deben perderse y el tiempo necesario para conseguirlo es, en muchos casos una temeridad. «*Resulta inaceptable plantear una pérdida superior a cinco kilos al mes*, además de ser un caldo de cultivo para la anorexia, porque todos los centros indujeron a perder peso incluso a quienes no lo necesitaban»²⁵. Pero seamos realistas, ¿a cuántas mujeres habrá seducido el anuncio del Centro de Corporación Dermoestética que presenta a través de la televisión los servicios de sus técnicas más variadas para conseguir el cuerpo perfecto de esa modelo «después de dar a luz su segundo hijo»?

Cirugía estética y otras técnicas de embellecimiento corporal y facial

Las mujeres participantes en los grupos demuestran un conocimiento bastante amplio de las técnicas de embellecimiento facial y corporal así como de la cirugía estética. Es obvio el papel de los medios de comunicación en este sentido, al difundir tanto las técnicas en sí mismas, a través de los ya famosos anuncios de clínicas dedicadas a la belleza de hombres y mujeres, como los resultados que se consiguen con la cirugía, que se muestran a las mujeres en los cuerpos y caras de las

²² *El País*, 21-02-99.

²³ La comercialización de estos productos obligó al gobierno a aprobar, en 1997, un decreto contra los llamados productos-milagro. Otro ejemplo, en marzo del 99 el Ministerio de Sanidad prohibió la publicidad de «Cellulase», la píldora contra la celulitis, de tal forma que debió quitar de su etiquetado cualquier referencia que lo considerase como un medicamento, cosmético o alimento para regímenes especiales.

²⁴ A este respecto, ver el Boletín Oficial de las Cortes Generales: Informe de la Ponencia encargada de estudiar los condicionantes extrasanitarios que concurren en el incremento de la incidencia de la anorexia y bulimia en la población y proponer las medidas políticas y legislativas oportunas, aprobado por la Comisión de Educación y Cultura. Sesión día 25 de noviembre de 1999. (543/000018). J. CASTILLO ALGARRA, «Anorexia de valores». *AONES Revista de Educación en Valores*, vol. 1 (1999), pp. 13-15.

²⁵ *ABC*, 26-03-99.



presentadoras, actrices y modelos de turno. Concretamente, las partes de sus cuerpos más mencionadas por las mujeres participantes en nuestra investigación son los pechos, caderas, glúteos y labios:

Pues yo si pudiera me haría una liposucción. (Casada con tres hijos, 37 años, enfermera.)

Eso dices ahora, espérate que pasen diez años y ya verás como cambias de opinión. Te digo eso porque yo soy muy delgada y lo he sido siempre, pero tengo las caderas anchas y ya digo, si llevo 53 años con ellas hasta les tengo cariño, pero cuando tenía treinta y tantos no les tenía ningún cariño. Yo me hubiera hecho la liposucción. Llego un momento que dices «bueno, soy así, qué le vamos a hacer», porque yo creo que la operación tiene tantos riesgos que no te compensa, porque ¿te vas a quedar perfecta?...Y luego dices «bueno ya, y ahora, ¿por qué no me quito las bolsas de los ojos, por ejemplo?»... y te pasas la vida pendiente de aquello que te crees que te va a solucionar la vida y una vez que te solucionas ese trozo ya no soluciona tu vida, ahora te falta otra cosa..., y mucha culpa la tiene la televisión, muchísima. Quieras que no, hay una edad que eso te afecta mucho. (Casada con dos hijas, 53 años, ama de casa.)

Entre las mujeres casadas con hijos pequeños aparece de forma recurrente el problema de la incidencia de las imágenes de belleza corporal y facial conseguidas con este tipo de técnicas, sobre sus hijas pequeñas. El cambio de valores afecta a estas nuevas generaciones en las que aparece como valor principal el culto a unos cuerpos artificiales que buscan el ajuste a los cánones de belleza actual. En el discurso de estas madres queda reflejado este cambio de valores entre las niñas actuales, niñas que crecen y se socializan en una cultura en la que el recurso a la cirugía y otras técnicas de este tipo es cada día más habitual:

Hay muchas niñas jóvenes que no están trabajando y que están pidiendo a los padres operaciones de éstas ¿eh? como premio a las notas. Salió el otro día en el telediario. Como premio a un buen curso antes te daban un buen viaje, o yo no sé, cualquier cosa que quieras. Pues ahora te dan operaciones de cirugía estética, o sea, implantes de pecho, reducción, liposucción. A mí me dio mucho miedo cuando escuché la noticia del telediario, por mi hija. Eso me da horror, pensar que mi hija me pida como premio o recompensa, en vez de decirme un viaje a Londres, yo qué sé... un coche...yo qué sé. Que me diga «quiero una operación, reducción de pecho, liposucción...». Aunque sea retocar el borde de los labios, que eso me lo pida como una recompensa es que me da miedo. (Casada con hijos, 38 años, procuradora.)

Las mujeres participantes en los grupos realizados coinciden en criticar las imágenes de mujeres retocadas por estas técnicas. Por otra parte, para muchas mujeres, el arreglarse y sentirse bellas tiene mucho que ver con el estado de ánimo. De hecho, la mayoría se refiere a cómo cambian sus hábitos en función de sus estados de ánimo. En definitiva, el sentirse bien con ellas mismas funciona como una terapia que les ayuda en su vida cotidiana.



2.4. PREOCUPACIÓN POR LA SALUD

El discurso en relación a la salud, entendiendo ésta desde una perspectiva integral, es un discurso fomentado igualmente desde los medios de comunicación, los cuales anuncian productos y hábitos de consumo saludables. Desde almohadas cervicales hasta mantequillas y leches que reducen el colesterol, o baterías de cocina y robots que cocinan sin grasas y que conservan un alto valor nutricional de los alimentos. A pesar del enorme eco que este tipo de consumo tiene entre la población, en muchos casos tras el objetivo de un cuerpo saludable se esconde el deseo de un cuerpo delgado:

Te voy a decir lo que estoy haciendo ahora, el té verde, la levadura de cerveza y el germen de trigo... Si tomas té verde te ayuda a depurar, a eliminar grasa, es por eso. (Casada con una hija, 39 años, teletrabajadora.)

Yo soy constante, porque yo me tomo sésamo, que es puro calcio, también tomo leche, yogur, queso y fruta. (Casada con hijos, 42 años, ama de casa.)

2.5. EL CUERPO Y LA BELLEZA COMO TEMA DE CONVERSACIÓN ENTRE MUJERES

Es un hecho constatado que todo lo referente a la imagen, la belleza, el cuerpo, etc., es un tema de conversación recurrente entre mujeres. La dieta que seguimos, el vestido que nos hemos comprado, el cambio de color o nuevo corte de pelo, lo guapos que están nuestros hijos, etc. Esto se reafirma en los grupos realizados, en los que las mujeres participantes manifiestan hablar sobre su imagen y las de otras mujeres cuando se reúnen tanto en lugares de ocio como incluso en el lugar de trabajo:

Eso sí, cuando hay muchas mujeres juntas... pues, ese chaleco te hace más gorda... (Soltera sin hijos, 19 años, esteticista y estudiante de peluquería.)

Yo en mi trabajo... a mí me dicen «qué estropeada estás», y yo digo «¿qué quieres?», ya no sé lo que hacer... estás más gorda. (Separada sin hijos, 32 años, empleada grandes almacenes.)

Bueno, al día siguiente de la cena, a lo mejor estamos comiendo (en el trabajo) y (las demás) están, «aquella lo llevaba», y yo digo, «¿qué llevaba?, pues yo no me he dado cuenta». Y la otra, «pues anda que vaya, vaya». Pues es que yo soy así y le digo que a mí no me gusta criticar a nadie. Yo siempre les digo: «no habléis de las demás» y dicen «¿pero ella está aquí?». Y me dicen, «¿pero tú has visto cómo iba?». (Casada con una hija, 32 años, empleada grandes almacenes.)

En cualquier reunión, como si voy a una boda, y si algo me gusta entonces digo «¡qué envidia!», o digo, «tal chaleco o tal pantalón»; es que la estética me llama mucho la atención; quiero decir, envidia sana. (Casada con hijos, 38 años, procuradora.)

2.6. MATERNIDAD, CUERPO Y ESTÉTICA

La maternidad implica cambios en el cuerpo de la mujer, cambios que en la mayoría de los casos suponen un alejamiento del ideal estético vigente. No sólo el



aumento de kilos que supone el embarazo, sino otras consecuencias posparto como flacidez del pecho, estrías, varices, etc. El nacimiento y la crianza de los hijos, supone además, como ya se ha comentado una reducción drástica en la disponibilidad de tiempo para el cuidado de sí mismas.

3. CONCLUSIONES

Hemos visto en la primera parte de este artículo cómo los medios de comunicación recogen y transmiten distintas imágenes de la mujer, haciendo especial incidencia en la «perfección» en todas sus facetas. Como consecuencia a la mujer se le exige y se le hace sentir en la obligación de parecer joven, ser buena ama de casa, buena madre y cuidadora, buena compañera y buena profesional, y además de todos estos roles, la mujer debe estar siempre delgada y bella. Los discursos recogidos en nuestra investigación reflejan la presión que dichas exigencias ejercen sobre las mujeres, para quienes es cada vez más difícil sentirse contentas con su imagen, produciéndose, en el mejor de los casos, una relación de «conformidad» con su propio cuerpo, pero nunca de satisfacción²⁶. En todo caso supone siempre un esfuerzo, por parte de la mujer, de intentar alcanzar ese ideal de belleza, lo que se traduce en unos hábitos, conductas y actitudes que, en muchas ocasiones, atentan contra la salud de la mujer y que al mismo tiempo suponen una forma de sometimiento de ésta²⁷, sometimiento que tiene de novedoso, respecto a otros que ha estado sufriendo la mujer a lo largo de la historia, que está teniendo lugar de forma *consentida por ésta*, y además, *los alimenta*, al apoyar la propagación de dichos cánones con la compra de sus productos. Para hacer frente a esta situación, creemos

²⁶ Otros estudios corroboran estos resultados. Ver I. ALBERDI, *Las mujeres jóvenes en todo*. Barcelona, Fundación La Caixa, 2000; entre sus conclusiones establece que las mujeres jóvenes españolas lo quieren todo (independencia económica, familia, hijos, promoción laboral...), por lo que se sienten agobiadas por todas las metas que quieren alcanzar. Además están más preocupadas que los hombres por su imagen, por mantenerse delgadas y atractivas, siendo esta faceta de su identidad un tanto problemática, ya que los cánones de belleza actuales son muy difíciles de alcanzar.

²⁷ En esta línea se pronuncian distintos autores como G. LIPOVETSKY (*La tercera mujer*. Madrid, Anagrama, 1999), quien establece que la mujer está siendo víctima del último recurso del hombre para someter al sexo femenino, así, una vez liberada del sostén, de la falta de titulación universitaria y por ende del sometimiento económico, del embarazo no deseado, y de muchas tareas domésticas, en la actualidad vuelve a encontrarse sometida al «corsé social» del adelgazamiento; N. WOLF (*El mito de la belleza*. Barcelona, Emecé Editores, 1991) afirma que en la actualidad se utilizan imágenes de belleza femenina para frenar el progreso de la mujer: es el mito de la belleza; en nuestro país L. VENTURA (*La tiranía de la belleza*. Madrid, Plaza y Janés, 2000) entiende que la mayoría de las mujeres, hasta las más inteligentes y de mayor éxito profesional, se sienten inseguras y descontentas con su aspecto, inseguridad alimentada por el dios mercado que alumbró ininterrumpidamente nuevos cosméticos, tratamientos, dietas, gimnasias y modas en general con los que renovar la promesas de una belleza inalcanzable.



necesario un cambio de valores que devuelva a la persona su auténtica importancia como ser humano, y que las nuevas generaciones de niños y niñas entiendan la imagen y la belleza desde la racionalidad, aprendan a sentirse bien consigo mismos y sean capaces de ver lo que hay detrás de la apariencia física de las personas:

Yo creo que nuestra sociedad o la sociedad que se está formando, se está basando en cosas materiales, todo lo que sea material y superficial, y si mueve dinero pues mejor, entonces los valores que pudieran tener un hombre o una mujer como persona, pues no se están mirando... La educación que se le está dando a los críos, que te ven y te dicen «¡que tía más buena!», como el niño de una amiga mía que dice, «Mami ¿tú quieres ser mi novia?», es que a mí me gustan rubias y con el pelo rizado», y el niño tiene cuatro años. (Separada sin hijos, 32 años, empleada grandes almacenes.)



FACTORES SOCIODEMOGRÁFICOS E IMPACTO PSICOLÓGICO EN MUJERES MALTRATADAS POR SU PAREJA*

M^a. Pilar Matud y Olga Moraza
Universidad de La Laguna

RESUMEN

En este trabajo se analiza el impacto psicológico y la relevancia de los factores sociodemográficos en la salud de las mujeres maltratadas por su pareja. La muestra está formada por 86 mujeres de entre 19 y 67 años (edad media de 40,44 y desviación típica de 10,3) a las que se accedió a través de varios centros de asistencia e información del municipio de Santa Cruz de Tenerife. Encontramos que el 46,5% de las mujeres tenía trastorno de estrés postraumático y la mayoría presentaba síntomas de larga duración de ansiedad e insomnio, síntomas somáticos y depresión. Además, el 85% sentía indefensión. La inseguridad, el estilo de afrontamiento del maltrato de emocionalidad, la intensidad del maltrato psicológico y la baja autoestima predecían el trastorno de estrés postraumático.

PALABRAS CLAVE: mujeres maltratadas, trastorno de estrés postraumático, maltrato físico, maltrato psicológico.

ABSTRACT

The present study examines the psychological impact and the relevance to health of socio-demographic factors in women abused by their partners. The sample was composed of 86 women (mean age = 40.44; SD = 10.3 and range 19-67) contacted through different Women's Assistance and Information Centers in Santa Cruz de Tenerife. 46.5% of the women had a diagnosis of post-traumatic stress disorder and most of the women had long lasting symptoms of anxiety and insomnia, somatic symptoms and depression. 85% of the women also reported helplessness. Post-traumatic stress disorder was predicted by insecurity, an emotional style of coping with abuse, the severity of psychological abuse and low self-esteem.

KEY WORDS: battered women, posttraumatic stress disorder, physical abuse, psychological abuse.

0. INTRODUCCIÓN

Aunque la violencia de género es uno de los fenómenos generalizados más graves de la sociedad, hasta muy recientemente no se ha considerado como un problema global que se extiende a través de diferentes países y regiones, y que afecta



a mujeres de todos los niveles sociales, culturales y económicos¹. Una de las formas más comunes de violencia de género es la inflingida por parte del marido o pareja, y el hecho de que en la mayoría de los casos las mujeres tengan implicaciones emocionales y dependencia económica de su agresor tiene gran relevancia, tanto en la dinámica del abuso como en las formas de tratar el fenómeno². Tradicionalmente, este tipo de violencia se ha mantenido oculto, ya que se le consideraba como un fenómeno «privado» y hasta «normal», ante el cual la víctima sólo podía avergonzarse y del que incluso se la consideraba culpable. Afortunadamente, esta situación está cambiando, la sociedad se está concienciando cada vez más, las instituciones se están implicando en la articulación de medidas paliativas de sus efectos y consecuencias, y las organizaciones de mujeres y de servicios sociales de todo el mundo están presionando a los gobiernos para que reconozcan que la violencia doméstica es un problema prioritario de salud y de derechos humanos³, más que una cuestión psicológica, legal o social⁴.

Pese a ello, aún es un fenómeno que se sigue ocultando, por lo que es muy difícil conocer su prevalencia. En estudios realizados en Canadá y Estados Unidos con muestras representativas se encontró que la incidencia del maltrato a la mujer por parte de una pareja de sexo masculino oscilaba entre el 10,1% y el 14,4%, y las tasas de prevalencia oscilaban entre el 21% y el 35%⁵. En otro estudio realizado en áreas urbanas de Chile se encontró que una de cada cuatro mujeres era golpeada por su pareja y una de cada tres mujeres sufrió algún tipo de abuso emocional en su relación con su pareja actual⁶. Respecto a España, los datos de una macroencuesta realizada por el Instituto de la Mujer⁷ a una muestra compuesta por 20.552 mujeres indicaron que un 4,2% de las mujeres mayores de 18 años había sido maltratada durante el último año por algún familiar, novio o marido; y un 12,4% sufría en ese momento conductas vejatorias.

* Trabajo subvencionado por el Instituto de la Mujer. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

¹ R.L. FISCHBACH y B. HERBERT, «Domestic Violence and Mental Health: Correlates and Conundrums within and across Cultures». *Social Science & Medicine*, vol. 45, núm. 8 (1997), pp. 1.161-1.176.

² L. HEISE y C. GARCÍA-MORENO, «Violence by Intimate Partners», en E.G. KRUG, L.L. DAHLBERG, J.A. MERCY, A.B. ZWI y R. LOZANO (ed.), *World Report on Violence and Health*, Ginebra, World Health Organization, 2002, pp. 88-121.

³ *Ibidem*.

⁴ L.E. WALKER, «Psychology and Domestic Violence around the World». *American Psychologist*, vol. 54, núm. 1 (1999), pp. 21-29.

⁵ R. RÖMKENS, «Prevalence of Wife Abuse in the Netherlands. Combining Quantitative and Qualitative Methods in Survey Research». *Journal of Interpersonal Violence*, vol. 12, núm. 1 (1997), pp. 99-125.

⁶ P.T. MCWHIRTER, «La violencia privada. Domestic Violence in Chile». *American Psychologist*, vol. 54, núm. 1 (1999), pp. 37-40.

⁷ INSTITUTO DE LA MUJER, *La violencia contra las mujeres. Resultados de la macroencuesta*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1999.

La violencia de pareja se refiere a cualquier conducta dentro de una relación íntima que causa daño físico, psicológico o sexual a los miembros de la relación, incluyendo actos de *agresión física* tales como golpes, empujones o palizas; *abuso psicológico*, tales como intimidación, menosprecio y humillaciones; *coerción y abuso sexual*; y *conductas de control*, tales como el aislamiento de su familia y amistades, el control de sus movimientos, y la limitación de su acceso a la información y a la asistencia⁸. El abuso se da en todo tipo de parejas, casadas y no casadas, y en la mayoría son las mujeres las víctimas y los hombres los agresores, siendo en este caso más grave y más probable que haya lesiones importantes.

El maltrato suele comenzar desde el comienzo de la relación, muchas veces incluso desde el noviazgo y, normalmente, va aumentando su frecuencia e intensidad con el tiempo. Además, tampoco es infrecuente el maltrato del marido a la mujer embarazada, con el consiguiente mayor riesgo para la mujer y el feto. Y también es probable que el hombre que golpee a su esposa agrede a sus hijos, dándose esta circunstancia en al menos la mitad de los casos. Así, Amor y cols.⁹ encontraron que el maltrato a la mujer estaba asociado con el maltrato a los hijos en el 62,6% de los casos de un estudio con 212 mujeres maltratadas del País Vasco, y en nuestra Comunidad, en un estudio con 187 mujeres maltratadas por su pareja¹⁰, se ha encontrado que este hecho se daba en el 56,8% de los casos.

Pese a la universalidad del fenómeno, el maltrato a la mujer no está bien estudiado y mucho menos en las mujeres de nuestro medio, lo que hace que su tratamiento y prevención sea más difícil. Así, es bastante frecuente que se mantenga oculto y que la víctima lo sufra durante años (los estudios indican una media de 10 años). Otra de las características del maltrato es que, pese a su frecuencia y gravedad, la mayor parte de las mujeres (entre el 40 y el 89%) permanecen con su pareja durante muchos años, y vuelven con ella aunque hayan sido capaces de abandonarla temporalmente. Unger y Crawford¹¹ consideran que el hecho de que las mujeres permanezcan o vuelvan con una pareja que las maltrata se da porque suelen pensar que las causas de los malos tratos son externas e inestables, tales como tener un mal día en el trabajo, por lo que esperan que pueden cambiar. Pero conforme aumenta la frecuencia y severidad, es más probable que lo atribuyan a causas internas de sus esposos, siendo entonces más fácil que dejen la relación. Esto explicaría el que la mayor parte de las mujeres tarden en comprender y aceptar que sus cónyuges no

⁸ L. HEISE y C. GARCÍA-MORENO, *op. cit.*

⁹ P.J. AMOR, E. ECHEBURÚA, P. de CORRAL, I. ZUBIZARRETA y B. SARASÚA, «Repercusiones psicopatológicas de la violencia doméstica en la mujer en función de las circunstancias del maltrato». *Revista Internacional de Psicología Clínica y de la Salud*, vol. 2, núm. 2 (2002), pp. 227-246.

¹⁰ M.P. MATUD, R.J. MARRERO, M. CARBALLEIRA, M. PÉREZ, M.L. CORREA, B. AGUILERA y T. PÉREZ, «Transmisión intergeneracional de la violencia doméstica». *Psicología Conductual*, vol. 11, núm. 1 (2003), pp. 25-40.

¹¹ R. UNGER y M. CRAWFORD, *Women and Gender. A Feminist Psychology*. Nueva York, McGraw-Hill, 1992.



cambiarán su conducta. Sin embargo, Zubizarreta y cols.¹² concluyen de la revisión de varios estudios que a mayor duración y severidad del maltrato doméstico, menor será la probabilidad de romper la relación, ya que la mujer se vuelve cada vez más temerosa y dependiente y desarrolla sentimientos de culpabilidad, baja autoestima y pasividad ante el problema.

Strube¹³, tras una revisión de varias investigaciones, afirma que son varios los factores que influyen en la decisión de dejar o no al agresor, incluyendo el tener un empleo fuera de casa, la duración de la relación, si también se abusa de los niños y el número de separaciones previas. Choice y Lamke¹⁴, después de hacer una revisión crítica del trabajo de Strube, plantean que los aspectos esenciales de tales decisiones parecen girar en torno a dos cuestiones básicas: ¿Será mejor dejarlo? y ¿Podré hacerlo?

CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DEL MALTRATO

Una persona que viva con alguien que abusa de ella física o emocionalmente suele desarrollar una respuesta de estrés cuando es atacada; si se repiten los ataques o amenazas, desarrolla una serie de síntomas crónicos, habiéndose detectado de forma consistente efectos psicológicos que incluyen síntomas de ansiedad, depresión y abuso de sustancias¹⁵. La prevalencia de los trastornos encontrada en una revisión bibliográfica realizada por Golding¹⁶ fue del 63,8% en 11 estudios de trastorno de estrés postraumático; de 47,6% en 18 estudios de depresión; del 17,9% en 13 estudios sobre tendencias suicidas; del 18,5% en 10 estudios de abuso del alcohol; y del 8,9% en 4 estudios de abuso de drogas.

Además, cuando la mujer es degradada y ridiculizada por su marido de forma repetida, puede llegar a creerlo, disminuyendo su autoestima y su sentimiento de autoeficacia¹⁷ e, incluso, puede llegar a pensar que merece los castigos de su

¹² I. ZUBIZARRETA, B. SARASÚA, E. ECHEBURÚA, P. de CORRAL, D. SAUCA e I. EMPARANZA, «Consecuencias psicológicas del maltrato doméstico», en E. ECHEBURÚA (ed.), *Personalidades violentas*, Madrid, Pirámide, 1994, pp. 129-152.

¹³ M. STRUBE, «The Decision to Leave an Abusive Relationship: Empirical Evidence and Theoretical Issues». *Psychological Bulletin*, vol. 104, núm. 2 (1988), pp. 236-250.

¹⁴ P. CHOICE y L.K. LAMKE, «A Conceptual Approach to Understanding Abused Women's Stay/Leave Decisions». *Journal of Family Issues*, vol. 18, núm. 3 (1997), pp. 290-314.

¹⁵ B. HOUSKAMP, «Assessing and Treating Battered Women: A Clinical Review of Issues and Approaches», en J. BRIERE (ed.), *Assessing and Treating Victims of Violence*, San Francisco, Jossey-Bass, 1994, pp.79-89.

¹⁶ J.M. GOLDING, «Intimate Partner Violence as a Risk Factor for Mental Disorders: A Meta-Analysis». *Journal of Family Violence*, vol. 14, núm. 2 (1999), pp. 99-132.

¹⁷ T. ORAVA, P.J. MCLEOD y D. SHARPE, «Perceptions of Control, Depressive Symptomatology, and Self-Esteem of Women in Transition from Abusive Relationships». *Journal of Family Violence*, vol. 11, núm. 2 (1996), pp. 167-187.



marido y que es incapaz de cuidar de ella y de sus hijos. También es posible que desarrolle sentimientos de culpabilidad, aislamiento social y dependencia emocional del maltratador, junto con intensa sintomatología somática¹⁸.

El maltrato de la mujer también tiene repercusiones en los hijos. Aunque, como se ha citado, el niño no siempre sufre directamente la violencia física, sí siente temor e inseguridad cuando ve a su padre agredir a su madre e, incluso, puede llegar a considerarse culpable cuando las disputas entre los padres se relacionan de alguna manera con él. También suelen darse una serie de secuelas psicológicas en los hijos, tales como disminución de la autoestima, tendencia a la introversión, ansiedad, labilidad psíquica, problemas de atención y de lenguaje, agresividad generalizada, sentimientos de culpa y problemas depresivos. Otra cuestión muy importante es el aprendizaje de la conducta violenta por parte de los hijos, aprendizaje que parece darse a través de la observación de los modelos de rol proporcionados por la familia. Así, en varios estudios se ha encontrado evidencia para la hipótesis de un «ciclo de violencia» intergeneracional, que propone que los adultos violentos aprendieron esta conducta en la infancia al ser testigos o víctimas de violencia. Ésta ha servido como modelo de resolución de conflictos interpersonales y ha ejercido un efecto de «normalización», que hace que muchas mujeres no sean conscientes del maltrato que sufren y muchos hombres no se den cuenta del daño que ocasionan. Así, se ha encontrado que es mucho más frecuente que un hombre que haya sido víctima o testigo de violencia sea violento y se convierta en agresor de su pareja. Aunque no están claras las vías de transmisión, los factores de riesgo parecen ser, además del modelado directo, el desarrollo de una variedad de defensas patológicas, tales como la hipervigilancia, la disociación, la proyección o la negación. Y también se ha encontrado que el abuso en la familia de origen es un factor de riesgo de alteraciones psicológicas, las cuales son a su vez factor de riesgo de agresión a la mujer. Además, los modelos violentos en la familia de origen parecen tener un efecto cruzado cuando se considera la variable género: los varones se identifican con el agresor y las mujeres llevan a cabo un «aprendizaje de indefensión» que las ubica en el lugar de la víctima del maltrato en las sucesivas estructuras familiares¹⁹.

Pero para poder llevar a cabo un tratamiento adecuado de tan grave problema es necesario conocer en profundidad sus determinantes y los factores que lo mantienen, sus causas y los mecanismos psicológicos, sociales y familiares implicados, así como otras variables que parecen ser relevantes y que pueden actuar como

¹⁸ Vid. D.G. DUTTON y S. PAINTER, «The Battered Woman Syndrome: Effects of Severity and Intermittency of Abuse». *American Journal of Orthopsychiatry*, vol. 63, núm. 4 (1993), pp. 614-622; E. ECHEBURÚA, P. CORRAL, B. SARASÚA e I. ZUBIZARRETA, «Mujeres víctimas de maltrato», en E. ECHEBURÚA (ed.), *Personalidades violentas*, Madrid, Pirámide, 1994, pp. 11-22.

¹⁹ J. CORSI, «Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar», en J. CORSI (comp.), *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*, Buenos Aires, Paidós, 1994, pp. 15-63.

variables mediadoras y moduladoras del impacto psicológico. El objetivo de este estudio se centra en el análisis del impacto psicológico del maltrato a la mujer por parte de su pareja, analizando la relevancia que las variables sociodemográficas y las relativas al maltrato tienen en el estado de salud de la mujer.

1. MUESTRA

La muestra está compuesta por 86 mujeres que eran o habían sido víctimas de maltrato por parte de su pareja, la mayoría de las cuales fueron atendidas en un Centro de Atención Especializado para mujeres maltratadas del municipio de Santa Cruz de Tenerife. El 23,3% había sufrido maltrato psicológico; el 40,7% físico y psicológico; el 9,3% psicológico y sexual; y el 26,7% los tres tipos de maltrato. El rango de edad oscila entre 19 y 67 años, siendo la media de 40,44, la mediana de 40, y la desviación típica de 10,3. En la tabla 1 se recogen los datos sociodemográficos más relevantes, tanto de la mujer maltratada como de la pareja que le agredía. Como puede observarse, aunque se da bastante variabilidad en el nivel de estudios, la mitad de la muestra (tanto de agresores como de víctimas) sólo ha realizado estudios básicos. También encontramos diversidad en el estatus ocupacional. En el caso de las mujeres, prácticamente la tercera parte tenía un empleo de tipo manual no cualificado; la cuarta parte realizaba trabajos de tipo no manual, y el 24,7% se autocalificaba como «ama de casa». De todas ellas, sólo el 37,8% se encontraba en situación activa de empleo, y otro 37,8% estaba desempleada, siendo el resto pensionistas (el 3,7%), estudiantes (el 4,9%), o amas de casa.

En el caso de los agresores también se daba gran variabilidad en el tipo de empleo, aunque su cualificación laboral parecía ser algo mejor que en el caso de su víctima. Así, sólo menos del 20% tenía empleo de tipo manual no cualificado, siendo lo más frecuente que su empleo fuese de tipo no manual (el 36,3%) o manual cualificado (el 30%), aunque en algunos casos eran profesionales de alta cualificación o empresarios. También es destacable que en el 5% de los casos se trataba de profesionales de las fuerzas de seguridad, local, nacional o privada. La mayor parte (el 75,7%) se encontraba en activo, el 14,1% parado y el resto eran pensionistas o jubilados.

Respecto al estado civil, predominaba de nuevo la variabilidad. Como podemos observar en la tabla 1, lo más frecuente era que estuviesen en trámites de separación (se daba en el 28,2% de los casos), o que fuesen casadas o separadas. Pero no era infrecuente que se tratase de mujeres solteras (el 15,3%) o divorciadas (el 9,4%). La mayor parte (el 91,8%) tenía al menos un hijo, siendo lo más frecuente que tuviesen dos (se daba en el 41,2% de los casos) o uno (el 23,5%). El 4,7% tenía 4 hijos, dos mujeres tenían 6 hijos y una, cinco.



TABLA 1. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LA MUJERES MALTRATADAS Y DE SUS AGRESORES

| | MUJERES | | AGRESORES | |
|-------------------------------------|---------|------|-----------|------|
| | n | % | n | % |
| <i>Nivel de estudios:</i> | | | | |
| Inferior a Graduado Escolar | 11 | 12,8 | 19 | 23,4 |
| EGB | 38 | 44,2 | 24 | 29,6 |
| FPI | 5 | 5,8 | 7 | 8,6 |
| FPII | 10 | 11,6 | 7 | 8,6 |
| BUP/COU | 15 | 17,4 | 17 | 21,0 |
| Diplomatura | 4 | 4,7 | 4 | 4,9 |
| Licenciatura | 3 | 3,5 | 3 | 3,7 |
| Sin dato | | | 5 | |
| <i>Ocupación:</i> | | | | |
| Amas de casa | 20 | 24,7 | 0 | 0,0 |
| Estudiante | 4 | 4,9 | 1 | 1,3 |
| Empleo manual no cualificado | 26 | 32,1 | 15 | 18,8 |
| Empleo manual cualificado | 9 | 11,1 | 24 | 30,0 |
| Empleo no manual | 21 | 25,9 | 29 | 36,3 |
| Profesional | 0 | 0,0 | 2 | 2,6 |
| Profesiones liberales o empresarios | 0 | 0,0 | 5 | 6,3 |
| Jubilada/o | 1 | 1,2 | 4 | 5,0 |
| Sin dato | 5 | | 6 | |
| <i>Estado civil:</i> | | | | |
| Soltera | 13 | 15,3 | | |
| Casada | 18 | 21,2 | | |
| Unión de hecho | 1 | 1,2 | | |
| Separada | 18 | 21,2 | | |
| Divorciada | 8 | 9,4 | | |
| Viuda | 2 | 2,4 | | |
| Trámites de separación | 24 | 28,2 | | |
| Separación de hecho | 1 | 1,2 | | |
| Sin dato | 1 | | | |



2. INSTRUMENTOS

ENTREVISTA SEMIESTRUCTURADA DE HISTORIA Y TIPO DE MALTRATO²⁰

Se trata de una amplia entrevista en la que se recogen los aspectos fundamentales relacionados con el maltrato por parte de la pareja, incluyendo tanto los datos actuales como la historia y dinámica funcional del maltrato.

INVENTARIO DE AUTOESTIMA (A SELF-ESTEEM INVENTORY, SEQ)

Elaborado por Rector y Roger²¹ y traducido por García de la Banda, consta de 58 ítem con 4 alternativas de respuesta (nunca, a veces, frecuentemente, siempre) que reflejan la valoración del grado de incertidumbre en varias competencias: personal, interpersonal, familiar, de logro y atractivo físico. En la validación con mujeres maltratadas²² se han encontrado dos factores: Inseguridad, formado por 25 ítem con una consistencia interna de 0,93; y Autoestima, formado por 19 ítem cuya consistencia interna es de 0,91. Ambos factores correlacionan -0,66.

CUESTIONARIO DE SALUD GENERAL DE GOLDBERG (GHQ-28²³)

Es una prueba diseñada para detectar trastornos psíquicos en el ámbito comunitario y en medios clínicos no psiquiátricos, que se centra en los componentes psicológicos actuales de mala salud, refiriéndose a dos tipos principales de fenómenos: la incapacidad para seguir llevando a cabo las funciones de salud normales, y la aparición de fenómenos de malestar psíquico. El GHQ permite tres tipos de puntuaciones, dos de las cuales se han utilizado en este estudio: la tipo *Likert*, que asigna pesos a cada puntuación, desde 0 (para la respuesta «mejor que lo habitual») hasta 3 (para «mucho más que lo habitual»); y la puntuación CGHQ, que permite detectar trastornos de larga duración. Esta puntuación consiste en dividir los ítem entre aquellos que se refieren a la enfermedad y los que se refieren a la salud, asignando puntuación de 1 a la respuesta «igual que lo habitual» cuando se refiere a la enfermedad y 0 cuando se refiere a la salud. El resto de puntuaciones se realiza asignando 0 a las

²⁰ M.P. MATUD, *Impacto Psicológico del maltrato a la mujer: Un análisis empírico*, memoria no publicada del proyecto de investigación del mismo nombre, subvencionado por el Instituto Canario de la Mujer, 1999.

²¹ N.A. RECTOR y D. ROGER, «Self-concept and emotion-control». Comunicación presentada en el 3rd Annual Meeting of the European Congress of Psychology. Helsinki, Finlandia, 1993.

²² M.P. MATUD, *op. cit.*

²³ D.P. GOLDBERG y V.F. HILLIER, «A Scaled Version of the General Health Questionnaire». *Psychological Medicine*, vol. 9 (1979), pp. 139-145.

respuestas «No, en absoluto» y 1 a «Bastante más que lo habitual» y «Mucho más que lo habitual». El GHQ-28 consta de 4 subescalas denominadas Síntomas somáticos, Ansiedad e insomnio, Disfunción social y Depresión grave. La consistencia interna en una muestra de mujeres maltratadas fue de 0,88 para Ansiedad e insomnio; 0,89 para Depresión; 0,83 para Síntomas Somáticos; y 0,79 para Disfunción Social.

ESCALA DE GRAVEDAD DE SÍNTOMAS DEL TRASTORNO DE ESTRÉS POSTRAUMÁTICO

De Echeburúa y cols.²⁴. Escala de evaluación heteroaplicada que consta de 17 ítem, basados en los criterios diagnósticos del DSM-IV, cuyos objetivos son tanto el diagnóstico categorial de este cuadro clínico como la evaluación de la severidad del trastorno, cuantificando tanto la frecuencia como la intensidad de los síntomas de reexperimentación (5 ítem), evitación (7 ítem) y aumento de la activación (5 ítem).

INVENTARIO DE EVALUACIÓN DEL MALTRATO A LA MUJER POR SU PAREJA (APCM)

Elaborado por Matud²⁵ a partir de la revisión bibliográfica del área. En su versión final consta de 69 ítem que se refieren a conductas concretas del maltratador, tales como insultos, amenazas, degradaciones, control, golpes, empujones... que se puntúan en una escala de cinco alternativas de respuesta (nunca, alguna vez, la mitad de las ocasiones, muchas veces, casi siempre). El análisis factorial de la escala mostró la existencia de dos factores: Maltrato psicológico, formado por 37 ítem cuya consistencia interna (Alfa de Cronbach) es de 0,94; y Maltrato físico, que recoge 19 ítem cuya consistencia interna también es de 0,94. Ambos factores correlacionaban 0,57²⁶.

CUESTIONARIO DE ESTILO DE AFRONTAMIENTO DEL MALTRATO (CSQ-M)

Es una adaptación para la mujer maltratada de la versión española del CSQ²⁷ y trata de evaluar la forma típica de la mujer de hacer frente a los abusos recibidos

²⁴ E. ECHEBURÚA, P. de CORRAL, P.J. AMOR, I. ZUBIZARRETA y B. SARASÚA, «Escala de gravedad de síntomas del trastorno de estrés posttraumático: propiedades psicométricas». *Análisis y Modificación de Conducta*, vol. 23, núm. 90 (1997), pp. 503-526.

²⁵ M.P. MATUD, *op. cit.*

²⁶ M.P. MATUD, M. CARBALLEIRA y R.J. MARRERO, «Validación de un inventario de evaluación del maltrato a la mujer por su pareja: el APCM». *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, vol. 1, núm. 2 (2001), pp. 5-17

²⁷ D. ROGER, G. JARVIS y B. NAJARIAN, «Detachment and Coping: The Construction and Validation of a New Scale for Measuring Coping Strategies». *Personality and Individual Differences*, vol. 15, núm. 4 (1993), pp. 619-626.



de su pareja. Consta de 47 ítem con cuatro alternativas de respuesta y en su validación con mujeres maltratadas se han encontrado tres factores: Racionalización, formado por 18 ítem con una consistencia interna de 0,89. Emocionalidad, formado por 13 ítem cuya consistencia interna es de 0,84. Y Distanciamiento/evitación del problema, que incluye 7 ítem cuya consistencia interna es de 0,67.

INVENTARIO DE APOYO SOCIAL (AS²⁸)

Consta de 12 elementos con cuatro alternativas de respuesta que se refieren a la percepción de disponibilidad de apoyo en las áreas más relevantes (económica, laboral, afectiva, diversión...), que se agrupan en un factor cuya consistencia interna es de 0,91.

HOJA DE RECOGIDA DE INFORMACIÓN GENERAL Y DE SALUD

En ella se recogen las principales variables sociodemográficas y de salud, tanto de la mujer como de su familia.

3. PROCEDIMIENTO

El acceso a la muestra fue a través de diversos centros de atención a las mujeres víctimas de violencia de Santa Cruz de Tenerife. Tras obtener el consentimiento informado para participar en el estudio, las mujeres fueron entrevistadas en, al menos, dos sesiones por psicólogas formadas en maltrato. Para garantizar la confidencialidad de la información y para generar un clima de confianza que favoreciese la obtención de datos fidedignos, en los registros se omitió el nombre de la mujer y cualquier otro dato que permitiese su identificación.

4. RESULTADOS

El rango de edades en el que las diferentes mujeres comenzaron la relación con la pareja que abusó de ellas era muy amplio, oscilando entre 11 y 50 años. La edad media era de 23 (desviación típica de 9,2) y la más frecuente (moda) fue a los 18 años, edad a la que prácticamente la mitad (el 42,9%) de las mujeres del estudio

²⁸ M.P. MATUD, *Investigación del estrés y su impacto en la salud de la mujer en Canarias*, memoria no publicada del proyecto de investigación del mismo nombre, subvencionado por el Instituto Canario de la Mujer, 1998.

ya habían iniciado la relación con dicha pareja. Y el 17% de las mujeres comenzaron la relación con más de 30 años. Respecto a la edad en que comenzaron a ser maltratadas, oscilaba entre 14 y 54 años, siendo la media de 26 años (desviación típica de 9,4). El 30% había sido maltratada antes de los 20 años y sólo el 8,4% comenzó a ser agredida a partir de los 40 años.

Al analizar las edades en que los agresores comenzaron a abusar de su pareja, encontramos también gran variabilidad (rango entre 16 y 57 años, media de 29,4 y moda de 25). La mitad inició las agresiones con menos de 27 años, pero en el 11,5% de los casos tenía más de 40. Respecto al número de años que las mujeres permanecieron en la relación con la pareja que les agredía oscilaba entre menos de un año (sólo encontramos un caso en estas circunstancias) hasta 43, siendo la media de 14,3 y la desviación típica de 10,8. Sólo el 10% de las mujeres estuvieron menos de 3 años, la mitad permaneció 11,5 años y el 27% de las mujeres mantuvo su relación con el agresor durante más de 20 años. Prácticamente en la mitad de los casos (en el 46,6%) el maltrato comenzó durante el primer año de relación y en el 13,2% cuando se casó con el agresor. Además, en el 8% de los casos el maltrato se asoció al embarazo o al nacimiento de los hijos, y sólo el 6,6% de las mujeres informaron que el maltrato comenzó a partir de los 10 años de relación.

En la tabla 2 mostramos las intercorrelaciones de las variables sociodemográficas y de maltrato. Como puede observarse, las mujeres que en el momento de ser entrevistadas tenían más edad tienen mayor número de hijos y son las que más

TABLA 2. INTERCORRELACIONES ENTRE LAS VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS Y DEL MALTRATO

| | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
|--|---------|----------|---------|----------|---------|---------|--------|---------|------|
| 1. Edad | — | | | | | | | | |
| 2. Nivel de estudios [#] | -0,22* | — | | | | | | | |
| 3. Número de hijos/as | 0,62*** | -0,38*** | — | | | | | | |
| 4. Años de maltrato | 0,61*** | -0,29* | 0,54*** | — | | | | | |
| 5. Edad al comenzar la relación con el agresor | 0,33** | n.s. | n.s. | -0,51*** | — | | | | |
| 6. Edad de comienzo del maltrato | 0,37** | n.s. | n.s. | -0,53*** | 0,91*** | — | | | |
| 7. Edad del agresor al comenzar el maltrato | n.s. | n.s. | n.s. | -0,53*** | 0,83*** | 0,82*** | — | | |
| 8. Intensidad del maltrato psicológico | -0,23* | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | -0,24* | — | |
| 9. Intensidad del maltrato físico | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | 0,47*** | — |
| 10. Apoyo social | n.s. | n.s. | 0,23* | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |

NOTA: [#] Correlaciones realizadas con *Rho* de Spearman

* p < .05; ** p < .01; *** p < .001



tiempo llevan en la relación con el agresor. Aunque el porcentaje de varianza común es bajo (apenas del 10%), se da una cierta tendencia a informar de haber comenzado a ser maltratadas cuando tenían más edad, iniciando su relación con el agresor siendo menos jóvenes, califican el maltrato psicológico sufrido como menos intenso y tienen menor nivel de estudios. Además, las mujeres con mayor nivel de estudios tienden a tener menor número de hijos y a permanecer menos años con el agresor. El número de hijos también se asocia en buena medida a los años de permanencia en la relación (29,2% de varianza común), tendiendo a estar más tiempo las mujeres que tienen más hijos. Existe una relación muy alta entre la edad de comienzo de la relación con el agresor y la edad a que comienza a ser agredida la mujer; y la edad del agresor y de su víctima al comenzar el abuso también están muy asociadas (comparten el 67,2% de la varianza). Y se encuentra una tendencia acusada a permanecer más años con el agresor en aquellas mujeres que comenzaron la relación con él siendo más jóvenes y en las que tanto el agresor como su víctima eran más jóvenes.

Pero las variables sociodemográficas y de comienzo de la relación parecen ser independientes de la intensidad del maltrato sufrido, tanto psicológico como físico, y del apoyo social percibido, excepto en la pequeña asociación entre edad y menor intensidad de maltrato psicológico ya citada, y la tendencia a un maltrato psicológico menos intenso en aquellos agresores que comienzan a maltratar a su pareja a más edad, aunque el porcentaje de varianza común es menos del 10%. Además, las mujeres con más hijos tienen una ligera tendencia a percibir mayor apoyo social.

En cuanto a los datos relacionados con la salud de la mujer, en la entrevista también se le preguntaba si sufría algún tipo de enfermedad. Encontramos que únicamente el 32% decía no sufrir ninguna, el 27,1% informaba de una, el 22,4% de dos, el 14,1% de tres, dos mujeres tenían 4, una cinco y otra seis. Respecto al tipo de afecciones que citaban como enfermedades, se daba bastante variabilidad, siendo lo más frecuente que dijese «depresión» (citada por el 24,6% de las mujeres), «ansiedad» (el 22,2%) y problemas de tipo óseo (el 15,5%). En cuanto al consumo de medicamentos, el 57,5% decía tomar alguno, siendo lo más frecuente uno (el 23,5%), dos (el 15,3%) o tres (el 11,8%). Los tipos de medicamentos más comunes eran ansiolíticos (el 30%), antidepresivos (el 26%) y calmantes (el 3,7%).

Casi la mitad de las mujeres (el 46,5%) presentaba trastorno por estrés postraumático, una vez establecidos los puntos de corte de las puntuaciones en la Escala de gravedad de síntomas de gravedad del trastorno de estrés postraumático de Echeburúa y cols. (puntuación global de 15 y puntos de corte parciales de 5, 6, y 4 en las subescalas de reexperimentación, evitación y aumento de la activación, respectivamente). Además, el 34% de las mujeres dijo sentir una total sensación de indefensión ante el maltrato de su pareja, la mitad informó experimentar con frecuencia tal estado, y sólo el 15,2% de las mujeres no se sentía indefensa.

En los síntomas de larga duración evaluados mediante el cuestionario de Salud de Goldberg encontramos que sólo el 10% de las mujeres no tenía ningún síntoma de depresión grave; el 27,9% presentaba entre uno y tres; el 26,8% entre 4 y 6; y el 34,9% tenía todos los síntomas depresivos evaluados por la escala. Todas las

mujeres presentaban al menos un síntoma de ansiedad e insomnio y de síntomas somáticos de larga duración, informando la mayoría de las mujeres de un elevado número de síntomas. Así, el 59,3% de las mujeres tenía al menos seis síntomas de tipo somático y el 82,5% de ansiedad e insomnio (el rango de cada escala es de 0 a 7). Por el contrario, se encontró mayor variabilidad en la escala de disfunción social, presentando el 25% de las mujeres una puntuación inferior a 3, aunque el 38,4% parecía tener elevada disfunción social.

Para ver la asociación entre las variables sociodemográficas, de maltrato y el apoyo social con la salud de la mujer, realizamos una serie de análisis correlacionales entre todas las medidas evaluadas. Encontramos que los síntomas somáticos, los de ansiedad e insomnio, los de aumento de la activación y el número de enfermedades autoinformado eran independientes de la edad de la mujer, de su nivel de estudios, del número de hijos, de los años de maltrato y de la edad en que comenzó la relación y a ser maltratada, así como de la intensidad del abuso sufrido y del apoyo social. En la tabla 3 presentamos las correlaciones que alcanzaron significación estadística. Como puede observarse, se trata de coeficientes de correlación bajos y, de todos los síntomas, son los depresivos los que parecen asociarse más a las citadas variables, con una cierta tendencia a mayor depresión en las mujeres que comenzaron la relación con el agresor y a ser maltratadas a menor edad, y siendo el agresor más joven. Además, parecen tener menos sintomatología depresiva las que tienen más apoyo social, pero la varianza común es muy baja (menos del 10%). Se observa un cierto valor protector de la salud del apoyo social percibido, tendiendo también

TABLA 3. CORRELACIONES ESTADÍSTICAMENTE SIGNIFICATIVAS ENTRE VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS Y DEL MALTRATO CON LA SALUD DE LA MUJER

| | DEPRESIÓN (CGHQ) | DISFUNCIÓN SOCIAL (CGHQ) | REEXPERIMENTACIÓN | EVITACIÓN | Nº DE MEDICAMENTOS |
|--|---------------------|-----------------------------|-------------------|-----------|-----------------------|
| Edad | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | 0,27* |
| Nivel de estudios [†] | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Nº hijos/as | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Años de maltrato | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Edad al comenzar la relación con agresor | -0,26* | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Edad de comienzo del maltrato | -0,24* | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Edad del agresor al comenzar el maltrato | -0,27* | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Intensidad del maltrato psicológico | n.s. | n.s. | 0,26* | n.s. | n.s. |
| Intensidad del maltrato físico | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Apoyo social | -0,24* | -0,34** | n.s. | -0,24* | n.s. |

Nota: [†] Correlaciones realizadas con *Rho* de Spearman

* $p < .05$; ** $p < .01$

a tener menor disfunción social y menos sintomatología de evitación las mujeres con mayor apoyo. También se da una ligera asociación entre la intensidad del maltrato psicológico con los síntomas de reexperimentación, y las mujeres de más edad tienden a consumir más medicamentos.

Respecto a la asociación entre las variables sociodemográficas, de maltrato y el apoyo social con las medidas de autoestima, indefensión y estilo de afrontamiento del maltrato, se muestran en la tabla 4. De nuevo se observa que son pocas las correlaciones significativas y que la magnitud de los coeficientes es media o baja. La autoestima y la inseguridad sólo se asocian con apoyo social percibido, que tiende a ser mayor en las mujeres con más autoestima y menor en las que tienen más inseguridad. Las mujeres con mayor indefensión tienden a ser las de menor nivel de estudios y las que comenzaron a ser agredidas cuando eran más jóvenes. Respecto a los estilos de afrontamiento del maltrato, el de racionalización parece ser independiente de las variables sociodemográficas y de maltrato y aunque la emocionalidad tampoco está relacionado con las variables sociodemográficas, sí que se asocia a las variables de maltrato y con el apoyo social. Como puede observarse, las mujeres que han sufrido un maltrato psicológico y físico más intenso, las que comenzaron la relación con el agresor y a ser agredidas a menor edad, por un agresor más joven, y/o las que perciben menos apoyo social, tienden a una forma de hacer frente al maltrato más caracterizado por la emocionalidad. Además, las mujeres que han sufrido un abuso más intenso tienden a puntuar más alto en el estilo de afrontamiento de distanciamiento/evitación, que también tiende a darse en mayor medida en las mujeres más jóvenes.

TABLA 4. CORRELACIONES ESTADÍSTICAMENTE SIGNIFICATIVAS ENTRE VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS Y DEL MALTRATO CON AUTOESTIMA, INDEFENSIÓN Y ESTILOS DE AFRONTAMIENTO DEL MALTRATO

| | AUTOESTIMA | INSEGURIDAD | INDEFENSIÓN [#] | EMOCIONALIDAD | DISTANCIAMIENTO /EVITACIÓN |
|--|------------|-------------|--------------------------|---------------|-------------------------------|
| Edad | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | -0,23* |
| Nivel de estudios [#] | n.s. | n.s. | -0,30** | n.s. | n.s. |
| Número de hijos/as | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Años de maltrato | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. | n.s. |
| Edad al comenzar la relación con agresor | n.s. | n.s. | n.s. | -0,32** | n.s. |
| Edad de comienzo del maltrato | n.s. | n.s. | -0,23* | -0,28* | n.s. |
| Edad del agresor al comenzar el maltrato | n.s. | n.s. | -0,26* | -0,25* | n.s. |
| Intensidad del maltrato psicológico | n.s. | n.s. | n.s. | 0,41*** | 0,37*** |
| Intensidad del maltrato físico | n.s. | n.s. | n.s. | 0,28* | 0,32** |
| Apoyo social | 0,46*** | -0,34** | n.s. | -0,26* | n.s. |

Nota: [#] Correlaciones realizadas con *Rho* de Spearman

* p < .05; ** p < .01; *** p < .001

Finalmente, y en un intento de conocer cuáles eran las variables más relevantes en el desarrollo del trastorno de estrés postraumático en las mujeres víctimas de maltrato por parte de su pareja, realizamos un análisis tomando como criterio el alcanzar o no el punto de corte para ser diagnosticada del citado trastorno. Los predictores fueron los dos factores del cuestionario de autoestima, la intensidad del maltrato físico y psicológico, la indefensión y los estilos de afrontamiento del maltrato. La función obtenida fue significativa desde el punto de vista estadístico, siendo la correlación canónica de 0,51 y la Lambda de Wilks de 0,74 [$\chi^2(8) = 21,3, p < 0,01$]. El porcentaje de mujeres clasificadas correctamente es del 72,7%, siendo algo más elevado el porcentaje de clasificaciones correctas en el caso de las mujeres sin trastorno de estrés postraumático (73,8% frente al 71,4% en las que sí lo sufren).

En la tabla 5 mostramos las correlaciones entre las variables discriminantes y la función canónica discriminante, ordenadas por el tamaño de la correlación con la función. Los centroides de los grupos indicaron que las mujeres con mayor probabilidad de desarrollar trastorno de estrés postraumático son aquellas más inseguras, con mayor estilo de afrontamiento del estrés de emocionalidad, las que han sufrido un maltrato psicológico más intenso y las que tienen menor autoestima.

TABLA 5. CORRELACIONES ENTRE VARIABLES DISCRIMINANTES Y LA FUNCIÓN CANÓNICA DISCRIMINANTE (MÁTRIZ DE ESTRUCTURA)

| | FUNCIÓN |
|-------------------------------------|---------|
| Inseguridad | 0,69 |
| Emocionalidad | 0,61 |
| Intensidad del maltrato psicológico | 0,38 |
| Autoestima | -0,36 |
| Distanciamiento/evitación | 0,12 |
| Intensidad del maltrato físico | 0,11 |
| Indefensión | -0,10 |
| Racionalización | 0,06 |

5. DISCUSIÓN

Los resultados del presente trabajo señalan que el maltrato a las mujeres por parte de su pareja tiene un alto impacto psicológico, dándose síntomas de ansiedad e insomnio de larga duración prácticamente en todas las víctimas, indefensión en el 85% y muchas presentan sintomatología depresiva grave, la cual persiste pese a que el 30% está en tratamiento médico con ansiolíticos y el 26% con antidepresivos. También es bastante frecuente la disfunción social y el trastorno por estrés postrau-



mático se presentaba en el 46,5% de los casos. Así, los datos obtenidos en el presente trabajo coinciden con los obtenidos en otros estudios con mujeres maltratadas, tanto de dentro como de fuera de nuestro país, ya citados en la introducción y confirman la afirmación de Walker²⁹ respecto a que las cuestiones con las que se enfrentan en todo el mundo los profesionales de la psicología que trabajan con violencia doméstica son similares en todos los países.

Aunque el presente trabajo es de tipo correlacional y no permite, por tanto, hablar de relaciones causa-efecto, el hecho de que las mujeres hayan comenzado la relación con el agresor y hayan sido maltratadas desde tan jóvenes, así como la gran cantidad de tiempo que han estado sometidas a tal situación, indican que los resultados pueden interpretarse de forma razonable como reacciones o consecuencias al abuso sufrido.

Los resultados de este estudio también indican la universalidad del fenómeno respecto a factores sociodemográficos y educativos, ya que hemos encontrado tanto agresores como víctimas de todas las edades, estado civil y niveles educativos y laborales, pues aunque predominan, sobre todo en el caso de la mujer, las de bajo estatus socioeconómico, ello puede ser reflejo del acceso a la muestra, que fue a través de servicios comunitarios gratuitos. También destaca el menor estatus laboral de la mujer respecto al del agresor, aun sin haber diferencias en el nivel de estudios, lo cual indica en alguna medida un mayor nivel de dependencia económica en ésta. También consideramos necesario destacar la edad tan temprana en que las mujeres comienzan a ser maltratadas, circunstancia que, además, supone un mayor riesgo de desarrollar indefensión, sintomatología depresiva y un estilo de afrontamiento del maltrato que parece ser menos adecuado para la salud. Y también la intensidad del abuso genera respuestas más inadecuadas. En todo caso, es de resaltar que no se trata de que la mujer desarrolle un estilo de afrontamiento del maltrato adecuado, sino que lo que hay que lograr es que ninguna mujer (ninguna persona) sea maltratada.

También hemos constatado el papel protector que parece tener el apoyo social, aunque quizá la magnitud tan baja de la asociación con salud esté indicando que no es muy eficaz el apoyo que están recibiendo las mujeres maltratadas. Además, el nivel educativo de la mujer también parece ser relevante en alguna medida, sintiendo menos indefensión y permaneciendo durante menos tiempo en la relación con el agresor las mujeres con más estudios. Por el contrario, el comienzo del maltrato a una edad temprana parece ser un factor de riesgo de sufrir un maltrato más intenso y de desarrollar mayor sintomatología depresiva. Finalmente, queremos destacar la relevancia de la autoestima en la salud de la mujer maltratada, así como el efecto del maltrato psicológico, cuya intensidad parece ser aún más nociva que la del físico.

²⁹ L. WALKER, *op. cit.*

Pese a que son muchas las respuestas sin contestar y se ha constatado la escasa relevancia de las variables sociodemográficas en la salud de la mujer maltratada por su pareja, consideramos que los datos obtenidos en este trabajo pueden ser útiles en el diseño de estrategias de intervención y prevención del maltrato a la mujer en nuestra Comunidad. Pero ello no nos debe llevar a olvidar la necesidad de un cambio social profundo para erradicar la violencia contra la mujer. Porque, como señalan Unger y Crawford³⁰, mientras se considere al hombre como superior a la mujer y se valore en aquél la dominación y la agresividad, mientras que la sumisión y la humildad sean consideradas características típicamente femeninas, valoradas y defendidas, la mujer será más vulnerable ante la violencia masculina y la violencia contra la mujer seguirá siendo una forma de afirmación del poder y control del varón.



³⁰ R. UNGUER y M. CRAWFORD, *op. cit.*

MONIQUE WITTIG: RÉQUIEM POR UNA GUERRILLERA

Oliva Blanco Corujo

RESUMEN

La escritora Monique Wittig murió repentinamente el pasado 3 de enero (2003) de una crisis cardíaca a los 67 años en Tucson (Arizona), donde vivía y enseñaba desde hacía algunos años. La presente contribución pretende rendir un pequeño homenaje a su intensa reivindicación de los derechos de las mujeres y a su compromiso académico y vital con el feminismo, incidiendo sobre todo en la aportación que supuso su poema épico «Las guerrilleras».

PALABRAS CLAVE: Monique Wittig, *Les guerrillères*.

ABSTRACT

Feminist writer Monique Wittig died last 3rd of January, aged 67, of cardiac insufficiency. She was living in Tucson (Arizona) where she had been teaching for years. This contribution intends to be a little homage to her memory, celebrating her vindication of women's rights and her deep commitment, both academic and experiential, to feminism. It will focus mainly on the feminist relevance of her epic poem «Les guerrillères».

KEY WORDS: Monique Wittig, *Les guerrillères*.

Y existieron en Esparta asociaciones
estrictamente integradas y dirigidas por mujeres

Plutarco: *Vidas Paralelas*

Wittig nació en la comarca francesa de Alsacia y se doctoró en Lengua en la prestigiosa Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París. Militante de primera hora en el Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF), participó el 26 de agosto de 1970 en el acto de depositar una corona en el Arco de Triunfo en recuerdo a la mujer del soldado desconocido, acontecimiento considerado como el gesto fundador del movimiento feminista en Francia. Dos años más tarde participará activamente en la creación del primer grupo lesbiano parisino: *Les gouines rouges* (Las lesbianas rojas).

Su trabajo como escritora tuvo como objetivo fundamental el abolir en el lenguaje las categorías de sexo y las marcas lingüísticas del género, iniciando un camino que sería seguido por Irigaray, Cixous y Kristeva, entre otras. En 1960 publica su primera obra, *El Opoponax*, que obtuvo el prestigioso premio Médicis en 1964 y que le granjeó la admiración de Marguerite Duras, que la calificó de «obra asombrosa»¹. La recepción de la obra en España fue relativamente temprana, al ser publicada por Seix-Barral en 1966. En junio de 2001, con motivo de la aparición en francés de su libro *La Pensée Straight*, la Universidad de Nanterre organizó un ciclo de conferencias en torno a su pensamiento político y literario. En 1969 ve la luz *Las guerrilleras*, poema épico, uno de sus libros más celebrados y conocidos, sobre el que versará el presente trabajo².

Las guerrilleras es un apólogo poemático en torno al mundo cerrado de una feminidad belicosa. A través de una especie de friso se superponen un sistema matriarcal con claras reminiscencias amazónicas, cuyo origen y existencia se difuminan en un tiempo ahistórico, y una sociedad agraria de origen mediterráneo, en la que la figura femenina se destaca en un plano central. Este canto a las «ilustres guerreras» que la venganza armó con los dardos del furor y del odio se basa en un hecho real, acaecido en el siglo VII y conocido como «la rebelión de Vlasta». Pero remontémonos a los orígenes del suceso: en el año 690, a la muerte de Krok, rey de Bohemia, hubo un litigio por la sucesión al trono. De sus tres hijas Kazi, Teka y Libussa, la última fue elegida gracias a su reputación de sibila. Pero los nobles rechazaron su mandato y la obligaron a casarse con el campesino Premysl, quien gobernó en su lugar. A la muerte de Libussa, Praga se sublevó y veintenas de miles de muchachas de Bohemia se unieron en Moldavia a Vlasta, que declaraba reunir en sí los poderes de las tres hermanas: «boticaria» como Kazi, vidente como Teka y profetisa como Libussa. Entretanto, los hombres desenvainaron la espada para defender la ley del macho y a Premysl, entablándose un cruento combate que duró cerca de

¹ Las principales obras de M. WITTIG son: *L'Opoponax*. París, Ed. de Minuit, 1964 (edición española en Seix-Barral, 1966); *Les Guerrillères*. París, Ed. de Minuit, 1969 (edición española en Seix-Barral, 1971); *Le Corps Lesbien*. París, Ed. de Minuit, 1979 (edición española en Pre-Textos, 1997); *Le Brouillon pour un Dictionnaire des Amants*. París, Grasset, 1975, en colaboración con Sande Zeig (edición española en Ed. Lumen 1981, trad. Cristina Peri Rossi); *The Straight Mind and Other Essays*. París, Beacon Press, 1992; *La Politique et autres Histoires*, París, ed. POL, 1999; *La Pensée Straight*. París, Ed. Balland, col. Le Rayon, 2001.

² *Las guerrilleras* (publicada por Seix-Barral en 1971) fue aclamada como «quizás la primera épica femenina jamás escrita», como escribió Sally Beaman en el «Times Book Review», del *New York Times*. No me resisto a citar una anécdota que viví en carne propia: En los años 70 algunos de los más preclaros representantes de la modernidad de la Facultad de Filosofía y Letras de Oviedo hervían de fervor semiótico jurando por Kristeva, Barthes, etc., y salmodiando los artículos de *Tel Quel*, lo cual no fue óbice para que este artículo sobre la autora que nos ocupa en el que se ponen de manifiesto las relaciones entre lenguaje y política sexual fuera considerado no digno de ser publicado en una revista de cuyo nombre no me acuerdo. Treinta años más tarde sirva ahora como homenaje póstumo a esta gran escritora.

diez años, durante los cuales las mujeres recorrieron los caminos con el rostro conculso y mataron a los hombres hasta que éstos las vencieron totalmente. Los relatos del siglo XII abundan en detalles atroces sobre esta última guerra de sexos conocida, que representa un nuevo brote de amazonismo: se violaba a los prisioneros de forma colectiva y finalmente morían a manos de las mujeres y de su refinada crueldad. Pero no nos atrevemos ni a soñar lo que los hombres debían hacer con sus prisioneras, y la Historia nos escamotea una vez más los hechos que enmarcarían el combate en sus justas proporciones, pues el hecho de ser mujeres labró sus desdichas; su desgracia causó su gloria y su gloria originó su ruina. En la interpretación de este hecho histórico es preciso subrayar ciertos rasgos de considerable importancia. En primer lugar, el hecho de que la figura femenina esté arropada bajo las características de la hechicera, que fue —durante el más funesto y largo periodo del falocratismo cristiano— la forma de resistencia nocturna adoptada por la mujer occidental y que, según Kate Millet, recupera la conjunción de dos mitos clásicos: el de Pandora y el de Eva, reunidos en un rasgo común, la mujer como chivo expiatorio. La bruja es dos veces culpable: introduce el desorden en el universo e intenta cambiar por medio de sus poderes y encantamientos el orden mismo del mundo. Dentro de estas perspectivas, Virginia Woolf apuntaba una interpretación un poco diferente, planteando si realmente las brujas o mujeres poseídas por el demonio no estarían en realidad anticipando el perfil de la escritora contemporánea, con la salvedad de que aquéllas no pudieron expresarse en la escritura, acabando condenadas a la hoguera y al exilio histórico. Virginia Woolf sugiere que en la base de todo esto se encuentra un problema de índole económica: la mujer ha sido desposeída sistemáticamente del control efectivo de los medios de producción y esto ha sido posible porque nunca ostentó el poder político. Desde estas coordenadas, la rebelión de Vlasta alumbró, bajo el aspecto de un conflicto armado resultado de una segregación sexual, la tentativa de exterminio de un sexo por parte de otro. No es coincidencia que la agricultura aparezca en Moldavia ligada a la dinastía de los Premyslydas; lo que ocurre es la suplantación de las técnicas mágicas y de las diosas agrarias por un dominio total y absoluto de las leyes del macho, impuestas a sangre y a fuego, sustentadas por el miedo de las mujeres ante la brutal represión que sufrieron las que intentaron el asalto al poder. Ese nuevo orden se halla sólidamente cimentado en la sed de venganza y el desprecio de los ginófobos.

En este poema, Monique Wittig recupera, por medio de una técnica fragmentada, la palabra e identidad femeninas, que una larga y oscura historia de opresión de la función del sexo ha intentado reducir: «Dicen que como son portadoras de vulva ya conocen lo que las caracteriza. Conocen el monte, el pubis, el clítoris, las ninfas los cuerpos los bulbos de la vagina. Dicen que se enorgullecen a justo título de lo que durante mucho tiempo se ha considerado el emblema de la fecundidad y del poder reproductor de la Naturaleza».

Pero es preciso que esta época se borre de sus memorias y concluya este orden cerrado y asfixiante, ya que el origen de la dominación está en el miedo a esta diferencia instaurada en el sexo. El mundo de lo femenino, de la diosa madre, de lo telúrico, de la tierra creadora, aparece abarcándolo todo y el varón frente a esto necesita reafirmarse, dando origen a toda la mitología referente al dominio de la



Naturaleza (en la inmanencia de este concepto quedará encerrada la mujer). Esta dominación basada en la primitiva dualidad conlleva una espantosa esclavitud:

Dicen, tú eres realmente esclava, si alguna vez existieron. Han hecho de lo que los diferencia de ti el signo de la dominación y la posesión. Dicen, jamás serás bastante numerosa para escupir en el falo, jamás bastante determinada para dejar de hablar su lenguaje, para quemar su moneda de cambio, sus efigies, sus obras de arte, sus símbolos. Dicen lo han previsto todo, han bautizado tu revolución con el nombre de revolución de esclava. Revolución contra natura, la llaman; revolución por la que tú quieres apoderarte de lo que les pertenece, el falo. Dicen, en lo sucesivo rehúsa hablar su lenguaje, rehúsa musitar la palabra falta: falta de pene falta de dinero, falta de signo, falta de nombre. Dicen si me apodero del mundo, que sea para crear nuevas relaciones entre yo y el mundo.

Monique Wittig da relieve en este poema mítico a la relación entre mito y lenguaje; por medio del mito el mundo se revela como lenguaje, y a su vez el lenguaje no es más que un mito empalidecido (pero en este lenguaje sigue subsistiendo la falaz oposición Naturaleza-Cultura. El mito es, pues, un juego de espejos, ecos y reflejos sobre la condición de la mujer que no se encuentra a gusto en el mundo significado):

Dicen, desgraciada; te han expulsado del mundo de los signos y no obstante te han dado nombre, te han llamado esclava, a ti, desgraciada esclava. Como dueños han ejercido su derecho de dueños. Escriben sobre este derecho de dar nombres que llega hasta el extremo de que se puede considerar el lenguaje como un acto de autoridad que emana de los que dominan. [...] Dicen, al mismo, tiempo, han gritado. Vociferando con todas sus fuerzas para reducirte al silencio. Dicen, el lenguaje que tú hablas envenena la glotis, el paladar, los labios. Dicen que el lenguaje que tú hablas está hecho de signos que propiamente hablando designan las cosas de las que se han apropiado. Lo que no aparece en el lenguaje que hablas es lo que no han podido arrebatarte, lo que no han fundido como rapaces de múltiples ojos. Esto puede buscarse en la laguna, en todo lo que no es la continuidad en sus discursos, en el cero, el 0, el círculo perfecto que tú inventas, para apresarlos y vencerlos.

En esta misma perspectiva, Roland Barthes considera el mito como un mensaje, abundando en su carácter interrelativo, imperativo, que parte de un concepto histórico surgido de la contingencia. El mito (a su juicio) es una palabra despolitizada, no niega las cosas, su función es la contraria; pero las purifica, las hace inocentes y de ahí su verdadero peligro. El mito es una palabra despolitizada en cuanto al metalenguaje³. Al contrario, Wittig destruye estas concepciones, asis-

³ R. BARTHES, *Mythologies*. Londres y Glasgow, Paladin Grafton Books, 1973 (1957), pp. 155-58.



tida por el mito y un lenguaje propio, recuperando desde perspectivas netamente feministas una clara actitud política; simultáneamente, se establece una relación dialéctica obra-autora, en la que esta última se inscribe de una manera decidida, por medio de la identificación del lenguaje, en la lucha que pondrá punto final a la obra. La pérdida del lenguaje lleva aparejada la pérdida de la identidad. La mujer desposeída de lenguaje, amordazada, ha quedado prisionera en el espejo y sólo le resta preguntarse en silencio, no sin cierto asombro:

¿Quién dijo así lo quiero, así lo ordeno que mi voluntad sustituya a la razón? o ¿Quién no debe actuar jamás según su propia voluntad? o bien ¿quién no es más que un animal del color de las flores? Existen muchas otras como ¿quién debe practicar las tres obediencias? Y como ¿quién lleva escrito su destino en su anatomía? Todas las preguntas tienen la misma respuesta. Entonces se echan a reír ferozmente dándose palmadas en los hombros.

Pero como condición para proceder a la lucha es preciso denunciar una y otra vez todo este lenguaje claramente misógino bajo cuyos escombros yacen la voz y la identidad femeninas:

Es necesario, dicen, hacer una abstracción de todos los relatos relativos a las que de entre ellas han sido vendidas, golpeadas, seducidas, y cambiadas como mercancías viles y preciosas. Dicen que es necesario hacer una abstracción de los discursos contra su pensamiento, que obedecían a los códigos de las convenciones de las culturas que las han domesticado. Dicen que es necesario quemar todos los libros y sólo conservar los que puedan proporcionarles alguna ventaja en el futuro. Dicen que no hay ninguna realidad antes que las palabras, las reglas, los reglamentos le hayan dado forma. Dicen que en primer lugar el vocabulario de todas las lenguas debe ser examinado, cambiado, modificado de arriba abajo, que cada palabra debe ser cuidadosamente cribada.

La masa coral femenina que protagoniza la obra exhorta con amarga recriminación a todas aquellas que se han creído el «bonito cuento» que les han contado sus dominadores, crucificando la feminidad en la cruz de la belleza.

Dicen vergüenza para ti. Dicen, estás domesticada, ligada como las ocas en el patio del granjero que las engorda. Dicen tú presumes, no tienes otra preocupación que disfrutar de los bienes que te dispensan los dueños. Dicen no hay espectáculo más doloroso que el de las esclavas que se complacen en su estado de servidumbre. Dicen estás muy lejos de tener el orgullo de las hembras de los pájaros salvajes que cuando se las enjaula se niegan a empollar sus huevos. Toma ejemplo de las hembras de los pájaros salvajes que aunque se unan con los machos para engañar su aburrimiento se niegan a reproducirse si no están en libertad.

Todo este odio acumulado durante siglos se va a transformar en una energía; ésta, a su vez, se transforma en odio destructor, el cual aniquilará el orden anterior —«orden de la depravación»— originando un nuevo orden donde realmente se puedan enterrar las armas después de haber conquistado la voz y la identidad femeninas:





Dicen que han aprendido a contar con sus propias fuerzas. Dicen que las que reivindican un nuevo lenguaje aprenden primero la violencia. Dicen que las que quieren transformar el mundo se proveen primero de fusiles. Dicen que ellas parten de cero. Dicen que comienza un nuevo mundo. Dicen, infierno, que la tierra sea como un vasto infierno. Así hablan gritando y bramando. Dicen que mis palabras sean como la tempestad, el trueno, el rayo que los poderosos envían desde lo alto. Dicen que por todas partes me vean con las armas en la mano. Dicen la cólera, el odio la Revolución. Dicen, infierno, que la tierra sea como vasto infierno destruyendo, aniquilando, incendiando los edificios de los hombres, los teatros, las asambleas nacionales, los museos, las bibliotecas, las cárceles, los hospitales psiquiátricos, las fábricas antiguas y modernas de donde se sacan los esclavos. Dicen que el recuerdo de Atila y sus hordas perezca en memorias por su desproporcionada trascendencia. Dicen que son más bárbaras que las que más. Sus ejércitos aumentan hora a hora. Juntas llevan el desorden a las grandes ciudades haciendo prisioneros pasando por las armas todo lo que no reconoce su fuerza. [...]

Para que, en un futuro, todos juntos repitamos como una orden que desaparezca en esta tierra cualquier rasgo de violencia, entonces el sol tiene el color de la miel y es agradable escuchar música. Alguna las interrumpe para celebrar las que se han unido a ellas en el combate. Entonces bajo el sol con un pañuelo en la cabeza se pone a leer un papel desplegado, por ejemplo cuándo el mundo cambiará y las mujeres podrán un día apoderarse del poder y dedicarse al ejercicio de las armas y de las letras en los que sin duda alguna ni tardarán en despuntar, la desgracia caiga sobre nosotros. Estoy persuadido que nos harán cien veces, que nos obligarán a permanecer todo el día al lado de la rueda, de la devanadera y del torno, que nos enviarán a lavar la vajilla en la cocina. No lo habremos robado. A estas palabras todas gritan y ríen y se dan palmadas entre ellas para manifestar su contento. Aplauden, gritan con todas sus fuerzas. Llevan consigo sus armas. Las entierran al mismo tiempo que las de ellos diciendo que se borre de la memoria la guerra más larga, más mortal que jamás conoció, la última guerra posible de la historia. Desean a las supervivientes y a los supervivientes el amor, la fuerza, la juventud, que firmen sobre bases duraderas una alianza que no pueda ser destruida en el futuro. Una se pone a cantar: «Como nosotras/ Los que abren la boca para hablar/ Mil gracias a los que han oído nuestro lenguaje/ Y no encontrándolo excesivo/ Se han unido a nosotras para transformar el mundo».

Manibus date lilia plenis

Las huellas que seguimos en esta ocasión fueron dejadas hace poco más de quinientos años sobre una húmeda región de la mitad norte de Inglaterra. Se trata del *Libro de Margery Kempe*, conservado en un único manuscrito (British Library MS. Additional 61.823), copia de un original perdido¹. El manuscrito, del siglo xv, pervivió ignorado entre los muros de la abadía de Mount Grace, en Yorkshire, posiblemente hasta mediados del xviii, siendo identificado sólo a principios del xx. Aunque no podemos determinar el prestigio del que gozó esta obra en su época, debió de tener amplia difusión entre las casas religiosas locales, atribuyéndose poco después su autoría a una eremita. Parece, pues, garantizada su transmisión manuscrita entre conventos y monasterios, y posiblemente también entre laicos². De hecho, ya en el xvi encontramos varias ediciones impresas de cierto florilegio que recoge pasajes místicos entre los que se incluyen fragmentos de esta obra, lo que evidencia su notoriedad. De lo que no hay duda es de la ascendencia que ha alcanzado tras su descubrimiento reciente: aunque en un principio su valía no fue reconocida, en las últimas décadas ha pasado a estimarse como texto clave de la literatu-

¹ Las ediciones sobre las que se basa la presente traducción son la que recoge el texto original en inglés medio, de B.A. WINDEATT (Edinburgh Gate, Longman Annotated Texts, 1999) y la versión traducida al inglés moderno e introducida por L. STALEY, edición crítica publicada por Norton (Londres y Nueva York, 2001). En cuanto a los criterios de traducción, he intentado reflejar el estilo de la obra, caracterizado por una sintaxis simple y de estructuras repetitivas y por un lenguaje llano que circula indistintamente por los fragmentos de diálogo y de narración en tercera persona. En este sentido la propia obra encarna la frontera entre oralidad y escritura. La alternancia entre el dramatismo de los diálogos y la mera narración se refuerza por la marcada dualidad existente entre la esfera divina y la humana. Mediante esta alternancia, el relato va adquiriendo la cadencia de la letanía, y los altibajos de esta mujer se van entendiendo como insertos en un flujo superior del que no parece poderse sustraer.

² Particularmente, en este momento la literatura piadosa empezaba a ser compartida tanto por comunidades de monjas como por damas y mujeres de la clase media laica que tenían acceso a textos escritos —como demuestra el ejemplo de la propia autora. Véase al respecto el capítulo de J. BOFFEY, «Women Authors and Women's Literacy in Fourteenth- and Fifteenth-Century England», en C.M. MEALE (ed.), *Women and Literature in Britain, 1150-1500*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 159-182.



ra y cultura inglesas y como un hito en la transición hacia el surgimiento del discurso femenino moderno.

Su carácter ambiguo y contradictorio, en el que confluyen y se imbrican aspectos tan controvertidos como la autoría femenina, la historia social, el elemento autobiográfico, el místico o el hagiográfico hacen del libro uno de esos objetos catalogados con la etiqueta de «raro», resistente a cualquier categoría literaria que pretenda abarcarlo y que encorsete asimismo a su protagonista indiscutible: Margery, la hija de John Brunham —personaje de peso en la vida política de una de las ciudades más activas de East Anglia, Bishop's Lynn—, viajera infatigable, casada y madre de catorce vástagos, activa empresaria venida a menos y cuyo prestigio social quedó visiblemente mermado por su cada vez más incontenible y prolongada adicción a las visiones sagradas. Por otro lado, de la Margery Kempe de carne y hueso, nacida en 1373, no queda más constancia que un documento que acredita su ingreso en el gremio de la Trinidad de su ciudad, en 1438. Su propia obra puebla, pues, el vacío desalentador de los registros institucionales, dando cuerpo a un personaje que ha resultado desconcertante y molesto para la crítica tradicional.

Ésta ha presentado a Margery como una mujer presa de la histeria y la paranoia, incapaz de superar una depresión *post partum* que la sumerge en una psicosis de la que nunca sanará y cuyas víctimas serán un marido al que descuida hasta que lo atacan la vejez y la enfermedad, unos hijos a los que apenas nombra a lo largo de su relato y todo un vecindario que ha de soportar sus públicos arrobamientos místicos. Cegada por la peculiaridad del personaje, esta crítica la ha tildado de caprichosa, escandalosa y desequilibrada, restando credibilidad a su discurso y tendiendo a infravalorar su obra³. Hablan de un misticismo de segunda fila, demasado terrenal, cotidiano y hasta voluble.

Más recientemente, sin embargo, otras voces críticas han venido a matizar «el escándalo» de esta autobiografía y de su estilo. Uno de los argumentos esgrimidos a su favor ha sido el de la pericia de la autora en el manejo de las convenciones hagiográficas: si a la condición liminar que de por sí supone la santidad se suma el género femenino de quien la ostenta, la potente reacción que produce la beatitud de las mujeres resulta comprensible y simbólicamente relevante. La hagiografía es uno de los géneros que dispone la anormalidad como convención y hace de ella reclamo de ejemplaridad y recurso de autoridad. Kempe se vale de ello al enfatizar la singularidad de su conducta como propia de una criatura indigna, a la que se pone a prueba no sólo con las típicas miserias físicas (diversas enfermedades), morales (las tentaciones a que se expone), o espirituales (los silencios y desorientación a que su dios la sentencia en ocasiones), sino sobre todo con el rechazo social, frente al cual se crece o se desarma de la forma más dramática y entrañable.

³ Véase E. BREMNER, «Margery Kempe and the Critics: Disempowerment and Deconstruction», en S. MCENTIRE (ed.), *Margery Kempe: A Book of Essays*, Nueva York y Londres, Garland, 1992, pp. 117-35.

Aunque se parte del modelo hagiográfico, la excentricidad de esta mujer está tan realzada que llega a forzar la propia coherencia del relato, creándose un producto también marginal y representativo de la transición cultural de su momento⁴. En efecto, es una santa en la que creen muy pocas personas y de la que muchas otras desean huir; una pecadora elegida por Dios precisamente para seguir siendo como es, capaz de especular y de negociar sus sacrificios con las figuras de poder (véase el episodio en que, teniendo que elegir entre el ayuno o la castidad, pide el beneplácito divino para llegar al acuerdo que más le conviene a ella misma), que recibe promesas divinas que no siempre se le cumplen, y que cae en la contradicción, la desesperanza o la duda. Además, se trata ésta de una hagiografía sin el final feliz de estas leyendas, una auténtica apología de la terrenal incompreensión en aras de un entendimiento superior con la divinidad, que, sin embargo, tampoco llega a consumarse: la sintonía entre la santa y su dios no se corona con la apoteosis final que supondría el encuentro de la criatura con su creador tras la muerte de ella. En efecto, el relato cubre sólo las experiencias vividas desde sus veinte años hasta una avanzada edad; pero tras una oración final que oímos a la anciana Margery, ningún narrador se encarga de glosar su muerte y ascenso a los cielos. De ahí que los momentos culminantes de los que depende el juicio definitivo del lector queden, al igual que su infancia y juventud, desamparados, perdidos al margen de la historia, aumentando así la ambigüedad de esta particular vida.

Parafraseando a Beauvoir, se ha dicho⁵ que una no nace santa; se hace. Es decir, para serlo, la santidad debe sobre todo tener predicamento en la comunidad en cuyas orillas se autositúan estas figuras marginales. Y para ello se precisa de la narración. Kempe fue plenamente consciente del requisito narrativo, que ella astutamente vincula a la voluntad divina, tal y como demuestra el prohemio que presentamos aquí: en él, la iletrada Margery logra dictar sus experiencias a dos escribas; el primero muere antes de completar la obra y su letra resulta un galimatías para el segundo, incapaz de transcribirla a no ser por la mediación de la visionaria, que intercede ante Dios para que dé al clérigo la facultad de entender los caracteres del primer amanuense. Se ha especulado⁶ con la posibilidad de que ese primer escriba no fuese otro que uno de los hijos de Margery, quien, siguiendo el ejemplo del hijo de Santa Brígida —modelo de santidad en la Inglaterra bajomedieval— se habría

⁴ Véase K. ASHLEY, «Historizing Margery: *The Book of Margery Kempe* as Social Text». *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, vol. 28 (1998), pp. 371-88, y D. AERS, *Community, Gender and Individual Identity*. Londres, Routledge, 1988, pp. 73-80.

⁵ J. T. SCHULENBURG, *Forgetful of Their Sex: Female Sanctity and Society, ca. 500-1100*. Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1998, p. 59.

⁶ El estudio de C. W. ATKINSON, *Mystic and Pilgrim: The Book and the World of Margery Kempe* (Ithaca, Cornell University Press, 1983), fue uno de los primeros intentos serios de rehabilitar a esta figura ante los ojos de una crítica hostil a su supuesta voluntariedad. Es ella quien glosa rigurosamente la cercana relación entre los elementos de esta obra y la biografía e influencia de la santa sueca.

rehabilitado a ojos de la divinidad tras una vida disoluta —para alegría de su madre. Así, la voluntad divina es la que acaba determinando ambas redacciones de la vida sacra. El prólogo intenta sellar el escrito con la garantía de eternidad, realizándose con ello el carácter mediador de la mujer, que facilita gracias a este dictado de su vida la salvación de los dos amanuenses —extensible a su vez a los lectores.

Margery debe de haber advertido que su fuerza radicaba en una construcción social de la santidad; por eso reviste su caso de todos los motivos que se atribuyen a las vidas de santos, y que conoce al dedillo. Aunque se disfraza de ignorante, muestra su familiaridad con la literatura mística y hagiográfica que circulaba en su momento. Así, lo que unos han interpretado como excentricidades y patologías no es para otros⁷ sino el resultado de la observación estricta de los consejos sobre ejercicios espirituales de una obra clave del siglo XIII, *Meditationes vitae Christi*, traducida al inglés en 1410 y enormemente famosa entre las mujeres laicas. En ella aparecen ya elementos tan recurrentes en la literatura hagiográfica como la aparatosidad del éxtasis, las dramáticas escenas de la Pasión, el peregrinaje, la conversación sacra, o los primeros cuidados debidos al niño Jesús tras su alumbramiento. Por tanto, podemos decir que la obra no hace sino ajustarse a un modelo de literatura piadosa que se alimentaba, a su vez, de una cultura cristiana de la compasión que las mujeres asimilaron sobremanera. En cuanto a los ejemplos de relatos de experiencias místicas de que pudo haber dispuesto nuestra autora, destacan la *Scala perfectionis* de Walter Hilton, el *Incendium amoris* de Richard Rolle of Hampole, o el *Liber revelationum celestium Sancta Birgitta*, de Santa Brígida, fundadora de la orden homónima que se instaló en Inglaterra con gran éxito durante el reinado de Enrique V. Es precisamente en la abadía de Syon, perteneciente a esta orden, donde acaba el último de los viajes descritos por Margery. Esta abadía constituyó un poderoso centro de piedad femenina según una regla en la que las mujeres, regidas por una abadesa, debían ser servidas por sacerdotes, monjes y hermanos legos, siguiendo el ejemplo de la visión de la Navidad que tuvo la santa, en la que San José servía a la Virgen.

Este motivo de la superioridad femenina de alguna manera venía a refutar la máxima paulina de que las mujeres no deben predicar (1 Timoteo 2:12), que defienden los eruditos a los que se encara Margery en uno de los capítulos aquí incluidos. Dicha primacía femenina estuvo apoyada desde Oxford por su canciller, Thomas Gascoigne, así como por la monarquía Lancaster. En algunos de los pasajes inquisitoriales incluidos en nuestra selección encontramos a Margery reproduciendo el modelo de las leyendas de Santa Margarita de Antioquía o de Santa Catalina de Alejandría, mujeres capaces de debatir y vencer dialécticamente en sus enfrenta-

⁷ G.M. GIBSON, «Saint Margery: *The Book of Margery Kempe*», en *The Theatre of Devotion: East Anglian Drama and Society in the Late Middle Ages*. Chicago, University of Chicago Press, 1989, 47-53; S. BECKWITH, «Margery Kempe's *Imitatio*», en *Christ's Body: Identity, Culture and Society in Late Medieval Writings*, Londres, Routledge, 1993, 80-83.

mientos a las jerarquías masculinas —que en aquellas tempranas leyendas eran paganas y que en esta ocasión son cristianas. Vemos, pues, un manejo del género hagiográfico no sólo al servicio de los valores patriarcales sino asimismo de la conveniencia particular de esta mujer.

Recordemos que en el siglo xv el clero está especialmente sensibilizado y alertado contra la predicación bíblica por parte de los laicos, pues una de las premisas de la herejía lolarda que había florecido desde finales del xiv en Inglaterra —y que había alcanzado especial vigor precisamente en el norte del país— era que toda persona tenía el derecho de leer directamente la Biblia y hasta de predicar. Esto causó una reacción eclesiástica fortísima, que hizo sobre todo de las mujeres capaces de leer o de aplicarse en estos temas —más llamativas que los hombres con la misma habilidad— víctimas potenciales de las denuncias vecinales. De hecho, en el pasaje sobre el interrogatorio que incluimos, Margery refuta la cita paulina con otra extraída de Lucas 9: 27-28, que había sido esgrimida justamente por un lolardo en referencia al derecho femenino de ejercitar la palabra pública⁸.

También en la figura de Santa Brígida tenemos un modelo de santidad de mujer poderosa; casada y madre de muchos hijos, visionaria, profetisa, viajera y fundadora. Otra de las lecturas influyentes para Margery fue *La vida de Marie d'Oignies*, reconocida en Europa por su piedad, castidad dentro de la vida de casada, y por su devoción y lágrimas. Kempe se relaciona con estos patrones hagiográficos, dando cuenta así, igual que ocurría al principio con el motivo de los dos escribas, de que existe una corriente divina que diseña su vida y la vincula a las de aquellas santas, una corriente superior que, sin embargo, ella no se atreve a reconducir directamente. Así, nunca toma el puesto de narrador autobiográfico que cuenta la historia en primera persona, sino que traspassa esta función a sus escribas. Éstos no son sólo copistas que transcriben fielmente el dictado que escuchan, sino que, además, se proyectan como narradores que usan la tercera persona para referirse a esa «criatura» cuya historia relatan. La protagonista queda entonces sutilmente alejada, ensimismada en su vida, en las conversaciones con sus allegados y con los seres celestiales, ajena a un supuesto juicio de los narradores y lectores posteriores. El efecto no es otro que el de aumentar la impresión de modestia en el retrato de la supuesta santa⁹.

La cuestión autobiográfica es uno de los aspectos más fructíferos en las discusiones sobre el libro, ya que nos encontramos en una época fuertemente condicionada por el interés y el estilo confesionales, cuyo modelo había sido desde la temprana Edad Media el de las *Confesiones* agustinianas. Es precisamente la pasión y cercanía absolutas con la que la protagonista conversa con los seres celestiales lo que en esencia la vincula a la tradición de San Agustín, y es principalmente en los

⁸ K. LOCHRIE, *Margery Kempe and Translations of the Flesh*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1991.

⁹ L. STALEY, *Margery Kempe's Dissenting Fictions*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1994.

intensos diálogos con Cristo donde escuchamos la segunda persona del singular y asistimos desde la lectura a conversaciones sacras que confirman las pretensiones de esta mujer. La propia práctica confesional era descrita en los penitenciales medievales como un acto teatralizado, de gestos y palabras precisos, que debían emitirse expresiva y ruidosamente. Su dramatismo quedaba justificado por el efecto salvífico que transfería, pues tras la absolución el alma fragmentada quedaba milagrosamente regenerada y sana, capaz de unirse al cuerpo cristiano del que se había desmembrado temporalmente¹⁰. Margery nos muestra una conciencia individual fuerte, pero asimismo ágil, una identidad en constante flujo, que requiere de la confesión para equilibrarse. En el momento en que falla tal desahogo, la criatura se desestabiliza (el primer episodio de su vida que nos cuenta es precisamente el de la crisis de conciencia que le sobreviene cuando no recibe la satisfacción esperada de un confesor; crisis que, tras un rapto de locura, desemboca felizmente en la conversación íntima con el propio Cristo).

La pasión de Margery por la confesión la llevará a una estrecha y genuina relación con varios religiosos en los que confía ciegamente, esquema éste que se repetirá en la elección del segundo escriba. En este sentido, la escritura del libro no resulta ser más que la consecución lógica de una serie de confesiones previas en las que predomina el aspecto confidencial más que el doctrinal. En efecto, Margery confunde continuamente confesión y confidencia; así, de igual manera que se la ha acusado de resistirse a la sublimación extrema propia de los místicos más relevantes de la vía negativa, también apreciamos en su confesión una tendencia a dignificar y justificar sus pecados, y a señalar a un dios no demasiado dolido por ellos. De hecho, este personaje vivifica y humaniza a los seres celestiales con los que se codea mediante lazos de familiaridad también cambiantes, confiriendo una enorme fuerza visual a la dimensión de lo sublime. Por otra parte, los planos humano y divino están tan cerca en la memoria de la mujer, que se intercalan e interfieren sin estrépito. Laurie Finke¹¹ defiende el misticismo como una de las pocas posibilidades que tuvieron las mujeres medievales de hacer valer su propia voz, evadiéndose de la autoridad institucional de la Iglesia, incapacitada para repudiar la relación directa entre la divinidad y las visionarias que la propia Iglesia había promovido siglos antes¹². En este sentido, y aplicando ese uso del misticismo a lo confesional, Kempe no sólo gestiona de forma particular y privada su relación con el cielo, sino que parece rebelarse también contra la rigidez del sacramento, transformándolo en ocasiones para rememorar y disfrutar del recuerdo de sí misma.

¹⁰ J. ROOT, «Space to Speke». *The Confessional Subject in Medieval Literature*. Nueva York, Peter Lang, 1997.

¹¹ *Feminist Theory, Women's Writing*. Ithaca, Cornell University Press, 1992, p. 78.

¹² J.A. McNAMARA, «The Rhetoric of Orthodoxy: Clerical Authority and Female Innovation in the Struggle with Heresy», en U. WIETHAUS (ed.), *Maps of Flesh and Light. The Religious Experience of Medieval Women Mystics*, Syracuse, Syracuse University Press, 1993, pp. 9-27.

Aun a pesar de ese fuerte componente individual, queda por determinar si fue ella quien realmente escribió su biografía o si tuvo que recurrir a las diestras manos de los escribas para que recogieran en ellas la voz que fluía de su memoria. De ser cierto lo que dice el prólogo, se podría argumentar que realmente el elemento autobiográfico queda en suspensión, dado que los amanuenses podrían haber tergiversado la información, o cuando menos, seleccionado de los pasajes dictados los que más les convencieran. La crítica actual se encuentra todavía dividida entre quienes creen que el recurso a los copistas no es más que la excusa con la que Kempe obtuvo inmunidad frente a una institución eclesiástica celosa de su control de la palabra escrita y desconfiada ante el uso que las mujeres hacían de ella, y quienes simplemente creen factible que Margery fuera iletrada o no supiera escribir. En cuanto a este último punto, la propia obra desmiente su ignorancia (aunque ella se defendiera de las acusaciones de herejía protestando que no sabía latín) cuando nos la muestra discutiendo con los entendidos sobre pasajes de los Evangelios. En otro fragmento (no incluido en esta selección), encontramos a uno de los clérigos con los que más íntima leyéndole en voz alta los éxitos místicos del momento. Era éste un modo de lectura comunitaria muy frecuente en la transmisión literaria del momento. No obstante, y de forma paralela a esa lectura en grupo y en voz alta, muchas de las mujeres laicas de buena posición, sobre todo las dedicadas a los negocios, estaban también capacitadas ya para leer en silencio y hasta para escribir. Quizás podamos imaginar a Margery Kempe como una de esas industriosas mujeres del temprano mercantilismo nórdico, capaces de llevar sus propias cuentas y de leer y releer en privado y con extrema devoción todo manual piadoso que se tradujera al inglés.

Esta referencia a su independencia económica nos lleva asimismo a plantear el peculiar modo en que define su condición femenina. Las revelaciones que le son dadas no la animan a la reclusión monjil o a la vida de las eremitas que tanto frecuentó, sino justamente a lanzarse al mundo en una actitud de apostolado militante, siguiendo la estela de las beguinas europeas¹³. Pero en su labor apostólica no se presenta sólo como mística arrebatada o viajera sufrida, sino asimismo como virgen, lo que supone una subversión digna de su carácter. En efecto, entre los diversos modelos de santidad que sigue, destaca el celeberrimo de la Magdalena penitente, que tan bien encaja en su papel de plañidera y pecadora arrepentida. A la prostituta se le había concedido la santidad y el poder de trascender su «naturaleza femenina». Sin embargo, el personaje de Margery no se contenta con arrepentirse de haber gozado de los placeres carnales que la siguen trastornando de tarde en tarde, sino que se propone alcanzar de nuevo el estado de virginidad, resultando pionera en este intento de reestructurar su propio cuerpo a voluntad¹⁴. Frente a lo

¹³ Véase E.A. PETROFF, *Body and Soul. Essays on Medieval Women and Mysticism*. Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1994, pp. 51-65.

¹⁴ V.E. NEUBURGER, *Margery Kempe: A Study in Early English Feminism*. Berna, Peter Lang, 1994, p. 75.

predicado por la Iglesia, recurre a la idea de virginidad precisamente para escapar de la deuda marital (1 Corintios, VII: 3) de la que Dios la libera. En un pasaje temprano de la obra, Cristo le promete a esta madre que defenderá su castidad incluso matando a su esposo si intenta interferir. Poco después le exigirá que vista de blanco, subversión máxima en una época intolerante con la falta de humildad que supone para la mujer el pretender regresar al estadio de pureza original¹⁵ una vez que ha perdido la virginidad. Sin embargo, al igual que el deseo de martirio de Margery es lo que constituye su auténtico tormento, su deseo de castidad la transforma en virgen¹⁶; la suya es, de nuevo, como la santidad y la relación con Dios, una virginidad hecha a medida.

Para terminar, y dejando mucho en el tintero, podemos decir que desde esa época de transición entre la Edad Media y la temprana modernidad inglesa, el intento de Margery Kempe por definir su lugar en el mundo mediante un libro es, cuando menos, deslumbrante. Resulta llamativa su capacidad para crear un estilo abierto, en el que se solapan la misericordia más humana con la sensualidad más divina, la sinceridad y la ilusión, el pasado y el presente y las geografías mentales y físicas más diversas. Por otro lado, la destreza con que consigue mantenerse a flote sobre el oscilante mar de la ortodoxia cristiana demuestra, a nuestro entender, no una locura indiscreta, sino su enorme intimidad con la ficción.

SELECCIÓN DE TEXTOS

PROHEMIO

Aquí empieza un pequeño y reconfortante tratado para los descarriados pecadores, en el que pueden éstos encontrar gran solaz y consuelo para sí y entender la gracia elevada e indecible de nuestro soberano salvador Jesucristo —cuyo nombre sea reverenciado y ensalzado sin fin— quien en nuestros días se digna ejercitar su nobleza y bondad sobre cada uno de nosotros, indignos. Todas las obras de nuestro salvador son para nuestro castigo e instrucción y la gracia que ejerce sobre cualquier criatura es para nuestro beneficio, si nuestra falta de caridad no es impedimento.

Y por tanto, por merced de nuestro generoso señor Jesucristo, y para la gloria de su santo nombre, Jesús, este pequeño tratado versará en parte sobre sus maravillosas obras, cuán generosa, benigna y caritativamente conmovió e inspiró hacia su amor a una pecadora confundida, la cual durante muchos años había deseado e intentado seguir a nuestro salvador a través de la ayuda del Espíritu Santo, haciendo grandes promesas de ayuno, junto con otros muchos actos de

¹⁵ J. WOGAN-BROWNE, *Saint's Lives and Women's Literary Culture. Virginity and Its Authorizations*. Oxford, Oxford University Press, 2001.

¹⁶ S. SALIH, *Versions of Virginity in Late Medieval England*. Cambridge, D.S. Brewer, 2001.



mortificación. Pero siempre regresaba al momento de la tentación —como la caña que se dobla con el golpe de brisa y no puede erguirse a menos que sople el viento— hasta el momento en que nuestro generoso señor Jesucristo, apiadado y compadeciéndose de su obra y criatura, transformó la salud en enfermedad, la prosperidad en adversidad, la respetabilidad en reprobación y el amor en odio.

Así, cuando todo se hubo vuelto del revés, esa criatura, que durante muchos años había andado descarriada y había sido inestable, fue encauzada a entrar por la vía de la alta perfección, de la cual fue ejemplo nuestro salvador Cristo en propia carne. Con determinación él emprendió el camino y fue delante. Entonces esta criatura —cuya vida este tratado mostrará en parte, por la merced de Jesús— fue tocada por la mano de nuestro Señor con gran enfermedad corporal, por la que perdió la razón durante largo tiempo, hasta que nuestro Señor se la devolvió graciosamente, como se mostrará más tarde. Sus obras mundanas, que hasta entonces habían sido rentables y abundantes, poco después resultaron estériles y menguadas. Entonces la pompa y el orgullo fueron repudiados y dejados de lado. Aquellos que la habían respetado, poco después la vilipendiaban; sus allegados y los que se decían sus amigos eran ahora sus mayores enemigos. [...]

Algunos de esos notables clérigos admitieron, aun a costa de poner sus almas en peligro al comparecer ante Dios, que esta criatura estaba inspirada por el Espíritu Santo, y la instaron a que mandara a escribir un libro sobre su fervor y revelaciones. Algunos se ofrecieron a escribir tales sentimientos con sus propias manos, pero ella no lo consentía, pues en el fondo de su alma tenía el convencimiento de que no debía escribir tan pronto. Y así pasaron más de veinte años desde que empezara a experimentar sus emociones y confidencias. Cuando a nuestro Señor le pareció conveniente, le ordenó y encargó que pusiera tales sentimientos y visiones por escrito, así como su forma de vida, para que la bondad divina se revelara a todo el mundo. Ocurrió entonces que la criatura no sabía de escritor alguno capaz de satisfacer este deseo ni de hacer creíble su emotividad, hasta que un hombre que vivía en Alemania —aunque era inglés de nacimiento, y se había desposado en Alemania, donde había mantenido a su esposa y su pequeño— conociendo bien a esta criatura y su deseo, decidió mudarse, creo que gracias al Espíritu Santo, y volver a Inglaterra con sus bienes y su mujer, y convivió con dicha criatura hasta que hubo escrito tanto como ella le contara mientras estuvieron juntos. Pero seguidamente murió.

Posteriormente hubo un sacerdote por el que esta criatura sentía gran afecto, así que le habló del asunto y le trajo el manuscrito para que lo leyera. Estaba tan mal redactado que apenas se le encontraba sentido, pues no estaba ni en inglés ni en alemán, ni sus signos seguían los trazos o formas que suelen tener las letras. Así pues, el sacerdote creyó que cualquiera lo encontraría ilegible, a no ser que se tuviera un don especial. Aun así, le prometió que si lograba leerlo, con gusto lo copiaría mejor. En ese momento se desencadenaron tales habladurías sobre esta criatura y sus sollozos que el sacerdote fue presa de la cobardía y no se atrevió a volver a hablar con ella sino muy de tarde en tarde, ni tampoco a escribir lo que había prometido. Y así fue retrasando la transcripción del manuscrito durante cerca de cuatro años o más, por mucho que la criatura se lo pidió encarecidamente. Al final le confesó que no había podido leerlo y que por eso no lo copiaría, pues no se pondría en peligro



por tal acción. Después le aconsejó que fuera en busca de uno que había sido gran amigo del que había escrito el libro, esperando que éste conociera su letra, pues a menudo habría leído sus cartas enviadas desde el otro lado del mar, cuando vivía en Alemania. Así que se dirigió a aquel hombre, pidiéndole que le transcribiera la obra y que nunca lo revelara mientras ella viviera, a cambio de una gran cantidad de dinero por su trabajo. Y el buen hombre copió alrededor de una página, si bien ni siquiera esto tenía coherencia, pues no podía entender el texto bien, dada la mala graffa y el hecho de que había sido escrito sin sentido alguno.

Entonces el cura sintió cargo de conciencia por no haber cumplido su promesa, pues ni siquiera había alcanzado a leer el libro, por lo que no estaba haciendo todo lo que podía. Así que le pidió a la criatura que se lo dejara de nuevo, si podía ser. Ella se lo devolvió con gran gozo, rogándole que trabajara con buena voluntad; que rezaría a Dios y lograría para él la gracia con que poder leerlo y copiarlo. Confiando en sus oraciones, el sacerdote empezó a leerlo y le resultó mucho más sencillo que antes. Así que lo leyó de cabo a rabo en presencia de esta criatura, que a veces lo ayudaba con las partes oscuras.

Este libro no está escrito en el orden en que sucedieron las cosas, sino según éstas fueron llegando a la mente de la criatura cuando tuvo que ponerlas por escrito, pues los sucesos ocurrieron tanto tiempo antes de que se dictaran que a veces ella había olvidado cuándo o el orden en que acontecieron. Pero no se escribió nada que ella no considerara verídico. Cuando el sacerdote empezó a transcribir este libro le empezó a faltar la vista, pues no distinguía la forma de las letras y no podía rectificar con su pluma. Todo lo demás sí lo distinguía suficientemente bien. Se colocó un par de gafas sobre la nariz y el remedio resultó peor que la enfermedad. Al quejarse a la criatura sobre estas dificultades, ella le explicó que el enemigo estaba envidioso de su buena acción y que intentaría malograrla, así que le pidió que lo hiciera tan bien como Dios le diera a entender y que no se rindiera. Cuando de nuevo regresó sobre el texto, comprobó que podía ver sin confusión, como siempre lo había hecho, tanto a la luz del día como con la del cirio. Y por esta razón, cuando hubo escrito un cuadernillo añadió una hoja, y plasmó en ella este prohemio para dar cuenta de la historia de forma más completa que la que ofrecía el anterior, escrito previamente. *Anno domini* 1436.

LIBRO I: CAPÍTULO 1

Quando este ser tenía unos veinte años o algo más, se desposó con un piadoso ciudadano y al poco tiempo quedó encinta, tal y como designa la naturaleza. Pero después de concebir, estuvo indispuesta y con severos ataques hasta que nació la criatura. Y luego se juntaron de tal forma los dolores del parto con la enfermedad que arrastraba de antes que llegó a temer por su vida. Entonces mandó a llamar a su confesor, pues tenía un peso en la conciencia por algo que nunca había revelado. Su enemigo —el diablo— se había interpuesto en su camino continuamente, murmurándole que mientras tuviera buena salud no necesitaba confesar ni hacer penitencia para sí, y que sería perdonada, pues Dios es lo suficientemente misericordioso. Y

por tanto, aunque ayunaba a pan y agua y hacía otras obras de caridad con oraciones devotas, todavía no había revelado tal secreto en confesión.

Cuando se encontró en cama, enferma y con padecimiento, el diablo la mortificó diciéndole que debía condenarse por no haber confesado esa falta. Por tanto, en cuanto nació su hijo, y creyendo que no sobreviviría, mandó llamar al confesor, como dije antes, deseando relatar toda su vida de forma tan detallada como pudiera. Pero cuando llegó el momento de revelar lo que había ocultado durante tanto tiempo, el confesor empezó a apresurarla y a reprenderla por no expresar llanamente lo que quería decir, y entonces ella decidió no explicarle nada más por mucho que él se lo exigiera. Poco después, debido al miedo a la condena, por un lado, y a la dura reprimenda de aquél, por otro, perdió la razón y quedó trastornada y atormentada por espíritus durante medio año, ocho semanas y algunos días. Durante este período vio en su pensamiento que los diablos abrían sus bocas, inflamadas con llamas ardientes, como si la fueran a devorar, unas veces arañándola, y otras amenazándola, a veces arrastrándola y tirando de ella noche y día. Y también vociferaban con grandes amenazas y le ordenaban que olvidara su fe y creencias cristianas y que renegara de Dios, su madre y todos los santos del cielo, sus buenas obras y todas las buenas virtudes, su padre, su madre y de todos sus amigos. Y así lo hizo. Difamó a su marido, a sus amigos y a sí misma. Pronunció muchas palabras duras y de censura; no reconocía ni virtudes ni bondad; deseaba toda maldad; decía y hacía todo lo que los espíritus la tentaban a decir o hacer. Se habría matado muchas veces cuando la impulsaban a hacerlo, y habría quedado condenada en el infierno con ellos, como demuestra el que se mordiera la mano tan violentamente que le quedaron las señales durante el resto de su vida. Con las uñas se desgarraba la carne hasta el corazón, pues no tenía otra forma de herirse, y algo peor habría hecho de no ser porque la tenían atada de día y de noche para que no hiciera lo que le dictaban los diablos.

Y tras mucho tiempo alterada por éstas y otras muchas tentaciones, hasta el punto de que la gente pensó que nunca escaparía de ellas con vida, cierta vez, sola, cuando sus celadores no estaban con ella, nuestro misericordioso señor Jesucristo —en quien siempre debemos confiar, adorado sea su nombre, nunca olvidando a su sierva en la hora crítica— se apareció ante esta criatura que lo había abandonado, en la forma de un hombre, el más agradable, bello y afectuoso que pueden vislumbrar ojos humanos, vistiendo un manto de seda púrpura y sentado sobre su cama, mirándola con un semblante tan plácido que fortaleció su espíritu, y le dijo las siguientes palabras: «Hija, ¿por qué me has dejado cuando yo nunca te dejé?». Y tan pronto como éstas eran pronunciadas, vio que el aire se iluminaba y se deshacía, como un rayo, y lo contempló ascender hacia allí, no de forma apresurada y rápida, sino hermosa y paulatinamente, por lo que lo pudo divisar con nitidez hasta que el aire se volvió a cerner, cerrando el espacio. Al poco rato la criatura recobró el sentido y la razón y preguntó a su esposo, en cuanto llegó, si le podía dar las llaves de la despensa para tomar comida y bebida, como había hecho siempre. Sus doncellas y celadores le advirtieron que no debía confiárselas, pues repartiría todas las provisiones, ya que pensaban que no sabía lo que decía. Sin embargo, su marido, que siempre fue tierno y compasivo hacia ella, les ordenó entregarle las llaves. Tomó tanta



comida y bebida como su cuerpo pudo tragar y de nuevo reconoció a sus amigos y a los de su casa. [...]

CAPÍTULO 6

Otro día, se entregó a la meditación tal y como se le había ordenado y mientras yacía así, se preguntaba en qué debía abstraerse. Entonces dijo a nuestro señor Jesucristo: «Jesús, ¿en qué debo pensar?». En su mente, nuestro Señor le respondió: «Hija, concéntrate en mi madre, pues ella es la causa de toda la gracia que has recibido». Y acto seguido vio a Santa Ana encinta, y le rogó que la dejara ser su doncella y sirvienta. Entonces nació nuestra Señora, y ella se apresuró a recogerla y a tomarla a su cargo hasta que tuvo doce años, ofreciéndole comida y bebida, bellos ropajes y pañuelos blancos. Luego dijo a la bendita niña: «Mi señora, seréis la madre de Dios». La bienaventurada muchacha dijo: «Desearía ser digna de ser doncella de quien concibiera al hijo de Dios». Le contestó: «Ruego para que, mi señora, si tal gracia recae sobre vos, no deseéis que cese mi servicio para con vos». La santa doncella partió durante una temporada —mientras la criatura permanecía aún en contemplación— y regresó luego y dijo: «Hija, ahora sí soy la madre de Dios». Entonces se arrodilló con gran veneración y abundante llanto y dijo: «No soy digna, mi señora, de servirlos». «Sí, hija», dijo, «sígueme; estoy satisfecha con tu servicio».

En esos días marchó con nuestra Señora y con José, llevando una vasija de vino endulzado con miel y especias. Fueron a casa de Isabel, la madre de San Juan el Bautista, y cuando María e Isabel se encontraron, ambas se mostraron cortesía y así moraron juntas con amplia gracia y alegría durante doce semanas. Y entonces nació San Juan, y nuestra Señora lo tomó del suelo con toda solemnidad y se lo dio a la madre, diciendo que sería un hombre santo, bendiciéndolo. Más tarde se separaron con lágrimas de aflicción y entonces la criatura se arrodilló ante Santa Isabel y le suplicó que rogara a nuestra Señora que la dejara aún servirla y agradecerla. «Hija», dijo Isabel, «a mi parecer estás cumpliendo muy bien con tus obligaciones». Entonces la criatura partió con nuestra Señora hacia Belén y le procuró alojamiento para todas las noches con gran devoción, de forma que fue acogida con mucha jovialidad. También pidió para ella trozos de tela blanca y pañoletas para arropar al hijo cuando naciera; y cuando nació Jesús arregló los lechos para nuestra Señora y su bendito retoño. Luego mendigó comida para ella y su bienaventurado pequeño. Lo arropó después, derramando amargas lágrimas de compasión, consciente de la dolorosa muerte que sufriría por amor a la humanidad pecadora, diciéndole: «Señor, os trataré gentilmente; no os envolveré y no os anudaré con fuerza. Os ruego que no os sintáis resentido conmigo».

CAPÍTULO 11

Ocurrió un viernes, en la víspera de San Juan, en una temporada de mucho calor, cuando esta criatura iba desde York cargando con una garrafa de cerveza en la



mano y su marido llevaba un pastel envuelto en sus ropas contra el pecho —que el esposo le preguntó: «Margery, si viniera un hombre con la intención de cortarme la cabeza con su espada a menos que hiciéramos el amor como solíamos hacerlo antes, decidme en conciencia —pues decís que no mentís— ¿permitiríais que me decapitara antes de dejarme hacer el amor con vos como en el pasado?». «Ay, señor», dijo ella, «¿por qué estáis siempre sacando este asunto, cuando hemos sido castos las últimas ocho semanas?». «Porque quiero saber la verdad de corazón». Y entonces ella le dijo con gran pesar: «La verdad es que preferiría veros muerto antes que regresar a aquella inmundicia nuestra». Y él replicó: «No sois buena esposa». Entonces le preguntó al marido por qué se había abstenido durante esas ocho semanas, pues ambos habían yacido en la misma cama todas las noches. Y él le contestó que su miedo a tocarla era tal que ya no se atrevía ni a acercársele. «Bien, buen señor, enmendad vuestro comportamiento y suplicad la misericordia divina, pues os dije hace casi tres años que vuestro deseo sería repentinamente cercenado, y de esto hace ya tres años, y espero alcanzar mi cometido. Buen señor, os ruego que me concedáis lo que pido, y rogaré por vos para que os salvéis por la intercesión de nuestro señor Jesucristo, teniendo más recompensa en el cielo que si hubierais llevado un cilicio o una cota de malla como penitencia. Os ruego que me permitáis hacer mi voto de castidad por mano de cualquier obispo que Dios designe». «No», dijo él, «no permitiré que lo hagáis, pues ahora os puedo tomar sin pecado mortal y de la otra forma no». Entonces ella replicó: «Si es la voluntad del Espíritu Santo que se ejecute lo que he dicho, ruego a Dios que consintáis en ello; y si no lo es, le ruego que nunca lo hagáis».

Entonces siguieron hacia Bridlington y hacía tanto calor que esta criatura sentía cada vez más desasosiego y miedo por su castidad. Y al llegar a una cruz su marido se sentó cerca, llamándola y diciéndole: «Margery, hacedme el gusto y yo me avendré a vuestros anhelos. Mi primer deseo es que estemos juntos en la cama como solíamos estar; el segundo, que os hagáis cargo de mis deudas antes de ir a Jerusalén; y el tercero, que comáis y bebáis conmigo los viernes como en el pasado». «No, señor», dijo, «nunca accederé a romper mi ayuno de los viernes mientras viva». «Bien», dijo él, «entonces me dispongo a yacer con vos otra vez». Ella le rogó que antes le dejara decir sus oraciones, y él amablemente se lo permitió. Entonces se arrodilló en el campo al lado de la cruz e imploró de esta manera, con abundantes lágrimas: «Señor Dios, tú lo sabes todo. Conoces las penas que he pasado para ser casta de cuerpo durante estos tres años, y ahora quisiera hacer mi voluntad y no me atrevo, por amor a ti. Pues mi afán sería romper el ayuno de carne y bebida de los viernes que me ordenaste. Pero, bendito Señor, sabes que no iré contra tus designios, y grande es mi pena a menos que encuentre consuelo en ti. Ahora, bendito Jesús, haz saber tu voluntad a este humilde ser para que pueda seguirla y llevarla a cabo con todas mis fuerzas». Y entonces nuestro señor Jesucristo le habló con gran dulzura, ordenándole que volviera junto a su marido y le pidiera que accediera a su petición: «Y él tendrá lo que desea. Pues, mi querida hija, ésta era la razón por la que te ordené ayunar, para que obtuvieras más prontamente lo que te deleita; y ahora te es dado. Ya no me complace que ayunes, y por tanto, te ordeno en el nombre de Jesús que comas y bebas como hace tu marido». Entonces esta criatura le agradeció

su gracia y bondad y a continuación se levantó y se dirigió hacia su esposo, diciéndole: «Señor, si os place, me daréis lo que deseo, y a cambio tendréis lo que queréis. Acceded a no venir a mi cama y os concedo pagar vuestras deudas antes de partir hacia Jerusalén; consentid en que libere mi cuerpo para Dios, de forma que nunca más podáis reclamarme o pedir la deuda conyugal después de hoy y mientras vivas —y yo comeré y beberé los viernes según me requerís».

CAPÍTULO 14

Esta criatura pensó que sería un regocijo el ser vituperada a causa de su amor por Dios. Resultaba un gran alivio y consuelo que la criticaran y vilipendiaran por devoción a Jesús, por criticar el pecado, hablar de la virtud, o conversar sobre la Escritura, de la cual había aprendido por los sermones y por sus pláticas con los estudiosos. Imaginó qué tipo de muerte tendría que sufrir por el bien de Cristo. Le habría gustado inmolarse por amor a Dios pero el momento de la muerte la intimidaba, por lo que, ante la falta de fortaleza, se imaginaba la suya un poco más liviana, atada a una estaca de pies y cabeza, y decapitada por adoración a Dios.

Entonces en su pensamiento nuestro Señor le dijo: «Te agradezco, hija, que desees una muerte horrible por fidelidad hacia mí, pues tanto como te la planteas, tendrás una recompensa comparable en el cielo a si te hubieran martirizado realmente. Aun así, nadie te matará, ni te prenderá fuego, ni agua alguna te ahogará, ni los vientos de dañarán, pues no puedo olvidarte a ti ni cómo estás grabada en mis manos y pies —he compensado con creces los dolores que pasé por ti. Nunca me enfadaré contigo sino que te amaré sin fin. Aunque el mundo entero se ponga en tu contra, no temas, pues no te pueden entender. Te prometo que si me fuera posible padecer la Pasión de nuevo, preferiría sufrir sólo los dolores que pasé por tu alma antes que separarnos para siempre. Por tanto, hija, igual que el sacerdote lleva al niño a la pila bautismal, lo sumerge en el agua y lo purifica del pecado original, de igual forma aclararé en mi preciosa sangre todas tus faltas. Y aunque a veces retire de ti el sentimiento de la gracia, bien sea en el hablar o en el llorar, no temas, pues estoy oculto en tu interior. No debes vanagloriarte sino reconocer que sólo derramarás lágrimas o gozarás de conversaciones espirituales cuando Dios te las envíe, pues son dones divinos que no responden a tus méritos, y Dios los concede sólo a quien desea; y no harás mal. Por tanto, tómalos humilde y alegremente cuando te los envíe, sufre pacientemente cuando te los retire, y busca con diligencia hasta que los obtengas, pues las lágrimas de compunción, devoción y compasión son los más altos y seguros dones que entrego sobre la tierra. Qué más podría hacer por ti sino sacar tu alma del cuerpo y trasladarla al cielo, lo cual no haré aún. Sin embargo, dondequiera que Dios está, está el cielo; y así Dios se halla en tu alma, y muchos ángeles alrededor de ella para guardarla día y noche. Pues cuando vas a la iglesia, te acompaño; cuando te sientas a comer, me siento contigo; cuando te retiras al lecho, me recojo contigo; y cuando sales de la villa, parto contigo. Hija, nunca hubo mancebo tan manso para mi padre como lo he sido yo para ti, para ampararte y socorrerte. Distribuyo mi gracia como hace el sol. Sabes que a veces el sol brilla para



que lo contemple la muchedumbre, y otras se oculta tras una nube para que no lo adivinen, pero aun así sigue siendo el sol en su calor y su brillo. Así mismo procedo yo contigo y con las almas escogidas. Aunque no puedas llorar siempre que lo anheles, mi gracia permanece en ti. [...]

CAPÍTULO 19

Antes de ir a Jerusalén, nuestro Señor la envió a una dama muy respetable para que confidencialmente le diera por mediación suya un mensaje. Pero la dama no quería hablar con ella a menos que hubiera un confesor presente, a lo que ella se avino. Cuando hubo llegado el confesor, los tres pasaron juntos a una capilla y entonces esta criatura le dijo con gran respeto y muchas lágrimas: «Señora, nuestro Señor Jesucristo me envía a decirnos que vuestro marido está en el purgatorio y que se le debe salvar, pero que pasará mucho tiempo antes de que vos misma vayáis al cielo». La dama se encolerizó y dijo que su marido había sido un buen hombre y que no creía que estuviera en el purgatorio. El confesor se puso de parte de la criatura y añadió que bien podría ser como ella había dicho, contando muchas historias piosas. Esta dama envió entonces a su hija junto a otras de su parentela a ver a un anacoreta que era el principal confesor de esta criatura, para que la abandonara, o de no hacerlo, perdería su amistad. Él dijo a las mensajeras que no dejaría de asistir a esta criatura por ningún hombre sobre la tierra, y a quienquiera que le preguntara sobre su comportamiento y modales le diría que era la mismísima sierva y el tabernáculo de Dios.

CAPÍTULO 28

[...] Pasó muchas tribulaciones hasta llegar a Jerusalén. Cuando esta criatura vio la ciudad —en ese momento iba sobre un asno— se lo agradeció a Dios de todo corazón, rogando que por su merced, igual que le había concedido ver la ciudad terrenal, le permitiera la gracia de ver la Jerusalén celestial. Nuestro Señor Jesucristo le otorgó este deseo. Entonces la alegría y la dulzura que la embargaron por la conversación con nuestro Señor fueron tales que estuvo a punto de caer del asno, pues no podía soportar tal gentileza y gracia en su alma. Inmediatamente se le acercaron dos peregrinos alemanes y evitaron que cayera —uno era sacerdote y le puso especias en la boca para auxiliarla, pensando que estaba enferma. Y así la ayudaron a seguir hasta Jerusalén, y cuando llegó les advirtió: «Señores, os ruego que no os enojéis si lloro amargamente en este santo lugar donde nuestro Señor Jesucristo vivió y murió». Seguidamente se encaminaron hacia la Iglesia del Santo Sepulcro y se les permitió quedarse desde esa tarde hasta la siguiente. Los frailes alzaron la cruz y guiaron a los peregrinos de un punto a otro de la procesión, por donde nuestro Señor había sufrido su suplicio y Pasión, seguidos por todos los hombres y mujeres, que portaban un cirio. Y a medida que los frailes caminaban, iban relatando los padecimientos de nuestro Señor en cada estación. Esta criatura





lloraba y sollozaba tan abundantemente como si estuviera viendo con sus propios ojos el sufrimiento y la Pasión. Frente a sí lo presenció en su alma mediante la contemplación, y eso le causó aún más lástima. Y cuando llegaron al Monte del Calvario, se derrumbó pues ya no podía sostenerse ni arrodillarse, sino convulsionarse y contraerse, agitando los brazos en todo lo ancho y gritando con tan altas voces como si el corazón se le hubiera partido, pues en la ciudad de su alma vio de forma lúcida y viva cómo se crucificaba a nuestro Señor. Ante su rostro oyó y percibió con su visión espiritual los gemidos de nuestra Señora, de San Juan y de María Magdalena y otros muchos que amaban a nuestro Señor.

Y sintió gran compasión y tal congoja al ver el padecimiento que no podía evitar plañir y clamar como si fuera a morir. Ésta fue la primera vez que lloró ante una visión contemplativa. Este tipo de llanto le duró ya muchos años, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, pues sufrió muchas críticas y rechazos a cuenta de ello. El llanto era tan escandaloso y espeluznante que desconcertaba y confundía a los presentes, a menos que lo hubieran oído antes o supieran su razón de ser. Y le sobrevenía tan a menudo que acababa debilitándola físicamente, sobre todo si lo que escuchaba era la Pasión de nuestro Señor. Y a veces, cuando contemplaba el crucifijo, o si veía que un hombre o cualquier tipo de animal tenía una herida, o si un hombre pegaba a un niño o fustigaba al caballo o a cualquier otra bestia con su látigo, si lo veía u oía, se imaginaba que era nuestro Señor quien estaba siendo golpeado o herido, estuviera ella frente al hombre o a la bestia, en los campos o en la ciudad, sola o entre la multitud.

Estos primeros lloros de Jerusalén los volvió a experimentar en Roma. Y cuando regresó a Inglaterra le venían muy de tarde en tarde, quizás una vez al mes, luego una vez por semana, y después diariamente, incluso catorce veces en un día, mientras que otro día tuvo siete, pues Dios decidía visitarla, bien estuviera en la iglesia, en la calle, en su aposento, en los campos, o simplemente, cuando prefería enviarlos, pues ella nunca supo el día o la hora en que llegarían. Pero nunca vinieron sin gran delicadeza y devoción y alta contemplación. Y en cuanto notaba que iba a llorar, intentaba comedirse, pues a la gente no le agradaba oírla y se enfadaba. Algunos decían que un espíritu maligno la atormentaba; otros que era una enfermedad; algunos que había bebido más vino de la cuenta; algunos la maldecían, otros deseaban verla en el puerto, y aun otros, en medio del mar en un barco sin fondo; y así cada uno según su parecer. Otros, espiritualmente inclinados hacia ella, la amaban y estimaban cada vez más. Algunos grandes estudiosos declaraban que nuestra Señora nunca había llorado, ni los santos del cielo, pero éstos no sabían lo que sentía, ni se creían que no pudiera controlarse si realmente lo deseaba. [...]

CAPÍTULO 30

[...] Camino de Venecia, muchos de sus compañeros de viaje enfermaron, y Dios le decía en todo momento: «No temas, hija, nadie morirá en este barco en que te encuentras». Ella comprobó que sus presentimientos eran ciertos y cuando nuestro Señor los trajo a todos a Venecia sanos y salvos, sus compatriotas la abandona-

ron, dejándola sola. Algunos protestaban que ni por cien libras seguirían con ella. Cuando se hubieron ido, nuestro Señor Jesucristo —que siempre ayuda y nunca abandona al siervo que confía en su merced— le dijo: «No te asustes, hija, porque yo proveeré y te llevaré a Roma y de nuevo a casa en Inglaterra sin desgracia para tu cuerpo, si te vistes con prendas blancas y los usas como te dije mientras estabas en Inglaterra». Entonces esta criatura, con gran desdicha y duda, le contestó en su mente: «Si eres el espíritu de Dios que habla en mi alma y puedo probar que eres un espíritu de verdad a través del consejo de la Iglesia, obedeceré tu voluntad; y si me llevas a Roma sana y salva, vestiré ropas blancas, incluso aunque el resto del mundo se extrañe, por tu amor». «Ve, hija, en el nombre de Jesús, pues soy el espíritu de Dios, que te ayudará en toda necesidad, iré contigo y te ayudaré en todos los lugares —y por tanto, no desconfíes de mí. Nunca me encontraste faltándote, ni te ordené hacer nada sino lo que es adoración de Dios y beneficio para tu alma si quieres obedecer; e infundiré en ti gracia abundante».

Justo entonces, cuando miró a su lado, vio a un pobre hombre sentado allí, con una gran joroba en la espalda. Sus ropas estaban llenas de parches y parecía tener unos cincuenta años. Entonces se dirigió a él y dijo: «Buen hombre ¿qué le ocurre a vuestra espalda?». Él dijo: «Se quebró de una enfermedad, señora». Le preguntó el nombre y de dónde era. Le contestó que se llamaba Richard y que procedía de Irlanda. Entonces recordó las palabras de su confesor, el santo anacoreta, como escribía arriba, que le había dicho en Inglaterra: «Hija, cuando vuestros compañeros os abandonen, Dios proveerá para vos un hombre con la columna quebrada que os escoltará a donde queráis ir». Entonces con espíritu alegre le dijo: «Buen Richard, llevadme a Roma y os daré una recompensa por las molestias.» «No, señora», dijo, «sé muy bien que tus paisanos te han abandonado y me sería difícil escoltarte. Tus compañeros tienen arcos y flechas con que defenderse y yo no llevo más arma que un tabardo lleno de remiendos. Y aun temo más que me roben los enemigos, y que incluso te puedan raptar y forzar; y por eso no me atrevo a escoltarte ni por cien libras, pues podrías sufrir cualquier desgracia por estar conmigo». Entonces ella replicó: «Richard, no tengáis miedo. Dios nos cuidará bien y os daré dos nobles por vuestros desvelos.» Entonces accedió y partieron juntos. Poco después, se les unieron dos frailes grises y una mujer que venía con ellos desde Jerusalén, y que traía un asno cargando con un cofre que contenía una figurita de nuestro Señor. Y entonces Richard dijo a la criatura: «Irás con estos dos hombres y esta mujer y nos encontraremos por la mañanas y al atardecer, pues debo volver a la mendicidad con que me gano la vida. Ella siguió su consejo y continuó con los frailes y la mujer. Ninguno de ellos podía entender su idioma, pero aun así le dieron comida, bebida y alojamiento todos los días, tal y como hacían consigo mismos o aun mejor, por lo que ella se veía obligada a rogar mucho por ellos. Y todas las tardes y las mañanas, Richard el de la espalda doblada llegaba y le traía contento, como le había prometido. La mujer que portaba la imagen en el cofre, en cuanto llegaban a las grandes ciudades, sacaba la figura y la colocaba en el regazo de las comadres respetables. Éstas la vestían con sayuelas y la besaban como si hubiera sido el propio Dios. Y cuando la criatura comprobaba la adoración y reverencia que ofrecían a la figura, una dulce devoción y meditación se apoderaba de ella, por lo

que lloraba con grandes sollozos y gritos enormes. Y se conmovía mucho más porque en Inglaterra había meditado sobre el nacimiento y la infancia de Cristo y le agradecía a Dios que todas estas criaturas tuvieran gran fe en lo que ella veía con los ojos del cuerpo, tal y como la había tenido ella con lo que percibía su mirada interior. Cuando estas buenas mujeres veían a la criatura llorando, atribulada y quejumbrosa de forma tan conmovedora y con tal fuerza que casi se la llevaba su aflicción, disponían una cama blanda y la colocaban sobre ella, y la sosegaban tanto como podían por amor a Dios —bendito sea.

CAPÍTULO 47

Entonces el senescal de Leicester, un hombre bien parecido, la envió a buscar a la prisión, pero el carcelero no estaba en casa y su mujer se negaba a dejar que nadie, senescal o no, se llevara a la prisionera. Cuando el carcelero se enteró de esto se apresuró a llevarla él mismo ante el senescal y tan pronto como éste la vio comenzó a hablarle en latín, al tiempo que muchos sacerdotes y otras gentes escuchaban atentamente. Ella replicó al senescal: «Hablad en inglés, si me hacéis el favor, porque no entiendo lo que decís». Él le dijo: «Mientes como una bellaca, en inglés llano». Y ella le contestó: «Señor, preguntad lo que queráis en inglés, y con la gracia de mi señor Jesucristo os contestaré razonablemente». [...]

CAPÍTULO 51

En otra ocasión un ilustre sacerdote le vino a preguntar cómo interpretar las palabras *Crescite et multiplicamini*. Ella contestó: «Señor, estas palabras no se deben entender sólo como aplicables a la concepción de niños, sino también a la multiplicación de la virtud, que es el fruto espiritual, tal como lo es el escuchar las palabras de Dios, el dar buen ejemplo, la dulzura y la paciencia, la caridad, la castidad y tales cosas —pues la paciencia es más valiosa que el operar milagros». Y a través de la gracia divina contestó de esta manera al cura, que se mostró satisfecho. Y nuestro Señor, en su merced, siempre hizo que algunos hombres la estimaran y la respaldaran.

Y así fue que en la ciudad de York había un doctor en teología, el maestro John Aclom, también un canónigo del Minster, Sir John Kendale y otro cura que cantaba misa cerca de la tumba del obispo, que eran buenos amigos suyos entre los eclesiásticos. Y así ella se detuvo en aquella ciudad durante catorce días, tal y como había dicho, y algo más, y los domingos recibía comunión en el Minster con muchos sollozos, gestos violentos y fragosos gemidos, tanto que mucha gente se preguntaba qué le pasaba. Así que poco después un sacerdote —parece que ilustre— le dijo: «Mujer, dijiste cuando llegaste que te detendrías sólo catorce días». «Sí, señor, con vuestro permiso, he dicho que estaría aquí catorce días, pero no añadí nada sobre si permanecería más o menos. Por el momento, señor, te comunico que no pienso partir aún». [...]



[...] Al día siguiente, la condujeron a la capilla del arzobispo, y llegaron muchos de los sirvientes ultrajándola y gritándole «lolarda» y «hereje», y vociferando con horribles blasfemias que debería ser quemada. Y alentada por la fuerza de Jesús ella les replicaba: «Señores, temo que arderéis en el infierno eternamente a menos que os enmendéis de vuestros juramentos, pues no guardáis los mandamientos de Dios. Yo no juraría como vosotros ni por todo el dinero del mundo». Entonces se retiraron, como avergonzados, y ella, musitando sus oraciones, pidió la gracia necesaria para comportarse ese día como más agradara a Dios, y para favorecer a su propia alma y ser un buen ejemplo para sus discípulos cristianos. Nuestro Señor, contestándole, le reveló que todo iría bien. Al final, el dicho arzobispo entró en la capilla con sus clérigos y le dijo bruscamente: «¿Por qué vistes de blanco? ¿Acaso eres doncella?». Ella, arrodillándose ante él, declaró: «No, señor, no soy doncella; soy casada». Ordenó que la maniataran con un par de cadenas y advirtió que debía permanecer esposada, pues era una falsa hereje, y ella alegó: «Yo no soy hereje, ni podéis demostrar que lo sea».

El arzobispo salió y la dejó sola. Durante mucho tiempo rezó sus oraciones a nuestro Señor Todopoderoso para que la socorriera contra todos sus enemigos tanto en espíritu como en cuerpo, y su carne temblaba y se estremecía de forma tan prodigiosa que se alegró de poder ocultar las manos bajo la ropa, para que no se notara. El arzobispo regresó poco después con muchos clérigos ilustres, entre los que se hallaba el mismo doctor que la había examinado antes y el monje que había predicado contra ella poco antes en York. Algunos de entre la gente decían que era una buena mujer y otros que no. El arzobispo tomó asiento y sus clérigos también, según su rango, frente a un gran gentío. Y durante todo el rato en que se congregó la gente y el arzobispo se sentó, la criatura permaneció al fondo, elevando sus plegarias con gran devoción y durante tanto tiempo que se derritió en lágrimas. Y al final gritó con voz imponente, de forma que el arzobispo, los clérigos y mucha gente quedaron espantados, pues nunca antes habían escuchado sus alaridos. Cuando se le hubo pasado la llantina, se acercó al arzobispo y se puso de rodillas ante él. Aquél le preguntó de forma desagradable: «¿Por qué lloras así, mujer?». Ella respondió: «Señor, algún día desearéis haber llorado tan desconsoladamente como lo he hecho yo». Y entonces él sacó los artículos de la fe —a los que Dios le concedió la gracia de contestar correctamente, veraz y con seguridad, sin apenas pararse a pensar, por lo que no pudo ser criticada— y comunicó a sus clérigos: «Conoce suficientemente bien su credo. ¿Qué he de hacer con ella?». Ellos dijeron: «Sabemos bien que conoces los artículos de la fe, pero no dejaremos que mores entre nosotros, pues la gente confía en tu charlatanería y quizás los lledes por mal camino». Entonces le dijo el arzobispo: «Me han dicho cosas muy penosas sobre ti. He oído decir que eres una mujer mala». Y ella replicó: «Señor, yo también he oído que sois un hombre malo. Y si lo sois tanto como dicen, nunca entraréis en el cielo, a menos que os corrigáis mientras estáis aquí». Entonces él gritó airadamente: «¡Tú...! ¿Qué es lo que murmura la gente de mí?». Ella contestó: «Los demás, señor, os lo pueden contar». En ese instante un clérigo con un capuchón de piel bramó: «Silencio, habla sobre ti misma y deja de referirte a él».

Después el arzobispo le indicó: «Pon tu mano sobre este libro y jura que saldrás de mi diócesis tan pronto como puedas». «No, señor», dijo ella, «os ruego que me deis permiso para regresar a York y despedirme de mis amigos». Y aunque se lo concedió para uno o dos días, a ella le pareció poco y replico: «Señor, no puedo salir de esta diócesis tan apresuradamente, pues debo hablar antes con varios hombres piadosos; y debo, con vuestra venia, ir a Bridlington y conversar con mi confesor, un hombre virtuoso que fue confesor del bondadoso prior que ahora está canonizado». Entonces el arzobispo le exigió: «Me jurarás que no enseñarás a la gente nada y que no los congregarás en mi diócesis.» «No, señor, no juraré», dijo ella, «pues allá donde vaya hablaré de Dios y reprocharé su acción a los que blasfemen, al menos hasta que el papa y la santa Iglesia ordenen que se hable de Dios, pues Dios Todopoderoso no prohíbe, señor, que se converse sobre él. Y el Evangelio menciona que cuando una mujer oyó predicar al Señor, se le puso delante y exclamó en voz alta: ‘Bendito el vientre que te cargó y los pechos que te amamantaron’. Entonces nuestro Señor le contestó: ‘En verdad, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan’. Y por tanto, señor, pienso que los Evangelios me dan permiso para hablar de Dios». «¡Ah, señor!», dijeron los clérigos, «aquí vemos que tiene al diablo dentro, pues habla del Evangelio». Un clérigo imponente sacó con rapidez un libro y citó a San Pablo para contrarrestar esa frase, argumentando que las mujeres no deben predicar. Ella, contestando a esto protestó: «Yo no predico, señor; no me subo a los púlpitos. Sólo converso y digo buenas palabras, y lo seguiré haciendo mientras viva». [...]

CAPÍTULO 73

[...] En otra ocasión dicha criatura presenció —mientras meditaba— cómo nuestra Señora estaba en trance de muerte y los apóstoles la acompañaban, arrodillados todos a su alrededor, y le pedían su gracia. Entonces empezó a llorar y a gemir lastimosamente. Los apóstoles le ordenaron que parara y se estuviera callada. Ella les contestó: «¿Acaso consentiríais que viera cómo muere la madre de Dios y no llorara? No puede ser, pues estoy tan llena de dolor que no lo puedo resistir. Simplemente, debo llorar y sollozar». [...]

LIBRO II: CAPÍTULO 6

[...] Por la mañana temprano, tras pagar el alojamiento, preguntó a los posaderos si sabían de alguna partida de peregrinos que viajara hacia Aquisgrán, y le dijeron que no. Tras alejarse de allí, se dirigió a la iglesia para descubrir si su sentimiento era verdadero o no, y en cuanto llegó se encontró con una compañía de gente pobre. Le preguntó a uno de ellos a dónde se dirigían y contestó que a Aquisgrán. Le pidió si la dejaban viajar en su grupo. «¿Por qué, señora?», dijo él, «¿no tienes a ningún hombre que vaya contigo?». «No», dijo ella «mi ayudante me ha abandonado». Así que la recibieron en el grupo de los pobres y cada vez que



llegaban a una ciudad, ella compraba su propia comida mientras ellos se dedicaban a mendigar. Cuando estaban en las afueras sus compañeros se solían quitar la ropa y se sentaban desnudos juntos para espulgarse. La necesidad la obligaba a esperarlos y a prolongar su viaje, lo que lo hizo mucho más costoso. Temía quitarse la ropa como hacían sus acompañantes, pero al final, por andar cerca de ellos, se le acabaron pegando las pulgas, que la mordieron y picaron terriblemente de día y de noche, hasta que el Señor le envió otros compañeros. Permaneció con ellos con gran angustia e incomodidad, y con mucho retraso, hasta que llegaron a Aquisgrán.

MARÍA BEATRIZ HERNÁNDEZ PÉREZ
Universidad de La Laguna



MARÍA PILAR MATUD, CARMEN RODRÍGUEZ, ROSARIO MARRERO y MÓNICA CARBALLEIRA, *Psicología de Género: Implicaciones en la vida cotidiana*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

Las autoras presentan un trabajo de revisión y síntesis de una serie de publicaciones, junto con algunos datos de sus propias investigaciones, sobre las consecuencias que el hecho de ser mujer u hombre tiene en la vida de las personas. Aunque se trata de un libro diseñado fundamentalmente para el alumnado universitario (todas las autoras son profesoras de la Universidad de La Laguna), también es útil para cualquier persona interesada en el estudio del género, ya que a lo largo del libro se revisan numerosas investigaciones y teorías sobre el sexo y el género, especialmente las realizadas desde la Psicología. Todo ello sin olvidar el impacto que el género tiene en la vida diaria. Como dice Pilar Matud en el prólogo del libro «[...] cada día el género nos va a dictar cómo debemos vestirnos, las tareas que debemos hacer en el hogar, el tipo de empleo que vamos a tener, cómo debemos expresar nuestras emociones y sentimientos, qué es lo que nos tiene que preocupar, de cuántos recursos vamos a disponer, cómo nos debemos comportar... y también va a influir en nuestra salud».

El libro se estructura en diez capítulos, realizando en el primero, tras una breve revisión histórica del estudio del género desde la psicología y de las bases biológicas del sexo y del género, una presentación de diversas conceptualizaciones de los términos más relevantes. Resalta el hecho de que pueden distinguirse al menos tres aproximaciones diferentes: la que conceptualiza

el sexo como una variable del sujeto, la que considera el género como una variable de personalidad, y la que lo considera como una categoría social. En el capítulo II se presenta una síntesis de las principales teorías que explican la adquisición del género: desde la psicoanalítica a la del esquema de género, pasando por la del desarrollo cognitivo de Kohlberg, la del aprendizaje social o la conceptualización más amplia de la teoría social cognitiva propuesta por Bandura.

En el capítulo III se recoge de forma un tanto acrítica varios trabajos sobre las diferencias de género en la infancia y en la adolescencia, y en el capítulo IV se presenta una serie de resultados de la aproximación más tradicional al estudio del género desde la psicología: las diferencias de género en variables cognitivas y de personalidad. A partir de este capítulo se da una orientación más aplicada, analizando la relevancia del lenguaje en el capítulo V y el género en los medios de comunicación social en el capítulo VI, donde se destaca que la comunicación y el género están íntimamente ligados en el plano interpersonal y en el de los medios de comunicación social. Además, se alude a la responsabilidad social de los medios de comunicación, dado su papel transmisor de los estereotipos de género.

La relevancia del género en el mundo laboral y en el poder se recoge en el capítulo VII, donde se trata tanto la división del trabajo como de los estereotipos de género en el mundo laboral, así como de las discriminaciones en salario y en el acceso a los puestos jerárquicos más elevados que sufren las mujeres.

Los dos temas siguientes se centran en la relevancia del género en la salud, analizando en el capítulo VIII las diferencias de género en salud





y las principales teorías explicativas. En este capítulo también se revisan los estudios más relevantes sobre múltiples roles y salud, destacándose que frente a las hipótesis de la «escasez» o del «desarrollo», las investigaciones más actuales resaltan la relevancia de la *calidad* de los roles ocupados. Otro de los temas interesantes y novedosos tratados en este capítulo es el de masculinidad y salud, donde se recogen las interesantes propuestas de Courtenay (2000, 2002) respecto al factor de riesgo para la salud que implica la masculinidad hegemónica. En el capítulo IX se trata la relevancia del género en el proceso del estrés, analizando tanto las diferencias en los tipos de estresores como en el afrontamiento de los mismos. También se presenta una breve revisión de la relevancia del apoyo social en la salud y cómo los diferentes parámetros difieren en función del género, ya que debido a los diferentes patrones de socialización y a los distintos roles de mujeres y hombres es esperable que existan diferencias en apoyo social, si bien, y al igual que sucede con el estrés, la mayoría de los estudios se han realizado con hombres o no han tenido en cuenta la variable género.

El último capítulo se centra en la violencia de género, tratando brevemente los diferentes tipos y los mitos y estereotipos que tan críticos son en la promoción y configuración de la violencia contra la mujer. Además, se analiza de

forma más específica las formas más frecuentes en nuestro medio: los abusos sexuales, el acoso sexual y el maltrato a la mujer, tratando las características generales, el impacto psicológico y los acercamientos terapéuticos que han mostrado ser más eficaces.

Condensar todo ello en las doscientas páginas que tiene el libro hace que sea una obra que no permite explicaciones demasiado exhaustivas de cada uno de los temas tratados, pero las autoras nos aportan un buen número de referencias bibliográficas que nos permitirán profundizar en aquello que deseemos.

Finalmente, es necesario destacar el entrañable prólogo escrito por Cristina Almeida, donde alienta a los jóvenes a no tomarse la obra como un libro de texto más, que se aprende para repetir, «pero muchas veces sin comprender», sino que apliquen los conocimientos para evitar en la vida cotidiana las discriminaciones de género. Además, refleja su agrado por participar en algo que le parece «insólito», en sus propias palabras «[...] que logremos a nivel de una asignatura estudiar algo que en mis tiempos no deberíamos saber ni los hombres ni mucho menos las mujeres, porque si lo sabíamos lo más seguro es que no lo aceptaríamos por lo terrible que nos resultaba».

LAURA AGUILERA
Universidad de La Laguna

A. LÓPEZ Y A. POCIÑA (eds.), *Medeas. Versiones de un mito desde Grecia hasta hoy*. 2 vols. Granada, Editorial Universidad de Granada, 2002.

Este extenso trabajo que editan Aurora López y Andrés Pociña, profesores de la Universidad de Granada, es una de las obras más exhaustivas que se han publicado dedicadas a la apasionante y controvertida figura de Medea. Está conformada por las aportaciones de numerosos investigadores de los avatares de esta singular maga, pertenecientes a veintisiete universidades de Europa y América, a lo largo de sus constantes apariciones en los textos, y otras disciplinas artísticas, desde Grecia hasta la actualidad. Algunos de estos artículos se han escrito expresamente para esta obra, mientras que otros han sido publicados anteriormente, siendo adaptados o actualizados en algunas ocasiones, y recogiendo aquí de nuevo para aunar informaciones distintas sobre Medea.

La obra que, debido a su extensión, está dividida en dos volúmenes, se inicia con un capítulo dedicado al mito de Medea. En este apartado se recogen, a través de los trabajos de diferentes autores, entre los que se encuentran Carlos García Gual o Alain Moreau, variados testimonios de la trayectoria del mito en literaturas tan diversas como la griega, la gallega o la portuguesa.

En el siguiente apartado dedicado a Grecia (y Roma), se hace un recorrido por las vicisitudes de esta figura femenina en la literatura griega, con alguna incursión en la latina. Entre otros autores, Giangrande, en dos artículos, estudia la imagen de Medea que Apolonio Rodio nos ha transmitido en sus *Argonáuticas*, obra en la cual adquiere gran importancia el estudio psicológico de este inquietante personaje. La literatura latina será esencial en el último apartado del primer volumen de la obra dedicado a Roma. Los trabajos de distintos investigadores recogen distintas facetas del rico personaje de Medea que se dan cita en los textos de autores como Séneca, Ovidio o Valerio Flaco.

El segundo volumen de la obra se inicia con un apartado dedicado a las edades Media y Mo-

derna. En este capítulo se estudian diferentes textos y aspectos de Medea que han tratado autores como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Zorrilla, Draconcio, Corneille y otros, en los que se constata la pervivencia del mito más allá de la literatura griega.

El último capítulo es el que reúne los trabajos que tienen que ver con las manifestaciones de este personaje femenino durante el siglo XX, y también ya los inicios del XXI. Autores tan variados como T.S. Moore, Unamuno, Anouilh, Bergamín, Alfonso Sastre, Pasolini, Christa Wolf y muchos más dan idea de la repercusión que esta controvertida figura sigue teniendo en la cultura de nuestros días.

El epílogo de la obra lo componen, por un lado, la obra *Medea en Corinto* de Luz Pozo Ortega, creada expresamente para este libro, y, por otra parte, una entrevista que los editores del libro realizaron a la actriz Nuria Espert, numerosas veces encarnada en Medea sobre las tablas de un escenario.

Se cierra el segundo volumen de esta obra con unas notas sobre los distintos autores y autoras de las contribuciones que constituyen esta obra, una bibliografía sobre Medea y algunos índices, que ayudan a la hora de acercarse a la información que se almacena en el libro.

Este trabajo permite un acercamiento completo a la figura de Medea a lo largo del tiempo y a su reflejo en los textos de momentos muy diversos. Ha supuesto un arduo esfuerzo recopilador por parte de sus editores, que se ve compensado por el resultado final, que proporciona al lector una amplia visión del tratamiento del personaje. El estudio de fuentes textuales y figurativas, la presencia de una obra creada expresamente para este libro, la entrevista a una actriz que ha sido numerosas veces Medea sobre el escenario, todo ello proporciona numerosas vías de acercamiento a una mujer mítica tan inquietante como desvalida, pero que no ha cesado de constituirse en fuente de inspiración para los creadores durante siglos.

MARÍA GLORIA GONZÁLEZ GALVÁN
Universidad de La Laguna



SABINA MAZZOLDI, *Cassandra, la vergine e l'indovina. Identità di un personaggio da Omero all'Ellenismo*. Pisa-Roma, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 2001.

Esta obra toma como eje central a un célebre personaje femenino dentro de la mitología griega: la troyana Cassandra, hermana del también muy famoso Paris, hijos de Hécuba y Príamo. Este personaje, del que la autora señala su ininterrumpida fortuna a lo largo de la cultura europea, de lo cual constituye un ejemplo reciente la obra *Cassandra* de Christa Wolf, es estudiado desde su aparición en los textos homéricos, vinculado a los acontecimientos que se suceden en la guerra de Troya, hasta la helenística *Alejandra* de Licofrón, sin omitir su importante presencia en la tragedia clásica. También tiene en cuenta la autora, a la hora de adentrarse en el personaje, la producción figurativa que ha tenido a Cassandra como motivo, añadiendo al final del libro un apéndice con las imágenes más significativas relacionadas con la princesa troyana.

El libro comienza con una introducción en la que se hace referencia a la oscura etimología del nombre de Cassandra, que no se considera relevante para el estudio del mito, como sí ocurre en el caso de otros personajes míticos. La esencialidad de la *parthenía* y la *mantéia* en la identidad de Cassandra, y la relación de ésta con los dioses completan esta introducción.

La autora profundiza, fundamentalmente desde un punto de vista filológico y literario, en la aparición de la figura troyana a lo largo de los distintos textos. Para el estudio del personaje Mazzoldi divide su trabajo en dos grandes puntos de acercamiento a Cassandra: virginidad-feminidad (*parthenía*) y dotes proféticas (*mantéia*). Ambos puntos de vista mantienen una estrecha relación, especialmente dentro de la adivinación apolínea, en la cual se encuadra a Cassandra. Esta dualidad divide el libro en dos partes, dedicada la primera a Cassandra *parthénos*, y la segunda a Cassandra *mántis*.

La primera parte se inicia con un capítulo dedicado al matrimonio truncado de Cassandra, prometida por su padre Príamo a distintos pretendientes sin que llegue nunca a llevarse a la práctica. A continuación se dedica un capítulo al ultraje al que la somete Áyax, tras la caída de Troya, en un templo de Atenea donde Cassandra se ha

refugiado. Y, por último, el capítulo final de esta primera parte se dedica a la relación entre Agamenón y Cassandra, otorgada a éste como botín de guerra tras la derrota de Troya. Cada una de estas situaciones se analiza, tanto en las fuentes textuales como figurativas, y se estudia la evolución que van sufriendo los distintos episodios a lo largo de los distintos autores y épocas.

La segunda parte del libro se abre con un capítulo en el que se ofrece un panorama general de la adivinación femenina grecolatina. A continuación, otro capítulo se centra en los dones proféticos de Cassandra que se recogen en las fuentes literarias y figurativas. Finalmente, se cierra esta segunda parte de la obra de Mazzoldi con un estudio de las profecías de Cassandra recogidas en distintos textos de autores como Esquilo o Eurípides hasta Licofrón.

Cassandra, al haber sido condenada por Apolo a vaticinar el futuro pero ser incapaz de hacérselo entender a nadie, vive, según Mazzoldi, una condición que la hace sustraerse al control masculino y vivir en un estado de aislamiento absoluto, que le permite gozar de una cierta condición de libertad.

Al final del libro se añade un apéndice de léxico mántico y unos índices de pasajes citados, de nombres míticos y hechos notables, y de las fuentes figurativas, que son de gran utilidad a la hora de consultar este trabajo.

Esta apasionante obra, que profundiza de una manera amena y metódica en la figura de Cassandra, está muy bien estructurada, y además de aportarnos información se lee con avidez debido a su agradable redacción. Cada una de sus partes va conformando distintos aspectos de este interesante personaje, al tiempo que se muestra cómo los condicionantes de cada momento hacen cambiar la perspectiva que se tiene de esta mujer troyana, que en todas las situaciones aparece como una figura rica y compleja.

Esta obra, resultado de un profundo y metódico trabajo de su autora, es imprescindible para un conocimiento de esta figura de la mitología, vaticinadora de su propio final, pero incapaz de cambiar los designios que la conducían hasta él.

MARÍA GLORIA GONZÁLEZ GALVÁN
Universidad de La Laguna



MARÍA DEL CARMEN ÁFRICA VIDAL CLARAMONTE (ed.), *La feminización de la cultura. Una aproximación interdisciplinar*. Salamanca, Consorcio Salamanca 2002 y Centro de Arte de Salamanca, 2002.

La feminización de la cultura comienza con una cita sobre las mujeres de uno de los considerados padres de la educación moderna, Jean Jacques Rousseau en su *Émile ou de l'éducation* (1762): «Toda la educación de las mujeres debe girar en torno a los hombres. Gustarles, serles de utilidad, propiciar que las amen y las honren, educarlos cuando son jóvenes, cuidarlos de mayores, consolarlos, hacer que la vida les resulte agradable y grata, tales son los deberes de la mujer en todos los tiempos».

Este fragmento representa emblemáticamente que el supuesto avance general de la sociedad no es tal, en tanto que buena parte de ella espera que las mujeres vivan en función de los varones. La reflexión pudiera tornarse anacrónica cuando recordamos que estamos en el siglo XXI y consideramos que la cita proviene de un texto del siglo XVIII y desde entonces los cambios sociales y culturales han sido monumentales. Pero, ¿realmente lo han sido? Ésta es la gran exploración en la que nos aventuramos en este libro, que analiza precisamente *La feminización de la cultura*, con [u]na aproximación interdisciplinar, como se indica en su título. De la mano de la editora, África Vidal, catedrática de Traducción de la Universidad de Salamanca, obtenemos una respuesta positiva en su artículo «Y sin embargo se mueve: representaciones femeninas del nuevo milenio» (9-21). En él plantea la posición del pensamiento contemporáneo en relación a las mujeres y su marginalidad con respecto al mismo, a la literatura y a las artes como expresiones de la cultura de nuestro tiempo. Rosa María Rodríguez Magda, otra de las filósofas que contribuyen a esta colección de ensayos críticos, plantea dudas sobre este supuesto en su artículo «¿Feminización de la cultura?» (53-69), que gira en torno a la falsedad de la supuesta feminización en una época que retoma los valores del «soldado global» y en la que la mujer como objeto erótico ha experimentado pocos cambios sustanciales, a excepción de que está

intentando dejar de ser espejo para ser generadora de miradas y visiones propias sobre el mundo y el arte. Lo que sí parece seguro es que se ha producido una feminización de la pobreza, como analizan Isel Rivero y Juan Montero, en sus respectivos trabajos «La feminización de la pobreza» (77-82) y «Derechos humanos, mujer y pobreza» (83-91). La directora del Centro de Información de las Naciones Unidas para España indica que las mujeres son más pobres «[...] a medida que avanzamos en este proceso de globalización económica y tecnológica» (78) y ello hace que debamos reflexionar sobre «dos realidades (a veces enfrentadas), la lógica de los derechos humanos y la lógica de los mercados» (82), en cuya pugna las mujeres globalmente sufren desventajas. Juan Montero, por su parte, explora la situación de la mujer en diferentes países del mundo y plantea la necesidad de cambios efectivos en una lucha por «[...] los derechos humanos, [que] está muy lejos de haber concluido» (91). En la misma línea se expresa Pepa Roma planteando la voz de las mujeres como la única posible contra la opresión y la guerra, en Afganistán y Palestina, en Guatemala y en Kenya a través de múltiples asociaciones de mujeres aunándolas con el lema «actuar local y pensar global» (117) en «Mujer y Globalización: la revolución silenciada» (93-117). Edna Gluckman, israelí de origen chileno, delinea el papel de la mayoría de la población, las mujeres, en el Próximo Oriente. En su artículo «Reflexiones sobre el papel de la mujer en el conflicto entre Israel y Palestina» (118-28) concluye que con la imprescindible participación de las mujeres se producirán los necesarios acuerdos para la paz, puesto que ellas contribuyen en mayor medida a tender puentes a través del diálogo. El filósofo francés Gilles Lipovetsky se ocupa de algo tan contrapuesto a la pobreza como «La feminización del lujo» (129-42). Así dibuja una historia del vestido y el ornamento desde el siglo XVII como reflejo del estatus social de las mujeres en el que anteriormente se producía el «consumo por delegación», ya que carecían de autonomía económica, mientras que hoy la exhibición del lujo representa el nivel adquirido por las mujeres en tanto que, cada vez en mayor número, consumidoras independientes.





La filósofa y catedrática de la Universidad de Oviedo Amelia Valcárcel analiza precisamente el camino seguido por las mujeres para alcanzar la situación en la que nos hallamos en la actualidad en «Los cuatro escalones de la sabiduría» (23-52). Desde la crítica a Rousseau, expresada por Mary Wollstonecraft en su *Vindicación de los derechos de las mujeres* (17), hasta la sutileza del techo de cristal y de «la microfísica del poder patriarcal», Valcárcel revisa las diferentes etapas de la evolución del feminismo desde el punto de vista epistemológico, al mismo tiempo que evalúa la praxis de la vida cotidiana como evidencia de los análisis filosóficos. La escritora y periodista Margarita Rivière plantea en «Retos: el pensamiento propio» (71-6) que el futuro está en repensar qué somos y qué queremos ser. Para ella las mujeres han de abandonar su «ética de la disponibilidad» (76) o «[...] ética del cuidado y la asistencia» (71), lo cual obliga a la mujer a adoptar el servicio a los demás como propio olvidándose de sus necesidades y anhelos. De modo que plantea que no ha de ser exclusivamente masculino el rol de imponer normas y leyes o la «ética de la justicia», y que ésta y la «ética de la disponibilidad» han de ser comunes para que el futuro pueda ser de un nuevo «meztraje» (76), en el que las mujeres tengan un pensamiento alternativo que ofrecer con una nueva idea de lo que ellas mismas son.

Entre los ensayos de tema literario encontramos el que aporta Almudena Grandes «Escribir en el desierto» (143-62). En él delinea su visión de la escritura de autoría femenina, fruto de la experiencia en primera persona de una novelista española contemporánea que reflexiona sobre el contexto de su oficio, las implicaciones que tiene y el proceso histórico que lo ha hecho posible. La escritora y periodista Charo Ruano plantea también esta cuestión a través de las palabras de las novelistas españolas de la segunda mitad del siglo XX, especialmente de Carmen Martín Gaité en «Ellas no saben lo que dicen» (195-202). Isabel Durán, profesora titular de literatura inglesa de la Universidad Complutense de Madrid, ofrece en «Del feminismo y sus versiones en la narrativa inglesa» (163-78) una visión de los feminismos en el mundo anglosajón tal y como se dibujan en la

novela contemporánea inglesa —textos «de malestar y de introspección» (178)— y analiza los nuevos senderos en los que se adentra la ficción en el siglo que ahora comenzamos con la exploración de nuevos subgéneros narrativos por parte de las escritoras. José Antonio Gurpegui, profesor titular de literatura norteamericana de la Universidad de Alcalá de Henares, presenta, por su parte, un estudio titulado «Literatura chicana de mujeres» (179-194). En él se evalúa la trayectoria de la escritura de las chicanas en su orgullo de serlo y su afirmación ante los valores anglos, tratando a la vez de desconstruir las opresiones culturales propias de su entorno y reconvertirlas en el orgullo de la diferencia de la voz propia.

La parlamentaria y ex-directora del Centro Valenciano de Arte Moderno Carmen Alborch, en su texto «Arte contemporáneo de mujeres» (203-8), plantea la recuperación contemporánea de artistas olvidadas del pasado y de la nueva visión que las mujeres están abocadas a proponer a través de las obras de arte, aunque quede «un larguísimo trecho por recorrer» (208).

Con relación a la arquitectura y el urbanismo, Miren Easo expone diferentes experiencias de profesionales en España e Inglaterra en estos campos. En «Ciudades con mirada de mujer» (209-18) trata de pensar la ciudad desde el punto de vista de las mujeres para que se construya y se urbanice teniendo en cuenta sus necesidades específicas. Carmen Navarrete, artista y profesora de la Facultad de Bellas Artes de Valencia, analiza la exclusión de las mujeres en los espacios públicos que no son tales, sino que deberían ser definidos de forma más precisa como no privados en «Notas para una intervención sobre espacio, género/arte, urbanismo» (219-26).

En «El desorden del cuerpo» (227-40) la novelista Lourdes Ventura plantea la compleja relación de las mujeres con su cuerpo, que pasa de estar bajo control a estar sometido a acoso y derribo por la presión social que sobre él se ejerce. Ésta se hace físicamente visible de múltiples formas, desde la cirugía hasta el tatuaje o el *piercing*. Marina Núñez en «Carne» (241-6) reitera la obscenidad del cuerpo femenino tanto en la tradición occidental como en la cibercul-

tura, tan rompedora en otros aspectos, y que en éste puede resultar una prolongación de la jerarquía patriarcal.

África Vidal tiene el extraordinario mérito de haber reunido en esta publicación, y en un encuentro en el marco propiciado por el Consorcio de Salamanca 2002, prestigiosísimas firmas de diferentes campos del saber, tales como la literatura, la arquitectura, el urbanismo, el cine, la filosofía y el arte, e incluyendo otras realidades como el activismo, los derechos humanos o «la anatomía como campo de batalla» (227). Si a este texto hubiera de plantearse alguna tacha es la de que merecería incluirse en él una lista de los y las ensayistas con un breve bos-

quejo bio-bibliográfico, ya que —aunque se trata de autoridades en sus respectivas áreas de especialización— pueden no ser perfectamente identificables por un público interdisciplinar, al que sin duda se dirige la novedosa y esclarecedora obra que tenemos entre manos. No obstante, la editora ha conjugado todos los trabajos en un libro especialmente armónico, que nos deleita con su lectura al tiempo que nos interrogamos sobre los grandes retos contemporáneos, de tal suerte que es igualmente apropiado para especialistas y para el gran público.

MARÍA JESÚS LORENZO MODIA
Universidade da Coruña



CAROLE JAHME, *Bellas y bestias. El papel de las mujeres en los estudios sobre primates*. Madrid, Ateles Editores, 2002.

«Me gusta tanto mi trabajo que me siento la persona más afortunada de la faz de la tierra». Con estas palabras comienza el sugerente libro de Carole Jahme, que repasa exhaustivamente la contribución de la mujer a la Primatología en los últimos cuarenta años.

La autora nos introduce en el tema definiendo la Primatología como una disciplina relativamente joven dedicada al estudio de diversos aspectos del comportamiento de los primates, un grupo de animales pertenecientes a la clase de los mamíferos y que comprende poco más de 300 especies, entre las que se encuentra la nuestra, *Homo sapiens*. Los expertos en Biología Evolutiva sostienen hoy que todas las especies de primates evolucionaron a partir de un antepasado común, de ahí que compartan muchos atributos físicos y de comportamiento. Por ejemplo, investigaciones recientes sobre similitudes genéticas y bioquímicas han demostrado que los chimpancés son los parientes vivos más cercanos a los seres humanos, ya que el 98% de su ADN es indistinguible del nuestro.

Los primatólogos proceden del mundo de la Biología, la Antropología, la Sociología o la Psicología, y trabajan en los laboratorios, principalmente diseñando experimentos para explorar la inteligencia de los primates en cautividad, o bien investigan en el campo, estudiando el comportamiento natural de los primates salvajes. Hay que advertir sobre este último tipo de pesquisas que esa tarea requiere de una buena dosis de arrojo y entrega por parte de los investigadores que la realizan, ya que convivir con animales salvajes en su ambiente puede ser arriesgado. Además, el trabajo de campo en sí mismo está plagado de numerosos peligros, incluso con incidentes de tipo político y diplomático. Pues bien, entre las primeras personas que se dedicaron a estos estudios destacan unas cuantas mujeres dotadas de gran valor y enorme determinación. Así, a partir de la década de 1960 la célebre científica británica Jane Goodall empezó una extraordinaria labor de campo con el fin de observar a los chimpancés en su hábitat natural.

Pocos años después, Dian Fossey, estudiando a los gorilas, y Birute Galdikas, a los orangutanes, siguieron su ejemplo. Sus excelentes resultados no sólo abrieron nuevos caminos a los estudios sobre el comportamiento de los primates, sino que su metodología propició el auge que la Primatología disfruta hoy. Como apunta Carole Jahme, los casos de Jane Goodall, Dian Fossey y Birute Galdikas representan los arquetipos de las primatólogas originales, «ellas se sitúan en los vértices de un triángulo que ocupa hoy un lugar central en la Primatología».

Cabe subrayar que, desde aquellas investigaciones pioneras, las mujeres primatólogas se han convertido en un contingente con gran influencia. Tal es así que el asunto sobre la participación femenina en este área ha alimentado un intenso y vibrante debate sobre el que nos interesa hacer unas puntualizaciones. Ciertas expertas opinan que el número de mujeres en Primatología no es más elevado que el de hombres, pero argumentan que «quizás la percepción errónea de que las mujeres son mayoría en este campo sólo se deba a que finalmente hemos alcanzado la igualdad! La igualdad podría entonces simplemente significar que las mujeres se perciben mucho más».

También se ha alegado, para justificar la notoria presencia femenina en el campo del comportamiento primate, que las mujeres podrían ser «naturalmente» más sensibles y receptivas ante otros animales. La prestigiosa primatóloga Allison Jolly ha señalado que «podría haber algo de cierto en esto, pero creo que más bien sería debido al modo en que hemos sido educados. La paciencia para observar la naturaleza sin necesidad de mezclarlo todo con experimentos, ha sido durante mucho tiempo considerada como una virtud más femenina que masculina». Por otro lado, continúa la científica, «un punto de vista totalmente opuesto, igualmente importante y racional, sostiene que lejos de ser gentil y paciente, el tipo de mujer que es capaz de lanzarse al campo para hacer ciencia sin necesidad de verse sometida a la controladora atmósfera de un grupo jerárquico de laboratorio revela su autonomía». Sin embargo, en esta polémica otras científicas han afirmado que «el gusto por el trabajo de campo no es un rasgo propio de los hom-



bres ni de las mujeres; es un rasgo de los naturalistas».

Carole Jahme tercia en este debate apuntando que, en su opinión, la Primatología es la única rama de la ciencia en la que no sólo existe un número mayor de mujeres que de hombres, sino que la mayoría de los estudios de larga duración han sido realizados por mujeres que tienden a establecer lazos intangibles con los primates. Menciona el caso de la citada Allison Jolly que, como experta en lemures, viajó a Madagascar por primera vez en 1962 y hasta la fecha permanece dedicada al estudio y conservación de estos primates. En opinión de Jahme, las primatólogas que se oponen fervientemente al reconocimiento del predominio femenino en este área, temen que si su disciplina llega a ser conocida como una «vocación femenina» su trabajo será subestimado dentro del mundo de la Ciencia. Y, como es sabido, ese amplio mundo continúa siendo dominado por hombres.

En cualquier caso, en el cambio de siglo la Primatología se ha convertido en una disciplina pujante, multifacética y pluridisciplinar. Pero, tal como recuerda Carole Jahme, esta situación es en parte el fruto de una gran deuda con el famoso paleoantropólogo Louis Leakey. En efecto, los primeros pasos de Jane Goodall, Dian Fossey y Birute Galdikas fueron, al menos en sus inicios, dirigidos y potenciados por el prestigioso científico. Leakey creyó desde el primer momento que las mujeres serían más aptas que los hombres para los estudios de campo en condiciones naturales. Pensaba que perciben mejor los vínculos sociales, son más pacientes y más capaces, en general, de dedicaciones que requieran el largo plazo. Actualmente, son numerosas las expertas que han subrayado con sincero agradecimiento el interés de Louis Leakey por potenciar y estimular el que las mujeres pudiesen llevar a cabo novedosos estudios de campo. En su libro, C. Jahme dedica un capítulo completo a detallar minuciosamente la poderosa influencia en los inicios de la Primatología, no sólo de Louis Leakey, sino también la de su mujer, la prestigiosa antropóloga Mary Leakey.

Conviene matizar que la Primatología se estableció como área de investigación en sí misma a principios de la década de los sesenta, pues

con anterioridad los primates sólo habían sido estudiados de forma intermitente y por científicos mayoritariamente del sexo masculino. Estos estudios, que precedieron a las investigaciones de Jane Goodall, nos mostraban las hembras como sujetos pasivos dominados por machos de gran agresividad. Sin embargo, gracias a la influencia de mujeres primatólogas, estas creencias iban a ser puestas en duda a finales de los sesenta y finalmente destronadas en los setenta. Como apunta Jahme, «las primatólogas descubrieron el velo y nos dieron a conocer a las hembras primates».

Ciertamente, es un hecho mayoritariamente admitido entre los expertos en la materia que los primeros investigadores masculinos esperaban encontrarse con machos agresivos y dominadores de las hembras, pues exactamente eso era lo que describían en sus observaciones. «Es fácil ver lo que uno espera ver, aunque no esté ahí», anota Jahme. Pero, cuando las investigadoras femeninas llegaron al campo a la espera de encontrar las jerarquías de dominio entre machos y las coaliciones agresivas entre ellos, no percibieron ni unas ni otras. Al contrario, y por sorprendente que pareciera, muchos machos eran pacíficos y, a menudo, estaban subordinados a hembras. De hecho, los estudios realizados por mujeres empezaron a revelar las importantes y sutiles jerarquías, así como las estrategias políticas de las hembras. Asimismo, sembraron los primeros interrogantes ante la afirmación de que en «el orden natural» los machos dominaban las vidas de las hembras primates.

Otro mito que las primatólogas han empezado a desmontar es la idea de que el dominio entre los machos se ve recompensado por el éxito reproductivo. Desde siempre se ha creído que los machos poderosos tienen más probabilidad de aparearse con hembras fértiles y, por lo tanto, generar una mayor descendencia. Sin embargo, se trata de una acepción que, a pesar de haberse convertido en una teoría generalizada especialmente entre los científicos del sexo masculino, nunca ha llegado a probarse definitivamente.

En este aspecto, las primatólogas, después de haber observado cómo jóvenes machos ambiciosos desafiaban a menudo a los machos de



más alto rango, empezaron a sospechar que probablemente gran parte de las crías tenían como padres a estos machos jóvenes de menor rango. Fundamentan sus argumentos tanto en sus observaciones como en los estudios recientes basados en análisis del ADN, los cuales no han conseguido demostrar definitivamente si el macho alfa (el que ostenta el rango más alto dentro del grupo) tiene más crías que los demás machos. En conjunto, los datos sugieren que sólo un 50% de las crías son descendientes de macho dominante. Estos resultados han generado una efervescente polémica porque existe una amplia diferencia de criterio entre científicos y científicas. Los primatólogos varones rehúsan aceptarlos, mientras que primatólogas como Jahme sostienen que los hombres tienen algún motivo personal por el que se empeñan en demostrar que a un rango más alto le corresponde un número mayor de apareamientos.

Igualmente, Jahme nos recuerda que fueron las primatólogas quienes con sus cuidadosas observaciones revelaron la importancia de los lazos madre-cría; se dieron cuenta de que las hembras con crías lactantes son, de hecho, los animales más interesantes en una sociedad de primates. Su conclusión resultó contundente: es en el vínculo entre madre y cría donde se producen las mayores presiones ecológicas.

Las primatólogas también han realizado una significativa corrección metodológica a su ámbito de estudio. Detectaron, tras meticulosos análisis, que no todos los observadores de campo utilizaban las mismas técnicas para recoger los datos. La mayoría de los científicos registraban principalmente aquello que más les llamaba la atención, como las luchas entre grandes machos. Pero para que un estudio sea verdaderamente científico, cada animal, ya sea macho o hembra, joven o viejo, debe ser observado, du-

rante un lapso de tiempo similar. Esta rigurosa advertencia puso de manifiesto la necesidad de un estándar universal que estableciese los mismos métodos para todos los observadores. El mérito de haber introducido nuevos y más precisos protocolos de muestreo hoy se otorga principalmente a las mujeres científicas.

Carole Jahme concluye destacando que ahora sabemos que las hembras son animales multifacéticos, competitivas, grandes estrategas políticas, a veces víctimas y a veces dominadoras, pero nunca estúpidas y pasivas.

Finalmente, queremos acabar poniendo de manifiesto que Patricia Teixidor, la editora y también primatóloga, advierte al inicio del libro que como especialista en comportamiento animal no comparte algunas de las interpretaciones de la autora sobre temas concretos, pero cree que su publicación es necesaria para dar a conocer los estudios realizados en este campo. Asimismo, Teixidor ha tenido el buen criterio de añadir un capítulo dedicado a las primatólogas españolas, que contiene diez entrevistas realizadas por la propia editora. Después de añadir una serie de datos ilustrativos como que la APE (Asociación Primatológica Española) se fundó en 1993 y cuenta con 250 socios, de los cuales un 66,4% son mujeres; o que existen 21 centros públicos y privados relacionados con la Primatología distribuidos por las distintas comunidades autónomas, incluye las valiosas entrevistas. Estas páginas tienen gran interés pues constituyen testimonios directos procedentes de investigadoras cualificadas en activo hoy en día. De ese colectivo, la mayoría ha realizado el doctorado sobre una especie de primate, ya sea en condiciones salvajes o de cautiverio.

CAROLINA MARTÍNEZ PULIDO
Universidad de La Laguna

Isabel MORANT, *Discursos de la vida buena. Matrimonio, mujer y sexualidad en la literatura humanista*. Madrid, Cátedra, 2002.

La familia ha sido a lo largo de la historia la pieza básica del orden establecido; es por ello que debía ser perfectamente diseñada por el poder adecuándose a las demandas de cada época. La construcción del modelo de familia occidental se ha desarrollado desde el mundo clásico a la actualidad a través de la imposición de una serie de parámetros acordados por los poderes políticos y religiosos de cada momento histórico en función de las necesidades de cada periodo, lo cual le ha hecho enfrentarse a numerosos avatares, críticas y disidencias y, sin embargo, sobrevivir a todas ellas manteniendo sus principios fundamentales casi intactos.

A pesar de las profundas transformaciones que se han operado en las últimas décadas de la centuria pasada, todavía hoy sigue siendo uno de los pilares sobre los que se fundamenta nuestra organización social.

La reglamentación del matrimonio, como institución indisolublemente unida a la constitución de un nuevo hogar, sería el primer paso en la creación de un cuerpo normativo de las relaciones, tanto físicas como emocionales, de los miembros que formaban parte de cada unidad familiar.

Sobre estas cuestiones se ha producido mucha literatura de carácter moral, pedagógico, e incluso legal, que perseguía un mismo objetivo: controlar el comportamiento de los individuos en el ámbito de lo privado, determinar cuáles eran las conductas apropiadas y cuáles no. Al mismo tiempo, esta literatura crea modelos ideales a los que la sociedad debe tender.

No obstante, estos manuales no establecían responsabilidades equitativas entre los miembros de la sociedad. Son escritos inmersos en un discurso dominante donde hombres y mujeres no gozan de iguales derechos y, por tanto, no tienen iguales responsabilidades. La sociedad patriarcal cifra muchas expectativas en la configuración de un espacio y un clima apropiado en el que hombres y mujeres están llamados a cumplir papeles diferenciados. Uno de los ámbitos que más preocupa es, precisamente, el privado.

Todos esos textos, de manera unánime, dirigen sus palabras y preceptos especialmente al elemento femenino de la pareja, por su «escasa capacidad» y mayor responsabilidad en el mantenimiento de la paz y armonía en el seno familiar. La conclusión final es la necesidad de las mujeres de ser guiadas por los hombres en las tareas que se les encomiendan.

Aunque esos discursos morales pudieran parecer fruto de épocas pasadas, la iglesia católica sigue sorprendiéndonos con su intromisión en la vida privada de sus fieles. No hace mucho tiempo ha visto la luz un diccionario ético elaborado bajo los auspicios del Consejo Pontificio para la familia, el *Lexicón*. En esta voluminosa enciclopedia de 862 páginas se analizan términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas. Aspectos como la contracepción, contragestación, aborto, educación sexual, eutanasia, homosexualidad, sexo seguro, familia monoparental, separación o divorcio componen el abanico de cuestiones sobre los que se posiciona el papado y sobre los que marca una línea de conducta para sus fieles.

A pesar de la importancia que en todos los tiempos han tenido las relaciones familiares, la historiografía ha llegado tarde a su análisis desde una perspectiva científica. La historia se ha ido sumando al carro de otras disciplinas como la antropología o la sociología, que han mostrado un interés más temprano por abordar estos aspectos en su complejidad.

La producción historiográfica se ha venido centrando en un catálogo de temas restringido, ha ido seleccionando aquellos asuntos menos comprometidos y pasando de puntillas sobre los más resbaladizos. Por ejemplo, sobre la cuestión de los sentimientos poco o nada se ha reflexionado, la historia los ha situado en el plano de la intimidad que afecta únicamente a los individuos y, por tanto, no deben ser objeto de estudio y atención. Pero, sin embargo, son aspectos que preocupaban a las sociedades del pasado y siguen interesando en la actualidad.

Los discursos de la vida buena se centran en estas y otras cuestiones que atañen a la vida privada de la sociedad occidental del siglo XVI. Es un libro que habla de hombres, de mujeres y de las relaciones que se establecen entre ellos a tra-



vés del vínculo matrimonial. El trabajo se articula en torno a cuatro partes, cuyo eje central es un recorrido por la institución matrimonial, que a los ojos de humanistas como Erasmo o Lutero, adquiere una dimensión mayor en cuanto que elemento llamado a organizar la vida de las gentes.

Escribir sobre el matrimonio es escribir sobre las mujeres, reza en el título de la primera parte del libro. La producción bibliográfica de la época así lo demuestra: la mayor parte de los manuales orientados al matrimonio que vieron la luz en la edad moderna tenían como principales destinatarias a las féminas, ellas son las que deben mantener la estructura familiar, las que deben aprender, por tanto, su funcionamiento y las reglas a las que se deben atener.

En los sucesivos capítulos nos podemos ir dando cuenta de que para hombres y mujeres el matrimonio no significaba lo mismo. Era importante para unos y otros pero no por las mismas razones. En la segunda parte se pone de manifiesto la opinión que los hombres tienen del matrimonio como requisito indispensable para cumplir con determinadas obligaciones, fundamentalmente la reproducción.

Los capítulos finales están dedicados a las funciones y relaciones de los esposos, obteniendo un lugar de relevancia la sexualidad a la que la autora dedica la última parte de la investigación, asunto que había sido abordado por la literatura moral siempre desde el punto de vista de la negación del placer. Lo novedoso que apuntan algunos humanistas son los beneficios que reporta vivirla en el seno del matrimonio.

Entre las aportaciones más importantes que realiza el trabajo de Isabel Morant está el saber situarse entre el pasado y el presente, rescatando del pasado uno de los temas que más han preocupado y preocupan en las relaciones humanas, los sentimientos. Históricamente se han entendido como algo natural, consustancial a la naturaleza humana, pero a poco que indagemos vemos que esa naturaleza se transforma según los designios de la cultura dominante.

Si queremos que la historia juegue un papel verdaderamente relevante en las sociedades

actuales debemos hacer frente a todos los interrogantes. El diálogo con el pasado nos tiene que ayudar a explicar el presente y en el terreno de la privacidad todavía hay muchas dudas por resolver.

En mi opinión, esta es una obra que se plantea muchas preguntas. Es una investigación basada en los discursos de los hombres de una época, los humanistas, pero que no se queda en la foto fija que nos ofrece las opiniones de ese periodo histórico sino que va más allá: las respuestas de los protagonistas nos van conformando una imagen cada vez más cercana de lo que podría constituir el sentir de una sociedad dada en un momento concreto.

Es un libro que complejiza la imagen que podemos tener de la moral que los humanistas intentaron imponer en la sociedad. El discurso que ha prevalecido y nos ha llegado ha sido el dominante, aquel que nos habla únicamente de las restricciones morales. Aparentemente estas ideas se presentan homogéneas, sin fisuras a la hora de diseñar un modelo de matrimonio, un prototipo de relaciones entre hombres y mujeres, en definitiva, un arquetipo de mujer a imitar. Sin embargo, una de las aportaciones de este trabajo es inscribirse en el constante contraste de ideas entre los propios humanistas, al ofrecernos la confrontación entre formas más o menos rígidas de concebir los sentimientos. Nos presenta dos posiciones enfrentadas de las que una sale vencedora y hegemónica, la llamada a perpetuarse y aparecer como el «discurso oficial».

Evidentemente, no podemos obviar la presencia de esas otras ideas que, sin haber triunfado, han quedado como un reducto de resistencia en las experiencias de algunos, posiciones que tarde o temprano se recuperarán cuando las condiciones sean propicias y puedan encontrar canales que las vehiculen.

Para entender el papel de las mujeres en la historia hay que dar importancia a esos discursos disidentes y a las experiencias frustradas, porque las figuras a contracorriente son los ejemplos que demuestran que las cosas pueden cambiar.

Por último, cabe destacar que se trata de un trabajo que logra llegar a un público amplio,

es capaz de aportar los resultados de una investigación a quienes nos dedicamos a hacer historia, pero también llegar al público en general, logrando así uno de nuestros objetivos: acercarnos a la sociedad para informarle de su pasado

en un tono ameno, sin por ello apartarse del rigor historiográfico.

MARÍA EUGENIA MONZÓN PERDOMO
Universidad de La Laguna

